

Puerta con puerta

¡ZORRILLA!



¡CRETINO!



Adriana Rubens

Puerta con puerta
Adriana Rubens

Título: Puerta con puerta

1ª Edición: septiembre, 2019

© Beatriz Calvet Sánchez, 2019

ASIN:

Diseño de portada y maquetación: Beatriz Calvet Sánchez

Corrección: Mar Carrión

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTAS DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

PRÓLOGO

Elena observó a la chica que la miraba con fijeza. Veintisiete años, pelo castaño con reflejos rojizos, ojos verdes, atractiva y con estilo. Su postura erguida traslucía seguridad en sí misma y su sonrisa despreocupada reflejaba que tenía todo bajo control. Estaba sentada en un taburete, en la barra de aquel pub, con la naturalidad de alguien que está acostumbrado a sociabilizar con extraños por la noche, mientras disfrutaba de la música.

Una impostora.

«¿Es que nadie lo ve? Esa chica no es más que una cáscara vacía. ¿Nadie se da cuenta de su mirada perdida? ¿De sus manos temblorosas? ¿De su postura tensa? ¿De que su sonrisa no es sincera?», quiso gritar a las personas que tenía a su alrededor.

No, nadie se percataba de la verdad, porque Elena había tardado casi un año en poder proyectar la imagen que se reflejaba en el espejo en el que se estaba observando para que la gente dejase de mirarla con tristeza o compasión.

Alzó su vaso en un brindis silencioso con su propio reflejo y apuró el chupito de un trago.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Se giró hacia aquella voz masculina. Veintimuchos y atractivo, podía servir para lo que estaba buscando esa noche. Sin embargo, al ver su pelo rubio y sus pícaros ojos azules el estómago se le revolvió.

—Voy servida, gracias —musitó y desvió la mirada.

—Venga, llevo un rato observándote. Estás sola —señaló el hombre.

—¿Y qué?

—Una chica no va a un pub sola si no está buscando compañía.

No se equivocaba. Elena estaba a la caza de un hombre. Pero no de ese.

—Pierdes el tiempo —gruñó sin mirarle.

—Venga, preciosa, dame una oportunidad —insistió él, con un mohín de pena tan exagerado que resultó cómico.

Ella lo miró por el rabillo del ojo. Realmente, parecía un chico

encantador. Y era muy guapo. Tal vez...

Atisbó un perfume muy familiar y se quedó de piedra.

—¿Qué... colonia usas? —musitó con voz ahogada, aunque sabía de sobra la respuesta.

—Invictus, de Paco Rabanne —respondió él y se acercó más, malinterpretando su interés—. ¿Te gusta?

¿Gustarle? Hubo un tiempo en que ese olor era sinónimo de hogar, pero ahora le hizo sentir un vacío tan grande por dentro que estuvo a punto de gritar de desesperación. Contuvo el aire en los pulmones y cerró los ojos, como si de aquella forma pudiese crear un escudo invisible que la protegiese. El hombre debió de interpretarlo como que estaba inspirando con deseo, porque sintió cómo se aproximaba más a ella. Elena abrió los ojos de golpe.

—¿Quieres olerlo mejor? —preguntó él, mientras acercaba su cuello con una sonrisa tentadora bailando en sus labios.

Aquel familiar aroma inundó sus fosas nasales y trajo consigo una marea de recuerdos, impactándola de tal forma que, si no hubiese estado sentada, se habría tambaleado.

—¡No te acerques a mí! —exclamó, al tiempo que lo empujaba casi con violencia, haciéndole trastabillar hacia atrás.

—¡Ey! ¿Qué cojones te pasa? —inquirió él, enfadado y sorprendido por el rechazo—. Solo te quería invitar a una copa, estaba siendo amable.

—Y yo te he dicho que no me interesa —farfulló ella con el pulso acelerado mientras le miraba con el ceño fruncido, esperando que le quedase claro que no quería seguir con aquella discusión.

El hombre abrió la boca para decir algo más, pero una voz ronca lo acalló.

—Lárgate, amigo. Ella ya tiene compañía.

Elena dio un respingo cuando una mano grande y muy cálida cubrió su hombro en un signo inequívoco de posesividad. El gesto fue efectivo porque el rubio abrió mucho los ojos, tragó saliva de forma visible, alzó las manos en gesto de rendición y se marchó sin volver a mirarla.

Ella se giró y rompió el contacto con aquella mano. Dudó entre dar las gracias a su dueño o echarle la bronca por haberla tocado sin su permiso, pero se quedó sin palabras cuando se dio de bruces contra un amplio pecho. Era normal que el rubio hubiese desistido sin presentar batalla. Ninguna persona en su sano juicio se atrevería a enfrentarse a alguien así.

Se trataba de un hombre enorme, con un cuerpo sólido y potente. Elena levantó la mirada, impresionada, y se topó con un rostro muy varonil. No se podía decir que fuese guapo, al menos no como el rubio que acababa de huir espantado. Tenía el cabello corto, oscuro y ondulado, de ese tipo de pelo que parece siempre revuelto; los ojos de color miel, intensos y a la vez con un brillo travieso; la nariz larga y ligeramente torcida, como si en algún punto de su vida alguien se la hubiese roto en alguna pelea, lo que le confería cierto aire pendenciero; y la mandíbula bien definida, oscurecida por una barba de varios días. Por separado, sus facciones no tenían nada fuera del otro mundo, pero en conjunto, el resultado era... interesante. Y muy masculino.

—Perdona si he actuado con tanta familiaridad —dijo el desconocido, antes de que ella pudiera hablar—, pero pensé que te estaba agobiando.

—Sí... Bueno... Gracias —balbuceó, sintiéndose un poco avergonzada.

—Me llamo Diego —se presentó él y le tendió la mano de un modo formal, como si intuyese que ella se incomodaría si se lanzaba a darle dos besos.

Y la hubiese incomodado.

Que él mantuviese la distancia de aquella manera hizo que ella se relajase de forma inconsciente.

—Elena —dijo, al tiempo que le estrechaba la mano, que fue literalmente engullida por la de él, mucho más grande.

—Dime, Elena, ¿puedo invitarte a una copa o me despacharás antes de poder hacerlo como has hecho con el rubio? —preguntó con descaro, mientras la miraba de forma interrogante.

Ese chico tenía el físico opuesto al que a ella siempre le había atraído. No tenía el cabello dorado como un rayo de sol, ni los ojos del azul del cielo en verano. Su voz no la hacía estremecer, su mirada no le causaba un tumulto en el cuerpo y su tacto no le aceleraba el pulso. Tampoco olía a hogar. No le hacía sentir nada y, justo por eso, era perfecto.

—Un Cacique con cola, por favor.

Él recibió su aceptación con una encantadora sonrisa que dejó traslucir unos perfectos dientes blancos. Un gesto sencillo que transformó su rostro y avivó algo en el interior de Elena. Desvió la mirada, incómoda. Tal vez había subestimado su atractivo.

Cuando el barman les sirvió las bebidas tomó la suya y bebió casi con desesperación, intentado adormecer aquel incipiente deseo.

—Será mejor que bebas más despacio. No me gustaría acabar la noche viendo el contenido de tus tripas —observó él con una cómica mueca de asco.

—¿Y cómo tenías pensado acabar la noche?

—Pues, antes de conocerte, esperaba tomarme una copa para relajarme y cruzar la calle hasta mi hotel, que está justo enfrente. Solo —añadió con una mirada penetrante.

—¿Y ahora? —inquirió Elena, sosteniéndole la mirada entre las pestañas.

—Bueno, ahora las posibilidades se duplican. Llámame optimista, pero tal vez acabe la noche acompañado —añadió Diego de forma atrevida.

Elena obvió la sugerencia implícita en sus palabras.

—¿Te alojas en un hotel?

—Sí, he venido a Valencia solo para pasar el fin de semana. Vuelvo a casa mañana, a Cuenca.

«Más que perfecto», pensó ella. Un chico de paso en la ciudad al que posiblemente nunca se volvería a encontrar, ni siquiera por casualidad.

Él la miró expectante durante unos segundos.

—¿No me vas a preguntar para qué he venido a Valencia?

Eso sería lo normal, entablar una conversación agradable durante un rato, conocerse un poco y, si la atracción persistía, cruzar la calle hasta el hotel donde acabarían la noche. Para finalizar, si el sexo había sido satisfactorio, lo usual sería un intercambio de teléfonos junto con alguna esperanza velada de volver a contactar. Sin embargo, Elena no quería conocer gente nueva, no tenía el más mínimo interés en profundizar sobre el hombre que tenía enfrente porque corría el riesgo de descubrir algo de él que le pudiese recordar el pasado. Ella había ido aquella noche a aquel pub con un firme propósito: alcanzar uno de los objetivos que le había propuesto Roger, su *coach* sentimental.

Se encogió de hombros, lo que hizo que Diego la mirara con extrañeza ante su falta de curiosidad.

—Bueno, aunque no lo hayas preguntado te diré que he venido para hacer una...

Elena lo cogió de la camiseta y lo atrajo hacia ella, atrapando sus labios en un beso profundo que lo hizo callar de forma efectiva.

Él no desaprovechó la oportunidad que le brindó. Mientras apresaba su rostro con las manos, la lengua de Diego se abrió paso entre sus labios. Acarició el interior de su boca con maestría e hizo que el frío que parecía

haberse adueñado de su interior desde hacía tanto tiempo se fuera atemperando.

Un año, tres meses y cinco días. Ese era el tiempo que había tardado en volver a besar a un hombre; otro de los objetivos propuestos por Roger y que había cumplido tan solo un par de meses atrás en ese mismo lugar, con otro desconocido. Ahora, mientras Diego exploraba su boca de forma sensual, no pudo evitar pensar que esa segunda vez estaba resultando mucho mejor de lo que había esperado.

Estaba tan absorbida por las sensaciones que le estaba despertando aquel beso que tardó en percatarse de la canción que estaba sonando en aquellos momentos. Poco a poco, los acordes de una melodía muy familiar se infiltraron en su mente hasta que, con un jadeo ahogado, rompió el contacto y se refugió detrás de su vaso, del que volvió a beber con nerviosismo.

—¿Estás bien? —inquirió Diego, mirándola con preocupación.

Parecía el hombre perfecto para lo que ella buscaba esa noche, pero mientras *With or without you* de U2 acariciaba su oído, Elena solo pudo pensar en escapar de allí.

—Mira, pareces una persona encantadora, pero yo...

Perdió el hilo de lo que estaba diciendo cuando él cogió su vaso y se lo llevó a la boca, justo por el punto en el que ella había bebido. El gesto le pareció muy íntimo, sobre todo por la forma en que él la miró cuando lo hizo.

Sus ojos se clavaron en las manos masculinas. ¡Madre mía! Eran las más sexys que había visto en su vida. Grandes, fuertes y, por lo que había sentido cuando la había tocado, irradiaban un reconfortante calor.

—Tú, ¿qué? —la apremió él a continuar.

«Desearía comprobar si esas manos saben tocar a una mujer hasta hacerla gemir de placer», pensó y se sorprendió por ello.

Aquel inesperado pensamiento unido a la canción que los envolvía hizo que se le encogiera el corazón con sensaciones indeseadas: remordimiento, culpabilidad, vergüenza. Si no conseguía controlar aquella situación perdería la oportunidad de alcanzar su objetivo.

—Quiero ir ya a tu hotel —murmuró, esperando que él no percibiese el tono suplicante de su voz.

Diego escrutó su rostro por unos segundos, asintió y, sin intercambiar más palabras, la cogió de la mano y la sacó de allí.

Era una noche de finales de abril muy agradable y tuvieron que esquivar a

varios grupos que estaban en la puerta del pub, fumando y riendo, despreocupados. Cruzaron la calle de forma apresurada hasta llegar al hotel. Se mantuvieron en total silencio, como si los dos intuyesen que cualquier cosa que dijeran, aunque fuera una insignificancia, podría estropear la decisión que habían tomado.

En cuanto la puerta de la habitación se cerró tras ellos, Elena se sintió envuelta entre los cálidos brazos del hombre. Aquello era una novedad. Con su metro setenta y cinco centímetros de altura, nunca había experimentado la sensación de sentirse pequeña con un abrazo. Fue una experiencia muy agradable y, por ello, la hizo ponerse incómoda.

Se revolvió en sus brazos y comenzó a desnudarse con rapidez, intentando acelerar las cosas. Esquivó la mirada de Diego hasta que se quedó tan solo con las bragas y el sujetador.

—¡Dios, eres preciosa! —exclamó él, mirándola con calidez, mientras su índice acariciaba la línea del escote en un gesto casi reverente.

Lejos de halagarla, ese comentario le hizo fruncir el ceño. No buscaba palabras bonitas, ni complicidad, ni siquiera ternura; tan solo ver si era capaz de perderse en los brazos de un hombre, aunque fuera por unos minutos.

Sin pérdida de tiempo, comenzó a desnudarle. Se puso de puntillas para sacarle la camiseta por la cabeza y atacó el cierre de sus pantalones con urgencia mientras le comía la boca con desesperación.

—Elena, te advierto que si no vamos con un poco de calma esto puede acabar más rápido de lo que esperas —murmuró Diego, entre beso y beso, intentando detener la mano que había metido en sus calzoncillos para atrapar su incipiente erección—. Aunque no lo creas, hace bastante que no me acuesto con una mujer —confesó, con voz ronca.

—No quiero ir con calma —musitó ella al abandonar su boca y, a continuación, depositó una estela de besos húmedos en un camino descendente por su torso desnudo salpicado de vello oscuro, hasta acabar de rodillas frente a él.

Le bajó los calzoncillos con un movimiento efectivo y engulló su miembro con determinación.

—Pero... —Cualquier objeción que él pudiera tener quedó acallada por un intenso gemido. —¡Oh, joder!

Elena se aplicó con esmero, agradeciendo que el suave olor a jabón que desprendía su piel no le originara indeseables recuerdos, que el gran tamaño

de aquel miembro no encajara en su boca con familiaridad y que los sonidos que emitía aquel hombre no le trajeran a la memoria otros teñidos de amor.

Perdió la noción del tiempo, entregada como estaba en demostrarse a sí misma que podía hacer aquello, cuando sintió que las manos de Diego la separaban con suavidad y la instaban a incorporarse para tumbarla en la cama.

Abrió la boca para protestar, pero él la acalló con un beso largo y profundo que hizo que la mente de Elena se enturbiara.

—Ya has demostrado tus habilidades —musitó él, deslizando los labios por su cuello, mientras sus grandes manos exploraban su cuerpo de una forma deliciosa—. Ahora me toca a mí.

Su sujetador voló antes de darse cuenta y los cálidos labios masculinos cubrieron su pecho, arrancándole un jadeo ahogado que le hizo abrir los ojos sorprendida. Una vez más intentó protestar, pero como si él lo hubiese intuido, la volvió a besar de aquella forma enloquecedora.

¡Genial! De entre todos los tíos a los que les gustaba follar sin más preocupaciones que obtener su propia satisfacción, justo había tenido que escoger a un hombre generoso en el sexo, de los que disfrutaban dando placer. No lo podía permitir, tenía que tomar el control de la situación.

Elena le cogió del cabello para apartarlo de sí, pero justo cuando iba a tirar de él, la mano masculina se introdujo en sus braguitas y un dedo explorador la penetró con suavidad en una caricia tan certera que le arrancó un fuerte gemido. Por unos instantes, le devolvió el beso entregada. Sus brazos lo rodearon, acariciantes y sus piernas se abrieron a él, invitadoras.

—Sí, eso es, humedécete para mí.

Aquel murmullo ronco la hizo volver en sí. ¡Mierda! Aquello no estaba saliendo como lo había planeado. Lo empujó hacia atrás, se estiró para coger el preservativo que él había dejado en la mesilla de noche y se lo puso con movimientos diestros.

—No pierdas el tiempo, fóllame rápido —urgió, subiéndose encima del hombre.

Diego la miró con fijeza, de aquella forma intensa que parecía querer leer en el interior de ella, pero Elena lo distrajo de forma eficaz, montándolo a horcajadas e introduciéndoselo con decisión. Se mordió el labio por la incomodidad que le produjo aquella penetración repentina. Había pasado demasiado tiempo y no estaba acostumbrada a un tamaño tan grande, pero era justo lo que necesitaba para mantener al margen el placer. Él se mordió el labio de

una forma muy sexy, con un gesto de gozo que la excitó sin querer y, para protegerse de aquella visión, cerró los ojos y empezó a cabalgarle con violencia. Era un ritmo demasiado rápido para proporcionarle placer a Elena, pero ideal para que él alcanzase el orgasmo con facilidad.

Era justo lo que ella pretendía, pero Diego la volvió a sorprender. Antes de poder impedirlo, él giró llevándola consigo y la cubrió con su cuerpo.

—Ni por un momento pienses que voy a consentirlo —gruñó, con el ceño fruncido, como si hubiese adivinado sus intenciones.

Sus manos, grandes y poderosas, comenzaron a recorrer su cuerpo, despertando las zonas erógenas que llevaban una eternidad dormidas. La hizo estremecer con sus caricias mientras reanudaba sus acometidas con un ritmo intenso y pausado que la dejó indefensa y que la condujo inexorablemente hacia un placer no deseado. Alzó las caderas de forma inconsciente, buscando mayor profundidad en sus envites, y gimió bajito cuando él le regaló una embestida especialmente deliciosa. No había esperado llegar al orgasmo con aquel encuentro, pero ahora que lo sentía cerca lo deseó con ansia. Sin embargo, justo cuando lo iba a alcanzar, él se alejó de forma repentina.

Elena abrió los ojos, frustrada, y se lo encontró de rodillas entre sus piernas mientras la miraba de aquella forma intensa, esta vez acompañada de una sonrisa canalla y sensual que le provocó un latigazo de excitación en el vientre.

—Juguemos un poco más —susurró Diego y, antes de que pudiese reaccionar, la puso boca abajo.

Elena contuvo el aliento mientras los labios de Diego depositaban un reguero de besos por su columna vertebral, en sentido ascendente, hasta llegar a su oreja.

—Incorpórate sobre las rodillas —susurró en su oído.

Ella se mordió el labio, dudando entre protestar u obedecer, pero al final se dejó guiar por él hasta quedar a cuatro patas, expectante, mientras Diego se situaba detrás de ella.

Primero, sintió sus manos acariciando sus costados y, después, sus nalgas hasta acabar aferrándola de las caderas. Luego sintió su miembro tantear su entrada hasta deslizarse en su vagina con una penetración lenta y deliciosa, tan profunda que le hizo encoger los dedos de los pies. Salió de su interior de la misma manera, centímetro a centímetro, y cuando ya estaba casi fuera, arremetió con intensidad y de forma imprevista, arrancándole un grito.

Una y otra vez la embistió con diferentes cadencias, imprevisible, sin marcar un ritmo que le permitiera llegar al orgasmo, pero manteniéndola en un estado de excitación y placer como el que nunca antes había sentido, hasta que sus gemidos fueron constantes, hasta que tuvo que morderse el labio para no gritar, hasta que rogó con palabras que pusiera fin a su tormento.

Solo entonces, él puso una almohada bajo sus caderas, dejó caer su peso contra ella y la aplastó contra el colchón. Encontró su clítoris con una mano y lo acarició sin piedad al tiempo que comenzaba a penetrarla con un ritmo constante, profundo y rápido. Justo lo que el cuerpo de Elena necesitaba, aunque ella no lo quisiera. Perdió la cabeza, se perdió a sí misma, cerró los ojos y se dejó llevar hacia un orgasmo avasallador.

Diego lo alcanzó casi al instante y por un segundo pudo sentir su cuerpo tembloroso y jadeante sobre ella antes de que rodara a un lado y rompiese el contacto.

No hubo susurros de amor ni caricias tiernas. Solo un bendito silencio roto por sus respiraciones aceleradas. Disfrutó de aquellos segundos de paz con el cuerpo momentáneamente saciado y la mente todavía enturbiada por la pasión.

—¿Quién es Sergio?

El sonido de ese nombre en los labios del hombre que todavía recuperaba el aliento a su lado fue un duro golpe de realidad. Abrió los ojos y fue como abrir las puertas a un tsunami de sentimientos que la desbordaron. Fue incapaz de contestar a aquella pregunta. Se levantó de la cama y comenzó a vestirse en silencio.

—Lo has murmurado cuando te has corrido —insistió él, mirándola desde la cama—. No me irás a decir que tienes novio, ¿verdad?

Elena tenía la garganta tan cerrada que no pudo responder, así que optó por el silencio. Se estaba terminando de colocar los pantalones cuando algo cayó de uno de sus bolsillos. Un pequeño aro brillante y dorado que captó toda la atención de Diego. Él lo cogió antes de que pudiera impedirlo.

—¡Joder! ¿Esto es una alianza? —masculló enfadado, observándolo con el ceño fruncido—. «Elena y Sergio. Juntos para siempre». —Leyó el grabado del interior del anillo antes de que ella se lo quitara de la mano y se lo volviera a guardar—. ¿Estás casada? —La presionó, encarándola, sin preocuparse en mostrarse desnudo ante ella.

Los ojos de Elena debieron reflejar la culpabilidad que sentía porque

Diego soltó un taco y pareció perder el control.

—Cuando te vi en el bar me pareciste una tía legal. Soltera, segura de sí misma y con ganas de pasar un buen rato sin complicaciones. Pero resulta que no eres más que otra zorra infiel a la que le gusta salir de caza por las noches mientras su marido la espera en casa como un idiota confiado —masculló, cogiéndola de los brazos de una forma que no le hizo daño, pero si le causó temor—. ¡Qué asco me dan las mujeres como tú!

No tuvo fuerzas para explicarse y tampoco intentó sacarlo de su error. Después de todo, no esperaba volver a verlo nunca más. Simplemente, se dejó arrastrar hacia la puerta con docilidad. Solo tuvo tiempo de estirar el brazo para coger su bolso antes de que Diego la echara de la habitación con un pequeño empujón. En cuestión de un segundo, se vio con la puerta en las narices.

No esperó ni miró atrás. Recorrió el pasillo del hotel dando las gracias porque, al menos, le hubiese dado tiempo a vestirse. No fue hasta que llegó al ascensor cuando se dio cuenta de que iba descalza, pero ni loca iba a volver a aquella habitación a recoger sus zapatos.

Se arrastró hasta su casa con el cuerpo y la mente todavía entumecidos. En cuanto abrió la puerta un maullido quedo le dio la bienvenida, pero lo ignoró. Se sentó en su cama, abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó una libreta de color morado. Pasó las hojas hasta la página que buscaba y dio con su objetivo: *Acostarse con un hombre.*

A continuación, escribió: *un año, cinco meses y trece días.*

Con movimientos cansados, todavía vestida y con los pies sucios, se acurrucó en la cama hecha un ovillo y esperó. Una, dos, tres... Las lágrimas comenzaron a brotar una detrás de otra. Sin parar. Sin control. No intentó detenerlas. Las necesitaba. Las merecía.

Aquella noche había conseguido su objetivo. Roger estaría orgulloso de ella, pero la victoria había sido especialmente amarga.

CAPÍTULO 1

Dos meses después...

—¿Me puede dar un jarabe para la tos?

Elena puso los ojos en blanco mentalmente. Aquella era una petición de lo más común en una farmacia, pero siempre traía consigo una gran controversia. Una vez estuvo más de media hora discutiendo con una señora sobre el tipo de tos que tenía su hijo, de unos doce años, mientras el chaval la miraba avergonzado. Todo menos llevarlo al médico. ¿Para qué iban a ir a perder el tiempo en la consulta de un doctor cuando podían ir a una farmacia y esperar a que el farmacéutico de turno adivinase sus necesidades?

—¿Qué tipo de tos tiene? —preguntó, mientras miraba al cliente con una sonrisa amable.

—Tengo la misma tos que Pepe —respondió el señor, sin añadir nada más.

—¿Y quién es Pepe? —inquirió Elena, armándose de paciencia.

—Pepe es mi perro —aclaró el hombre y señaló al perrito marrón que lo esperaba obediente en la puerta.

Elena parpadeó.

—La última vez creo que me llevé uno que se llamaba *Bitelchús* —añadió el hombre, solícito.

Ella se mordió el labio en un intento por contener la risa. Miró de reojo a Lucía, una de sus compañeras y su mejor amiga, que en ese momento estaba a su lado en el mostrador, y vio que comenzaba a toser para disimular su hilaridad.

—¿Quiere decir *Bisoltus*?

—Eso.

—Vale, entonces debe de ser tos seca —concluyó, dejando sobre el mostrador la caja correspondiente.

El hombre, de unos setenta años, miró el jarabe con el ceño fruncido.

—No recuerdo cuánto tengo que tomar.

«Paciencia», se recordó.

—Bueno, lo ideal sería que su médico se lo indicase y, ya de paso, que también hubiese sido él el que le recetase un jarabe específico —señaló, sacando a relucir su faceta de enfermera mientras abría la caja y leía el prospecto—. La dosis para un adulto como usted es la que marca este vasito cada ocho horas —añadió, a la vez que se lo mostraba.

El anciano asintió, aunque luego puso cara de duda.

—Y si pesase unos diez kilos, ¿cuánto tendría que tomar?

Elena lo miró sin comprender.

—Señor Leandro, este jarabe es para personas —intervino Amparo, la propietaria de la farmacia, desde la otra punta del mostrador—. No puede dárselo a su perro.

El hombre asintió ruborizado, pagó el jarabe y se fue. En cuanto la puerta se cerró tras él, Elena miró a su jefa, azorada. Lo había calado en el acto.

—¿En serio se lo iba a dar a su perro?

—Después de tanto tiempo trabajando aquí, ¿de qué te sorprendes? —intervino Lucía.

—Y tened por seguro que compartirá el jarabe con el pobre Pepe —vaticinó Amparo—. Por mucho que les digamos la gente termina haciendo lo que quiere.

Le gustaba su jefa. Amparo Suárez era una mujer enérgica, trabajadora y muy organizada. Tenía sesenta años, era viuda y venía de una acaudalada familia de farmacéuticos. La suya estaba situada en el barrio Ciudad Jardín, muy próximo a un hospital privado llamado Casa de Salud.

La farmacia ofrecía servicio las veinticuatro horas, los siete días a la semana, y para ello, Amparo tenía contratadas a quince personas, algunas con horario fijo y otras con horarios rotativos. Incluida Lucía, que era su hija y futura heredera de la farmacia en cuestión.

El horario de Elena era inmejorable. Trabajaba de lunes a viernes, de ocho a tres, dirigiendo el servicio de analíticas que ofrecía la farmacia de ocho a una. Su cometido principal era tomar las muestras de sangre para después mandarlas a un laboratorio cercano para analizarlas. El tiempo restante, cuando no tenía a nadie al que atender, lo pasaba de cara al público dispensando medicamentos y, al menos una vez al día, le tocaba atender a

alguien con una petición extraña que sumaban a su listado de anécdotas. Con todas las que había acumulado en los cuatro años que llevaba trabajando allí, bien podía escribir un libro. De hecho, Lucía tenía un blog al que había titulado «La botica loca», en donde compartía las más divertidas.

—Esta me la apunto para el blog —susurró su amiga, guiñándole un ojo. Miró el reloj y sonrió—. Las dos. Una hora más y empezaremos nuestro fin de semana. —Dio unas palmaditas de emoción—. ¿Quedamos mañana por la noche? Ya sabes que no voy a aceptar un no por respuesta.

Elena contuvo un suspiro. Lucía era consciente de que no podía negarse y siempre sacaba partido de ello. Uno de los objetivos propuestos por Roger era aquel: sociabilizar con amigas al menos una vez a la semana, y su amiga lo sabía.

—Sí, quedamos mañana —convino, tratando de mostrarse entusiasmada.

—¿Y vendrás sin alianza?

Era la pelea constante entre ellas cada vez que quedaban para salir de fiesta.

—Ya sabes que no.

—¿Qué te dice Roger sobre eso? —inquirió Lucía mientras alzaba una ceja.

Que era el paso definitivo para dejar el pasado atrás. Un paso que su corazón todavía no estaba preparado para dar.

—¡Cómo quieras! —bufó Lucía con los ojos en blanco al percatarse de que no la iba a disuadir, y desapareció en la trastienda.

A veces la envidiaba.

A pesar de lo joven que era ya tenía la vida resuelta. Había sacado la carrera de Farmacia con las mejores notas para, algún día, poder tomar el relevo de su madre en la dirección del negocio familiar. Tenía un novio agradable y atractivo, Edu, que se desvivía por ella, y con el que había empezado a vivir en un piso que le había regalado su madre tan solo unos meses atrás, por su veinticinco cumpleaños.

Hacía unos años, Elena también había tenido una vida envidiable. Había conseguido un trabajo estable que la llenaba, acababa de casarse con el hombre que amaba y había cumplido su sueño de vivir en un ático con una bonita terraza. Pensaba que su vida estaba resuelta y encauzada, pero...

«No sigas por ahí».

La voz de Roger resonó en su mente como si hubiese estado allí.

No, tenía que alejarse de esos pensamientos, y la aparición de Ana la ayudó.

Ana Romero llevaba un año trabajando allí y acababan de hacerla fija. «Sexy» era el mejor término para describirla. Tenía veintitrés años, una melena rubia y rizada que le llegaba a media espalda, ojos negros y cautivadores y un cuerpo voluptuoso que atraía todas las miradas masculinas. Como guinda del pastel, las gafas de montura roja que siempre lucía le daban un toque intelectual y sofisticado. Tenía la apariencia de una chica mundana, sí, con su físico sensual y sus ademanes extrovertidos, pero nada más lejos de la realidad. Era muy dulce y bastante ingenua.

—Lucía y yo hemos quedado para salir mañana por la noche —comentó al saludarla—. ¿Te vienes o tienes planes con Miguel?

Al oír el nombre del que era su novio el rostro de Ana se arrugó y, con un sollozo, se metió en la trastienda. Elena la siguió al instante.

Lucía, que estaba repasando el stock, dio un respingo al verlas aparecer y las miró sorprendida, sobre todo, al ver que Ana rompía en llanto.

—¿Qué te pasa, preciosa?

—*Prusquelmincidmigmeposlocurnos* —farfulló la muchacha rubia de forma ininteligible.

Para asombro de Elena, vio que Lucía chascaba la lengua y la abrazaba con expresión entristecida.

—Nunca me ha gustado ese chico y te lo dije cuando empezaste a salir con él.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber Elena, desorientada.

—Que Miguel le ha puesto los cuernos —explicó Lucía sobre el hombro de Ana.

—*Pacitancandorcandconcí* —balbució Ana entre hipidos.

—Parecía encantador, sí —convino Lucía, que parecía tener el super poder de entender aquel sinsentido—, pero iba a lo que iba. Cuando un chico está realmente interesado en ti, intenta conocerte más allá del aspecto físico. Y Miguel solo quedaba contigo para follar —añadió con crudeza.

Elena estuvo a punto de darle una colleja a su amiga. En ocasiones, era demasiado directa. Le faltaba el tacto de la diplomacia.

—No se merece tus lágrimas —terció ella, apenada por la congoja de su amiga.

—No, lo que se merece es la clamidia o la gonorrea —masculló Lucía.

El llanto de Ana se transformó en una risita al oír aquella ocurrencia y, poco a poco, se fue serenando.

—Soy tonta, ¿verdad? —musitó, más calmada—. Siempre acabo enamorándome del primer guaperas que me dice algo bonito.

—No eres tonta; eres joven e ingenua.

—Y hay muchos capullos que no dudan en aprovecharse de ello —añadió Lucía.

—Tenía que haberlo visto venir. Yo soy Cáncer y él, Leo. ¡Estábamos condenados al fracaso! —exclamó con teatralidad, mientras se llevaba el dorso de la mano a la frente.

Elena y Lucía intercambiaron una mirada divertida a pesar de todo. Ana era una friki de los horóscopos y una romántica redomada.

—Yo solo quiero encontrar un buen chico del que enamorarme y que él también se enamore de mí —continuó barbullando la rubia—. A poder ser un Tauro, un Capricornio o un Piscis. ¿Tan difícil es?

«Es tan difícil encontrarlo como fácil perderlo», pensó Elena, pero no lo dijo.

—Empieza por alejarte de los que solo piensan en follar y no buscan nada serio —instruyó Lucía.

—Pero ¿cómo puedo reconocerlos?

—Es difícil, pero hay algunos a los que se les ve venir a la legua —intervino Elena.

—Esos son... caca —concluyó Lucía.

—¿Caca? —preguntaron las otras dos al unísono.

—Sí, es lo típico que se les dice a los bebés para alejarlos de algo que no les conviene —explicó Lucía con una sonrisa—. «Deja eso, que es caca».

—¡De acuerdo! A partir de ahora, me alejaré de las cacas —decidió Ana con el ánimo ensalzado.

Las tres amigas se echaron a reír.

Amparo asomó la cabeza en la trastienda y las miró con una sonrisa paciente.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí, señora —contestaron las tres al unísono.

—Pues entonces, a trabajar, que los clientes están empezando a hacer cola.

El resto de la mañana pasó sin contratiempos y, a las tres, Elena se despidió de todos y se fue caminando hacia su casa. Había hecho de su vida una rutina cómoda: después del trabajo comía en casa, leía algún libro y se iba al gimnasio; tras un par de horas sudando tomaba una cena ligera y miraba un rato la tele hasta que se quedaba dormida.

Los fines de semana la rutina cambiaba. Se dedicaba a hacer la compra, limpiar y, lo que se había convertido en su pequeña pesadilla, sociabilizar. El sábado por la noche se obligaba a salir a cenar y tomar unas copas con Lucía y Ana. Aunque, como muy tarde, regresaba a casa a las cuatro. Muchos considerarían que a sus veintisiete años llevaba una vida monótona y aburrida. Tal vez; pero salir de una depresión era un camino largo y complicado.

Estaban a finales de junio y el sol apretaba bastante, así que aceleró el paso para llegar cuanto antes y huir del sofocante calor.

Le encantaba aquel barrio. Ciudad Jardín era una zona de Valencia que, al estar cerca de las universidades, mezclaba a los vecinos de toda la vida con la sangre joven de los muchos estudiantes que alquilaban pisos por allí. Tenía zonas de ocio, comercios, restaurantes, colegios, muchos parques y buenas conexiones de transporte público, con parada de metro incluida. Era un barrio estupendo y, por eso, cuando Sergio y ella se embarcaron en la arriesgada aventura de comprarse un piso, se decantaron por aquella zona.

Se decidieron, o mejor dicho se enamoraron, de un bonito ático de dos habitaciones con una pequeña terraza que daba a la plaza del Cedro. Puede que el edificio no fuese nuevo, pero estaba rehabilitado y tenía ascensor. Era justo lo que habían soñado para asentarse. Lástima que casi no tuvieran tiempo de disfrutarlo juntos.

«No, no, no. Cambia el chip, Elena», le previno la voz de Roger, esa que luchaba por sacarla de su depresión.

Por suerte, algo llamó su atención desviando el rumbo de sus pensamientos: un camión de mudanza. Estaba parado justo en la puerta de su edificio mientras varios hombres descargaban los muebles que había en su interior. Eso solo podía significar una cosa: tenía un nuevo vecino. No tuvo que pensar mucho para deducir dónde se instalaría. El edificio solo tenía dos pisos por planta y el único que había vacío era el ático que estaba al lado del suyo, puerta con puerta. La plataforma elevadora que estaba anclada en el quinto se lo confirmó.

Eso avivó su interés. Llegó al patio y sacó las llaves despacio. Hizo tiempo para estudiar los muebles y trató de deducir cómo serían los nuevos propietarios. Soltero o soltera, tal vez una pareja joven, o una familia con algún hijo. Pero ante la falta de elementos infantiles descartó esto último. Los electrodomésticos parecían nuevos y eran de los caros, pero los muebles eran un batiburrillo de estilos sin ningún tipo de similitud.

Bueno, lo más importante era que fuesen buenos compañeros de convivencia. Unos malos vecinos podían hacer de su vida una pesadilla.

No quiso demorarse más porque no quería ser la típica vecina cotilla. Abrió la puerta del patio echando una última mirada y, al entrar, se dio de bruces con la señora Paquita, su vecina del piso de abajo, que observaba sin disimulo por el cristal.

—Buenos días, señora Paquita.

—Buenos días, bonita. ¿Qué tal por la farmacia hoy?

—Bien, todo tranquilo. ¿Alguna novedad por aquí? —preguntó Elena, con toda intención.

—Pues parece que ya han vendido el ático que está junto al tuyo — confirmó la anciana—. Estaba en casa y he oído unos ruidos en la calle, ¿sabes? Al asomarme por la ventana he visto el camión de la mudanza descargando. Como tenía que bajar a por el correo, por si tenía carta de mi Andresito, he aprovechado para echar un vistazo más de cerca.

—Y qué, ¿ha recibido carta de Andresito? —preguntó, tratando de mostrarse amable.

Elena tenía sentimientos encontrados por aquella mujer. Tenía setenta años y era viuda desde muy joven. Su único hijo, por el que se había desvivido toda la vida, se había ido a trabajar a Alemania diez años atrás con su mujer y sus dos retoños y, por lo que ella contaba, tan solo venían a visitarla una vez al año. Como la mujer no estaba puesta en las nuevas tecnologías se comunicaba con él por carta. La señora Paquita estaba muy sola y por eso le daba pena. Además, era muy amable. De vez en cuando le subía fiambreras con albóndigas caseras, lentejas o cualquier otra cosa que hubiese hecho para comer, preocupada de que no se alimentase bien. Sin embargo, cualquier acercamiento con ella suponía un problema, y es que la señora Paquita era la cotilla de la finca. Sin saber cómo, conocía la vida de todos los vecinos y se enteraba de todo lo que pudiera acontecer. Cualquier cosa que le contases se convertía en dominio público y eso, para Elena, muy reservada con su

intimidad, era un peligro en potencia.

—Pues la verdad es que todavía no lo he mirado. Me he entretenido con la mudanza —explicó la mujer, sin apartar la vista de la cuadrilla que descargaba—. Por ahora han subido un sofá enorme, una televisión más grande aún, una cama de matrimonio y una cama individual. Los colchones parecían de esos tan caros que anuncian por la tele, ¿sabes? De esos *piscolásticos* tan modernos que...

Mientras abría el buzón y revisaba el correo para descartar la publicidad escuchaba sin mucho interés los pormenores de la mudanza en boca de la mujer, que al parecer se había pasado media mañana allí, mirando.

—¿Has visto ese frigorífico? ¡Tiene dos puertas! Aunque viendo el tamaño de esos dos chicos es comprensible que sea tan grande, porque deben de comer un montón.

Ese comentario volvió a captar la atención de Elena.

—¿Dos chicos?

—Sí, dos jóvenes altos y fornidos. Por como daban órdenes a los de la mudanza parecían los nuevos propietarios —explicó la mujer—. Lo que no sé es por qué están viviendo juntos. Deben ser hermanos —añadió, pensativa.

«O más probablemente una pareja de gais», dedujo Elena en su mente, sin contradecirla. Si le daba pie la entretendría más, así que optó por asentir dándole la razón y despedirse.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el último piso lo primero que vio fue un montón de cajas en el rellano y la puerta de sus nuevos vecinos abierta. La tentación de asomarse y echar una miradita fue intensa.

—Hugo, ¿has visto la caja con los vasos? —gritó una voz desde el interior—. ¡Joder! Con tantas cosas de por medio no hay quien se aclare.

Aquella voz masculina y potente, aunque amortiguada por la distancia, le provocó un extraño escalofrío interior.

—Creo que la dejé en el rellano junto con las cajas de vajilla y los cacharros de cocina —respondió otro hombre, pero esta vez se oyó más cerca.

Los ojos de Elena volaron hacia la caja más alta del montón donde habían escrito con un rotulador negro *VASOS*. Dándose cuenta de que estaba parada en medio del rellano dio un respingo y se dirigió a su puerta con la intención de meterse en casa antes de que la vieran, pero solo le dio tiempo a introducir la llave en la cerradura antes de que apareciese un hombre por la puerta de al lado.

Su nuevo vecino se paró en seco al verla, azorado.

—¡Vaya! ¡Hola!

Cualquier duda de que no fueran gais quedó descartada al verle aparecer con un delantal floreado en tonos rosas. Lástima, porque el chico estaba como un tren. La señora Paquita no había exagerado. Era enorme. Rondaría el metro noventa y estaba en forma. Su cuerpo le trajo a la mente el de otro hombre al que se estaba esforzando por eliminar de su memoria, pero, a diferencia de aquel, que solo se podía considerar atractivo, este era indiscutiblemente guapo.

—Hola, me llamo Elena —se presentó ella, con una sonrisa—. Supongo que sois los nuevos vecinos, ¿no?

—Eso parece —musitó él, mirándola de arriba abajo—. Yo soy Hugo.

Aquella manera de observarla la puso un poco nerviosa. Llevaba en pie desde las siete y, debido a que había sido un día especialmente caluroso, se sentía sudada y cansada, así que pensó que su aspecto no era para tirar cohetes.

—Aparecen esos vasos, ¿o qué? —volvió a atronar la otra voz desde el interior en un tono claramente malhumorado.

—¡Sí, ahora te los llevo! —respondió Hugo, también gritando. Al ver que Elena se sobresaltaba esbozó una mueca—. Perdona, pero ver tanto desorden nos tiene un poco nerviosos.

—Tranquilo, es bien sabido que una mudanza siempre trae disputas de pareja —le tranquilizó ella, restándole importancia con un ademán—. Bienvenidos al edificio —añadió a modo de despedida antes de meterse en su casa.

CAPÍTULO 2

—Tengo una buena y una mala noticia —anunció Hugo mientras entraba en la cocina sujetando la caja de vasos—. La buena es que la vecina de al lado es un verdadero bombón.

—¿Y eso es bueno? —inquirió Diego, sin mucho interés, al tiempo que cogía la caja. La puso sobre la encimera, la abrió y comenzó a colocar los vasos en el mueble de encima del fregadero.

—La mala es que cree que somos pareja o algo así —continuó diciendo el otro, indignado—. ¿Cómo crees que habrá llegado a la conclusión de que somos gais?

—Dímelo tú —respondió él, en tono irónico, y cabeceó hacia el delantal de flores que cubría el cuerpo de su hermano.

—¡Joder! No me acordaba de que lo llevaba encima —masculló Hugo, avergonzado—. En media hora me tengo que ir a la universidad y es lo primero que he encontrado para no mancharme la ropa mientras te echaba una mano.

—Pues que sepas que llevas uno de los delantales de mamá y siento decirte que no favorece tu masculinidad —apuntó Diego, sonriendo a su pesar.

—Bueno, a lo que iba... Ahora me veo en la obligación de demostrarle a esa chica que soy completamente hetero —declaró Hugo, con una sonrisa lobuna.

Aquel comentario puso en alerta a Diego.

—No quiero problemas con los vecinos, hermanito —advirtió, serio—. Además, no sabes nada de ella. Tal vez está casada.

—¿Y qué? —inquirió, encogiéndose de hombros. En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho empalideció—. Mierda, lo he dicho sin pensar. Estaba de broma. Ya sabes que yo nunca me liaría con una mujer casada, ¿verdad?

—No hay nada que perdonar —lo tranquilizó Diego, con una sonrisa—. ¿Por qué no entras las cajas que se han quedado en el rellano?

En cuanto su hermano salió de la cocina su sonrisa vaciló hasta desaparecer. Odiaba que todos se sintieran en la cuerda floja cuando

mencionaban el tema de la infidelidad por miedo a que lo inquietara. ¡Por supuesto que le afectaba, joder! Había pillado a su mujer en la cama con su mejor amigo tan solo seis meses después de la boda. Era algo que marcaba a un hombre, pero estaba empeñado en superarlo y no dejar que eso lo amargara el resto de su vida.

Aunque le estaba resultando más difícil de lo que había esperado.

Su mente viajó dos meses atrás, al fin de semana que había estado en Valencia para hacer una entrevista de trabajo. Cuando por la noche se fue a tomar una copa lo último que esperaba era acabar en la cama con una mujer. Hacía cuatro meses de su divorcio y había quedado tan quemado con las mujeres que rehuía cualquier contacto con ellas, incluso el sexual. Sin embargo, cuando vio a aquella preciosidad de pelo castaño en la barra algo lo obligó a acercarse a ella. Tal vez el velo de vulnerabilidad que había visto en ella por unos segundos cuando aquel moscón se le había aproximado. Eso había despertado sus instintos protectores. Lo demás había ido rodado. Una química fulminante entre dos adultos solteros... O eso creía él.

Cuando descubrió que estaba casada se sintió enfadado, sucio y utilizado. Aunque, sobre todo, volvió a desencantarse con las mujeres. Era consciente de que no todas eran iguales, pero había perdido las ganas de volver a arriesgarse, al menos durante un tiempo.

Lo único bueno de ese fin de semana fue que consiguió el trabajo. Ahora era el nuevo jefe del departamento informático del hospital Casa de Salud. Eso significaba un horario de nueve a cinco, de lunes a viernes, y un sueldo con el que nunca se habría atrevido a soñar. Para un hombre que todavía no había cumplido los treinta años era todo un logro. Además, en su caso, el empleo implicaba un cambio de ciudad. La posibilidad de salir de Cuenca, la ciudad que lo había visto nacer, crecer y fracasar en el amor. Justo lo que necesitaba para empezar una nueva vida.

Valencia le gustaba mucho para vivir. Era una bonita ciudad con todas las comodidades que se pudieran desear, sin ser demasiado grande para agobiar, y tenía unas playas maravillosas. Sin embargo, lo que más le gustaba era el clima. Por eso, cuando se dispuso a buscar piso, su condición indispensable fue que tuviese una terraza para poder disfrutar del sol del Mediterráneo. Cuando el comercial de la inmobiliaria le enseñó aquel ático no lo dudó. Era perfecto para él. Completamente reformado, dos habitaciones, dos baños y una terraza ideal que daba a un parque. Además, había conseguido un contrato de

alquiler con opción a compra con unas condiciones estupendas. De esa forma tenía un par de años para decidir si su futuro estaba en aquella ciudad antes de atarse a una hipoteca.

Solo había una cosa con la que no había contado cuando aceptó aquel trabajo para alejarse de todo: que uno de sus hermanos se mudaría con él.

—¿Todo esto va en la cocina? —preguntó Hugo, cargado con tres cajas amontonadas una encima de la otra en precario equilibrio.

—Sí, pero ten cuidado, que llevan...

La advertencia llegó demasiado tarde. Como las cajas le bloqueaban la vista, Hugo no vio la bolsa de basura que había en el suelo y tropezó con ella. Él consiguió no acabar de morros contra las baldosas de la cocina, pero las cajas no tuvieron la misma suerte y terminaron desparramadas en medio de un gran estrépito.

—Eso ha sonado a platos rotos —musitó Hugo, con una mueca.

—Creo que te acabas de cargar la vajilla —convino Diego, con un suspiro cansado—. Déjalo y vete a la universidad o llegarás tarde. Ahora lo recojo yo —dijo, al ver que su hermano comenzaba a abrir las cajas.

—Joder, tienes razón, se me está haciendo tarde —gruñó, después de mirar el reloj—, pero me sabe mal dejarte todo este estropicio.

—Tranquilo, hasta dentro de unas semanas no me incorporo a mi puesto. No tengo nada mejor que hacer durante ese tiempo que dedicarme a adecentar esto antes de que nuestros padres vengan a supervisarlo todo, y buscar un buen gimnasio.

—Justo a la vuelta de la esquina me ha parecido ver uno.

—¿Sí? Pues luego me acercaré a echar un vistazo.

—Está bien, pues a la noche nos vemos. —Se despidió Hugo. Pero al llegar a la puerta de la cocina se giró y lo miró dubitativo.

—¿Qué? —inquirió Diego.

—No te lo he dicho hasta ahora, pero... te agradezco mucho que me dejes... invadir tu vida durante el próximo año —balbuceó de repente, ruborizado.

A Diego se le hizo un nudo en la garganta. Se llevaban cuatro años y su relación no siempre había sido muy cordial, puesto que eran bastante opuestos: él, más responsable y formal; Hugo, en cambio, era irreverente, desenfadado y un mujeriego nato. Sin embargo, cuando tocó fondo su hermano fue el que más lo ayudó a seguir adelante. En los últimos meses sus lazos de

sangre se habían visto reforzados por una profunda amistad. Por eso, cuando Hugo le dijo que estaba pensando en hacer un máster de posgrado en Valencia para completar sus estudios de Bellas Artes, no dudó en ofrecerle una habitación en su nueva casa.

—No tienes por qué darlas —dijo, incómodo—. Pero procura no romper nada más o tendré que cobrarte un alquiler —añadió de broma, intentando quitar un poco de leña al asunto.

—Ya sabes que me gano un dinerillo con mis dibujos y, si no es suficiente, buscaré trabajo de camarero para los fines de semana. Si quisieras podría pagarte...

—No digas tonterías —cortó, tajante—. Lo que tienes que hacer es ahorrar para cumplir tu sueño.

Y el sueño de su hermanito no era otro que ir a Japón a completar sus estudios en la escuela Nihon Kogakuin, que poseía varias especialidades relacionadas con el diseño, en concreto, un curso de dos años de manga y anime que Hugo estaba empeñado en hacer.

Su hermano abrió la boca para discutir, pero terminó soltando un suspiro derrotado. Los dos sabían que Diego estaba en lo cierto.

—Está bien, ahora me tocará poner tu nombre a mi primogénito como muestra de agradecimiento.

—Me conformo con que me ayudes a mantener la casa limpia y que me invites a una cerveza de vez en cuando.

—Hecho —aceptó Hugo, y con un ademán se despidió.

CAPITULO 3

—Buen trabajo, chicos. —Aprobó la monitora, aplaudiendo.

Todos los participantes dieron palmas con ella. Aquel siempre era el colofón de la dura clase de *spinning* que hacía tres veces a la semana.

Elena se secó el sudor con la toalla de mano y dio un trago a su botella de agua, luchando por recuperar el aliento.

Iba al gimnasio a diario; le encantaba, aunque no siempre había sido así. Cuando Roger se lo propuso meses atrás había odiado la idea. Su cuerpo, aletargado por la depresión, había protestado ante la perspectiva de hacer algo más que ir de la cama al sofá y del sofá a la cama. Pero al final había acabado accediendo, como sucedía con cualquier propuesta de Roger.

Ahora era todo un vicio. Primero hacía una hora de cardio para calentar y luego se metía en *spinning*, zumba o cualquiera de las clases que se ofrecía a diario. No lo hacía precisamente por tener un cuerpo diez, mantenerse en forma era un beneficio secundario. Lo que más le gustaba era que su cuerpo volvía a vibrar de vitalidad.

—Ha estado bien la clase, ¿verdad?

Elena se giró hacia el chico que tenía en la bici de al lado. Si la memoria no le fallaba se llamaba Jacobo. Veintimuchos, moreno con ojos azul cobalto, un poco más alto que ella y con un cuerpo bien musculado. Todo un bombón. Habían coincidido en varias clases y él solía situarse cerca de ella.

—Sí, el *spinning* siempre me deja muerta —comentó ella, mientras recogía sus cosas.

Normalmente, en cuanto la clase del día acababa se iba a casa. Al tener el gimnasio a la vuelta de la esquina de su domicilio le era más cómodo ducharse en su propio baño.

—Entonces, ¿estás demasiado agotada para quedar a tomar algo?

Elena lo miró con sorpresa. Aquello no se lo esperaba. Siempre había sido amable con ella, pero no más que con las otras chicas que iban por allí. Eso le pasaba por quitarse la alianza. Ese sencillo anillo de oro solía ser un escudo efectivo para que los chicos no la abordaran. Pero no le gustaba llevar

joyas cuando iba al gimnasio, ni siquiera esa.

Miró a Jacobo. Era un chico agradable y estaba de buen ver. Aun así...

—La verdad es que sí. Tal vez otro día —añadió para suavizar la negativa, sin querer parecer borde.

Él pareció darse por satisfecho con su respuesta porque se despidió con una sonrisa y Elena suspiró aliviada. Después del desastre que había supuesto su última escapada dos meses atrás, no estaba con ánimos de repetir. Tal vez lo lógico sería empezar quedando con un chico en plan amigos e ir yendo poco a poco, pero ese tipo de relaciones implicaba dar a conocer su currículum vitae sentimental y eso era algo para lo que ella no estaba preparada todavía. Una cosa era compartir su cuerpo una noche con un desconocido, que era lo que había hecho con Diego; y otra muy diferente era compartir sentimientos.

Rumiando sobre sus pensamientos giró por el pasillo que daba al *hall* del gimnasio y se paró de golpe cuando una figura masculina llamó su atención. Estaba de espaldas a ella, en la recepción, hablando con el chico que estaba tras el mostrador. No podía verle la cara, pero algo en él le resultó familiar. Muy alto, espalda ancha, cintura estrecha, culo prieto y piernas bien formadas. Iba vestido de calle, como si hubiese entrado a pedir información. El hombreladeó un poco la cabeza y pudo vislumbrar su perfil. Contuvo el aliento de golpe. ¿Diego? No podía ser. Tal vez por haber estado pensando en aquella noche su mente estaba jugándole una mala pasada. Por si acaso, se escondió detrás de la esquina y asomó la cabeza con disimulo para espiar.

Después de varios segundos observándolo sus sospechas se confirmaron. ¡Maldición! Sí que era él. Pero ¿qué hacía allí? Se suponía que no era de Valencia. Lo peor es que estaba en la entrada y, si ella salía, él la vería.

Para empeorar las cosas, el chico de recepción salió de detrás del mostrador y Diego lo siguió... Justo hacia donde ella se encontraba.

Elena escondió la cabeza a tiempo de que no la vieran y miró alrededor, horrorizada. En cuestión de segundos girarían la esquina y se la encontrarían allí.

En aquel momento, una puerta se abrió a su lado para dejar paso a un chaval de unos dieciocho años y, sin pensarlo demasiado, la cruzó. Supo que había cometido un error táctico en el momento en que se encontró con cuatro hombres en diferentes estados de desnudez, mirándola con los ojos desorbitados.

—¡Ups! Esto no es la sauna, ¿verdad? —comentó, fingiendo inocencia.

—No, guapa, te has metido en el vestuario masculino. Pero, si lo que quieres es sudar, podemos quedar luego y te ayudo —repuso el típico cruasán de gimnasio con más testosterona que cerebro.

Elena iba a replicarle algo cortante para bajarle los humos, pero escuchó una voz al otro lado de la puerta que decía: «Y esto de aquí es el vestuario de caballeros».

Para sorpresa de los cuatro espectadores que tenía, cruzó rauda la zona de taquillas sorteando un par de bolsas de deporte que había en el suelo como una auténtica saltadora de obstáculos, y atravesó la puerta por la que sabía que se accedía a la zona de sauna común a los dos vestidores. No se detuvo ni miró atrás. Alcanzó el vestidor femenino, lo cruzó y salió por la puerta como si nada, sabiendo que en aquel momento el *hall* de entrada estaba despejado. Por si acaso, Elena se puso las gafas de sol y se escudó detrás de tres chicas que salían en ese momento, tratando de pasar desapercibida.

En cuanto sus pies tocaron la calle corrió hasta su casa. Solo cuando se encerró en su ático pudo respirar tranquila.

Aquella noche soñó con él, con Diego. No era la primera vez que sucedía. Volvió a rememorar la calidez de sus manos, sus deliciosos besos, la profundidad de sus penetraciones. Pero todo el placer que sentía se transformó en una horrorosa pesadilla cuando unos amados ojos azules se colaron en sus sueños y fueron testigos de su pasión.

A la mañana siguiente, Elena se despertó cansada y de mal humor. A pesar de que no era de las que remoloneaban en la cama por las mañanas, ese día hizo una excepción. ¡Qué más daba! No tenía nada que hacer en todo el día y no había quedado con Lucía y Ana hasta la noche. Así que se quedó tumbada boca arriba y miró al techo mientras se sumía en sus pensamientos.

No entendía por qué conjuro del destino Diego había aparecido en su gimnasio, pero no le gustaba nada haberse cruzado con él. El encontronazo que tuvieron después de aquel momento de sexo le había dejado un mal sabor de boca que la acompañó durante semanas. Incluso ahora, meses después, sentía un nudo en el estómago ante la posibilidad de encontrárselo cara a cara.

«Vamos, mujer. ¿Qué probabilidades hay de que eso pueda pasar?», bufó una vocecita en su oído.

Hasta ayer pensaba que ninguna, pero ahora no lo tenía demasiado claro.

Un maullido apremiante la sacó de sus reflexiones. Alzó la cabeza y se encontró con unos intensos ojos azules que la observaban solemnes a menos de un metro de distancia.

—Buenos días a ti también, Yoda —susurró, mientras le acariciaba detrás de la oreja con cariño—. ¿Tienes hambre?

El gato volvió a maullar y Elena lo interpretó como un «sí».

—Está bien, hora de levantarse —musitó, al tiempo que salía de la cama con el gato a la zaga.

Minutos después, los dos desayunaban en la terraza mientras el sol saludaba por el horizonte. Le encantaba aquel pequeño rincón de su casa. No era muy amplia, pero tenía lo necesario para estar cómoda allí: una mesa y cuatro sillas, una hamaca y un montón de plantas a las que le gustaba mimar y que le alegraban la vista.

Lo mejor es que estaba al resguardo de miradas extrañas, o lo había estado antes de que sus nuevos vecinos se instalaran allí.

Lucía observó el murete de separación que había entre las dos terrazas. No era demasiado alto, apenas medía un metro y medio. Hasta ahora no le había importado porque el ático de al lado había permanecido vacío desde que se mudó allí, pero ahora tendría que poner algún tipo de barrera para conservar la intimidad.

Cuando Sergio y ella decidieron quedarse aquel ático bromearon con la idea de comprar también el continuo para hacerse una casa más grande.

«Vamos a necesitar más espacio para criar a nuestros cuatro hijos», le había dicho Sergio con convicción. Ella se había desternillado de risa, pero no le había objetado nada porque sabía que al lado de él todo era posible.

Por el rabillo del ojo detectó un movimiento que captó su atención: Yoda se había sentado arriba del murete de separación de las dos terrazas mientras se aseaba con sendos lametones. Ese iba a ser otro problema. Esperaba que a sus nuevos vecinos les gustasen los gatos porque al suyo de vez en cuando le gustaba explorar la terraza de al lado.

CAPÍTULO 4

—Esa era la última caja —musitó Diego, cansado, mientras se dejaba caer en el sofá al lado de Hugo.

Desde el día anterior no había parado de ordenar sus cosas y por fin lo había dejado todo tal y como quería. Miró su casa con satisfacción. No tenía demasiados muebles, pero sí todo lo que necesitaba: una televisión de cincuenta y cinco pulgadas para ver sus series favoritas; un sofá con *chaise longue* lo suficientemente grande para dar cabida a su metro noventa y dos centímetros de altura; y una cama *King size* en la que no se le salieran los pies al dormir. Todo lo demás eran muebles auxiliares que había conseguido de aquí y de allá hasta que se decidiera a comprar algo mejor.

No había conservado nada de su vida de casado. No quería tener nada a la vista que le recordase a su exmujer. Además, el estilo de Nuria siempre había sido opuesto al suyo. Ella era una apasionada del blanco y negro, y a él le iban más los tonos naturales, pero como Diego había querido complacerla, la casa en la que habían vivido como pareja se había convertido en un tablero de ajedrez.

—Creo que nos merecemos un poco de diversión —comentó Hugo, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué tienes en mente?

—Que es sábado, está anocheciendo, y este barrio está lleno de garitos. ¿Te apetece una cerveza y un par de partidas de dardos?

Tres horas después, tras una buena ducha para quitarse todo el polvo de la mudanza y una cena sencilla, los dos hermanos midieron su puntería frente a una diana en un pub muy concurrido de la plaza del Cedro que se llamaba Colores.

Hugo tenía mejor tino que él, pero, después de dos cervezas, su pulso comenzó a flaquear hasta que sus lanzamientos se convirtieron en una sucesión de despropósitos: uno de los dardos rebotó en la diana sin clavarse puesto que

lo había lanzado de lado; otro se escurrió de sus dedos cuando iba a tirar y casi se le clava en el pie; un tercero se clavó en la pared a más de veinte centímetros de la diana; y en cuanto al último, Hugo flexionó el brazo y entrecerró los ojos para apuntar, retrocedió ligeramente la mano para tomar impulso y el dardo salió disparado... hacia atrás. Lo más gracioso es que continuó el lanzamiento sin darse cuenta de que había perdido el dardo y luego se pasó varios segundos con el ceño fruncido buscando en qué parte de la diana había caído.

—¿Dónde se ha metido? —masculló con voz pastosa. Miró a su alrededor y se tambaleó un poco—. Creo que se ha volatilizado —farfulló asombrado.

Diego contuvo la risa. Era ridículo que un hombre de su tamaño perdiera los papeles con dos tercios, pero así era su hermanito.

—Y yo creo que ya es hora de volver a casa.

Por suerte, no estaba muy lejos de allí. A mitad de camino tuvo que cogerlo de la cintura para que no se cayera de bruces.

—Lo que no entiendo es que bebas alcohol si sabes que te sienta mal —le sermoneó exasperado.

—Es cuestión de trabajar la resistencia —adujo Hugo en tono razonable—. Hace un par de años no era capaz de terminarme un tercio y ahora ya me puedo beber dos y seguir en pie.

Diego puso los ojos en blanco. Teniendo en cuenta que él era el que lo mantenía erguido su razonamiento no se sostenía, pero no lo contradijo.

No tardaron en llegar al patio de la finca y Diego tuvo que apoyar a Hugo en la pared para poder abrir la puerta. En cuanto lo hizo, su hermano rechazó su ayuda y comenzó a andar en un intento por demostrarle que podía hacerlo solo.

Craso error. A los tres pasos sus pies se enredaron y tropezó, de forma que se estrelló de cabeza contra los buzones situados en la pared de enfrente.

—¿Estás bien?

—Claro. Solo quería ver si tenías correo —respondió Hugo con dignidad, y trató de disimular su torpeza mirando por la rendija que había en el buzón que tenía asignado como 5º B.

—Todavía no he tenido tiempo de cambiar de dirección postal. Lo único que puede haber ahí es propaganda.

—¡Mierda!

—¿Y ahora qué? —bufó, al tiempo que apretaba el botón para llamar al

ascensor.

—Creo que nuestra vecinita sí que está casada. En su buzón hay un cartel con dos nombres. —Hugo bizqueó un poco en un intento de enfocar la mirada y luego leyó: —Sergio Andrés Torres y Elena Zorrilla Pérez. —A continuación, se irguió de golpe y compuso una expresión de horror—. ¿Zorrilla? ¡Pobre chica! ¡Lo que tiene que haber sufrido en el colegio con un apellido así!

Diego no pudo menos que darle la razón. Ese apellido era una verdadera lacra para una chica. Seguro que había sido el foco de las guasas de sus compañeros de clase desde su más tierna edad. Los niños podían ser de lo más crueles con esas cosas, él lo sabía por experiencia propia. No en balde se apellidaba Montoya. Las rimas fáciles y las referencias burlonas a la famosa frase de *La princesa prometida* siempre lo habían acompañado.

Mientras pensaba en ello el ascensor llegó. Hugo abrió la puerta y con un ademán caballeroso, algo exagerado, lo invitó a pasar. Diego se adentró en el ascensor rogando al cielo paciencia.

En el momento en que su hermano iba a entrar oyeron la puerta del patio que se abría. Hugo miró en esa dirección y su rostro se iluminó con una pícaro sonrisa, de esas que reservaba solo a las mujeres.

—Llegas justo a tiempo, Elena —dijo con voz arrastrada—. Venga, sube que te hacemos un hueco.

Diego puso los ojos en blanco. El ascensor no era demasiado grande y los dos corpachones de ellos cabían justos. Si su vecina subía con ellos iba a acabar hecha un sándwich.

Iba a proponer que mejor subía él por las escaleras para dejarle espacio cuando escuchó su voz.

—Muchas gracias. Te llamabas Hugo, ¿verdad?

Entonces apareció ante él.

Ella.

Elena.

La misma chica con la que había compartido una noche de sexo que no se le iba de la cabeza. El impacto de volver a verla fue como un puñetazo en las entrañas.

¿Ella era su vecina?

Supo el momento exacto en que Elena puso la mirada sobre él y lo reconoció: abrió mucho los ojos y empalideció. Dio un paso atrás, dispuesta a

salir del ascensor, pero antes de que pudiese hacerlo el corpachón de Hugo la empujó hacia dentro, directamente contra él. Se quedaron observándose en silencio, con los cuerpos casi pegados mientras su hermano, ajeno a la tensión que se palpaba entre ellos, pulsaba el botón del quinto y comenzaba a silbar una cancioncilla al tiempo que las puertas automáticas se cerraban tras él.

—Por cierto, creo que no os conocéis —dijo de pronto Hugo—. Elena, este es tu nuevo vecino. Se llama Diego y es mi *hermano* —añadió y recalcó la última palabra para que quedase claro que estaban unidos por el parentesco y no por una relación sentimental.

Hugo lo miró por encima de la cabeza de Elena, cuya coronilla apenas le alcanzaba el mentón, y levantó las cejas varias veces en un gesto que decía: «Malentendido aclarado».

En cualquier otro momento hubiese sonreído ante las payasadas de su hermano, pero no en aquel instante.

Sus ojos se clavaron en la mujer que tenía frente a él y una oscura satisfacción lo inundó mientras un esquivo aroma femenino le llegaba a la nariz, excitándolo a su pesar.

—Así que tú eres la señora Zorrilla —musitó. Se cernió sobre ella hasta susurrarle en el oído—. La verdad es que el apellido te va a la perfección.

Se arrepintió casi al instante cuando escuchó el jadeo ahogado de Elena y vio un destello de dolor en sus ojos verdes.

Después de todo, no solo los niños podían ser crueles.

CAPÍTULO 5

Elena tenía un problema. Un gran problema. En concreto, uno de casi dos metros de altura, cuerpo de dios... y muy mala leche. Porque el comentario que había hecho sobre su apellido había sido ofensivo e hiriente.

¿Por qué el destino tenía que hacerle esto a ella? De entre todos los hombres que había en el mundo, justo el único con el que no quería volver a cruzarse jamás se había tenido que comprar un piso justo al lado suyo. Puerta con puerta. ¿Qué había hecho mal en la vida para tener tan mal karma?

Lo irónico es que estaba enfadado con ella por un malentendido. Un absurdo y patético malentendido que, dicho sea de paso, no pensaba aclararle.

Así que se concentró en mirarle con la misma antipatía con la que él la estaba observando y hacer todo lo posible por no acercarse a su cuerpo. Cosa difícil cuando estaban en un ascensor de poco más de un metro cuadrado y Hugo se apretujaba contra su espalda, empujándola contra el de su hermano.

Lo peor de todo es que su cercanía la estaba alterando... Y no precisamente los nervios. Su cuerpo estaba reaccionando de forma indeseada a su proximidad, recordando el placer efímero que habían compartido meses atrás.

«Eso es lo que te pasa por vivir como una monja, que te pones cachonda a las primeras de cambio y con el hombre más inadecuado», le dijo su vocecita interior.

Tenía razón, tendría que pensar sobre eso cuando sus neuronas pudieran volver a concentrarse en algo que no fuera el cuerpo de duros músculos que tenía al alcance de la mano.

Con un gesto nervioso se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja. Los ojos de él se clavaron en su mano y lo vio alzar una ceja para después dirigirle una mirada ominosa. Elena supo al instante el origen de aquella expresión: llevaba el anillo de casada en el dedo. Nunca se lo quitaba. Bueno, nunca no. Solo para ir al gimnasio y la noche en que lo había conocido. Bajó la mano y apretó el puño de forma inconsciente.

«¡Cielo Santo! ¿Cuánto podía tardar un ascensor en subir cinco pisos?»,

pensó desesperada.

Para su alivio, justo en ese momento se escuchó la campanita que anunciaba que habían llegado a su destino.

En cuanto Hugo dejó el paso libre Elena trastabilló en su prisa por salir. Dio las buenas noches con un murmullo apagado y se lanzó a abrir la puerta de su casa como si la vida le fuera en ello.

—Buenas noches, vecinita. —Oyó que decía Diego con sorna—. Dale recuerdos a tu marido de mi parte.

Fue una chiquillada, pero Elena le sacó el dedo corazón y entró en su casa mientras escuchaba a Hugo decir confuso: «¿Me he perdido algo?».

Cerró dando un portazo y se dejó caer contra la puerta con un suspiro cansado. Aquel pequeño encuentro la había dejado más agotada que una clase de *spinning* y eso ya era mucho decir.

Escuchó el maullido de Yoda y, al instante, lo tenía restregando el lomo contra su pierna, en su particular forma de darle la bienvenida.

—Tú sí que sabes tratar a una mujer —murmuró con una sonrisa mientras lo cogía en brazos—. ¿Quieres que te cuente cómo ha ido la noche? —Yoda maulló y ella lo interpretó como un sí—. Pues me lo he pasado muy bien cenando con las chicas, pero después de tomar unas copas han decidido ir a una discoteca del puerto y no me apetecía acompañarlas, así que he optado por volver a casa. —Lo dejó encima de la cama mientras comenzaba a desvestirse—. ¿Y a que no adivinas con quién me he cruzado en el patio? —El gato, que la miraba con fijeza, pestañeó de esa forma lenta que tenía de hacerlo y que ella interpretaba como «no me interesa lo más mínimo», pero eso no evitó que continuase con su parloteo—. Con el cretino que se ha mudado al piso de al lado. Será mejor que tengas cuidado con él y no te metas en su terraza —advirtió con seriedad—. Tiene pinta de ser un mal tipo. —Yoda volvió a pestañear, confirmando que no iba a hacer ningún caso de su advertencia, y Elena soltó un bufido exasperado.

Aquella noche soñó con Sergio y el día en que se conocieron.

Ella y su padre, que era teniente coronel del ejército, acababan de mudarse a Valencia con todo lo que ello implicaba: dejar atrás todo lo que le era conocido y familiar y empezar una nueva vida. Era así desde que a los diez años perdió a su madre por un aneurisma cerebral repentino. Para una adolescente de trece años algo tímida y reservada, con aparato en los dientes y unas gafas de un diseño poco favorecedor, fue una verdadera pesadilla.

Sobre todo, el primer día en su nuevo instituto.

—Chicos, hoy tenemos que dar la bienvenida a una nueva compañera — anunció la profesora a la clase mixta de veinticinco alumnos—. Se llama Elena Zorrilla Pérez y viene de Madrid.

Las risitas al escuchar «Zorrilla» no tardaron en llegar.

Siempre era igual. Por mucho que su padre le dijera que era un ilustre apellido, para ella era una condena. Sin embargo, el momento de más incomodidad fue la media hora del recreo. Tres de sus nuevos compañeros de clase la acorralaron en el patio.

—Así que tú eres la nueva *zorrilla* del cole —comentó uno y los otros dos se carcajearon.

—¿No se te ocurre nada más original? —replicó ella. Puede que fuera tímida, pero eso no quitaba que tuviera carácter.

—Se me ocurrirían muchas cosas que hacer contigo si no tuvieras esa cara tan fea. —Contraatacó él en plan borde.

Aquello dolió. Una cosa era meterse con su apellido, a lo que ya estaba bastante acostumbrada, y otra muy distinta atacar el físico de una adolescente llena de inseguridades.

—Tiene gracia que eso lo digas tú, con la cara de paella que tienes — adujo la voz de un chico a su espalda—. ¿Por qué no vais a cascárosla en algún rincón y dejáis a mi nueva amiga en paz?

Elena se sorprendió. No por el lenguaje en sí, porque ese tipo de expresiones era común en gente de su edad, sino porque los tres chicos se largaron sin más.

Se giró para ver quién había sido su salvador y se encontró con el chico más guapo que había visto en su vida: rubio, ojos azules, atlético y una sonrisa blanquísima que contrastaba con su tez bronceada.

En aquel instante, su mundo se tambaleó por primera vez.

—Me llamo Sergio y voy a tu clase —se presentó él, sin darse cuenta de la conmoción que había provocado en ella—. Esos tres son unos gilipollas. Ven conmigo y te presentaré a mis amigos.

Y sin más, con toda la naturalidad del mundo, Sergio le cogió de la mano y la arrastró hacia su nueva vida.

Una vida llena de felicidad y risas.

Una vida de amistad que con el paso del tiempo se transformó en amor.

Una vida de esperanzas, proyectos de futuro y sueños por cumplir.

Una vida que había acabado dos años atrás, en un tonto accidente de tráfico.

CAPÍTULO 6

—Buenos días —saludó Hugo, mientras entraba en la cocina con el pelo revuelto y vistiendo solo unos pantalones cortos.

—De buenos días, nada. Son casi las doce —gruñó Diego, al tiempo que le daba un sorbo a su café con leche. Él se había levantado tan solo media hora antes, pero su hermanito no tenía por qué saberlo.

—¿Lo he soñado o ayer se palpaba la tensión entre la vecina y tú?

—Me sorprende que te dices cuenta de algo con el pedo que llevabas —masculló Diego, sintiendo que se le calentaba la sangre al pensar en Elena—. Eres un idiota. Si sabes que una segunda cerveza te tumba, para en la primera. ¡Que no tienes dieciséis años, joder!

—Vaya, sí que nos hemos despertado de mal humor —musitó Hugo, mientras abría la nevera y cogía el cartón de leche.

Tenía razón, se había levantado de un humor de perros. Le había sido imposible conciliar el sueño después de su encontronazo con Elena. Lo había dejado tenso y, para qué negarlo, también excitado. Tanto, que para poder dormir había tenido que masturbarse. Y lo peor es que había sido pensando en ella, cosa que ahora lo enfurecía todavía más.

La culpa era de ese maldito celibato que se había autoimpuesto. Tal vez era hora de dejarlo atrás. Seguía sin estar preparado para empezar una relación seria con nadie, pero un poco de diversión consensuada no estaría mal.

«El problema es que tú no eres así», le dijo una vocecita en su interior.

Esa era la verdad. Él no era como Hugo, que disfrutaba picando de flor en flor, despreocupado y sin ganas de compromiso. Diego siempre había sido de relaciones estables. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las chicas con las que había salido y aún le sobraban tres dedos.

Su primer amor había sido Sofía, una chica divertida y alocada que había conocido en el instituto. Su relación no sobrevivió al último año de universidad. Mientras Diego maduraba como persona y se centraba en conseguir un buen trabajo para poder comprarse un piso e independizarse,

Sofía desarrolló el síndrome de Peter Pan: quería viajar, vivir aventuras y conocer mundo. Al final se separaron de mutuo acuerdo, ya que eran conscientes de que querían cosas diferentes en la vida.

Solo unos meses después, con su título de Graduado en Informática bajo el brazo, conoció a Nuria. Trabajaba en la empresa que acababa de contratarle y no tardaron en congeniar. Era cariñosa, agradable y tranquila, cosa que agradecía después de estar con un torbellino como Sofía. La compañera perfecta para formar una familia. Después de más de cuatro años de noviazgo acordaron la fecha de la boda.

Era irónico que hubiesen estado inmersos en los preparativos de la boda casi dos años, pues el lugar en el que ella se quería casar tenía una interminable lista de espera, y que su matrimonio solo hubiese durado seis meses. Pero la vida estaba llena de ironía. ¿Por qué si no había acabado viviendo al lado de una mujer con la que esperaba no volver a cruzarse jamás?

Al pensar en Elena se acercó a la terraza movido por una morbosa curiosidad: quería vislumbrar al idiota de su marido. Y lo de «idiota» no era más que una burla hacia sí mismo, pues él también había estado en esa misma tesitura: casado con una zorra infiel.

«O, en este caso, una zorrilla», pensó de forma maliciosa.

Todavía con el tazón de café con leche en la mano se acercó al murete de separación que había entre las dos terrazas y oteó con disimulo, agradeciendo que no fuese demasiado alto.

Por mucho que le fastidiase, lo que vio le gustó mucho: una mesa rectangular de madera de teca que tenía un jarroncito de alegres margaritas en el centro y cuatro sillas a juego, con sendos cojines de un bonito estampado blanco y amarillo; un rincón con una hamaca blanca y una mesita baja, ideal como lugar de lectura o para echarse una siesta; y un montón de plantas que no supo identificar pero que creaban una atmósfera muy natural y acogedora. Una pérgola de madera con un toldo color crema protegía aquel idílico espacio del duro sol del mediodía que caía en aquellos momentos.

El ventanal de acceso estaba abierto, pero no había ni rastro de Elena. Tal vez no estaba en casa o todavía estaba durmiendo...

«O retozando en la cama con su marido», se dijo a sí mismo.

Si ella fuese su mujer, no podía imaginar nada más placentero que pasar el domingo sin salir de la cama, haciéndole el amor. Eso, a no ser que ella volviese la noche anterior de un escarceo amoroso con algún pobre incauto.

Estaba rumiando todos aquellos pensamientos cuando escuchó la melodía de un teléfono desde el interior de la casa de su vecina.

«Justo estaba pensando en ti», la oyó decir al contestar.

Diego contuvo el aliento y agudizó el oído.

«Si tanto te molesta viajar, deja de hacerlo. Seguro que por esta zona encontrarías suficiente clientes».

Así que era eso. Su marido debía de ser comercial o algo así. Viajaba mucho y eso le daba libertad a ella para buscarse otras compañías.

«Tengo muchas ganas de volver a verte. ¿Cuándo vendrás?».

Diego tensó el cuerpo al captar el tono de cariño en su voz. Asomó un poco la cabeza y estiró el cuello, tratando de escuchar mejor.

—¿Ahora nos dedicamos a espiar?

Casi se le para el corazón del susto. Pegó un brinco, se giró de golpe y se derramó encima lo que le quedaba de su café con leche. Masculló una palabrota mientras fulminaba con la mirada al causante de todo ese estropicio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —insistió Hugo.

—Baja la voz, ¿quieres? —masculló. Lo que menos le interesaba en ese momento es que Elena saliera a la terraza y descubriera que la había estado espiando.

Cogió del brazo a un desconcertado Hugo y lo arrastró al interior de la casa.

—¿Te acuerdas lo que te conté del fin de semana que vine a Valencia a hacer la entrevista de trabajo?

—Sí, que saliste a tomar algo y terminaste acostándote con una chica que resultó que guardaba la alianza en el bolsillo —resumió Hugo—. Estuviste de una mala hostia impresionante durante más de un mes.

—Pues es ella.

—¿Quién? —inquirió Hugo, confuso.

—Nuestra vecina: Elena. Es la mujer casada con la que me acosté.

Los ojos de Hugo se abrieron como platos.

—¡Menuda putada! —masculló y, para su asombro, rompió en una sonora carcajada.

—Yo no le veo la gracia.

—Y supongo que ella tampoco —repuso su hermano entre risas—. Pero visto desde fuera es desternillante.

Diego le lanzó la servilleta con la que se había estado limpiando.

—Ahora en serio, ¿qué vas a hacer? —inquirió Hugo, pasados unos segundos.

—¡Yo qué sé! Nuestra convivencia se puede convertir en un infierno. ¡Vivimos puerta con puerta, maldición! ¿Te imaginas lo incómodo que puede resultar si me cruzo con ellos en el ascensor?

—Tal vez el tipo sea un cretino y se lo merezca —señaló Hugo.

—O tal vez sea un tonto enamorado que confía plenamente en su mujer, como lo fui yo.

—Bueno, tampoco es que te deshicieses de amor por Nuria.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que llegó el momento de sentar la cabeza y elegiste a la persona que te pareció más adecuada para ello —explicó Hugo. Ante su mirada ceñuda levantó las manos en señal de inocencia—. Solo repito las palabras de mamá.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Puede que pienses que te han roto el corazón, pero parecías más jodido por la traición de Ricardo que por haber sido engañado por el amor de tu vida.

Diego reflexionó sobre ello. La verdad es que echaba más de menos a su mejor amigo que a la que ahora era su exmujer. Y, ya puestos a sincerarse, nunca había pensado en Nuria como «el amor de su vida». Era indudable que la había querido, por eso se había casado con ella, pero su divorcio tampoco le había destrozado el corazón. Más bien había sido su orgullo el que había resultado el peor parado, pues ella se lo había machacado con saña.

—Si quieres puedo hacer alguna pregunta sobre la clase de matrimonio que llevan esos dos. —Se ofreció Hugo—. La señora Paquita, esa ancianita tan simpática que nos dio la bienvenida el día que llegamos, se veía muy dispuesta a hablar de todo.

—¿Sabes? No es mala idea —reconoció Diego, tras pensarlo un segundo—. Siempre es bueno conocer los trapos sucios del enemigo.

CAPÍTULO 7

—¿Has hablado con tu padre?

—No desde nuestra última charla telefónica el mes pasado. Ya sabes cómo es: siempre está ocupado —murmuró Elena con un encogimiento de hombros, mientras movía un peón para evitar que el alfil de Roger acabara con su torre—. Carolina me escribe algún WhatsApp de vez en cuando, y ya es más de lo que espero teniendo en cuenta que sus nietos la tienen absorbida.

Luis, recientemente nombrado coronel Zorrilla, había rehecho su vida cinco años atrás con una mujer divorciada y con tres hijos, uno de ellos con dos retoños. Ahora vivían en Madrid y parecían muy felices. Bueno, todo lo feliz que podía estar un hombre tan serio y controlado como su padre.

—¿Y qué me dices de la familia de Sergio? ¿Fuiste a verlos como te dije?

—No, pero antes de que me riñas al respecto —añadió, al ver que Roger abría la boca para lo que sin duda iba a ser uno de sus sermones—, no lo he hecho porque Inés me dijo que estaban muy liados —aclaró.

—¿No te parece extraño que siempre que les propones ir a visitarlos te den alguna excusa para no hacerlo?

—No lo he pensado —musitó ella.

—¿No lo has pensado o no quieres pensarlo?

No quería pensarlo. Durante casi un año había estado tan encerrada en su dolor que había echado de su vida a todo el mundo. Ahora estaba pagando las consecuencias.

—¿Le propusiste hacer la terapia en grupo? —insistió Roger.

—Sí, por quinta vez, y mi suegra por quinta vez declinó la oferta.

Cuando empezó la terapia con Roger él le propuso hacer un par de sesiones conjuntas con los padres de Sergio, arguyendo que compartir el dolor resultaba más llevadero y que les vendría bien hablar entre ellos. Pero cuando habló con Inés, la madre de Sergio, ella rehusó la idea sin darle opción a cambiar de opinión, alegando que ellos ya lo estaban superando a su modo.

Su rechazo había dolido y no había podido evitar pensar que la culpaban por la muerte de su hijo. ¿Por qué si no se negaban a verla?

—Puede que os hubieseis llegado a apreciar, pero Sergio era vuestro único vínculo de unión. Es normal que os hayáis distanciado, no busques más allá de eso —afirmó Roger, con su peculiar forma de leerle la mente.

Elena trató de concentrarse en el tablero de ajedrez mientras sentía la mirada analítica de su contrincante sobre ella.

—¿Intentas ponerme nerviosa para que me desconcentre? —inquirió, mientras lanzaba una mirada rápida al hombre.

—Creo que hoy ya estabas nerviosa cuando he venido. Cuando hablamos hace unos días por teléfono me dijiste que tenías muchas ganas de verme, pero no me contaste nada más y ahora parece que tenga que utilizar el sacacorchos para que respondas a mis preguntas. Pensé que había alguna novedad en tu vida que quisieras compartir.

Y la había: un cretino de metro noventa con muy malas pulgas.

Ella lanzó un suspiro y dejó de fingir que tenía un mínimo interés por el juego. Si algo tenía claro es que a él no se le podía engañar.

Roger Pacheco era psicólogo y un reputado *coach* sentimental. Puede que sus métodos no fueran convencionales, pero sus resultados eran incuestionables.

Tras la muerte de Sergio, Elena cayó en una profunda depresión. Estuvo meses sin salir de casa. Se distanció de todas las personas que la rodeaban: se distanció de su padre, aunque la verdad es que nunca habían estado demasiado unidos; dejó de hablar con la familia de Sergio, pues estaban tan hundidos por su pérdida como ella y no hacían más que afianzar su sentimiento de culpabilidad por su muerte; cortó cualquier relación con sus amigos de siempre; e incluso cogió una baja laboral.

Justo cuando estaba planteándose la posibilidad de acabar con su vida, Lucía apareció en su puerta con un hombre de unos cuarenta años y de aspecto amenazante. Medía un metro ochenta y tenía un cuerpo recio y lleno de tatuajes. Su cabello era oscuro, aunque salpicado con algunas canas por las sienes, y le llegaba justo por encima de los hombros. Tenía las facciones duras, acentuadas por una perilla bien recortada. Vestía como un motero, de cuero negro, pero como esos que se ven en las películas americanas y forman parte de alguna banda, al más puro estilo de los Ángeles del Infierno.

—Este es Roger Pacheco. Es un *coach* sentimental especializado en superar rupturas y pérdida de seres queridos —explicó Lucía, con esa expresión de lástima que parecía envolver a todos cuando hablaban con ella

—. Nos ayudó mucho a mi madre y a mí después de la muerte de mi padre. Le he hablado de tu caso. Él puede...

—No me interesa —cortó Elena con un murmullo cansado, y comenzó a cerrar la puerta.

No pudo hacerlo. Con un movimiento veloz, Roger falcó la puerta con el pie y se lo impidió. La miró de arriba abajo, escudado detrás de unas gafas de sol que luego se quitó, dejando que sus ojos azules, acentuados por su tez morena, impactaran sobre ella con contundencia.

—¿Quieres vivir? —inquirió con voz grave.

La pregunta la desoló, porque era justo lo que llevaba días planteándose.

No supo qué responder. Se quedó allí parada, en el vano de su puerta, mirándolo sin poder articular palabra mientras las lágrimas empezaban a asomar a sus ojos y su cuerpo temblaba sin control.

Él respondió por ella.

—Quieres vivir, pero no sabes cómo hacerlo. El dolor te lo impide —declaró, sin apartar los ojos de ella—; pero ese dolor es pasajero. Ahora no puedes verlo porque has perdido la perspectiva de todo —añadió, con una voz tan suave y cálida que la arropó como una manta en una noche gélida—. Sin embargo, yo puedo ayudarte a recuperar el rumbo. Puedo enseñarte a vivir de nuevo. Solo tienes que darme una oportunidad y confiar en mí.

Algo en él hizo que la niebla de dolor que la rodeaba se dispersase por un segundo para vislumbrar un atisbo de esperanza. Sin saber muy bien por qué, confió en él... Y fue un acierto.

Día a día, mes a mes, fue recuperando las ganas de vivir. El dolor seguía allí, no la había abandonado todavía, pero cada vez era más llevadero.

El método de Roger consistía en establecer una rutina que le resultase cómoda y segura, haciendo hincapié en el ejercicio físico, pues decía que revitalizaba el alma. También la instaba a quedar con amigos una vez a la semana como mínimo, aunque fuera a tomarse unas cervezas. Sin embargo, cada cierto tiempo, la retaba a hacer algo alocado e impensable para salir de su zona de confort: una clase de submarinismo, acudir a una cita a ciegas, hacer puénting, ligar con un desconocido en un bar... Fue uno de aquellos retos el que la llevó a caer en los brazos de Diego, así que Roger, en cierta forma, era el culpable de su actual situación.

—No te vas a creer quién es mi nuevo vecino —susurró al fin, y lo hizo muy bajito, como si temiera que la pudiese escuchar a través de la pared.

Los ojos del hombre brillaron intrigados y se inclinó hacia ella en un claro gesto de interés.

—Diego —confesó Elena con un murmullo—. Mi aventura de una noche —añadió, al percatarse de que por el nombre él no sabía de quién hablaba.

Después, procedió a contarle cómo había sido el encontronazo en el ascensor mientras él la escuchaba con atención.

—Y el muy cretino terminó diciendo: «Dale recuerdos a tu maridito de mi parte» —concluyó su relato enronqueciendo la voz para imitarlo.

Su *coach* abrió los ojos de forma desmesurada y ella esbozó una sonrisa involuntaria al darse cuenta de que lo había sorprendido. No era algo usual.

De forma repentina, Roger se levantó y se dirigió con paso rápido hacia la terraza. Adivinando sus intenciones corrió tras él, pero no pudo detenerlo a tiempo y salió antes de que lo pudiera impedir.

—¡Buenas tardes!

Elena, que había estado a punto de salir también, trastabilló al escuchar aquella voz masculina y se escondió detrás de la cortina. Ojeó entre los pliegues y atisbó la figura de Diego al otro lado del murete. ¿Es que acaso había estado espiándola desde su terraza?

—¡Hola! —Oyó que respondía Roger—. Supongo que tú eres el nuevo vecino. Elena me ha hablado de ti.

Ella cerró los ojos y maldijo entre dientes al escuchar aquello. Cuando alcanzara a su psicólogo le iba a dar una buena colleja.

Un tenso silencio se palpó tras sus palabras.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te ha contado? —murmuró Diego. Su tono había pasado a ser cauteloso.

—Pues que piensas que es...

—Roger, querido —interrumpió ella, asomando la cabeza. Él era muy capaz de decir algo así como «Pues que piensas que es una zorra infiel»—. ¿Puedes entrar, por favor? —pidió con una sonrisa de fingida dulzura e ignoró la mirada ceñuda que le dirigió su vecino.

—Claro, preciosa —respondió él con una sonrisa inocente antes de despedirse de Diego con un ademán de la cabeza.

En cuanto entró Elena fulminó a su vecino con la mirada y, antes de que él pudiese decir algo, corrió las cortinas con un movimiento brusco.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —farfulló ella al entrar en el comedor, a salvo de miradas indiscretas.

—Tenía curiosidad por verle —confesó Roger, al tiempo que se encogía de hombros—. Y debo añadir que me ha sorprendido mucho.

—¿Él?

—No, que lo eligieras a *él* para un ligue de una noche —especificó Roger—. Me imaginé que escogerías a una sombra de Sergio: un niño bonito de pelo rubio y ojos azules; pero, en cambio, te decidiste por el polo opuesto.

—No quería estar con un hombre que me recordase en lo más mínimo a él.

—Eso lo entiendo. Lo que me sorprende es que te sintieras atraída por alguien tan diferente a tu difunto marido.

Ella tampoco entendía la atracción que había surgido entre ellos en aquel primer encuentro. Sus manos la habían hecho estremecer y su sonrisa había removido algo en su interior. En cuanto a sus besos...

Lo peor es que esa atracción había vuelto a aparecer en el ascensor, a pesar de la mirada ceñuda y las palabras hostiles que él le había dirigido. Una indeseada química que no podía tolerar.

—¿Cómo piensas actuar con él?

—Todavía no lo he pensado —musitó ella, y desvió la mirada para que él no pudiese leer la mentira en sus ojos.

Por supuesto que lo había pensado y tenía claro cómo actuar: iba a hacer lo posible por no cruzarse de nuevo en su camino, aunque eso significase no volver a subir al ascensor ni ir al gimnasio ni salir a su terraza.

—Puedes pasarte el resto de tu vida esquivándolo —rezongó Roger, y sonrió al ver que Elena le lanzaba una mirada de fastidio, sabedor de que había adivinado sus intenciones—. O puedes llamar a su puerta, explicarle la verdad y sacarle de su error.

—Creo que optaré por la primera opción.

Él la miró con un atisbo de decepción.

—Insistes en postergar lo inevitable.

Elena bajó la mirada y comenzó a jugar con la alianza que llevaba en el dedo, dándole vueltas en un gesto nervioso.

No lo decía únicamente por su vecino, lo sabía. Roger le había pedido en más de una ocasión que se quitara su alianza de forma definitiva y sabía que, tarde o temprano, tendría que hacerlo, pero todavía no se sentía preparada.

Cuando Roger entró en su vida le hizo notar que había convertido su casa en un mausoleo en memoria de Sergio, y eso era algo que tuvo que remediar. Lo primero que había hecho, después de muchas discusiones, había sido

vaciar el armario del difunto y deshacerse de toda su ropa, incluso de su camiseta preferida, aquella que todavía conservaba su aroma y con la que ella se dormía abrazada entre lágrimas. También había accedido a ir retirando todas las fotografías de Sergio con las que había empapelado su casa tras su muerte, con la absurda idea de que así continuaría en su vida, hasta dejar solo varias en el mueble del comedor. Roger decía que una cosa era recordarlo con cariño, y otra muy diferente era pretender mantenerlo con vida a través de los recuerdos.

Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y nublaban su visión cuando la tristeza inundó su corazón. Sergio había muerto. Era algo que ella debía aceptar y superar, pero era algo tan, tan duro.

Justo cuando pensaba que se iba a desmoronar de forma patética Roger se acercó a ella y le dio uno de sus reconfortantes abrazos. No dijo nada, tan solo esperó con paciencia a que se recompusiera.

—No me siento cómoda sin el anillo —reconoció Elena, con un nudo en la garganta cuando por fin pudo hablar—. Además, cada vez que me lo quito me meto en un lío. Primero con Diego y el otro día, en el gimnasio, un chico se me acercó y me invitó a tomar algo.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Qué le iba a decir? —bufó ella—. Le dije que estaba cansada y que tal vez otro día.

Los ojos de Roger lanzaron un destello de determinación.

—Pues ese va a ser tu nuevo objetivo —declaró él, y Elena contuvo un gruñido porque adivinó sus siguientes palabras—. La próxima vez que un chico te pida salir vas a decir que sí.

CAPÍTULO 8

Diego se puso de puntillas y asomó la cabeza, tratando de ver algo a través de la cortina que había quedado ligeramente entreabierta.

¿Quién sería el tipo con el que estaba Elena?

Aunque parecía un cuarentón no podía negar que estaba en forma y tenía esa aura de peligro que atraía a las mujeres. ¡Joder, estaba bueno! Bajo un punto de vista femenino, claro. Sin embargo, no era el marido de su vecina. Él se llamaba Sergio y había oído que llamaba Roger al macarra vestido de cuero. Más en concreto *Roger, querido*.

¿Sería un familiar? ¿Un amigo? ¿Otro de sus amantes?

—Cariño, ¿dónde tienes...?

La voz de su madre, justo a su espalda, le hizo dar un respingo. Se giró hacia ella al instante y sintió que se ruborizaba al haber sido pillado infraganti.

Matilde Hidalgo acababa de cumplir cincuenta y ocho años, pero se conservaba muy bien. A pesar de que su cabello oscuro había encanecido de forma prematura y ella se resistía a tintarlo, alegando que el pelo gris estaba de moda, pocas eran las arrugas que marcaban su piel. Era bajita y algo rechoncha, aunque su escasez de altura era suplida con un carácter fuerte y enérgico; sin embargo, conservaba un corazón muy tierno y cariñoso.

La mujer, que lo conocía bien, en seguida se percató de que estaba azorado y, poniéndose de puntillas, se asomó también, curiosa por ver lo que había estado mirando.

—¿A quién estabas espiando? —preguntó en tono de conspiración.

—A nadie, mamá.

—Seguro que a la vecina —comentó Hugo, que apareció de repente y se puso al lado de su madre—. Está obsesionado con ella —añadió en un susurro confidente.

—¡No estoy obsesionado con ella! —protestó Diego al instante.

—¡Ssshhh! Te van a oír —amonestaron los dos al unísono, sin apartar la mirada de la casa de al lado.

—¿Tu vecina está buena? —inquirieron los benjamines de la familia al unísono, asomándose también a la terraza contigua.

Álvaro y Marcos eran mellizos de físico y carácter opuestos, pero en lo referente a mujeres sus hormonas adolescentes se comportaban de forma idéntica. Pese a tener solo diecisiete años ya habían superado el metro y ochenta centímetros de estatura. Al igual que sus hermanos mayores, Marcos era moreno y de ojos castaños; por el contrario, por algún capricho genético, Álvaro tenía el cabello rubio y los ojos azules, lo que le había acarreado el apodo familiar de «el adoptado».

—Está casada —masculló Diego.

—Eso no responde a la pregunta de tus hermanos —observó su madre.

—Está buena —confirmó Hugo.

—Y está casada —insistió Diego.

—Pues su marido no está nada mal, tiene un aire a Gerald Butler —musitó Matilde, en un momento en que el aire removi6 las cortinas y pudieron divisar al hombre que en ese instante estaba en el comedor hablando con Elena—. ¡Menudo bombón!

—¡Mamá! —protestaron los cuatro hermanos Montoya al unísono.

—¡Oh, vamos! Que esté felizmente casada con vuestro padre no significa que me haya quedado ciega.

—Vuestra madre y yo tenemos un acuerdo: se puede mirar, pero no tocar —corroboró el cabeza de familia, reuniéndose en la terraza con el resto de su familia—. Aunque como me pille mirando mucho a una mujer seguro que me tiene una semana comiendo lentejas de lata —adivinó, y su mujer no lo negó, es más, sonrió y le dio un codazo cariñoso a su marido cuando él se acercó a ella, que le respondió con un beso en la sien mientras le daba una palmadita cariñosa en el trasero.

Íñigo Montoya era alto y fornido. Tenía sesenta y cinco años y se acababa de jubilar del concesionario de coches en donde había trabajado de comercial desde los dieciocho. Él y Matilde formaban una pareja sólida y se querían con locura. No todo había sido un camino de rosas en su matrimonio, pero habían sorteado todos los baches y derribado los muros cogidos de la mano, formando un equipo inquebrantable.

Diego siempre había aspirado a tener una relación como la de ellos y pensó que Nuria era la candidata perfecta. Se equivocó.

—¿Por qué estáis todos asomados a la terraza continua?

—Diego estaba espiando a la vecina —explicó la mujer.

—¡Y dale! —masculló el susodicho—. No estaba espiando a la vecina, solo tenía curiosidad por ver a su marido.

—A la mamá le ha parecido un bombón —apostilló Hugo con malicia.

—¿La vecina? —inquirió Íñigo, y asomó la cabeza también sobre el murete en un intento de ver a los implicados.

—No, el marido —aclaró Hugo, y esbozó una sonrisa angelical cuando Matilde le lanzó una mirada de reproche al ver que su pareja la miraba con una ceja arqueada.

—Ese no es su marido. No me extrañaría que fuese otro de sus amantes —rezongó Diego con gesto de desagrado al entrever cómo la pareja se fundía en un abrazo—. Esa chica es una zorra infiel.

—Infiel o no, me encanta el gusto que tiene para decorar —comentó Matilde, mientras observaba la disposición de la terraza contigua.

De repente, el viento movió la cortina con más fuerza e hizo visible el interior. Los seis se escondieron detrás del muro al mismo tiempo, prorrumpiendo en risitas al percatarse de que casi habían sido descubiertos en una actitud censurable.

Uno tras otro, entraron en el interior de la casa agachados para no ser vistos.

—Por cierto, te he traído unos cuadros para darle un poco de vida a las paredes de tu nueva casa —declaró de pronto su madre, entusiasmada—. ¡Ya verás cómo te gustan!

Diego contuvo una palabrota mientras sus tres hermanos esbozaban sonrisas de burla. Miró a su padre con el ceño fruncido.

—He intentado disuadirla, pero ya sabes cómo es —murmuró Íñigo, y se encogió de hombros con una expresión de disculpa.

Los cinco hombretones observaron en silencio mientras Matilde rebuscaba entre las cajas que habían traído con algunos objetos que Diego se había dejado en el trastero familiar, hasta sacar un par de paquetes de diferentes tamaños envueltos con papel de Kraft. Después se los entregó a su primogénito con un gesto solemne.

Diego tomó aire, se armó de valor y abrió el primero, un lienzo de setenta por ciento veinte centímetros, y se encontró con la imagen de dos hombres jóvenes, uno frente al otro, doblados sobre sí mismos, con la cabeza sobre las rodillas y sentados a orillas del mar. Sin duda, no era lo que él hubiese

escogido para decorar una pared de su casa, pero resultaba... sorprendentemente bonito.

—Está basado en la obra *Joven desnudo junto al mar* de Hippolyte Flandrin —explicó su madre, orgullosa—. Toma, abre este.

El siguiente paquete resultó estar formado por un díptico de tamaño mediano que plasmaban dos desnudos, un hombre y una mujer de espaldas, mientras se miraban en el espejo del baño.

—¿Botero? —adivinó Diego, al apreciar las figuras orondas.

—Pensé que te quedarían bien en el espacio vacío que tienes en la pared del baño, encima del inodoro.

La verdad es que era una buena idea, y los cuadros tenían su encanto. Miró de reojo a Hugo y este le hizo un gesto de aprobación.

Desde que su madre comenzara las clases de pintura tres años atrás, había explorado un sinfín de técnicas y estilos artísticos con mejores y peores resultados.

—Ahora está en la fase de los desnudos —explicó Íñigo en un susurro bajo, mientras Matilde sacaba dos bultos más de mayor tamaño.

—Pues lo hace bastante bien —reconoció Hugo con ojo experto.

—Espera y verás —replicó su padre con una risita.

La mujer, ajena a sus palabras, le entregó a Diego otro lienzo de un tamaño similar al primero. Él lo desenvolvió con precaución, advertido por las palabras de su padre. En cuanto lo abrió se encontró con la imagen de un hombre con un casco con alas como única vestimenta. Estaba de espaldas, mostrando un cuerpo de músculos bien definidos y un trasero firme.

—Es una copia de *Hèrmes* de Pierre et Gilles —aclaró Matilde.

—Parece recién salido del desfile del Orgullo Gay —murmuró Hugo al observarlo.

Diego tuvo que darle la razón. El rostro, visto de perfil, le resultó familiar, pero antes de que pudiera reflexionar al respecto su madre se lo quitó de las manos y lo sustituyó por otro paquete de mayor tamaño.

—Y esta es mi obra maestra —anunció Matilde al entregárselo—. Creo que te quedaría muy bien sobre la cabecera de tu cama.

Al desenvolverlo apareció un fragmento de *La creación de Adán*, de Miguel Ángel, en donde se podía apreciar el cuerpo del hermoso Adán ejecutado a la perfección. El único problema es que tenía el rostro de Diego... Y su miembro masculino era minúsculo.

El silencio inundó la habitación hasta que Hugo emitió un sonido parecido a una risa, que su padre detuvo con una colleja.

—¿Qué te parece? —inquirió su progenitora con una adorable expresión que hacía empalidecer a la del gato de *Shreck*.

¿Cómo desencantar a la mujer que le había dado la vida si lo había pintado con toda su ilusión?

—Me encanta —mintió sin dudar, y le dio un beso de agradecimiento que hizo que Matilde esbozara una amplia sonrisa y su padre dejara escapar un suspiro de alivio.

—Lo has clavado, mamá —aseguró Hugo, mientras lo observaba con atención—. Sobre todo, en el tamaño de... —Una mirada asesina de Diego cortó sus palabras, aunque mantuvo la sonrisa burlona.

—El profesor nos ha pedido que reinterpretemos los originales y me he tomado la libertad de inspirarme en vosotros. ¿Qué mejores musos que mis guapísimos hijos? —añadió, llena de orgullo materno.

Al asimilar las palabras de su madre Diego volvió a observar el cuadro de *Hérmes* y sonrió.

—Ya decía yo que me sonaba. El del casco y el culo prieto eres tú —le dijo a Hugo, al tiempo que le mostraba el cuadro.

La sonrisa de Hugo se borró al instante.

—¡Joder, mamá! Esto es indignante.

—Pues el nuestro me gusta —comentó Álvaro.

—Tú calla, adoptado —bufó el mediano, con la típica réplica entre ellos.

—Venga, no refunfuñes tanto y ayúdame a colgarlos.

—Está bien —gruñó al final Hugo, no queriendo herir los sentimientos de su madre—. Pero más te vale ponerlo en algún sitio discreto que no puedan ver las visitas —indicó en un susurro bajo a Diego para que Matilde no lo oyera.

Diego sonrió para sus adentros. Solo para fastidiar a su hermano el retrato iría en la pared del recibidor.

CAPÍTULO 9

Nadie impediría que fuese al gimnasio.

Elena agudizó el oído y ante la falta de sonidos abrió la puerta con precaución. Asomó la cabeza despacio y al ver el rellano desierto salió de su piso con sigilo y cerró la puerta tratando de no emitir ningún ruido. Acto seguido, cruzó de puntillas hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada.

La puerta de Diego se abrió de forma tan repentina, como si la hubiese estado espionando por la mirilla para sorprenderla, que no tuvo tiempo de reaccionar y esconderse.

—Buenas tardes, vecinita —saludó él con retintín.

Ella respondió dándole la espalda y clavando el dedo en el interruptor, como si de aquella forma pudiese hacer que el ascensor llegase más rápido.

Luego lo pensó mejor. Meterse en un ascensor con aquel hombre, a solas, sería una parodia del infierno. Justo cuando acababa de decidir bajar andando el maldito chisme decidió aparecer. Aun así, ella hizo ademán de dirigirse a las escaleras.

—Cobarde.

Aquel susurro ronco puso fin a su plan de huida.

Se giró con los ojos entornados y se encontró con que las puertas automáticas se habían abierto y él la invitaba a entrar con un cortés gesto de la mano.

¡Menudo payaso!

Aceptando el reto, alzó el mentón y entró en el ascensor. Cuando las puertas se cerraron tras él supo que había cometido un error. El olor de Diego la envolvió. Su cuerpo, a escasos centímetros del suyo, desprendía un calor que la hizo estremecer. Para poner un poco de distancia entre ellos colocó frente a ella la pequeña bolsa de deporte que llevaba y bajó la mirada. No quería que él se diese cuenta de cómo le afectaba su cercanía y rezó para que el ascensor descendiera con prontitud.

—Por mucho que me ignores, no voy a desaparecer.

—Pues me harías un gran favor si lo hicieras —masculló ella sin mirarle.

—¿Sabe tu marido que le has puesto los cuernos?

Aquella pregunta directa hizo que Diego obtuviese lo que quería: su total atención. Elena levantó la mirada y se encontró con los ojos de él clavados en ella, en una mirada que expresaba disgusto y algo más que no supo identificar.

—La cuestión es: ¿he sido el único o ha habido más hombres? —continuó indagando, al tiempo que daba un paso amenazante hacia ella.

Elena abrió la boca para decirle algo así como «yo me acuesto con quien me dé la gana y tú no tienes nada que decir al respecto», pero el ascensor emitió un tintineo y se detuvo de forma sorpresiva en el cuarto piso. Los dos se giraron al mismo tiempo para ver quién era el causante de la interrupción del trayecto y, en cuanto la puerta automática se abrió, se encontraron con el rostro sonriente de la señora Paquita.

—¡Buenos días, chicos! ¿Me hacéis un hueco?

Y antes de que pudiesen responder la buena mujer se metió en el ascensor con su carro de la compra por delante, empujándolos hacia el fondo del estrecho cubículo, de forma que sus cuerpos quedaron todavía más juntos. Al hacerlo, una de las ruedas pisó un pie de Diego y Elena tuvo la satisfacción de ver cómo emitía un gruñido de dolor. Sin poder evitarlo sonrió con regocijo, lo que le valió una mirada ceñuda de él.

La señora Paquita, ajena a todo, los miró con una sonrisa mientras el ascensor volvía a cerrar sus puertas y emprendía el descenso.

En cuestión de un segundo el aire se espesó en sus pulmones. Elena podía sentir el aliento de Diego sobre su mejilla y su cuerpo tenso contra el suyo, con la pequeña bolsa de deporte apretujada entre los dos. La mirada de él recorrió su rostro centímetro a centímetro hasta detenerse en su boca. Como atraído por un imán y debido a su cercanía, pudo observar cómo sus pupilas se dilataban ligeramente.

¡Qué hipócrita! Puede que la detestase, pero estaba claro que la deseaba, y esa certeza hizo que le sostuviera la mirada con aplomo mientras levantaba una ceja arrogante.

—Así que ya os conocéis —comentó la anciana, rompiendo su pequeña contienda visual.

—¡Oh, sí! Nos conocemos muy bien —ronroneó Diego con una sonrisa burlona.

—Más de lo que me gustaría —contraatacó ella en el mismo tono.

—Yo siempre he opinado que es bueno confraternizar con los vecinos —

continuó diciendo la señora Paquita—. Después de todo, vivís puerta con puerta.

—No me lo recuerde —farfulló Elena.

—Por lo que he visto, ella no tiene problemas en confraternizar con los hombres —musitó Diego al mismo tiempo.

—Os podéis echar una mano en caso de que necesitéis ayuda —prosiguió la mujer con su diatriba sin prestar atención a sus comentarios—. Dolores y yo nos hicimos mucha compañía desde que enviudamos. Era la vecina del 2º B, ¿sabéis? —aclaró, y en su rostro pudo apreciar un atisbo de nostalgia y mucho cariño—. Pero la podre falleció de una angina de pecho hace tres años. ¡Dios la tenga en su gloria! —concluyó, mientras alzaba la mirada al techo.

El ascensor llegó por fin a la planta baja y la señora Paquita maniobró con el carro para sacarlo. En cuanto lo hizo, Elena salió disparada del ascensor con tanta premura que tropezó con sus propios pies y trastabilló, lo que hizo que Diego emitiera una risilla burlona que fue un atentado a su orgullo.

Lo fulminó con la mirada y masculló:

—Cretino.

—Zorra —bufó él, para luego añadir con voz melosa—: Perdón, zorra no, zorrilla.

Estuvo a punto de estamparle la bolsa de deporte en la cabeza, pero se contuvo porque no estaban solos.

—Voy a ver si me paso por Mercadona a comprar agua y suavizante y luego iré a la verdulería de Adelaida a por uno de esos tomates del Perelló tan buenos que tiene —parloteó la anciana, mientras enfilaba hacia la puerta del patio.

La señora Paquita sonrió a Diego mientras este le abría la puerta, mostrando una educación y encanto que a ella le negaba, y luego la anciana se despidió de ellos con un ademán.

Elena no perdió ni un segundo en alejarse de allí, rumbo al gimnasio. Con lo que no contaba es con que Diego la seguiría. Solo entonces se percató de que iba vestido de sport y llevaba una bolsa de deporte colgada al hombro. Un presentimiento se coló en su mente y se confirmó cuando lo vio entrar al gimnasio un paso por detrás de ella.

Se giró hacia él con los brazos en jarras y le bloqueó el acceso.

—¿Es que acaso pretendes invadir todos los rincones de mi vida?

—Si resultan tan agradables como algunos de tu cuerpo... —replicó él

con malicia, y la esquivó para adentrarse en el establecimiento como si nada.

—¡Esto es acoso! —masculló ella indignada, pero si él la oyó no dio muestras de ello.

Se quedó parada, indecisa, en el *hall* de entrada del gimnasio. Tenía ganas de huir de allí para evitar cualquier nuevo roce con su vecino, pero no podía permitir que él interfiriera en su rutina diaria. No era una cobarde, ¿verdad? Además, el gimnasio era muy grande. No tenían porqué situarse cerca uno del otro.

Con ese pensamiento en mente se decidió a entrar. Se entretuvo unos minutos compartiendo unas palabras triviales con una cliente de la farmacia y luego se dirigió a la zona de cardio para comenzar con su entrenamiento. Echó un vistazo rápido a la sala: había una hilera de diez cintas de correr, una al lado de otra y frente a un espejo; una segunda hilera situada detrás estaba formada por *steppers* y una tercera por bicicletas, estas otras encaradas hacia el espejo que estaba en la pared contraria. Diego no parecía estar por allí. Posiblemente, estaría en la sala de musculación, en donde los *cachas* hacían pesas. Los músculos que tenía en todo su cuerpo no habían salido de la nada, se notaba que los ejercitaba, aunque no se pudiese considerar un «cruasán» de gimnasio de esos que parecían desayunar anabolizantes con el café. Por mucho que le costase admitirlo el de Diego era un cuerpo perfecto, fuerte y potente, con...

«¿Quieres dejar de pensar en el cuerpo de ese cretino y centrarte en lo que has venido a hacer?», le recriminó su voz interior.

Oteó en busca de un hueco en una de las bicicletas, pues siempre comenzaba por ahí, pero parecían estar todas ocupadas. Empezó a dirigirse a una de las cintas que estaba desocupada cuando vio que una chica dejaba una de las bicicletas libres y se lanzó hacia allí sin dudar.

Justo cuando acababa de sentarse sobre el sillín, el hombre que estaba en la bicicleta de al lado y que había estado agachado ajustando el aparato se incorporó.

No podía ser otro: Diego.

El destino tenía un peculiar sentido del humor.

Él la miró con expresión de sorpresa y luego levantó una ceja.

—¿Quién acosa a quién?

—No te había visto —gruñó ella—. Ignórame, ¿quieres? —añadió, y se puso los auriculares inalámbricos que iban conectados a su móvil, decidida a

olvidar que lo tenía a menos de un metro de distancia.

La *playlist* que utilizaba para su entrenamiento comenzó con *Love generation* de Bob Sinclair y otras tantas del mismo estilo que la ayudaban a mantener el ritmo. En la cuarta canción y con la vista clavada al frente en todo momento, por fin se consiguió concentrar lo suficiente para olvidar al tipejo que tenía al lado. Todo iba bien hasta que una mano hizo aspavientos en su campo visual.

Dio un respingo que casi la hizo caer de la bicicleta estática y miró al dueño de la mano con fastidio, solo para encontrarse con el rostro sonriente de Jacobo.

—Perdona, ¿te he asustado?

—No, que va. Solo me has sorprendido.

Miró de reojo hacia su vecino, esperando que estuviese concentrado en el pedaleo, pero no. Se había parado y los miraba sin disimulo, con los antebrazos cruzados y apoyados sobre el manillar de la bici.

—La clase de *spinning* empieza ahora. ¿Te vienes?

—Hoy tenía pensado meterme en zumba, por eso me he puesto a hacer bici —respondió sincera, y no le pasó desapercibida la expresión de desilusión del hombre—. Ven conmigo, es divertido —añadió en un impulso.

—La zumba no es lo mío —respondió Jacobo con una mueca cómica—. Tal vez luego podríamos quedar a tomar algo.

Elena contuvo el aliento al recordar el reto de Roger. Tenía que aceptar aquella cita. *Quería* aceptar aquella cita. Jacobo era agradable y atractivo. ¿Por qué no? Pero justo cuando abrió la boca para decir que sí...

—Creo que se te ha vuelto a olvidar la alianza de boda, Elena.

Ella se giró con los ojos como platos hacia Diego. ¿De verdad acababa de decir aquello? Estaba tan sorprendida y azorada que no atinó a emitir palabra. Miró a Jacobo y lo vio observando su mano izquierda con el ceño fruncido. La marca del anillo era evidente en su dedo, sobre su piel dorada por el sol de verano. Para empeorar las cosas, sintió que las mejillas se le acaloraban. Sin duda en esos momentos su cara lucía como uno de esos tomates del Perelló que le gustaban tanto a la señora Paquita.

—Perdona, no sabía que estabas casada —farfulló Jacobo, y su tono tenía un deje de reproche—. La clase empieza ya, será mejor que me vaya. Nos vemos por aquí —añadió, antes de alejarse con paso rápido.

Clavó sus ojos en Diego, que en esos momentos bebía de su botella sin

inmutarse.

—Eres... eres... —tartamudeó, incapaz de encontrar un insulto lo suficientemente despectivo para él.

—Creo que te he calado, ¿sabes? —afirmó él, después de secarse los restos de agua con el antebrazo—. Detrás de ese rostro dulce y angelical se esconde una auténtica *devorahombres* que engaña a su marido a las primeras de cambio y no duda en quitarse el anillo a la menor oportunidad para que no interfiera en sus coqueteos.

Aquello era tan ajeno a la realidad que rompió a reír.

La expresión de asombro de Diego por su reacción no hizo más que incrementar su hilaridad. Rio a gusto y con ganas y cuando terminó se secó las lágrimas con la toalla mientras se levantaba de la bici y se aproximaba a él.

Tuvo la satisfacción de ver cómo contenía el aliento cuando acercó su rostro a escasos centímetros del suyo.

—Cretino, no tienes ni idea —musitó, despectiva, y se alejó de allí con el mentón bien alto.

Se fue directa al cuarto de baño y en cuanto cerró la puerta se dejó caer contra ella y rompió a llorar.

CAPÍTULO 10

Siempre que Diego salía del gimnasio se sentía con energías renovadas. No importaba lo mucho que se machacase allí, después de una buena ducha su cuerpo se activaba y su humor mejoraba. Sin embargo, aquella vez fue una excepción. El episodio con su vecinita le había hecho sentirse... No sabía cómo.

Por un lado y muy a su pesar, le excitaba la perspectiva de verla. Por eso la había estado esperando pegado a la mirilla como un auténtico acosador. Era algo retorcido y malévolo, lo sabía, pero el breve interludio en el ascensor había endurecido su miembro hasta el punto de dolerle.

Su cuerpo la deseaba y reaccionaba a su cercanía de forma fulminante, con una química como la que nunca había sentido hacia nadie. Su mente, en cambio, quería hacerla sufrir.

Cualquier psicólogo diría que estaba pagando con esa mujer su frustración por haber sido un marido cornudo y que había proyectado en ella sus deseos insatisfechos de venganza. ¿Por qué si no estaba atormentándola de aquella forma?

Si fuese cabal, la ignoraría. No era de su incumbencia lo que Elena hiciese o dejase de hacer. Era cosa de ella y de su marido. Diego no había sido más que un involuntario partícipe en su infidelidad. Pero... ¿uno de cuántos?

Verla dispuesta a aceptar la cita con aquel chico le había molestado hasta el punto de intervenir. Él le había escupido su veneno y ella... Ella se había echado a reír.

Todavía seguía perplejo por su reacción una hora después, cuando llegó a casa y se encontró a Hugo saliendo por la puerta.

—Me voy a la farmacia a comprar condones, esta noche he quedado con la dulce Raquel —informó Hugo con un guiño.

—¿Raquel? ¿La que conociste el otro día no se llamaba Irene?

—Irene, sí. ¡La bella Irene! —suspiró de forma teatral, y se llevó una mano al corazón—. Con ella gasté la caja de condones que tenía —agregó,

rompiendo ese aire de romanticismo de forma muy terrenal—, por eso necesito más para esta noche.

Diego bufó. Su hermano cambiaba de chica como de calzoncillos.

—¿Necesitas algo? —inquirió Hugo.

—Que dejes de ir de flor en flor y sientes la cabeza con una buena chica.

—¿Para qué? ¿Para irme a Japón el año que viene y romperle el corazón? —replicó Hugo, al tiempo que se encogía de hombros—. Tengo claro que quiero irme sin ningún lazo sentimental que me una aquí, quitando la familia, claro —se apresuró a añadir—. Y para eso, no puedo enamorarme de ninguna chica. ¿Cómo hacerlo? —No esperó respuesta de Diego antes de concluir: — No acostándome dos veces con la misma mujer. Es sencillo.

Sencillo para él, que parecía tener un imán para las mujeres.

—¿Necesitas algo de la farmacia o no? Se me hace tarde —insistió Hugo, y miró el reloj con impaciencia.

—Creo que te voy a acompañar —decidió, tras pensarlo unos segundos—. No tengo nada importante que hacer ahora y así conozco un poco más el barrio.

Juntos salieron a la calle y cruzaron la plaza que, a aquellas horas en las que el sol ya no golpeaba con tanta fuerza, estaba llena de niños. Las terrazas de las cafeterías y bares que había por allí también estaban abarrotadas, reflejo de la vida que tenía aquel barrio.

—¿Dónde vas? —preguntó Diego, al ver que Hugo tenía la intención de cruzar la calle hacia la gran avenida en donde estaba situado el hospital en el que iba a empezar a trabajar en breve—. Si no estoy equivocado hay una farmacia allí, al girar la esquina.

—Me gusta la farmacia que hay cerca del hospital. Es grande y tienen mucha variedad, sobre todo en condones.

Diego lo miró de reojo

—Y, conociéndote, seguro que le has echado el ojo a alguna dependienta de allí —bufó, entre divertido y exasperado.

—Eso también —admitió Hugo con una risita.

Minutos después, los dos hermanos cruzaron las puertas de la farmacia de Amparo Suárez. En cuanto lo hicieron, los ojos de Diego volaron hacia los dependientes que atendían solícitos a los clientes que pululaban por allí. Descartó al instante a los dos chicos jóvenes y a la mujer que parecía estar en la sesentena. Solo quedaba una chica morena y de cuerpo esbelto. Era linda,

sí, pero no era el tipo de mujer que atraía a su hermano.

—¿Es aquella? —preguntó un tanto sorprendido.

Hugo siguió su mirada y fingió un escalofrío, aunque sus ojos brillaron de una forma especial.

—¡No, qué va! ¡Esa es una borde! La que a mí me gusta es una deliciosa rubia con... —Sus manos dibujaron en el aire dos curvas voluptuosas a la altura del pecho.

—¿Un gran corazón? —aventuró Diego, poniendo los ojos en blanco.

—¡Seguro! Debajo de unos pechos magníficos —añadió en un murmullo adornado con una sonrisa pícara.

Hugo cogió la caja de preservativos que buscaba y se acercó al mostrador al tiempo que oteaba con interés.

—¡Vaya, vaya! El *follador de la pradera* ataca de nuevo —masculló la dependienta morena con un murmullo despectivo que contradecía su sonrisa amable—. ¿Vienes en busca de más provisiones?

—Eso parece —respondió Hugo, poniendo la caja de preservativos encima del mostrador.

—Tú tienes cara de buena persona —comentó la dependienta, dirigiéndose a Diego en tono confidente—. ¿Tu amigo es un fantasma o en verdad liga tanto como pretende aparentar?

Él no pudo menos que reír. Aquella chica le cayó bien al instante.

—Liga tanto como aparenta y es un fantasma —reconoció Diego, lo que le valió un resoplido de su hermano y una risita de la chica.

—¿Dónde está tu compañera, la rubia?

—Siento desilusionarte, machote, pero esta semana trabaja de mañanas.

—Entonces me pasará...

—Mejor no lo hagas —cortó la dependienta sin dejarle terminar la frase. Su rostro se había puesto serio—. Tú eres *caca* para ella.

—¿Perdona? —inquirió Hugo, irguiéndose ofendido.

—Está claro que eres un picaflor que va de cama en cama, al que no le gusta atarse a ninguna chica y que solo piensa en su próxima conquista —declaró ella, y Diego no pudo más que alabar su intuición—. Sin embargo, Ana es bastante inocente y con una visión muy romántica del amor. Seguro que tienes un montón de mujeres a las que no les importa ser tu clínex por una noche, que son iguales que tú y que solo buscan divertirse con un tío que está bueno y que, a juzgar por los preservativos que gastas, es insaciable en la

cama. Pero mi amiga no es una de ellas. Si te importan algo los sentimientos ajenos, aléjate de ella.

La sonrisa irreverente que Hugo había lucido desde que entraron se fue apagando conforme la morena hablaba, hasta el punto de que sus labios quedaron reducidos a una línea tensa.

—Cóbrame los condones, ¿quieres? —masculló de mal humor.

La dependienta le cobró la caja con rapidez y eficiencia, la metió en una pequeña bolsa de papel y se la ofreció al tiempo que le tendía una tarjeta.

—¿Qué es esto? ¿Tu teléfono? —bufó Hugo, aunque Diego detectó un destello de interés que su hermano se esforzó por disimular.

—No, es la tarjeta de la farmacia con el horario del servicio de analíticas que ofrecemos por las mañanas —explicó la chica en tono profesional—. Con la trayectoria que llevas no te vendría mal hacerte una analítica para controlar las ETS.

—¿ETS?

—Enfermedades de transmisión sexual —aclaró ella—. El preservativo no es eficaz al cien por cien, aunque los uses de tres en tres —concluyó con una sonrisa y un aleteo de las pestañas.

Hugo emitió un sonido ininteligible, le arrebató la bolsa de malos modos y salió de la farmacia farfullando por lo bajo, presa de la indignación.

Diego lo observó haciendo sendos esfuerzos por no echarse a reír. Miró a la dependienta como quien observa a una superheroína.

—Creo que es la primera vez que veo a una mujer poniéndolo en su sitio. Ha sido un placer, ummm...

—Lucía —completó ella, y lo observó con suspicacia.

Él tomó la tarjeta que ella todavía sostenía en la mano y no pudo evitar una risita al recordar la cara de Hugo cuando le había recomendado la analítica.

—Lo dicho, un verdadero placer —murmuró, y se fue de allí.

Encontró a su hermano rumiando a unos metros de la puerta con el cuerpo tenso y la cabeza gacha.

—Debe de gustarte mucho esa rubia para venir a esta farmacia sabiendo cómo te van a recibir.

—Esa mujer es insufrible —gruñó Hugo—. ¡Y me ha llamado caca! —agregó con expresión incrédula.

—Pues a mí me ha caído muy bien.

Su hermano resopló y comenzó a andar hacia el lado opuesto por el que habían venido.

—¿A dónde vas?

—A gastar la caja de preservativos con Raquel —masculló por encima de su hombro, y se despidió de él con un ademán.

Diego lo observó con un suspiro y se preguntó si, en verdad, su hermanito había ido hasta allí en busca de la rubia o para discutir con la morena. Después de todo, él no era el único retorcido de la familia.

CAPÍTULO 11

—Vamos a tener que hacer un pedido extra de Control XL *Finissimo* — anunció Lucía, mientras repasaba el inventario—. Desde que *el follador de la pradera* viene a esta farmacia el stock que teníamos para un mes lo hemos vendido en dos semanas.

—¿El follador de la pradera? —repitió Elena con una ceja arqueada y una sonrisa.

—Un idiota que viene por las tardes.

—No digas eso, es encantador y guapísimo —suspiró Ana de forma ensoñadora—. Además, es Aries, uno de los horóscopos más seductores.

—Lo de seductor te lo concedo. Me lo he cruzado varias veces por el barrio y siempre lo he visto acompañado de una chica diferente —bufó Lucía con disgusto.

—Porque es encantador y guapísimo —insistió Ana—. Y si a eso le añades que usa una talla XL. ¡Quién lo pillara! —musitó, y volvió a suspirar.

—Caca, Ana, caca —masculló Lucía, exasperada.

—¿Pero tú no decías que querías pasar de ese tipo de chicos y centrarte en encontrar un buen chico? —le recordó Elena.

—Sí, pero... ¿Os imagináis lo que sería que un chico como ese se enamorase? ¡Sería el sueño de cualquier mujer!

—Ese tipo de chicos no se enamoran —declaró Lucía con convicción—. Y, en el caso improbable de que lo hagan, será por poco tiempo. Son el tipo de hombres que acaban poniéndote los cuernos.

Elena miró a su amiga con suspicacia.

—¿Hablas por propia experiencia?

—Mi primer amor: Alberto —confesó Lucía, después de unos minutos en silencio—. Lo conocí en el último año de instituto. Era el más popular: guapo, encantador, inteligente.... —Su mirada se perdió en los recuerdos por un momento—. Cuando se interesó por mí no me lo podía creer. Yo era la típica empollona con un físico normalito; nada que ver con las chicas con las que solía salir. Estuvo dos meses detrás de mí, conquistándome, y me hizo sentir

en las nubes. Sin embargo, cuando por fin lo logró, después de una semana juntos pasó a otra. Yo solo fui un reto para él —masculló, y todavía había un deje de dolor en su voz. Miró a Ana antes de proseguir—. Ese tipo de hombres están enamorados de la emoción de la conquista, no de la mujer en sí. Si quieres un polvo de una noche seguro que quedarás más que satisfecha, pero si buscas algo más...

—Estoy cansada de los polvos de una noche —musitó Ana.

—Entonces pasa de él —concluyó Elena.

—Será mejor que volvamos al trabajo antes de que mi madre nos llame la atención —murmuró Lucía, cuando escucharon la voz de Amparo desde la tienda.

En cuanto salieron comenzaron a atender a los clientes.

—Quiero una caja de pastillas —anunció una mujer de unos setenta años.

Elena intercambió una mirada rápida con Lucía, que estaba a su lado.

—¿Cómo se llaman? —preguntó, armándose de paciencia.

—Pues el caso es que no me acuerdo —suspiró la cliente, y se quedó pensativa.

«Ya empezamos», se dijo Elena, mientras sonreía con amabilidad desde detrás del mostrador.

—Son unas chiquititas de color blanco. Si me enseñas la caja te confirmo —ofreció la mujer, solícita—. Es cuadrada con las letras azules.

—Señora, ¿sabe cuántas pastillas hay en nuestro almacén que se ajusten a esa descripción? —intervino Lucía.

—Tal vez si nos dice para qué son... —propuso Elena.

—Son para controlarme la tensión —aclaró la cliente.

Después de cinco intentos consiguieron encontrar las pastillas de la mujer.

—¿Esta la vas a poner también en tu blog? —preguntó Elena, cuando la farmacia quedó momentáneamente vacía.

—No, ya está muy vista. Esta situación se repite demasiado a menudo. Con lo poco que cuesta que vengan con el nombre del medicamento por escrito...

Era cierto. No había cosa más frustrante para un farmacéutico que tener que adivinar los medicamentos que necesitaban los pacientes. Había muy pocos que acertasen con el nombre. Y los médicos tampoco es que ayudasen demasiado. Había que ser experto en traducción de jeroglíficos para interpretar la letra de algunas recetas.

Como para confirmar las palabras de Lucía, un hombre se acercó al mostrador.

—Por favor, ¿me da una caja de panceta?

Las dos cruzaron una rápida mirada que lo decía todo.

—¿Ha dicho «panceta»? —preguntó Elena con cautela.

—Sí, panceta. Para el estómago —aclaró el hombre.

Otro intercambio de miradas mientras ambas hacían esfuerzos por contener la risa.

Por suerte, Amparo salió en su ayuda.

—¿Por un casual se refiere a *Pantecta*?

—Sí, eso. Siempre me lío con el nombre —se excusó el señor con una sonrisa.

—Tranquilo, pasa muy a menudo —respondió Amparo, siempre amable.

—Esta sí va directa a mi blog —susurró Lucía en el oído de Elena.

Un rato después, Elena estaba ordenando un nuevo suministro de medicamentos en la trastienda cuando escuchó la voz de Lucía.

—Elena, ¿puedes salir un momento? Creo que el sistema se me ha quedado colgado.

Ella esbozó una sonrisa. Aquella era la frase clave que utilizaba su amiga para avisarla de que había entrado en la farmacia algún espécimen masculino digno de ser devorado con la mirada.

Salió de la trastienda con una cara de estudiada indiferencia. Ana y Lucía cabecearon con disimulo hacia el chico que aguardaba tras el mostrador: moreno, ojos azules, cuerpo atlético... y una sonrisa muy familiar.

Una sonrisa que flaqueó un poco al verla.

—¿Jacobó?

Él pareció igual de asombrado.

—No sabía que trabajabas aquí —musitó, azorado.

—De algo hay que vivir —repuso ella, y se encogió de hombros—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería unas vitaminas.

Le dio a elegir entre varias marcas y él se quedó mirándolas, pensativo.

—Esta semana no te he visto por el gimnasio.

No, no había acudido al gimnasio. Había ido del trabajo a casa y de casa al trabajo. Tampoco había salido a la terraza ni había vuelto a coger el ascensor. La razón era sencilla: no quería encontrarse con Diego y volver a

discutir con él. Llevaba toda la semana esquivándolo y gracias a un milagro lo había conseguido. Había descubierto que, después de todo, sí era una cobarde.

—He estado un poco ocupada —respondió evasiva, y no se le escapó la mirada interrogante de Lucía.

—Siento el malentendido del otro día. No soy el tipo de chico que se interpone en una relación —dijo de pronto, y su mirada se detuvo en la alianza que brillaba en su dedo—. Me resultas atractiva y por eso te invité a salir, no sabía que estabas casada.

La declaración la cogió desprevenida. Se puso tan nerviosa que se le cayó la caja de vitaminas de las manos.

—Y ya no lo está —se apresuró a decir Ana.

—Es viuda —aclaró Lucía, lo que le valió una mirada ceñuda de Elena.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió Jacobo, desconcertado—. Cuando ese chico comentó lo de tu alianza di por hecho que estabas casada.

—No me gusta hablar de ello —musitó ante su mirada interrogante, sin saber muy bien qué decir.

Jacobo pareció meditar durante unos segundos sus palabras mientras observaba las vitaminas y por fin se decidió por unas.

Elena se las cobró y cuando le dio el cambio él la miró de forma penetrante y carraspeó.

—Me estaba preguntando... ¿Haces algo esta noche?

—Está libre —respondió Lucía, solícita.

—Completamente libre —terció Ana.

—¿No tenéis nada que hacer en la trastienda? —bufó Elena.

Sus amigas se miraron entre ellas antes de responder: —La verdad es que no. —Dicho aquello, apoyaron los codos en el mostrador, dando a entender que no se iban a perder detalle de aquella conversación.

—Entonces, ¿quedamos esta noche? —insistió Jacobo.

Elena lo observó en silencio. Era atractivo, parecía buen chico y ella se sentía muy, muy sola. Pero no estaba preparada para comenzar una relación seria.

Como si le hubiese leído la mente, él añadió:

—Una cerveza. Solo eso. Quedamos después de cenar. Nos tomamos algo por el barrio y luego cada uno a su casa.

Ella se mordió el labio. Aquel plan era tentador porque no implicaba presiones de ningún tipo. Aun así...

—Recuerda el reto de Roger —musitó Lucía en su oído, mientras le daba un codazo poco disimulado.

¿Cómo olvidarlo?

«La próxima vez que un chico te pida salir, vas a decir que sí».

—Está bien —concedió por fin.

Intercambiaron teléfonos y Jacobo salió de la farmacia con sus vitaminas y una sonrisa radiante en la boca.

—Ese es el tipo de chico que te interesa —señaló Lucía a Ana, mientras lo veían marchar.

—Creo que voy a tener que empezar a ir al gimnasio —suspiró Ana, admirando su retaguardia.

—Siempre dices eso y nunca lo haces.

—Me da pereza, pero si hay tíos así por allí puedo reconsiderarlo —murmuró Ana, antes de comenzar a ordenar una de las estanterías.

Elena empezó a atender a los clientes. Estaba buscando unos datos en el ordenador cuando sintió sobre ella la mirada penetrante de Lucía.

—¿Se puede saber por qué has faltado toda la semana al gimnasio? Le has dicho a ese chico que habías estado ocupada, pero a no ser que te hayas pasado al punto de cruz por las tardes a mí me ha oído a excusa.

—No estaba de humor —respondió ella, evasiva.

—¿Y quién te ha puesto de tan mal humor? —preguntó Lucía, perspicaz.

Elena dudó. Lucía no conocía los pormenores de la noche en que conoció a Diego y, por consiguiente, no le podía contar quién era su nuevo vecino. Conociéndola, seguro que tomaría cartas en el asunto y era algo que quería evitar.

—Resulta que tengo un nuevo vecino que no me cae demasiado bien y se ha apuntado al gimnasio en el horario que suelo ir yo.

—Pues ya es coincidencia —gruñó su amiga—, pero no dejes que te agobie. Pasa de él y ya está.

«Si tú supieras», pensó ella, pero no dijo nada más.

Horas después, debía reconocer que se lo estaba pasando muy bien con Jacobo. Tenía veintiocho años, era arquitecto y trabajaba para una firma de mucho prestigio, le gustaba el deporte y tenía mucho sentido del humor.

Habían quedado a las once en un garito que se llamaba El Asesino y habían pasado un buen rato riendo mientras intercambiaban anécdotas del trabajo y del gimnasio. Un par de amigos suyos habían aparecido por allí y se habían unido a ellos de una forma muy natural.

Él había mirado varias veces su alianza. Sabía que se moría por preguntarle sobre ello, pero no lo había hecho. Estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no presionarla y ella se lo agradecía en el alma.

Todo iba bien hasta que sintió un cosquilleo en la nuca.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido y se encontró con unos penetrantes ojos color miel que la observaban desde la barra. Diego. Para más inri, el muy capullo alzó el botellín de cerveza que sostenía en la mano en una mofa de brindis.

Su humor se agrió al instante.

—Creo que ya es hora de que me vaya a casa.

Jacobo, que se estaba riendo de un comentario de su amigo, se puso serio al instante.

—Pero si todavía no son las dos y mañana es sábado —protestó, después de mirar el reloj.

—Lo sé, pero hoy he madrugado mucho y estoy cansada.

—De acuerdo, te acompaño a casa —propuso él, y se puso de pie.

—No seas tonto, acabas de pedir una cerveza. Quédate y termínatela con tus amigos. Yo vivo aquí al lado, puedo llegar sola —Él abrió la boca para protestar, pero ella le cortó antes de poder hacerlo—. Insisto.

—Está bien —concedió, no muy convencido. Se notaba que estaba haciendo esfuerzos por no presionarla y ella le estaba muy agradecida por ello—. ¿Nos vemos en el gimnasio el lunes?

—Claro.

Se despidió de ellos con dos besos y se encaminó hacia su casa con paso rápido.

—He estado meditando mucho sobre la noche en que nos conocimos.

Elena masculló una palabrota cuando escuchó la voz de Diego detrás de ella. No respondió, tan solo apuró el paso aun a sabiendas de que a él no le costaba ningún esfuerzo seguirla.

«Ignórale y sigue andando», se dijo a sí misma.

—¿No quieres saber la conclusión a la que he llegado?

—No me importa lo más mínimo —masculló ella, y se dio una patada

mental por haberle contestado.

—Viviendo en un barrio como este, lleno de locales de ocio, solo hay una razón para que una chica se vaya sola a la otra punta de la ciudad a tomar una copa.

Elena apretó los dientes.

—Querías hacer algo inadecuado y no querías tener testigos que pudiesen reconocerte.

Llegó al patio con un suspiro de alivio y abrió la puerta en tiempo récord, incluso pese al temblor de sus manos por la mirada adusta que tenía clavada en su nuca.

—Por eso, aquella noche, guardaste tu alianza en el bolsillo, ¿verdad? No es que fueras a tomar algo y surgiera la ocasión. Es que ibas a la caza de un hombre —prosiguió diciendo él, y bloqueó la puerta con la mano antes de que pudiese abrirla.

—Esto raya el acoso —barbotó ella, más indignada que asustada.

Se midieron con la mirada en la oscuridad del patio. Tras varios segundos en silencio, Diego apretó la mandíbula y soltó la puerta para que pudiese entrar. En lugar de coger el ascensor optó por las escaleras. Prefería subir un millón de escalones antes que pasar medio minuto encerrada en el ascensor con él.

Llegó al quinto casi sin resuello, más por el enfado que había estado macerando mientras subía que por el ejercicio en sí. Para su frustración, él la esperaba apoyado con indolencia en la pared, al lado de su puerta.

—Dime, Elena, ¿he acertado? —insistió.

—Métete en tus asuntos y déjame en paz—masculló ella.

Y sin más, entró en su casa y cerró dando un portazo.

Yoda se acercó con paso rápido a darle la bienvenida y Elena lo cogió en brazos y lo apretó contra sí. Necesitaba el calor de un abrazo, aunque fuese gatuno.

—El cretino ha vuelto a hacer de las suyas —musitó, mientras le hacía arrumacos—. Pero ¿sabes qué? —Yoda la miró y soltó un lánguido «miau» que la animó a proseguir—. Estoy harta. No voy a evitarle más. Esta es mi casa. Mi barrio. Mi hogar. No pienso consentir que ese Neanderthal me incomode en mi territorio, ni voy a dejar de hacer las cosas que me gustan por miedo a encontrármelo —juró con decisión—. ¿Quiere guerra? Pues la va a tener.

CAPÍTULO 12

El sonido de la música unido a lo que parecía el ruido de un aspirador, se filtró a través de la ventana de su habitación y sacó a Diego de su sueño. Buscó su móvil a tientas hasta dar con él en la mesita de noche, y miró la hora con el ceño fruncido. Las nueve y media.

¿Qué le había dado a aquella condenada mujer para hacer tanto ruido un sábado por la mañana? Más aún, teniendo en cuenta que habían llegado a casa casi a las dos y, para más inri, a él le había costado un montón conciliar el sueño.

Hizo una mueca cuando los recuerdos de la noche anterior acudieron de golpe a su memoria.

«Esto raya el acoso», le había dicho ella, enfadada.

Su vecina tenía toda la razón: se estaba comportado como un maldito acosador.

¿Qué demonios le pasaba con esa chica que lo tenía obsesionado?

En lugar de pasar de ella e ignorarla, no dejaba de pensar en Elena, incluso la buscaba de forma inconsciente. Se había pasado toda la semana con la atención centrada en su piso, con el oído prácticamente pegado a la pared tratando de captar algún sonido.

Había deducido por la quietud que reinaba en su casa por las mañanas que debía trabajar a esas horas. Por las tardes la escuchaba trajinar en la cocina, escuchar música o ver la televisión, pero no la veía nunca salir a la terraza. Tampoco había rastro alguno de su marido.

Como buen acosador, la había buscado en las redes sociales y había dado con su perfil de Facebook, pero llevaba dos años obsoleto. Lo que sí había encontrado en él eran fotos de ella y su marido. Sergio. Un tipo con un físico de esos que enloquecen a las mujeres: rubio, ojos azules y con pinta de modelo. Había visto fotos de ambos, sonrientes y felices. Enamorados, al menos en apariencia. Y eso lo había cabreado todavía más.

La noche anterior, Hugo había quedado a cenar con una chica y Diego había decidido salir a tomar algo y a despejarse un poco. Lo último que

esperaba era encontrarse con ella en el mismo pub.

Verla sentada en la mesa con aquel chico del gimnasio, riendo y charlando de forma despreocupada mientras este la miraba como si la quisiera devorar en cualquier momento aun a sabiendas de que estaba casada, había sido la gota que colmó el vaso. Por eso la había atacado de aquella forma.

Necesitaba empezar a trabajar, eso era. Entre las vacaciones que le debían de su anterior empleo y el tiempo de espera para reincorporarse en el nuevo, llevaba casi dos meses sin currar y eso lo estaba desquiciando. Lo único que lo había mantenido ocupado era el gimnasio, varios libros de suspense que se había leído, y un par de visitas a Ikea para comprar los muebles para la terraza.

Por suerte, comenzaba a trabajar en pocos días. Seguro que si se sumergía en la rutina de su nuevo trabajo conseguía olvidarse de su vecina.

Cosa hartoo difícil en aquel momento con tanto ruido.

Salió de la cama hecho una furia y se encaminó hacia la terraza, por dónde se filtraba el sonido infernal del aspirador unido a una canción que reconoció al instante, *El secreto de las tortugas* de Maldita Nerea, y que su vecina vociferaba como si la vida le fuera en ello.

Nada más asomarse por el murete de separación se encontró con un primer plano del delicioso trasero de Elena, pues tenía el torso inclinado hacia delante mientras movía una maceta con una planta de un verde esplendoroso.

El pantaloncito que llevaba, muy corto y entallado, no dejaba nada a la imaginación y le trajo a la mente el recuerdo de la noche que pasaron juntos. Muy a su pesar, su miembro reaccionó al instante.

Tal vez por eso su mal humor se acentuó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —bramó, aprovechando un instante en el que ella había dejado de cantar.

Ella lo miró por encima del hombro sin ninguna sorpresa, como si hubiese estado esperando que apareciera.

—Haciendo torrijas, ¿tú que crees? —replicó, alzando la voz para hacerse oír sobre el ruido.

—¿Crees que estas son horas de encender el aspirador y poner música?

Ella apagó el aparato con gesto tranquilo, lo dejó a un lado y le encaró.

Diego tardó un segundo en percatarse de que debajo de la camiseta de tirantes que lucía no llevaba sujetador. Los pezones de la muchacha resaltaban

de forma impúdica contra la tela, logrando que su miembro se endureciera todavía más.

—¿Cuándo quieres que me ponga a limpiar la terraza?, ¿a las doce del mediodía cuando pega todo el sol?

—¿No hay una normativa que regula los ruidos a ciertas horas? —insistió Diego.

—Sí, las normas de la comunidad de propietarios —declaró ella con voz tranquila y expresión imperturbable, sin inmutarse por su abierta hostilidad—. Según las cuales, los fines de semana se puede empezar a hacer ruido a partir de las nueve y media, y ahora mismo son... —Miró el reloj de su muñeca antes de añadir: —Las nueve y treinta y cinco.

Acto seguido, volvió a encender el aspirador y prosiguió limpiando como si él no estuviera.

Diego la observó unos segundos, incapaz de apartar la mirada de ella, y después entró en su casa mascullando por lo bajo.

Salía del baño cuando escuchó que alguien entraba en el piso y, al segundo, apareció ante él el rostro sonriente de Hugo. Por su expresión, parecía que había tenido una buena noche.

—Buenos días, hermano. Te traigo el desayuno.

Diego gruñó un «gracias» y tomó la bolsa de papel que le tendió, con el logo del horno de la plaza dibujado, para mirar en su interior. Su ánimo mejoró un poco al ver un par de donuts con un aspecto delicioso, pero no tanto como para que su hermanito no detectase su mal humor.

—¿Ocurre algo?

—La vecina no me deja dormir con tanto ruido —balbució ofuscado, mientras los devoraba.

—¿Y por qué no cierras las ventanas y pones el aire acondicionado?

—Pues porque no se me ha ocurrido —masculló con fastidio, y procedió a seguir las indicaciones de Hugo para poder dormir un poco más.

Cuando se volvió a despertar eran más de la una. Salió de la cama mientras miraba su móvil. Tenía varios mensajes de WhatsApp, entre ellos, uno de su madre preguntándole si ya había colgado los cuadros.

Un mensaje de Hugo llamó su atención. Decía que había salido a comprar. Miró su reloj, extrañado. Teniendo en cuenta que estaba escrito hacía dos horas era raro que todavía no hubiese regresado.

Justo en el momento en que estaba terminando de hacerse un bocadillo de

atún con aceitunas escuchó que se abría la puerta. Hugo apareció segundos después en la cocina cargado con varias bolsas de la compra.

—Menos mal que ya estás despierto. Tengo algo jugoso que contarte.

—¿Algo que ver con la chica con la que quedaste anoche?

—¿Qué? No, Lorena no tiene nada que ver.

—¿Lorena? ¿Después de Raquel no habías conocido a Julia?

—¡Oh, sí! A Julia la llegué a conocer muy bien, pero luego se me cruzó la morbosa Lorena y... —Se encogió de hombros con una sonrisa pícaro.

Diego resopló con disgusto.

—A este paso no te vendría mal la recomendación de Lucía y hacerte una analítica de sangre para controlar las ETS.

—¿Quién es Lucía?

—La dependienta de la farmacia, la que te llamó caca —le recordó, y se le escapó la risa al ver la mueca de disgusto de su hermano—. Por cierto, ¿has vuelto a pasar por allí?

—¿Acaso lo dudas? Me encanta ver su cara de censura cada vez que compro una caja de condones —añadió con una sonrisilla malévolas.

—¿Y qué es eso jugoso que tienes que contarme?

—Lo jugoso es que me he encontrado en el patio con la señora Paquita cuando volvía de hacer la compra, y hemos estado charlando un rato —continuó diciendo Hugo, explicando sin saberlo el misterio de su tardanza—. ¿A qué no sabes lo que me ha contado de nuestra vecina?

—¿Qué? —demandó Diego con interés.

—Pues resulta... —Hugo se quedó callado de repente. Sus ojos se habían clavado en algún punto de la terraza y ahora fruncía el ceño—. ¿Qué cojones es eso?

Diego siguió su mirada. En medio de su terraza desierta, pues todavía no había montado los muebles que había comprado en Ikea, se veía una figura que no supo identificar: era de tamaño pequeño, brillantes ojos azules, orejas puntiagudas, piel blanquecina y cola larga.

—¡Por Dios! ¿Qué comen las ratas de Valencia? —inquirió Hugo asombrado.

—Creo que es un gato.

—¡No seas absurdo! Los gatos tienen pelo y esa cosa es un pellejo arrugado —observó Hugo.

Para apoyar la teoría de Diego, aquel extraño ser emitió un lánguido

«miau».

—He oído que hay razas de gato que no tienen pelo.

Hugo lo miró como si estuviera loco.

—Más bien parece una mutación genética o tal vez tenga una enfermedad contagiosa, como sarna o algo así... ¡Mierda! Viene hacia nosotros, ¿qué hacemos? —inquirió con mirada de espanto.

Diego observó cómo el animal entraba en el salón con paso cauteloso mientras escrutaba a su alrededor con mirada curiosa. Algo debió de llamar su atención porque husmeó el aire con interés y movió la cola de forma sinuosa. Segundos después, con un movimiento ágil, saltó sobre la encimera de la cocina y fue directo hacia el bocado de atún.

—¡Bicho, quita, que esa es mi comida! —resopló Diego indignado, pero no se atrevió a tocarlo. La teoría de Hugo de que fuera sarna era plausible.

Después de todo, ¿a quién demonios se le ocurriría tener una mascota tan fea?

El timbre de la puerta sonó en ese momento.

—Voy a abrir. Intenta espantarlo, ¿quieres?

No se hubiese sorprendido más de toparse con un *alien* al otro lado de la puerta que de encontrarse a Elena mirándolo con cautela.

—No llamaría a tu casa, aunque mi vida dependiera de ello —aclaró ella como si le hubiese leído la mente—, pero creo que mi gato se ha colado aquí.

—¿Ese bicho tan feo es tuyo?

Vio que Elena levantaba el mentón en un gesto guerrero que lo excitó a su pesar, pero antes de que pudiese decir nada la voz de Hugo llegó hasta ellos con tono de urgencia: —¡Diego, ven rápido! Esta cosa no me quita los ojos de encima y me está dando muy mal rollo.

Diego abrió más la puerta y con un ademán de burlona caballerosidad la invitó a adentrarse en su morada. Elena lo observó de soslayo, con desconfianza, y entró. Sus ojos se detuvieron por un momento sobre el cuadro del desnudo de Hugo y levantó una ceja, pero no dijo nada. Después, comenzó a andar hacia el interior, dispuesta a recuperar a su mascota.

Solo entonces, Diego fue consciente de que iba vestida con una bata minúscula que era toda una provocación para cualquier hombre sano entre los trece y los noventa años, y que, por lo mojado que tenía el cabello, parecía recién salida de la ducha.

No se sorprendió cuando su incipiente excitación se convirtió en una

erección total. Era consciente de que esa mujer tenía un efecto fulminante en él, pero eso no significaba que estuviese conforme con ello. De hecho, se puso furioso consigo mismo y más aún con Elena. Fue detrás de ella mascullando en silencio.

La imagen con la que se encontraron al entrar en la cocina era digna de grabar en vídeo. Hugo se había armado con una tapa de sartén a modo de escudo y una espátula larga como espada en un intento por protegerse de ese condenado animal, que se había plantado delante del bocado con el lomo arqueado y dispuesto a defender lo que él consideraba su comida.

—¡Yoda, no seas maleducado! —exclamó Elena, azorada. Corrió hasta él y lo cogió en brazos mientras el gato bufaba en protesta—. No puedes colarte en una casa extraña y robar comida. Eso no está bien —sermoneó ella en un tono tan dulce que Diego dudaba que el gato la obedeciese alguna vez.

—¿Yoda? —inquirió Hugo.

—Sí, es un personaje de la Guerra de las Galaxias —aclaró ella.

Los dos hermanos, fans de la saga, intercambiaron una mirada.

—¿Has puesto a ese bicho el nombre de un poderoso Maestro Jedi? —preguntó Hugo, desconcertado.

—Está claro que no iba a llamarle Peludín—respondió ella, mientras se encogía de hombros de forma encantadora—. Y si os fijáis, es clavadito a Yoda.

Ambos fijaron su mirada en la mascota. Tenía razón: orejas grandes, ojos saltones, piel arrugada...

—¡Un nombre cojonudo, sí señora! —exclamó Hugo riendo—. Siempre he pensado que no hay nada más sexy que una mujer a la que le guste la Guerra de las Galaxias.

Ver a su hermanito, el *follador de la pradera*, lanzarle una mirada lobuna a aquella mujer fue el colmo para su mal humor.

—Lo del gato era una excusa, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Que me parece sospechoso que se meta aquí ese bicho y al segundo aparezcas tú buscándolo, con un salto de cama minúsculo y moviendo el culo de forma provocadora delante nuestro.

—Diego, no sigas por ahí.

Escuchó la advertencia de Hugo, vio la expresión turbada de la chica, pero no se detuvo.

—La cuestión es, ¿sabe tu marido lo zorra que eres o lo tienes engañado como a un tonto?

Ella dio un respingo ante aquel ataque.

—Te has pasado tres pueblos —murmuró Hugo.

—Perdón, tienes razón —concedió Diego con simulado pesar, para luego añadir con sorna: —No es zorra, es zorrilla.

Elena le cruzó la cara en una bofetada que resonó en las paredes de la casa.

—Escúchame bien, cretino. Tú no sabes nada de mí. ¡Nada! —recalcó con un grito—. Así que haznos un favor a los dos y no vuelvas a dirigirme la palabra.

Y salió de allí dando un portazo con el gato abrazado de forma protectora.

Sintió sobre él la mirada condenatoria de Hugo y eso lo puso a la defensiva.

—¿Qué?

—Ve y discúlpate con ella.

—¿Estás loco? Está casada y no para de provocar a todo hombre con pantalones —afirmó de forma exagerada en lo que era una pataleta en toda regla—. Tenías que haber visto al tipo con el que salió anoche.

—No está casada.

Aquellas tres palabras fueron más contundentes que la bofetada que le acababa de dar su vecina.

—Eso es lo que te quería contar cuando ha aparecido el gato —continuó diciendo Hugo—. Es viuda —aclaró. Su revelación consiguió que el corazón de Diego dejara de latir—. Y tú, mi querido hermano mayor, vas a tener que pedirle disculpas de rodillas.

CAPÍTULO 13

Cuando Elena entró en su casa el cuerpo le temblaba de furia mientras mascullaba insultos contra Diego.

Yoda, nervioso por el estado de alteración en el que se encontraba, se zafó de sus brazos y se cobijó debajo de la mesa, en uno de sus escondites preferidos.

—Haces bien en alejarte de mí —farfulló, al tiempo que lo fulminaba con la mirada—. Te dije que no fueras a esa casa. ¡Te lo advertí! Y mira lo que ha pasado por tu culpa.

El animalito lanzó un maullido lastimero.

—Con una simple disculpa no vas a arreglar nada —gruñó, y se dejó caer en el sofá. Apoyó los codos en las rodillas y se cubrió la cara con las manos mientras se concentraba en recuperar la calma.

Había sido un error llamar a aquella puerta, y más sin haberse vestido de forma adecuada, pero al salir de la ducha se había llevado un susto de muerte al ver que Yoda no estaba por ninguna parte, y dedujo que estaba en casa de su insoportable vecino. Estaba tan preocupada que solo había atinado a quitarse la toalla de la cabeza, enfundarse la ropa interior y ponerse una bata antes de ir a casa de su vecino, con la mente centrada en recuperar sano y salvo a su pequeñín.

«Un salto de cama minúsculo», había dicho Diego.

¡Estaban en pleno verano, por el amor de Dios! No iba a llevar una bata de felpa. La que llevaba era de una tela ligera y un simpático e inocente estampado de mariquitas, nada pensado para seducir, al menos a ella no se lo parecía.

Al cabo de unos segundos sintió que Yoda se ponía a su lado y restregaba el lomo contra su brazo, buscando su perdón. Sin embargo, todavía se sentía demasiado alterada y lo empujó lejos de sí, con tan mal tino que el animalito perdió pie y se cayó del sofá. Aterrizó de costado, desmintiendo ese dicho de que los gatos siempre caían sobre las patas, y lanzó un quejido.

—Yoda, perdona. Ya sabes que yo nunca... —Fue a cogerlo, pero el gato

la rehuyó con una mirada de rencor felino y se alejó de allí mientras movía la cola indignado.

Su rechazo fue el último golpe que abrió las compuertas de las lágrimas que trataba de contener. Un sollozo escapó de su garganta, seguido de otro y otro más. Se dejó caer en el sofá y lloró como hacía tiempo que no lo hacía.

La solución para su problema era tan sencilla como ir a la casa de al lado y decir: «Mira, Diego. Entre nosotros ha habido un malentendido. No le estoy poniendo los cuernos a mi marido. De hecho, soy viuda».

Parecía fácil, ¿verdad? Pues no lo era en absoluto. Para ella, no había nada más difícil en el mundo que pronunciar aquellas dos palabras: soy viuda.

Tenía veintisiete años, por favor. Muchas chicas de su edad ni siquiera tenían novio. Ella, en cambio, ya había enterrado a un marido.

Su mente la condujo al día en que Yoda entró en su vida.

—Tengo un regalo para ti.

Elena, que acababa de llegar de trabajar, sonrió como una boba cuando Sergio se acercó y, después de darle un beso que la dejó sin aliento, se puso detrás de ella y le tapó los ojos con las palmas de las manos.

—Camina hacia adelante. Tranquila, yo te guiaré —susurró en su oído, provocando un escalofrío que le llegó hasta las puntas de los pies.

Ella comenzó a andar sin titubeos, segura y confiada entre sus brazos. La emoción y la impaciencia le hicieron soltar una risita nerviosa. Unos pocos pasos después, sus ojos fueron liberados para encontrarse con un bultito que se removía debajo de la manta que había sobre el sofá.

Elena clavó los ojos en Sergio con una mirada interrogante. Habían hablado muchas veces de tener una mascota, pero nunca se ponían de acuerdo. Él quería un perro, pero comprendía que era mucha responsabilidad, sobre todo cuando su trabajo lo tenía fuera de casa la mayor parte de la semana. Ella, en cambio, prefería un gato; pero sus gustos eran un tanto peculiares en cuanto a la elección de raza.

—Todavía no entiendo cómo te pueden gustar esos bichos —comentó Sergio a modo de respuesta, y esbozó una sonrisa enorme.

Los ojos de Elena se abrieron como platos mientras contenía el aliento. Eso solo podía significar... Una cabecita asomó de repente por el borde de la manta, compuesta por unas orejotas y unos enormes ojos azules sobre un pellejo blanquecino y arrugado. No era bonito, ni siquiera se podía considerar agradable a la vista. Era, simplemente, lo que siempre había deseado.

—Es perfecto —musitó. Las manos le temblaban cuando cogió aquel diminuto gato y se sorprendió por lo suave y ligero que era.

Quería tener un gato egipcio desde los doce años, cuando su padre la llevó a un centro comercial y vio uno en el escaparate de una tienda de animales. Su cuerpo, enjuto y lampiño, resultaba llamativo en medio de gatitos tan peludos que parecían bolas de algodón. Un patito feo entre cisnes. Justo como ella se sentía en aquella época con sus gafas y su ortodoncia.

El gatito se arrebujó contra ella con un suave maullido y la miró con solemnidad. Fue amor a primera vista.

—Sabes que todavía faltan dos días para mi cumpleaños, ¿verdad? —señaló Elena, después de darle un beso de agradecimiento.

La sonrisa de Sergio fue sustituida por una expresión ofuscada.

—Tengo malas noticias —musitó, mientras se pasaba los dedos por el cabello—. Mañana tengo que comenzar la ruta por Murcia y no creo que vuelva a tiempo para tu cumpleaños.

Ella no pudo ocultar su decepción. Sergio trabajaba de visitador farmacéutico en la zona del Levante y eso implicaba estar constantemente en la carretera. Pero aquella era la primera vez desde que se conocían que iban a estar separados en una celebración tan especial.

Él le alzó la barbilla y le dio un suave beso en los labios.

—Haré lo que esté en mi mano por llegar a tiempo, ¿de acuerdo?

Ella asintió, pues sabía que Sergio cumpliría su palabra. Siempre lo hacía.

—¿Ya tienes pensado el nombre que le vas a poner? —inquirió él, en un intento por cambiar a un tema que la animase.

—La verdad es que no.

—¿Sabes a quién me recordó cuando lo vi por primera vez? —Elena lo miró de forma interrogante—. A Yoda.

—Yoda —repitió ella—. Me gusta.

Aquel día, Yoda entró en su vida.

Aquella noche, Sergio y ella hicieron el amor por última vez.

Al día siguiente, su marido se despidió con un beso y se fue a trabajar.

Nunca más regresó.

Elena perdió la noción del tiempo mientras lloraba en el sofá. Oyó que llamaban a la puerta y se arrastró hasta allí. Asomó el ojo por la mirilla y no le sorprendió encontrarse allí a Diego.

—Lárgate —gruñó sin abrir.

—He venido a disculparme.

Aquello era nuevo. Abrió la puerta solo por curiosidad. Miró a Diego con el cuerpo entumecido por las lágrimas y el alma agotada solo por respirar.

—¿Se puede saber por qué?

Un destello de culpabilidad brilló en la mirada del hombre al verla. Supuso que debía de presentar un aspecto patético con los ojos hinchados por el llanto y el pelo revuelto.

—Pensé que estabas casada, pero me acabo de enterar de que eres viuda —explicó él con una expresión compungida.

—¿Y eso cambia algo?

Diego la miró con sorpresa y dijo:

—Eso lo cambia todo.

—Pues para mí no cambia nada —repuso ella, y cerró la puerta.

CAPÍTULO 14

Diego casi no había pegado ojo en todo el fin de semana. El rostro de Elena, con las mejillas anegadas en lágrimas, se colaba en su mente a la menor oportunidad: ojos hinchados y brillantes, nariz enrojecida y labios trémulos. Tenía grabada a fuego su expresión compungida y lo hacía sentir como un insecto rastreador por haber sido el causante de su dolor.

La había cagado hasta el fondo. Era normal que ella no hubiese aceptado sus disculpas a las primeras de cambio, había sido demasiado cruel. Sin embargo, estaba decidido a hacerse perdonar. Solo tenía que encontrar el momento adecuado para hablar con ella y por eso estaba allí.

Escuchó que alguien trajinaba en la puerta del patio y abrió el buzón del correo con fingido interés para aparentar que acababa de llegar. La verdad es que llevaba casi una hora allí, desde la una y media, abriendo y cerrando la puertecilla con la esperanza de que Elena entrara y tuviera la excusa de subir con ella en el ascensor.

Era patético, sí, pero era lo único que se le había ocurrido para poder hablar unos minutos con ella sin que le diera con la puerta en las narices.

Sabía de sobra lo que se iba a encontrar cuando cogió el montoncito de papeles que había en el pequeño cubículo, pero aun así, lo ojeó como si fuese lo más interesante del mundo: un folleto informativo de una pizzería y otro de un restaurante chino. Aunque en la puerta del patio había un cartel avisando de que no se aceptaba propaganda siempre se las apañaban para colar algo en los buzones. También había una carta del banco que por el tacto parecía contener su nueva tarjeta de crédito, y otra de la universidad destinada a Hugo.

Alzó la mirada cuando escuchó pasos y lanzó un suspiro de desilusión al ver que se trataba de la señora Paquita.

—¿Todavía por aquí? —inquirió la mujer, extrañada, pues cuando Diego entró en el patio una hora antes ella salía a comprar.

Al ver que la mujer cargaba con un par de bolsas de aspecto pesado corrió a ayudarla.

—Se me ha olvidado recoger el correo y he bajado a por él —improvisó,

después de un pequeño titubeo—. Déjeme ayudarla con esto —agregó, mientras se hacía con las bolsas.

—Muchas gracias, eres un buen muchacho —murmuró la anciana, y flexionó las manos con un gesto de dolor—. La artritis me pasa factura cuando cojo peso.

—¿Y su carro de la compra?

—Se me rompió ayer y todavía no he podido comprar otro —explicó, mientras se dirigían hacia el ascensor—. ¿Sabes? Yo bajo a menudo para ver si tengo una carta de mi Andresito. Aunque muchas veces lo hago como excusa para cruzarme con algún vecino y charlar un rato —añadió, y le guiñó un ojo de forma cómplice.

Diego sintió que enrojecía sin poder evitarlo. Vaya con la anciana. Era más avispada de lo que parecía.

—Y dime, muchacho, ¿con quién esperas cruzarte aquí parado? —insistió la mujer. Y antes de que pudiese responder, añadió como al descuido: —Elena es una chica muy bonita, ¿no te parece?

Él la observó, descolocado.

—¿Cómo...?

—El otro día cuando bajamos en el ascensor vi cómo os mirabais —explicó la mujer, como si aquel simple detalle hubiese sido suficiente—. Que sepas que estás perdiendo el tiempo aquí parado, no sale de trabajar hasta las tres.

Diego hundió los hombros. Aquel plan había sido una tontería, sobre todo, porque no sabía nada de ella, ni siquiera dónde trabajaba.

—Trabaja en la farmacia de Amparo Suárez tomando las muestras de sangre —dijo de pronto la mujer.

—¿Lee la mente? —inquirió Diego con asombro.

Su pregunta provocó una risita juvenil en la mujer que, por el contrario, arrugó su rostro todavía más.

—¿Te importa acompañarme hasta mi casa y dejar las bolsas en la cocina?

—Claro que no.

El ascensor se detuvo en el cuarto piso y Diego acompañó a la señora Paquita hasta el interior de su hogar. Por un momento, su mente viajó en el tiempo, cuando era pequeño y los domingos iba a visitar y a comer a casa de sus abuelos: paredes empapeladas con estampados florales, tapetes de

ganchillo sobre el sofá y los sillones del comedor, fotografías en tonos sepia colgando de las paredes, figuritas de porcelana por doquier, una mesa camilla redonda con un mantel bordado... Todo impoluto, eso sí. Se notaba que la buena mujer ponía mucho empeño en tener la casa ordenada.

Su mirada se vio atraída hacia una máquina de coser Singer sobre una mesa de madera y metal con un pedal. En concreto, hacia dos cajas que había amontonadas a un lado de ese mueble. Observó con curiosidad que tenían el logo de la marca de ordenadores HP.

—Mi hijo me compró ese ordenador para que pudiera conectarme al *eskape* y al *fasbuk*, pero todavía no me he animado a sacarlo de la caja —explicó la mujer, al percatarse de su interés—. No me llevo bien con esos chismes modernos. Ni siquiera tengo móvil, me resulta demasiado pequeño para poder manejarlo bien.

—¿No ha probado a dar clases para adultos?

—Sí, mi Andresito me animó a que me apuntase a esas clases para manejar ordenadores, y lo hice con mi amiga Dolores, la que vivía en el 2ºB, pero al poco ella murió y yo perdí las ganas de ir —explicó la mujer con pesar—. Y, la verdad, lo poco que aprendí se me olvidó. Mi hijo también me intenta enseñar a manejarlo cuando viene, pero tiene poca paciencia. Además, cuando me visita yo prefiero disfrutar de mis nietos y no sentarme de cara a este trasto.

—Si supiera manejar el ordenador podría relacionarse mucho más con su hijo y sus nietos. ¿Sabe que con el Skype puede mantener conversaciones en vivo? Podría hablar con su familia como lo está haciendo ahora conmigo, pero a través de la pantalla.

—¿El *eskape* hace eso? —inquirió la mujer con su particular forma de decirlo, y él pudo detectar más interés en su expresión.

—Sí, y con el Facebook puede relacionarse también con un montón de amigos, o incluso conocer gente que comparta sus aficiones. Yo le puedo enseñar a utilizar el ordenador, soy informático —añadió con una sonrisa ufana.

—¿Y sobre qué informas?

Su sonrisa se transformó en una mueca.

—No, me refiero a que soy experto en ordenadores —explicó, armándose de paciencia.

—¡Oh! Eso sería maravilloso, pero ¿no tienes que trabajar?

—No empiezo hasta pasado mañana.

—Tengo hechas unas albóndigas con tomate que saben a cielo —comentó la anciana con una sonrisa—. Te propongo un trato: yo te invito a comer y tú me montas este trasto y me ayudas a manejarlo mientras charlamos. ¿Qué te parece?

Diego aceptó sin dudar, con la esperanza de que le hablase más sobre Elena.

Una hora después, con el estómago saciado y casi sin darse cuenta, la señora Paquita le había sonsacado todos los detalles de su vida, pero ni una palabra sobre su vecinita.

La buena mujer también le había contado sobre la suya y Diego había llegado a sentir lástima por ella. Se la veía muy sola y con falta de cariño. Parecía que su hijo sí se preocupaba por ella, pero la distancia era una barrera insalvable entre ellos.

—¿No ha pensado en irse a vivir a Alemania?

—Mi hijo me lo propuso cuando aceptó el trabajo allí, pero le dije que no. Yo tenía aquí mi vida y mis amigas, aunque las fui perdiendo con el tiempo. Algunas porque fallecieron, como Dolores; otras porque se fueron a vivir con sus hijos a otras ciudades, como María; y luego está Gertru, que sus hijos no han tenido más remedio que meterla en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Bueno, ella lo llama sí, pero es una residencia de mayores con todos los lujos. La verdad es que Gertru está muy bien allí, pero le gusta renegar— aclaró la anciana—. En fin, que de aquí no me voy a mudar hasta que sea para ir al cementerio —añadió con ese humor negro que tienen algunos ancianos—. Pero ya está bien de hablar de nosotros, ¿no?

Diego se irguió en la silla.

«Sí, ya es hora de que me hable sobre Elena», pensó, impaciente.

—¿Me montas este trasto?

No pudo contener una mueca de desilusión.

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—La verdad es que tenía la esperanza de que me hablase un poco más sobre Elena —aventuró, dejando a un lado los rodeos.

—¡Cómo sois los jóvenes, lo queréis todo hecho! —Rio la anciana—. Ya te he dicho dónde trabaja, ¿cierto? Si quieres saber algo más invítala a cenar un día y se lo preguntas.

—Si fuera tan fácil... —masculló él, cabizbajo.

Ya era casi de noche cuando salió de allí. La señora Paquita se había apiadado de él y le había hablado un poco más sobre Elena mientras él le enseñaba a manejar el ordenador, detalles que no habían hecho más que aumentar su malestar por cómo la había tratado.

—¡Hacían tan buena pareja! Se les veía muy enamorados y resplandecían de felicidad cuando estaban juntos, pero a los dos meses de casarse él murió en un accidente de coche —murmuró la anciana, entristecida—. Ella estuvo muchos meses sin salir de casa, ni siquiera iba a trabajar. Un día le subí un táper con mis albóndigas, pero creo que ni las probó. Estaba tan pálida y delgada que daba pena. Poco a poco fue recuperándose. Creo que tuvo algo que ver ese hombretón que viene a verla de vez en cuando —confesó en tono confidente—. Da un poco de miedo con esos tatuajes y esos pelos largos, pero es muy amable.

Sin duda se trataba de *Roger, querido*.

A su mente acudió el abrazo que había visto cuando los espiaba. ¿Qué relación los uniría?

Todavía estaba pensando en ello cuando entró en su casa y se encontró con Hugo trasteando en la cocina.

—Llegas justo a tiempo, iba a ponerme a hacer la cena. ¿Dónde has estado toda la tarde?

—En casa de la señora Paquita, enseñándola a usar el ordenador.

—¿Y eso? —inquirió, señalando varias fiambreras que llevaba en la mano.

—Albóndigas.

El rostro de Hugo se iluminó al verlas y se apresuró a arrebatarle uno de los recipientes para meterlo en el microondas.

—Lo he estado pensando y creo que deberías de seguir el consejo de Lucía.

—¿Qué consejo?

—El de hacerte una analítica de sangre. Si quieres, puedo acompañarte mañana por la mañana.

—¿Y ese repentino interés por mi salud? —inquirió Hugo con suspicacia.

—Me he enterado de que Elena trabaja allí y es la encargada de hacerlos.

—Eres tú el que has metido la pata con ella, no yo —bufó su hermano—.
Ve tú a pincharte.

—Sabes que me mareo un poco cuando veo sangre.
—Te caes desplomado como un tronco recién cortado —corrigió Hugo.
—Y tengo cierto respeto por las agujas.
—Di más bien que te acojonas cuando ves una. —Río su hermano.
—Eso también —reconoció Diego con un gruñido.
—La cuestión es: ¿tanto te interesa arreglar las cosas con esa chica como para dejarte agujerear el brazo por ella?

CAPÍTULO 15

—Creo que le va a costar encontrarme la vena, nunca me acertáis a la primera.

Elena sonrió al anciano mientras revisaba sus brazos para comprobar el estado de sus vasos sanguíneos. En verdad eran casi invisibles, pero ella tenía fama de ser infalible.

—Siempre hay una primera vez —comentó con un guiño, tratando de mostrarse confiada, y rezó para estar en lo cierto. Sabía lo molesto que podía ser que te dejaran el brazo como un colador.

Por fin, se decantó por el izquierdo y le ató con fuerza la banda elástica en la parte superior con el fin de aplicar presión en la zona y que las venas se llenasen más de lo normal. Luego le indicó que cerrase la mano con fuerza para aumentar el efecto, y con los dedos tanteó la fosa cubital en busca de su objetivo. Le costó unos segundos, pero al fin encontró lo que andaba buscando. Aplicó el desinfectante con cuidado y tomó la jeringuilla mientras entablaba con el hombre una conversación banal sobre el tiempo que derivó en lo orgulloso que estaba de sus nietos.

—¡Listo! —exclamó al cabo de unos segundos, mientras le desataba el torniquete.

—¿Ya? Casi no he sentido nada —farfulló el anciano con sorpresa—. Pues es verdad lo que dicen por el barrio.

—¿El qué?

—Que tiene manos de ángel.

Sintió que se ruborizaba de pura felicidad.

—Vaya, gracias.

—Gracias las tuyas, señorita —repuso el anciano.

Elena le colocó un algodoncito encima de la punción y se lo fijó con una tirita.

—Mantenga el brazo doblado unos minutos para evitar que le salga un hematoma —le indicó, mientras le mostraba cómo hacerlo—. En cuanto tenga los resultados le mandaré un mensaje al móvil para que venga a recogerlos o,

si lo prefieren, se los puedo mandar directamente a su email.

—Pues casi mejor me lo manda a mi email, así me ahorro el paseo. Tome nota: soyeldiosdelapetanca@gmail.com.

Elena reprimió una sonrisa mientras introducía el email en su ficha.

—Voy a recomendarla a todos mis amigos de la Casa del jubilado — aseguró el anciano, antes de irse.

Elena suspiró con satisfacción al verlo marchar. Nunca se imaginó que acabaría gustándole tanto aquel trabajo.

Decidida a tener la mejor farmacia del barrio, hace cinco años Amparo compró el bajo continuo para ampliar y remodelar la pequeña botica que había heredado de sus padres. De esa forma pudo habilitar una gran zona de parafarmacia y otra de analíticas clínicas, con un enfermero a punto de jubilarse a la cabeza.

Elena empezó a trabajar allí como su asistente cuando hacía las prácticas de enfermería en Casa de Salud. Lo hizo con el propósito de ganar un dinerillo extra para la entrada del piso y por la posibilidad de mejorar su técnica de extracción de sangre. Sin embargo, se había sentido tan a gusto allí que, cuando el enfermero se jubiló y su jefa le ofreció la posibilidad de que fuera ella la que lo sustituyera al mando del servicio de analíticas, no lo dudó. Puede que no ganase tanto dinero como trabajando de enfermera, pero evitaba los turnos rotatorios y las guardias que conllevaba aquel empleo.

Como complemento extra había decidido sacarse el título de Técnico en farmacia y parafarmacia, para poder echar una mano a sus compañeros cuando no tenía que atender a nadie.

Era el único inconveniente de aquel trabajo, que la mayoría de la gente iba a primera hora de la mañana, normalmente, antes de las diez, y el resto del día transcurría con relativa tranquilidad.

Sus dominios se situaban en la parte derecha de la farmacia, al lado de la zona de parafarmacia, y se componían de una pequeña zona de espera con varios sillones, un despachito y una habitación habilitada con una camilla en donde hacía las extracciones.

Ana la asistía en las horas de más concurrencia, ayudándola a rellenar las fichas de los clientes y a preparar las etiquetas que ponía en los tubos.

Elena metió las muestras en la nevera y salió de la habitación con una sonrisa en busca de su siguiente cliente. Cuál fue su sorpresa al encontrarse a Diego sentado en uno de los sillones de la zona de espera.

—¿Qué haces aquí?

Él la miró con una exagerada expresión de asombro que no la engañó ni por un segundo.

—No sabía que trabajabas en esta farmacia —farfulló, mientras se ponía de pie y se acercaba a ella—. Vine la otra tarde y tu compañera me comentó que ofrecíais el servicio de analíticas. Y como me tengo que hacer una...

—¿Traes un volante médico?

—No sabía que lo necesitase —musitó él, azorado.

—No es obligatorio, pero la mayoría de los que vienen aquí lo hacen por prescripción médica. La gente no se suele hacer análisis de sangre porque sí —repuso ella, sospechando de sus motivos.

—Yo sí —respondió Diego sin más, pero al ver que ella alzaba una ceja se apresuró a explicar: —Me gusta llevar un control del colesterol y los triglicéridos, mi familia tiene tendencia a tenerlos altos y no quiero darme un susto.

Era una explicación plausible, pero en vista de la tormentosa relación que los unía, no se lo pudo creer. Aun así, la única excusa razonable para no atenderle era que había sido borde con ella. No era suficiente.

—Pasa a mi despacho. Primero te tomaré los datos para abrirte una ficha y luego te haré la extracción —le indicó, tratando de mostrarse profesional con él—. ¿Nombre de pila? —inquirió, tan pronto como puso los dedos sobre el teclado de su ordenador.

—Duracell —respondió él con guasa.

Elena lo miró impasible. Si pretendía congraciarse con ella con un chiste fácil lo tenía difícil.

—Ya sabes, las del conejito rosa —aclaró, como si no entendiera que ella no reaccionara desternillándose de risa ante su salida—. Y dura, y dura, y dura, y... Diego Iñigo —musitó él al final, rindiéndose ante su gesto impávido.

—¿Primer y segundo apellido?

Lo vio titubear antes de responder con un murmullo bajo:

—Montoya Hidalgo.

Elena tardó un segundo en asimilar aquellos datos y lo miró con asombro.

—¿Es una broma? ¿En verdad te llamas Diego Iñigo Montoya?

—*La princesa prometida* es la película preferida de mi madre —gruñó él, y Elena pudo ver cómo se ruborizaba un poco.

No supo si echarse a reír o tirarle el ratón a la cabeza.

—¿Y precisamente tú te has atrevido a burlarte de mi apellido? —bufó, incrédula.

—Has de reconocer que Zorrilla da mucho juego —respondió Diego con una sonrisa, pero al ver la mirada asesina de ella mudó su expresión y se apresuró a disculparse: —Estuvo muy mal meterme contigo de aquel modo y por eso quiero pedirte también perdón. Si me dieras la oportunidad de...

—¿Fecha de nacimiento? —inquirió ella, sin ganas de escuchar un discurso que estaba segura de que no era sincero y solo pretendía conseguir que se sintiera mejor consigo mismo.

—Treinta de octubre de mil novecientos ochenta y cinco.

Así que tenía veintinueve años y era escorpio, igual que ella, que los cumplía el trece de noviembre. Por un momento se preguntó qué opinaría Ana sobre la relación amorosa entre dos escorpios, pero tan pronto se percató de los derroteros por los que se había embarcado su mente se obligó a encauzar su atención.

—¿Alergias?

—Ninguna.

—¿Tomas algún tipo de anticoagulante?

—No.

—¿Vasodilatadores?

—¿El vino cuenta? —repuso él en tono de chanza.

—Me refiero a algún medicamento tipo Viagra —especificó Elena con expresión neutra.

Era un dato irrelevante para una toma de sangre, pero siempre que se mencionaba la posibilidad de que un hombre tomara las conocidas pastillitas azules reaccionaban ofendidos.

Diego no la defraudó.

—¡Yo no tomo Viagra! ¡Nunca la he tomado! —juró escandalizado ante el hecho de que ella tuviese dudas al respecto—. No necesito estimulantes. Mi salud sexual es sana y...

—¡Vale, vale! Lo he pillado: nada de Viagra —atajó ella, mientras le instaba a calmarse con un ademán de la mano.

Aquello estaba resultando más divertido de lo que hubiese esperado y decidió indagar un poco más.

—Estamos haciendo una campaña de analíticas para la detección de ETS, Enfermedades de Transmisión Sexual —aclaró con una estudiada indiferencia,

mientras tecleaba en el ordenador—. Si tienes una vida sexual activa y variada te convendría hacerte una.

—Teniendo en cuenta que eres la única mujer con la que me he acostado desde mi divorcio, hace seis meses, creo que no hará falta.

Ella levantó la vista al instante y se encontró con aquellos ojos color miel clavados en ella de una forma directa, como si no tuviese nada que ocultar.

Como si no quisiera ocultarle nada.

Se aclaró la garganta antes de continuar.

—Sé que es una pregunta tonta para un machote como tú —continuó interrogando—, pero ¿eres aprensivo o te mareas ante la visión de la sangre?

—No —respondió él con cautela.

Elena escondió una sonrisa. El pobre mentía fatal.

—Está bien, pasemos a la habitación de al lado —le indicó, mientras se levantaba y lo instaba a que la siguiera—. Siéntate en la camilla. Intentaré no hacerte demasiado daño —añadió con una sonrisa maliciosa, mientras sacaba una jeringa.

Lo vio empalidecer y casi se le escapa una carcajada, pero cualquier intención de reír desapareció cuando llegó el momento de tocarle.

Observó sus brazos desnudos, pues llevaba una camiseta de manga corta, y la boca se le secó. Duros, fibrosos y dorados por el sol, con un ligero vello oscuro que cubría sus antebrazos. Posó los dedos de forma tentativa sobre su piel y se sorprendió de su suavidad y calidez.

Levantó la mirada por un momento y se encontró con que él la estaba observando con intensidad, tan concentrado que casi no parecía respirar.

—Creo... —Tuvo que carraspear para poder continuar—. Creo que no voy a tener problema en encontrarte las venas en cualquiera de los dos brazos. ¿Alguna predilección?

—Estoy en tus manos —musitó él con una voz tan ronca que la hizo estremecer.

—El derecho entonces —balbuceó, súbitamente acalorada.

«Eres una profesional. Compórtate como tal», la sermoneó su voz interior.

¿Qué demonios le pasaba? Había sacado sangre a un montón de chicos guapos y Diego no pasaba de atractivo. ¿Por qué entonces la afectaba tanto su cercanía?

Además, no podía olvidar que era un cretino. Se había portado fatal con ella. Puede que estuviese arrepentido de su comportamiento, pero un par de

disculpas y una asombrosa revelación no iban a borrar todos los horribles encontronazos que habían tenido.

Con ese pensamiento en mente cogió la banda elástica y le hizo un torniquete en la parte superior del brazo, tratando de ignorar el maravilloso bíceps que se presentaba impúdico ante ella.

Le localizó una vena buena casi al instante, desinfectó la zona con movimientos expertos y tomó la jeringuilla. Al instante, sintió cómo Diego tensaba su cuerpo.

Alzó la mirada y vio que había empalidecido. Verlo tan nervioso la ablandó un poco.

—¿Te encuentras bien? Si quieres, puedes tumbarte.

—Pincha, tranquila.

Ella se mordió el labio mientras introducía la aguja en su piel, concentrándose más que nunca en hacerlo del modo más suave.

En cuanto terminó miró a Diego satisfecha. Había sido una extracción limpia y sin complicaciones.

Él le devolvió la sonrisa por un segundo... Y luego se desplomó en la camilla.

Elena se llevó un susto de muerte. Se inclinó sobre él y le dio palmaditas en la mejilla, al tiempo que lo llamaba por su nombre. Un par de segundos después él abrió los ojos.

En un primer momento pareció desconcertado, como si no tuviese claro lo que había pasado. Después fijó su mirada en ella y el tiempo pareció detenerse. Quedó atrapada en aquellos ojos dorados, conteniendo el aliento mientras él alzaba la mano y le acariciaba la mejilla con ternura.

La iba a besar, estaba segura. Lo supo cuando la mirada de él bajó hasta sus labios. Una parte de ella estaba deseosa de que lo hiciera, pero la otra...

—Te ensañaste conmigo, Diego. Todavía no te he perdonado —musitó, mientras se alejaba de él.

CAPÍTULO 16

—¿Vienes a tomarte un café?

Diego separó la mirada de la pantalla a regañadientes y clavó sus ojos en la bonita rubia que lo observaba desde la puerta con una sonrisa esperanzada.

Se llamaba Patricia y era enfermera en la planta de maternidad. Era encantadora, divertida y tenía un buen cuerpo. Se habían conocido en la cafetería del hospital el mismo día en que él comenzó a trabajar allí.

Le gustaba su compañía, pero tenía claro que su relación no iba a pasar de la amistad y no por falta de ganas de ella. Le había dejado caer un par de veces de forma sutil que se sentía atraída por él. Sin embargo, él tenía razones para mantener su relación en un plano asexual. Dos razones muy concretas.

En primer lugar, quería mantener su lugar de trabajo solo para esa función. Con Nuria cometió el error de mezclar el trabajo con el amor y tras su ruptura se vio obligado a dejar también su empleo. Después de todo, ella llevaba más tiempo en aquella empresa y a él le había venido bien un cambio de aires.

El segundo motivo era el que le quitaba el sueño por las noches: su vecina. Hacía cuatro días desde la patética escena del análisis de sangre, en la que él había quedado como un idiota, desmayándose. Lo peor es que no había podido explicarse tal y como quería para que ella lo perdonase y eso lo reconcomía por dentro.

Pero no era solo eso lo que no le dejaba dormir. Era ella en sí. Había algo en Elena que lo atraía de forma poderosa. Lo había sentido aquella primera noche en el pub cuando se acercó a ella, y lo seguía sintiendo cuando la tenía cerca: química. Potente, cruda, avasalladora. Su cuerpo reaccionaba ante su sola visión.

«Te ensañaste conmigo, Diego. Todavía no te he perdonado».

Aquel *todavía* le había dado un atisbo de esperanza. El problema es que no sabía cómo hacerse perdonar. Por eso, desesperado, en lugar de concentrarse en su trabajo se había puesto a buscar en internet: «Formas originales de pedir perdón», pero las soluciones que daban eran bastante rocambolescas o costaban un dineral, como que un avión trazase en el cielo

letras con humo en donde se pudiese leer: «Lo siento».

¿En serio podía haber alguien tan desesperado por hacer aquello?

—Venga, te vendrá bien separar los ojos de la pantalla durante un rato — insistió Patricia.

Diego terminó aceptando con un suspiro.

Minutos después, mientras Patricia hablaba de lo mucho que deseaba ir al cine a ver una película romántica que acababan de estrenar en un simulado intento porque él se ofreciera a acompañarla, a él se le ocurrió la mejor manera de matar dos pájaros de un tiro.

—¿Podrías aconsejarme en un asunto?

Patricia asintió con una mirada de intriga.

—He metido la pata hasta el fondo con una chica y quiero disculparme con ella. El problema es que no quiere escuchar mis explicaciones, así que he pensado en hacerle algún detalle. ¿Qué te parece?

—Esa chica... ¿significa algo para ti?

—¿Qué? ¡No! Bueno, sí —se apresuró a corregir, pues uno de los motivos de aquella conversación era hacer desistirla de su interés por él—. Tal vez —concluyó, al tiempo que se encogía de hombros—. No la conozco demasiado, pero hay algo en ella que me atrae —aclaró de forma sincera.

El rostro de Patricia se oscureció por la desilusión, pero mantuvo la sonrisa en los labios, demostrando que realmente podrían llegar a ser amigos.

—Bueno, llámame tradicional, pero yo siempre he pensado que las flores son un bonito detalle —respondió, tras unos segundos de reflexión—. Pero no vayas a lo cómodo y le compres rosas, ya está demasiado visto. Sé original. ¿Sabes qué tipo de flores le gustan?

A su mente acudieron las margaritas que tenía encima de la mesa de la terraza.

—Creo que sí.

Ya por la tarde, armado con un ramo de margaritas, Diego se preparó para llamar a la puerta de Elena. Estaba tan nervioso que las manos le sudaban y sentía un nudo en el estómago. Se irguió en toda su estatura, escondió el ramo detrás de sí y llamó al timbre.

Escuchó pasos y el ruido de la mirilla al abrirse. Compuso su mejor sonrisa.

—¿Y ahora qué? —La voz, aunque amortiguada por la puerta, denotaba fastidio.

—Te he traído algo.

Hubo unos segundos de silencio absoluto en los que Diego pensó que no iba a abrir, pero luego escuchó el sonido de las llaves en la cerradura.

Para no perder la oportunidad y antes de que ella pudiera decirle algo ofensivo, en cuanto la puerta se abrió enderezó el brazo y le mostró el ramo. O debería de haberlo hecho. Lo que en realidad pasó es que los nervios le jugaron una mala pasada y en su entusiasmo se lo estampó contra la cara.

—Pero ¿qué...? ¡Mierda! ¿Es que ahora quieres matarme? —chilló Elena, mientras apartaba el ramo de su rostro de un manotazo, lo que hizo que las flores se agitaran con violencia y soltaran una nube de polvillo amarillo—. ¡Oh, joder! —masculló ella, al tiempo que se llevaba las manos a la cara y estornudaba.

Al primer estornudo le siguió otro y otro y otro más.

Diego observó azorado cómo los ojos de Elena comenzaban a enrojecer y a hincharse, y su nariz empezaba a gotear.

Supo lo que ocurría justo en el momento en el que ella aclaró con voz seca y una mirada asesina:

—Soy alérgica al polen, idiota.

Y cerró dando un portazo.

Se quedó mirando la puerta cerrada durante unos segundos mientras su mente volvía a revivir aquella escena una y otra vez, todavía incrédulo por el mal resultado de su plan.

Con un suspiro derrotado volvió cabizbajo a casa.

Hugo, que estaba sentado en el sofá mientras dibujaba en su cuaderno, miró el maltrecho ramo que todavía sostenía en la mano con una ceja arqueada.

—¿No se las has dado?

—Sí que lo he hecho. Bueno, para ser exactos, se las he estrellado sin querer en la cara.

—¿Y?

—Es alérgica a las flores.

Su hermano parpadeó y luego soltó una carcajada.

—Desde luego, te estás luciendo con esa chica —declaró, cuando por fin dejó de reír.

—¿Cómo iba a saber yo que era alérgica a las flores? En su terraza tiene un jarrón con margaritas, míralo tú mismo.

Los dos hermanos se asomaron con disimulo a la terraza y observaron las flores: eran perfectas, coloridas y brillantes. Sí, brillantes, porque mirándolas con atención se hizo evidente que eran de plástico.

—¿Cuál es tu siguiente movimiento?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué te parece una tarta de chocolate?

—Con la suerte que tengo seguro que también es alérgica al chocolate —farfulló desanimado.

—El otro día me la crucé en el ascensor y llevaba una bolsa de la compra con galletas y helado de chocolate, así que no hay peligro de alergias y tienes la certeza de que le gusta el dulce.

—¿Sabes? No es mala idea.

Dos días después, Diego recogió una tarta que había encargado en una pastelería del barrio que le recomendó la señora Paquita, en la que hacían tartas por encargo. Siguiendo el consejo de Hugo eligió una de cobertura de chocolate y relleno de nata, y mandó que escribieran con letras de azúcar: «¿Me perdonas?».

—¿Qué te parece? —inquirió, mientras la sacaba de la caja con cuidado.

—Que esa tarta se ganaría a cualquiera.

Diego sonrió. Se conformaba con que Elena le diese unos minutos para poder explicarse bien y pedir disculpas como correspondía. Si conseguía eso, se daría por satisfecho.

—Deséame suerte, hermanito —murmuró, y se fue en busca de su objetivo.

Se irguió ante la puerta, tomó aire y llamó al timbre. Pasaron los segundos y nada. Una de dos, o no estaba o hacía como que no estaba.

Iba a entrar de nuevo en casa, un poco desilusionado, cuando vio que el ascensor se paraba en el rellano. La puerta se abrió y apareció Elena. Iba vestida con una camiseta de tirantes y unos shorts de licra. Por la coleta y la pequeña bolsa de deporte que llevaba al hombro parecía que venía del gimnasio. Incluso así, sudorosa y cansada, era un placer para la vista.

Ella lo observó con sorpresa y frunció el ceño. Luego sus ojos se clavaron en la tarta que Diego sostenía en la mano y su mirada se ablandó.

Era su oportunidad. Comenzó a andar, tan concentrado en ella que no prestó atención a nada más.

Todo pasó en cuestión de dos segundos.

Su pie tropezó con el felpudo y trastabilló hacia adelante, con tan mala pata que la tarta que llevaba en las manos salió volando... E impactó justo en la cara de Elena.

Observó azorado cómo el amasijo de bizcocho, nata y chocolate resbalaba por su rostro hasta caer en el suelo con un «plof», y no supo qué decir ni qué hacer salvo observar su reacción.

Ella alzó una mano, retiró un par de pegotes de nata de sus ojos con los dedos y se los metió en la boca.

—Está muy buena —dijo, después de saborearla con una expresión de placer que lo excitó al instante.

—Entonces, ¿me perdonas? —inquirió Diego, esperanzado, y no le sorprendió que su voz sonara ronca.

—Tendrás que hacer algo más que tirarme una tarta a la cara para que eso suceda —declaró ella con una expresión que no supo descifrar y, sin decir nada más, entró en su casa y cerró la puerta tras de sí.

Diego entró en su piso mascullando una palabrota.

—¿No le gustaba la tarta?

—La tarta sí, lo que no le ha gustado tanto es que se la tirara a la cara.

Ignoró la carcajada de Hugo y cogió varias cosas para limpiar el estropicio que había hecho.

—¿Te vas a rendir?

—Ni hablar. ¿Conoces a alguien que tenga un avión? —preguntó al recordar lo que había leído en aquel artículo sobre formas originales de pedir perdón.

Sí, a ese grado de desesperación había llegado.

—No, pero tengo un amigo que es mimo. Es muy gracioso, a mí siempre me hace reír.

Diego lo meditó unos segundos.

«¿Qué había más bonito que regalar sonrisas?», pensó, mientras la idea para un nuevo plan comenzaba a tomar forma en su mente.

CAPÍTULO 17

En cuanto Elena cerró la puerta tras de sí dejó escapar la carcajada que había estado conteniendo.

«¡Por Dios! Ese hombre no da pie con bola», pensó, mientras se iba al baño para darse una ducha.

Primero, su tonta ocurrencia de hacerse una analítica de sangre que había acabado con él despatarrado en su camilla.

Luego, el incidente con las flores que había conseguido que sufriera un ataque de alergia que le había dejado con los ojos rojos y la nariz congestionada durante un par de días. Nada que unos cuantos antihistamínicos no pudiesen solucionar, pero había sido incómodo.

Por último, el incidente con la tarta voladora. Fue toda una sorpresa que al volver de su clase de *spinning*, cansada y sudorosa, Diego la estuviese esperando en el rellano con un regalo. No había vuelto a verlo desde el ataque de las margaritas, ni siquiera se había cruzado con él en el ascensor en aquellos dos días, y una parte de ella, una masoca y muy retorcida, lo había echado de menos.

Verlo allí parado, esperándola, y nada menos que con una tarta de disculpa, había removido algo en su interior. El chocolate era su debilidad y el gesto la conmovió... Hasta que la tarta le dio de lleno en la cara. Pero en lugar de molestarse le había costado un esfuerzo sobrehumano no echarse a reír.

La cara de Diego había sido hilarante: una mezcla de horror, desconcierto y frustración de lo más cómica. Estaba claro que estaba intentando congraciarse con ella, pero no le podía estar saliendo peor ni haciéndolo adrede. Sin embargo, ella no era inmune a esos pequeños gestos por catastróficos que resultasen.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo se fue a dormir con una sonrisa en la boca mientras abrazaba a Yoda. Durmió de forma tan profunda que no escuchó sonar el despertador. Por suerte la despertó un maullido reclamando el desayuno.

Se arregló en tiempo récord, cogió un par de galletas para comerse por el

camino y abrió la puerta de casa. Lo que menos esperaba encontrar al hacerlo era el rostro sonriente de un payaso.

A Sergio le habían encantado las películas de terror. Al poco de conocerse, cuando todavía eran adolescentes, ella las había visto por él pensando que las pesadillas que le provocaban era un daño colateral por la recompensa de estar a su lado. Hubo una película en cuestión que la marcó de forma especial: *It*. Una adaptación antigua de una novela de Stephen King en la que un payaso asesino atacaba a unos niños. Consiguió que sintiera terror por ellos. Un miedo que todavía perduraba en ella.

Ver a un payaso en la puerta de su casa a primera hora de la mañana le dio un susto de muerte. Tal vez por eso, se defendió por inercia y estrelló su puño contra la cara pintada al tiempo que lanzaba un chillido que hizo eco en todo el edificio.

Para su asombro, el payaso, lejos de sacar un cuchillo afilado y perseguirla, dejó escapar los globos que sujetaba y se llevó las manos a la nariz, donde el puño de ella había impactado de forma contundente.

—Me cago en... ¡Joder!

Mientras el payaso se doblaba en dos por el dolor, los globos salieron flotando hacia el techo. En uno se podía leer las palabras «Lo siento» y en el otro «¿Me perdonas?».

Elena abrió los ojos como platos al comprender lo que estaba pasando.

—¿Diego? —inquirió incrédula, al reconocer la figura del hombre tras aquel ridículo y colorido disfraz—. ¿Qué demonios pretendías? ¿Matarme de un susto?

—¿Y tú hablas de matar? Creo que me has roto la nariz —se quejó él, mientras se tocaba la nariz con cautela. Debió de darse cuenta de que no había sido más que una contusión porque lanzó un suspiro de alivio que pronto se convirtió en enfado—. ¿Qué pasa contigo? —inquirió, segundos después, mientras se erguía delante de ella—. A todo el mundo le gustan los payasos. Pensé que sería un gesto simpático.

—Odio a los payasos —aclaró ella en tono seco. Miró el reloj y soltó un taco—. Mira, no puedo entretenerme contigo. Llego tarde al trabajo y la primera hora es la de más afluencia —farfulló, y corrió a apretar el botón para llamar al ascensor.

Iba a abrir la boca para pedirle perdón por el puñetazo cuando Diego se le adelantó.

—¿Tampoco te gustan los mimos?

La pregunta la descolocó.

—No especialmente, me parecen bastante molestos. ¿Por qué lo dices?

—Por nada —gruñó Diego, y se metió en su casa con paso rápido al tiempo que Elena le escuchaba exclamar con apremio: —¡Hugo, avisa a tu amigo, el mimo! Dile que salga pitando del patio si no quiere acabar recibiendo un puñetazo o algo peor.

Elena hizo el trayecto del ascensor desternillándose de risa. Cuando llegó a la planta baja abrió con cautela la puerta, a tiempo para ver a un chico vestido de blanco y negro que salía corriendo del portal con cara de apuro. Eso la hizo reír todavía más.

Había que concederle algo a Diego: era tenaz y original a la hora de pedir disculpas. El problema es que también había sido muy cruel en sus ataques, y eso no era tan sencillo de olvidar.

CAPÍTULO 18

—Deberías ponerte esto en la nariz —recomendó Hugo, mientras le tendía una bolsa de guisantes congelados—. Está empezando a hincharse.

Diego se observó en el espejo mientras se tocaba el puente de la nariz con cuidado. Le había costado casi diez minutos quitarse la capa de maquillaje de la cara. Ahora, con la piel limpia, se confirmaba que su nariz no estaba rota, aunque sí magullada.

Había sido una tontería coger el disfraz que había utilizado en una fiesta de Halloween de hacía varios años y ponérselo, esta vez con un maquillaje alegre e inocente. Verlo a él hacer el payaso seguro que le arrancaba una sonrisa. Y si eso no la ablandaba, tenía los refuerzos del amigo mimo de Hugo, un profesional del humor. No podía salir mal. Así que, a primera hora, en cuanto escuchó movimiento en el piso de su vecina, se había armado de valor y había esperado en su puerta con dos globos en los que había puesto por escrito sus disculpas. Un detalle ingenioso y simpático para hacer que se fuese a trabajar con una sonrisa.

Supo que había cometido un error cuando ella abrió la puerta y lo miró con cara de espanto. El desenlace no se hizo esperar: Elena tenía un rechazazo estupendo... Y él había vuelto a hacer el idiota.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir haciendo el payaso de esta forma?

Diego miró con fastidio a su hermano mientras cogía la bolsa de guisantes y se la ponía sobre la nariz.

—Hasta que me perdone.

—Pues déjate de chorradas y habla con ella.

—¿Crees que no lo he intentado? Siempre me rehúye o me da con la puerta en las narices, así es imposible acercarse a ella y entablar una conversación.

Hugo se quedó pensativo unos segundos y luego esbozó una sonrisa que decía sin palabras: «soy un genio».

—Llévala a tu terreno.

—¿Qué quieres decir?

—Para evitar que ella se enconda en su casa haz que venga a la nuestra.

—¿Y cómo hago eso?

—Secuestrando a su gato —respondió Hugo, como si fuera la idea más razonable del mundo.

—¡Estás loco! —bufó Diego.

—Piénsalo. Si cogemos a Yoda, Elena vendrá a buscarlo como hizo la última vez y tendrás tu oportunidad de hablar con ella unos minutos. Imagina que consigues que ese bicho ronronee en tu regazo. Ella se derretirá al ver que os lleváis bien.

Diego se imaginó la estampa. La verdad es que, visto así, no parecía mala idea.

—¿Y cómo piensas que podemos conseguir cazar al gato?

—Le gusta el atún, ¿no? —Diego recordó cómo se había lanzado hacia su bocadillo de atún y asintió—. Pues lo atraeremos con una lata.

Con la decisión tomada y aprovechando que Elena había salido de casa, los dos hombres pusieron en marcha su plan: cogieron una lata de atún de la alacena, la vertieron en un platito, salieron a la terraza y lo pusieron sobre el murete de separación. Luego, comenzaron a bisbisear para llamarlo.

Varios minutos después el gato no aparecía por ningún sitio.

—¿Y ahora qué?

—¡Tengo una idea!

Hugo desapareció en el interior de la casa y a los pocos segundos volvió a aparecer con una revista de coches.

—¿Pretendes que se ponga a leer?

—No, idiota, es para usarlo como abanico para ayudar a que fluya el olor del atún —explicó, y comenzó a abanicar la lata de atún con gesto concentrado.

—Eso es una verdadera chorrada —masculló Diego—. ¿En serio piensas que va a funcionar?

No había terminado la última palabra cuando Yoda apareció por el ventanal olisqueando el aire.

—¿Decías? —inquirió Hugo, mientras alzaba la ceja de forma arrogante.

De repente, el animal saltó con agilidad y subió al murete, provocando que los dos dieran un brinco hacia atrás del susto. Los hermanos intercambiaron una mirada y emitieron una risilla nerviosa.

Nunca habían tenido mascotas en casa, sus padres decían medio en broma

que para animales ya tenían bastante con sus cuatro hijos. Así que no estaban acostumbrados a tratar con ellos y les tenían un poco de respeto.

Por eso, cuando llegó el momento de la verdad, los dos hombretones se quedaron paralizados.

—Cógelo.

—Cógelo tú —replicó Hugo con un resoplido—. Sabes que los animales y yo no nos llevamos bien. Además, tú tienes más interés que yo en que este plan funcione.

Aquello era cierto. Armándose de valor, Diego se acercó con cautela al gatito que se había puesto a comer con tranquilidad. Alzó las manos para atraparlo... y las volvió a bajar al instante al escuchar un sonido espeluznante que salía del animal.

—No sabía que los gatos gruñeran de esa forma —comentó Hugo, impresionado.

—No creo que me deje cogerlo.

—¡Menos mal que hay un Montoya que piensa! —exclamó Hugo de repente—. En lugar de agarrar al gato, lo que hay que hacer es coger el plato de atún y meterlo dentro de casa. Así él nos seguirá y solo tendremos que cerrar el ventanal para atraparlo.

Puso en marcha su plan al instante y, con un movimiento rápido cogió el plato de atún, tomando desprevenido al mínimo que lo miró sorprendido con sus enormes ojos azules.

Lo que pasó a continuación nadie lo hubiese imaginado jamás.

Hugo estaba comenzando a esbozar una sonrisa de victoria cuando el gato se lanzó sobre él y se quedó enganchado en la parte delantera de su camiseta. El plato de atún salió volando por los aires mientras él empezaba a gritar. Luego, sin explicación alguna, comenzó a girar, tal vez pensando que la fuerza centrífuga le ayudaría a desprenderse del animal. No se daba cuenta de que lo único que conseguía es que el gato le clavase las uñas con más fuerza para no salir despedido.

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo! —clamaba sin cesar.

Diego iba de un lado a otro tratando de alcanzar al bicho, cosa muy difícil cuando su hermano no dejaba de comportarse como una peonza descontrolada.

Y, de repente, el gato se desenganchó y salió propulsado con un maullido desgarrador, justo por encima de la barandilla que daba a la calle.

Los dos hermanos miraron con horror el punto por dónde el animalito

había desaparecido.

—¡Dios, nos lo hemos cargado! —musitó Hugo, azorado.

Diego era incapaz de reaccionar. Lo único que atinaba a hacer era imaginar el dolor de Elena ante la muerte de su mascota. Esta vez la había cagado hasta el fondo.

—Tal vez haya sobrevivido a la caída —aventuró Hugo.

—¿Desde un quinto? —bufó Diego, pero corrió hacia la barandilla con un hálito de esperanza.

Los dos hermanos se asomaron al unísono, preparados para ver al animalito despatarrado contra la acera, pero lo que encontraron fue a unos ojos azules enormes mirándolos con rencor desde el pequeño poyete que había en la fachada. Por suerte, el gato había atinado a caer allí.

—¿Y ahora cómo lo rescatamos de ahí?

Al oír aquello, Yoda les echó una mirada que decía «humanos estúpidos» y, clavando sus afiladas uñas en la pared, trepó con destreza hasta caer sano y salvo dentro de la terraza de su dueña. Luego, sin mirar atrás, alzó la cola y se volvió a esconder en la casa.

Diego suspiró aliviado de que todo hubiese acabado bien.

—Bueno, después de esto cualquier interacción con el gato queda descartada.

—Tendrás que poner en marcha el plan B.

CAPÍTULO 19

Diego acudió al gimnasio después del trabajo con una mezcla de nervios y expectativa.

Para su sorpresa, el plan B de su hermano había resultado ser tan inofensivo y razonable que había decidido ponerlo en práctica aquel mismo día, aunque todavía conservase en el cuerpo el susto por el incidente del gato volador.

El plan era sencillo: propiciar un encuentro con Elena en un sitio neutral. Un lugar en el que ella se sintiera cómoda y no pareciese que la estaba acosando. Como, por ejemplo, el gimnasio.

—En esta ocasión no puede salir nada mal —musitó para darse ánimos a sí mismo, mientras se dirigía a la zona de cardio donde esperaba que ella estuviese.

—Yo no lo diría demasiado alto, hermanito —replicó Hugo, que había decidido acompañarlo utilizando una de las invitaciones que ofrecía el gimnasio para una sesión, alegando que así le daba apoyo moral, aunque sospechaba que en verdad su hermanito quería un asiento en primera fila para el espectáculo—. Tienes un don especial para meterte en las situaciones más absurdas.

—Esta vez será diferente, lo presiento —insistió Diego, manteniendo un pensamiento optimista.

La localizó cuando estaba entrenando en un *stepper*, y sus ojos fueron secuestrados por el espectacular trasero que subía y bajaba con el movimiento de la máquina.

No es que vistiera especialmente provocativa: llevaba una camiseta de tirantes roja y unos pantalones pirata negros, lejos de los mini tops y minishorts que lucían algunas chicas para presumir de cuerpazo, pero desprendía una naturalidad subyugante. Al menos para él.

—Adelante, hermano, tú puedes. Demuestra de qué pasta estamos hechos los Montoya —susurró Hugo, al tiempo que le daba un codazo.

Armándose de valor, se puso en el *stepper* que estaba al lado de Elena y

la saludó con simulada indiferencia mientras programaba la máquina. No le pasó desapercibido que tuvo un pequeño sobresalto cuando lo reconoció, pero él comenzó a hacer ejercicio como si nada, centrando su atención en la pantalla que había delante de ellos y en la que se podían ver videos musicales variados. Ella acabó retomando el ritmo.

Le costó un gran esfuerzo no dirigirle una mirada de reojo ni entablar conversación, cuando la verdad es que se moría por hablar con ella. Pero sabía que si forzaba la situación ella huiría. Tenía que ser Elena la que diese el primer paso.

Por el rabillo del ojo vio que Hugo alzaba el pulgar en señal de aprobación, pero la atención de su hermano pronto se desvió hacia un par de bombones embutidos en licra.

Tras diez minutos y ochocientos treinta y dos escalones su paciencia se vio recompensada.

—Me alegra ver que no te he roto la nariz.

—Tranquila, no sería la primera vez que alguien lo hiciera.

La voz les salía entrecortada porque ninguno había disminuido el ritmo.

—¿Sueles hacer el payaso muy a menudo?

—Más veces de las que pretendo, aunque contigo he batido récords.

—No te lo voy a negar —replicó ella con voz seca.

Aquellas cinco frases componían la conversación más larga que habían tenido desde que se hiciera la analítica. Y también la más cordial.

Diego iba a volver a pedirle disculpas cuando un pitido lo detuvo. Vio con consternación cómo Elena rebajaba su ritmo hasta detenerse.

—Va a empezar mi clase —suspiró ella, mientras se secaba el sudor con la toalla—. Hasta otra.

Sin ninguna intención de que se alejara de él ahora que por fin había conectado con ella, Diego cogió su toalla de mano y su botella, y fue tras ella.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió Elena, al ver que la seguía.

—Yo también voy a esta clase —respondió Diego al entrar por la puerta de la sala donde se realizaba.

La verdad es que no era mucho de acudir a las clases que ofertaban los gimnasios. Él prefería ir por su cuenta en las máquinas. Normalmente, hacía un calentamiento de cardio de media hora y luego un circuito de máquinas para fortalecer los músculos. Pero con tal de seguir hablando con ella estaba dispuesto a sufrir una de esas infernales clases de *spinning* o *body pump* que

estaban tan de moda.

—¿Estás seguro? —insistió Elena.

—Segurísimo —afirmó Diego.

Justo entonces se dio cuenta de que en la sala solo había mujeres. Masculló un taco cuando una decena de féminas clavó sus ojos en él con sorpresa y recelo. Maldijo su suerte, seguro que era una condenada clase de zumba o yoga.

—Mira, si estás haciendo esto por acercarte a mí...

—No, qué va —mintió, dejándose cegar por su orgullo—. Soy un hombre de mente abierta —aseguró con su mejor sonrisa—. Creo que de vez en cuando hay que probar cosas diferentes y romper esas barreras sexistas que nos condicionan en todo.

—Muy bien dicho —dijo una voz a su espalda—. ¡Al fin un hombre valiente de verdad! —Diego se giró y se encontró con una mujer de unos cuarenta años, bajita y curvilínea—. Me llamo Alba y soy la profesora. No sabes la alegría que me da tenerte aquí. Siempre he pensado que los hombres pueden hacer esto tan bien como las mujeres, pero... Ya sabes, hay muchos tabúes y prejuicios al respecto —explicó la mujer con convicción—. Venga, mézclate con las chicas mientras se preparan.

Diego se unió al grupo de mujeres con cautela. Supo que había metido la pata hasta el fondo cuando vio cómo se ataban coloridos pañuelos en las caderas, adornados con monedas o cuentas.

Por si le quedaba alguna duda, oyó a Alba decir:

—Bienvenido a la clase de danza del vientre.

Cerró los ojos y se pasó la mano por la cara. En menudo lío se acababa de meter. Cuando volvió a abrirlos Elena lo observaba con una ceja arqueada. Se había recogido la camiseta, sujetándola por debajo de su sujetador para dejar su vientre al aire, y se había adornado las caderas con un pequeño cinturón de gasa rematado con abalorios dorados. Muy sexy.

—Nadie te va a juzgar si decides irte.

—Me quedo —insistió Diego con terquedad.

—¿Quieres que te deje un pañuelo? —ofreció una de las mujeres con una risita, mientras tres más la coreaban.

—Chicas, comportaos —les reprendió la profesora. Luego dirigió su mirada hacia él con una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—Diego.

—Muy bien, Diego, súbete esa camiseta y déjanos ver tu vientre —indicó Alba—. Es la mejor manera para ver si estás haciendo de forma correcta los ejercicios.

—O mejor aún, quítatela. —Oyó que murmuraban dos mujeres entre ellas que rondarían la edad de su madre.

Por un momento, se sintió avergonzado, más aún cuando, al anudarse la camiseta para dejar su abdomen al aire, oyó varios comentarios soeces del tipo «ya sé lo que quiero que me traiga Papá Noel estas Navidades» o «eso sí que es una tableta de chocolate y no las de Valor», acompañados de silbidos.

¡Por Dios, que no era ni un perro ni un objeto!

¿Así es como se sentían las mujeres cuando un grupo de hombres las piropeaban? Resultaba bastante violento, para nada agradable.

La profesora llamó al orden con un par de palmadas.

—Comenzaremos la clase con unos estiramientos y con una tanda del Ocho. Diego, es un paso fácil, solo síguenos.

Diez minutos después Diego bufó. Si aquello era fácil no quería ni pensar en lo que supondría un paso difícil. Mientras las mujeres con los brazos estirados hacia arriba movían las caderas de forma sinuosa, trazando la forma de un ocho, él parecía una mala imitación de Elvis Presley.

—Tienes buenos músculos, pero te falta flexibilidad y soltura —explicó Alba con una sonrisa de ánimo—. Elena, ¿te importa guiar la clase con la coreografía que hicimos el otro día mientras yo le enseño un par de movimientos básicos a tu amigo?

—Claro, Alba.

Para su total asombro, su vecina encabezó el grupo y comenzó a bailar con la soltura de Shakira mientras las demás la seguían. Movía las caderas sin descanso, a veces de forma lenta y sensual, otras con movimientos enérgicos que no hicieron más que azotar su libido.

Estaba tan embobado mirándola que dio un respingo cuando la mano de la profesora hizo aspavientos delante de sus ojos.

—Tierra llamando a Diego —bromeó Alba—. ¿Preparado para empezar o prefieres seguir mirando a Elena? Déjalo, no hace falta que contestes —bufó, cuando vio que su miraba volvía a desviarse hacia su vecina—. Sin embargo, no voy a desaprovechar la oportunidad que me has brindado.

—¿Qué oportunidad?

—La de conseguir que todos esos machotes que observan mis clases a

través del cristal decidan seguir tu ejemplo y entrar, aunque solo sea porque pretendan ligar con las chicas.

Solo entonces, Diego se percató de que eran el centro de las miradas de muchos hombres, algunas lascivas mirando a las chicas, pero la mayoría curiosas ante su presencia en lo que se consideraba «territorio femenino».

Por un momento, sus ojos se cruzaron con los de Hugo. No tenía que ser adivino para saber lo que estaba pensando, su expresión lo decía todo: «¿Qué coño estás haciendo ahí?».

Diego se encogió de hombros como única respuesta, cosa que hizo que su hermanito cerrara los ojos, se llevara el dedo índice a la sien como si fuese una pistola y apretase un simulado gatillo.

Sí, lo sabía. Había vuelto a meter la pata hasta el fondo.

Ahora solo le restaba sobrevivir a aquella clase conservando todo lo posible su dignidad.

CAPÍTULO 20

Diego, bailando la danza del vientre, era una de las cosas más ridículamente sexys que había visto en su vida. Era algo que no podía obviar, ni ella ni sus otras compañeras de baile.

Al principio, sus movimientos desmañados habían arrancado risitas entre las mujeres, pero con la ayuda de Alba pronto había cogido el ritmo. ¡Y qué ritmo! Movía las caderas de una forma lenta y sensual que era puro erotismo, de forma que las risitas de burla pronto se habían convertido en miradas lascivas de puro deseo.

Ella ya sabía cómo era el cuerpo de Diego desnudo. A su pesar, lo tenía grabado en la mente. Era curioso la forma en que los cuerpos de dos desconocidos se podían compenetrar de una manera tan completa. Y los suyos habían encajado a la perfección. Ver el movimiento insinuante de las caderas del hombre mientras bailaba no hizo sino acrecentar la llama de sus recuerdos.

La verdad era simple: aunque no le gustara, su cuerpo lo deseaba.

Para cuando terminó la clase, Diego se había ganado a todas las mujeres de la sala. En especial, a *las tres hienas*, apodo que ella había puesto a tres divorciadas que habían hecho del gimnasio su coto de caza privado. Eran jóvenes, atractivas y les gustaba el sexo. Ella no veía mal que se acostasen con todos los tíos que se les antojase, eran libres de poder hacerlo. Lo que no le gustaba en absoluto era que pisotearan a cualquier otra mujer que interfiriera en sus planes. Incluso en alguna ocasión habían llegado a atacarse entre ellas, demostrando que en lugar de amistad las unía algún tipo de relación tóxica.

Desde luego, si Diego quería obtener atención femenina lo había conseguido con creces, pero de la peor clase.

Observó cómo las tres mujeres se le acercaban y, movida por la curiosidad, agudizó el oído mientras bebía agua y metía sus cosas en la mochila, sin querer perderse detalle de la reacción de Diego ante su inminente asalto.

—Para ser tu primera clase lo has hecho muy bien —comentó la primera de ellas, y le hizo una caída de ojos muy estudiada.

—Gracias —respondió él de forma distraída, mientras se secaba el sudor de la frente.

—Tienes un talento natural para el baile —rezongó otra, al tiempo que se lo comía con los ojos.

Él sonrió incómodo y evitó responder al llevarse la botella de agua a la boca.

—Lo que me gustaría comprobar es si sabes moverte igual de bien en la cama —terció la última de forma directa, y esbozó una sonrisa depredadora.

Diego se atragantó con el agua y abrió los ojos como platos, mirando a sus acosadoras, azorado.

—No se mueve igual, lo hace muchísimo mejor —repuso Elena, que se puso entre ellos antes de ser consciente de lo que hacía—. ¿Nos vamos ya a casa? —inquirió, mirándolo por encima del hombro. Sin darle tiempo a responder le propinó un pequeño empujón para apresurarlo a salir, pues sabía que aquellas tres arpías volverían a atacar si veían la mínima oportunidad.

—Creo que te tengo que dar las gracias —musitó Diego, al salir del gimnasio.

—No hay porqué.

—¡Oh! Yo creo que sí. Esas tres me tenían acorralado. Por un momento me he sentido como un pobre cervatillo delante de tres leonas hambrientas.

—Estás muy lejos de ser Bambi —bufó ella.

—Bueno, cuernos no me faltarían —masculló él con ironía.

Lo había dicho muy bajito pero, aun así, ella lo oyó y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué has querido decir?

—Nada, olvídalo —susurró él.

Pero Elena no podía obviar el dolor que había cruzado sus ojos por un momento.

Llegaron al patio sumidos en un silencio reflexivo. Le hubiese gustado indagar más sobre el asunto, pero ella más que nadie sabía lo difícil que era hablar sobre una herida que todavía estaba reciente o no había sido cicatrizada. Las palabras, igual que los sentimientos, nunca debían ser forzados. Debían fluir de forma natural cuando la persona estuviese preparada para compartirlos.

Elena lo miró un tanto confusa cuando entraron en el ascensor y el silencio entre ellos continuó. No lograba comprenderlo. Había estado persiguiéndola

durante días para que escuchase sus disculpas y ahora que le estaba brindando una oportunidad se quedaba callado.

La tensión empezó a ser palpable en el ascensor, mientras él miraba el suelo de forma pensativa y ella estudiaba con minuciosidad las manchitas que había en el techo.

Cuando el ascensor se detuvo en la quinta planta, ella dejó escapar un suspiro de alivio entre los labios. Hizo ademán de salir, pero de forma sorpresiva él le cortó el paso con su brazo como si fuese una barrera de hierro, bloqueando la puerta y cualquier posibilidad de escapatoria.

—Encontré a mi mujer en la cama con mi mejor amigo seis meses después de la boda. —Elena alzó la mirada buscando sus ojos, y se encontró con una tormenta de fuego en ellos—. Confiaba en ella, en los dos, y no me importaba que quedasen de vez en cuando, aunque yo no estuviera. Incluso me gustaba que se llevasen tan bien, nunca he sido especialmente celoso en ese aspecto.

—Yo... lo siento.

—Lo peor no fue eso —masculló, y tardó unos segundos en proseguir—. Nuria ni siquiera se inmutó cuando los sorprendí. Me confesó que Ricardo solo había sido el último de muchos otros. Que se excitaba un montón con la perspectiva de quitarse la alianza y salir a la caza de un hombre sabiendo que yo estaba en casa como un idiota confiado, esperándola, como si eso la hiciese sentir superior a mí.

«¡Menuda hija de puta!», pensó Elena, sintiendo que la sangre le hervía por dentro. Además de ponerle los cuernos lo había querido humillar de la peor manera. Seguro que también había seducido a su mejor amigo con la intención de causarle el mayor daño posible, pero ¿por qué?

—Aquella noche en el hotel cuando vi cómo la alianza de boda se te caía del pantalón, perdí la razón. Proyecté en ti toda la rabia y el odio que sentía hacia ella, y lo continué haciendo cada vez que te veía. Lo siento, Elena. Me duele en el alma cada insulto, cada mirada hostil y cada gesto que te pudiese causar malestar o dolor. He sido cruel e injusto contigo —reconoció con pesar—. Solo espero que, algún día, puedas perdonarme —añadió, antes de bajar el brazo y dejarla salir de allí.

Elena sintió las piernas temblorosas cuando se dirigió hacia su puerta. Sin duda, esa había sido una de las disculpas más sinceras y sentidas que había escuchado en su vida.

Rebuscó en su bolsa de deporte y sacó las llaves con manos trémulas,

mientras trataba de asimilar el tsunami de emociones que le habían causado las palabras de Diego.

Una cosa tenía clara y no podía demorarla más. Se giró sobre sí misma y se lo encontró parado en el rellano, mirándola con aquella intensidad que siempre la subyugaba.

—Acepto tus disculpas y te perdono. ¿Tregua? —añadió, mientras le tendía la mano dispuesta a sellar la paz.

Contuvo el aliento cuando él empezó a acercarse hacia ella, y cuando sus manos se enlazaron no pudo disimular el estremecimiento que recorrió su cuerpo, porque fue el mismo que lo atravesó a él.

Súbitamente nerviosa, murmuró una despedida y se giró, dispuesta a abrir la puerta y refugiarse en la seguridad de su casa.

—¿Quieres saber lo más irónico de todo?

La voz de Diego le llegó en el momento en el que introdujo la llave en la cerradura. Se había acercado a ella en silencio hasta situarse casi rozándole la espalda. Cerca, muy cerca. Podía sentir la calidez que emanaba de su cuerpo y su profunda respiración contra su pelo, como si hubiese hundido la cabeza en su cabello.

Por mucho que lo intentó no pudo emitir ninguna respuesta, tenía la garganta cerrada. Suerte que él no esperara ninguna contestación antes de continuar.

—Que por mucho que quisiera odiarte, te deseaba con cada fibra de mi ser y en contra de toda razón —confesó, y su voz ronca provocó un revoloteo de mariposas en su estómago—. Buenas noches, Elena —susurró en su oído, antes de irse.

CAPÍTULO 21

—Estoy convencido de que los suecos son los seres más retorcidos y sádicos del planeta —murmuró Hugo, mientras estudiaba las instrucciones de montaje de la silla reclinable Äpplarö.

Giró el papel, como si viéndolo desde otro ángulo pudiese entenderlo mejor, y luego lanzó un gruñido de frustración.

—Se supone que no es demasiado complicada de montar —repuso Diego, mientras extendía las piezas sobre el suelo.

—Eso dijiste de la mesa y hemos tardado más de media hora en montarla —bufó.

—¿Se te ocurre mejor forma de pasar el fin de semana que montando los muebles de la terraza?

—Pues tengo en mente varias y ninguna tiene que ver con jugar a *Manny Manitas* —masculló, aludiendo a unos dibujos infantiles en el que el protagonista era un experto en bricolaje—. Será mejor que nos demos prisa, esta noche tengo planes.

—¿Has vuelto a quedar con Raquel?

—¿Qué Raquel?

—La dulce Raquel —le recordó, aludiendo a cómo la había llamado días atrás.

—¡Oh, sí que era dulce! Pero no, esta noche he quedado con Marisa, la ardiente Marisa —recalcó con un gesto lascivo—. Que, por cierto, me ha dicho que tiene una hermana preciosa —añadió con una clara intención—. Podríamos quedar esta noche los cuatro y...

—No estoy tan desesperado como para pedir a mi hermano pequeño que me consiga una cita —rezongó Diego con un bufido—. Venga, no perdamos tiempo o la ardiente Marisa se tendrá que buscar a otro para apagar su fuego.

—¿Nos tomamos una cerveza antes? Está empezando a hacer calor —se quejó Hugo, poco entusiasmado con la idea de pasar el sábado de aquella manera.

—Montemos primero una de las sillas. Total, ¿qué nos puede costar?

Somos dos tíos inteligentes y habilidosos, seguro que la habremos terminado en diez minutos.

Quince minutos después no habían pasado del paso número tres del manual de instrucciones.

—Aquí pone que ese tornillo va en este agujero.

—Pero si lo montas ahí, ¿cómo acoplas la otra pieza?

—¡Qué sé yo! —exclamó Diego, frustrado—. Soy informático, no traductor de jeroglíficos.

—Pásame el martillo —masculló Hugo, perdiendo la paciencia—. Voy a hacer que ese chisme encaje, aunque sea a golpes.

—¿Necesitáis ayuda? —terció una voz femenina a sus espaldas.

Los dos hermanos se giraron al unísono hacia ella.

Elena.

Estaba asomada al murete, con la barbilla apoyada sobre los antebrazos cruzados mientras los miraba con diversión. El sol de la mañana arrancaba reflejos rojizos sobre su cabello y hacía que el color verde de sus ojos brillara con viveza.

Diego sintió un vuelco en el estómago y un latigazo de deseo en la ingle. Se removió incómodo y fijó la atención en la hoja de instrucciones como si pudiese descubrir en aquellos dibujos la respuesta a los misterios del mundo.

Desde que sellaran la tregua con un apretón de manos se sentía incómodo en su presencia. Él no era una persona que exteriorizase sus sentimientos con facilidad y, por alguna razón que no atinaba a comprender, le había abierto su alma a ella.

Tenía que disculparse, sí, pero no contarle sus miserias. Y, mucho peor, le había dicho que la deseaba. Aunque no había que ser muy avisado para darse cuenta de esto último. Cada vez que la tenía cerca su cuerpo crepitaba.

La cuestión es que ella no se había pronunciado al respecto. Las pocas veces que se habían cruzado desde entonces actuaba con cordialidad y no parecía sentirse afectada por la química que fluía entre ellos. Y, para empeorar las cosas, la había vuelto a ver con aquel chico del gimnasio mientras tomaban una cerveza en una de las terrazas de la plaza. ¿Estarían saliendo juntos?

—¿Se te dan bien los puzles? —inquirió Hugo, esperanzado.

—Por lo que he podido ver, mejor que a vosotros. ¡Sois dos negados!

—¿Qué te parece si te invitamos a una cerveza y nos echas una mano? —propuso Hugo, de pronto.

Diego lo miró azorado. Iba a decir que no hacía falta, porque seguro que ella tenía mejores cosas que hacer, pero Elena se le adelantó.

—¡Genial! Voy a terminar de limpiar la cocina y en diez minutos me paso —respondió con una sonrisa, y desapareció.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —farfulló Diego en voz baja, al tiempo que le daba una colleja.

—Habéis hecho las paces y ella te gusta, ¿no? Pensé que te alegrarías si te echaba un cable, no que te cabrearías —refunfuñó, mientras pasaba la mano sobre la parte trasera de su cabeza, en donde él le había golpeado—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no sé si es recíproco. Creo que ella está empezando a salir con un chico del gimnasio.

—Bueno, un poco de competencia siempre le da más morbo al juego.

—¿Es que todo es un juego para ti? —resopló exasperado.

—¡Sí! Y a ti no te vendría nada mal jugar un poco. ¡Joder, Diego! Que salgas con una chica no significa que tengas que casarte con ella. Déjate de pajas mentales y relájate. Diviértete. ¡Folla! —exclamó, alzando las manos al cielo—. Sin duda tu mano agradecerá un descanso, te están saliendo callos de tanto masturbarte en la... —Se quedó callado al oír el timbre de la puerta—. Está bien. Calma —musitó, al ver que Diego lo miraba con expresión de pánico—. Vamos a pasar un rato agradable con esa chica sin pensar en nada más que en divertirnos, si es que eso es posible montando estos infernales muebles —agregó, al tiempo que pegaba una patada a una de las cajas—. Cuando terminemos, yo me iré con la ardiente Marisa y tú invitarás a Elena a tomar una copa e intentarás llevártela a la cama. Y si no lo consigues, pues buscarás a otra más dispuesta en el trabajo, en el gimnasio o donde sea. Total, para echar un polvo da lo mismo una que otra —aseguró su hermano, restándole importancia al asunto con un ademán—. ¿Ha quedado claro?

Diego asintió. Puede que no estuviese de acuerdo con algunas de las afirmaciones de su hermano, para él las mujeres no eran intercambiables, pero tenía razón en que debía aprender a relajarse y a divertirse sin necesidad de establecer compromisos.

Con ese pensamiento en mente fue a abrir la puerta. Se le secó la boca al instante de verla. Sí, estaba decidido a divertirse, pero con Elena. En aquellos momentos no podía pensar en otra. No cuando sentía que tenía tanto de ella por descubrir.

Estaba parada frente a él con una camiseta de tirantes y unos shorts vaqueros que mostraban en todo su esplendor unas piernas largas y bien torneadas. Se había hecho dos trenzas que le caían una a cada lado del cuello, enmarcando sus pechos. Una combinación de dulzura y sensualidad perfecta.

—Traigo refuerzos —anunció ella, ajena al rumbo de sus pensamientos, mientras accionaba el atornillador eléctrico que sujetaba en la mano y esbozaba una pícaro sonrisa.

—Adelante —murmuró con voz ronca.

La mirada de ella se tornó cautelosa cuando escuchó su tono y su sonrisa vaciló, pero aun así entró. Como hiciera la vez anterior, se detuvo en el retrato del desnudo de Hugo y lo observó por un segundo.

—Es un cuadro... interesante.

—Lo ha pintado mi madre y no he podido negarme a colgarlo.

—Si no te gusta podías haberlo puesto en un lugar más discreto.

—¡Oh, sí que me gusta! Más que nada porque a Hugo le avergüenza.

—¿Y por eso decidiste colgarlo en el recibidor a la vista de todos?

Diego esbozó una sonrisa maquiavélica a modo de respuesta y ella se echó a reír.

Le gustaba mucho su risa. Sobre todo, cuando él era el que la provocaba.

—¡Elena, eres un ángel! —exclamó Hugo, al ver que traía el atornillador. La abrazó con esa naturalidad y soltura que siempre demostraba con las mujeres.

Él se veía incapaz de mostrarse tan extrovertido con el sexo opuesto y, por primera vez, lo envidió por ello.

—Lo que me extraña es que no tengáis vosotros uno de estos.

—Ninguno de los dos somos demasiado manitas.

—¿Y qué sois?

—Yo soy dibujante y mi hermano un friki de la informática.

—¿Dibujante?

—Estoy intentando hacerme un hueco en el mundo de los cómics, aunque todavía me queda mucho por aprender.

—Mi hermanito está siendo humilde. Es un verdadero artista —terció Diego con orgullo—. Vendió su primera historieta cuando tenía quince años.

—Yo no entiendo demasiado de cómics, aunque soy fan de las películas de los Vengadores.

Su declaración captó la atención de los dos hermanos, fervientes

seguidores del universo Marvel.

—Déjame adivinar: como a la mayoría de las mujeres se te caen las bragas por Thor —aventuró Hugo.

—¡Ufff, Thor está cañón! Pero, no. El que siempre me ha llamado la atención es Clint Barton.

Aquella afirmación hizo que Diego la mirara con intensidad. Clint Barton era el nombre real de Ojo de Halcón, un arquero con una puntería prodigiosa, y resultaba que...

—¡Qué casualidad! Él también es el preferido de Diego. A ver si va a resultar que estáis hechos el uno para el otro —rezongó Hugo con una sonrisa maliciosa, y ante la mirada asesina que le dirigieron los otros dos decidió cambiar de tema—. Bueno, ya está bien de cháchara. ¡Comencemos a trabajar!

Tres horas tardaron en montar las seis sillas y un mueble de barbacoa a juego, en un ambiente distendido plagado de bromas, la mayoría auspiciadas por Hugo, y de amenas discusiones sobre Marvel, la saga de la Guerra de las Galaxias y un par de series de las que los tres eran fans. Se sentían tan a gusto que cuando terminaron decidieron pedir unas pizzas para comer juntos. Pero todo ese ambiente de cordialidad se esfumó en cuanto Hugo anunció que se iba a su habitación a dormir la siesta y así reponer fuerzas para la ardiente Marisa.

En cuanto se quedaron solos la tensión los envolvió.

—Será mejor que me vaya ya —murmuró Elena, que parecía súbitamente nerviosa.

Diego cogió aire y se lanzó en picado.

—Estaba pensando... Hay una película de Marvel en cartelera, Antman —farfulló, sintiéndose tan inseguro como un adolescente que pedía una cita por primera vez a una chica—. Me han dicho que no es muy buena, pero tal vez...

No supo interpretar la expresión que cruzó el rostro de Elena, antes de que contestara con un susurro quedo:

—Lo siento, pero esta noche he quedado con Jacobo.

Él la vio marchar en silencio, sintiendo un nudo en su interior.

Basta.

Estaba haciendo el tonto. Estaba claro que para ella él no había sido más que una aventura de una noche.

Elena había pasado página y él debía hacer igual.

Decidido, entró en la habitación de Hugo como una exhalación.

—¿Sigues en pie tu propuesta de quedar con Marisa y su hermana?

Su hermano, que estaba tumbado en la cama, levantó la cabeza de la almohada y sonrió.

—¿Elena te ha dado calabazas?

Diego se encogió de hombros a modo de respuesta. No le gustó la mirada de compasión que cruzó los ojos de Hugo antes de que la disimulara.

—No te arrepentirás. Larisa es un bombón.

—¿Marisa y Larisa? —inquirió, extrañado por la similitud de los nombres de las hermanas.

—¿No te he mencionado que son gemelas? —repuso Hugo con una sonrisa ladeada que era pura lascivia.

CAPÍTULO 22

Diego estaba en lo cierto. Antman no era una gran película pero, aun así, resultó muy entretenida. Tal vez en parte porque se sentía muy a gusto con Jacobo, como si lo conociera de toda la vida.

Era un chico alegre, con una visión optimista de la vida y de gustos sencillos. No tenía ningún trauma pasado que enturbiara su carácter y tampoco se sentía desengañado con el amor. De hecho, por lo que le había contado, tenía ganas de encontrar una buena chica con la que formar una familia.

Lástima que no fuera a ser Elena.

Ella lo supo con seguridad cuando llegaron a su patio, en el momento en que él puso los labios sobre los suyos.

Cuando se separaron él parecía tan desilusionado como ella.

—No ha estado mal, ¿verdad? —musitó, incómodo.

—No, ha sido... agradable.

—Si hubiese sido un buen beso, no lo describirías como agradable —repuso él con una expresión de cautela en el rostro.

—No, la verdad es que ha faltado chispa —reconoció ella, y lo miró con sorpresa al ver que él esbozaba una sonrisa de alivio—. ¿Tú también lo has sentido?

—Lo que he sentido es que no sentía nada —confesó él con mirada de disculpa—. Eres una chica encantadora y muy guapa, pero creo que entre nosotros falta...

—Química —dijeron al unísono y se echaron a reír.

—De cualquier forma, creo que estamos en un punto en que no buscamos lo mismo en una relación. Yo quiero algo más que un rollo de una noche y tú...

—Yo no estoy preparada para embarcarme en una relación seria —admitió Elena. Un pensamiento repentino cruzó su mente—. ¿Qué horóscopo eres?

—Tauro.

«Perfecto», pensó con una sonrisa.

—¿Sabes? Tengo una compañera de trabajo que creo que te podría

interesar. Es rubia, muy bonita, y...

—¿Es la que estaba contigo cuando fui aquel día a la farmacia? —inquirió Jacobo, y ella detectó un atisbo de interés en sus ojos.

—Sí, se llama Ana. Si quieres puedo darle tu número de teléfono —propuso con un guiño.

Él aceptó sin dudar y después de un par de minutos más de charla amigable se despidieron con dos besos. Elena entró en el patio.

Estaba esperando el ascensor cuando escuchó que la puerta se abría. Al instante, el silencio fue interrumpido por un par de risitas femeninas y un tanto achispadas provenientes de dos preciosas rubias, casi idénticas, que acababan de entrar.

Contuvo una maldición al reconocer a los dos hombres que las acompañaban. Apretó el dedo sobre el botón de llamada, rezando en silencio para que el ascensor apareciera y se pudiera colar antes de que la descubrieran, pero no tuvo tanta suerte.

—¡Mira quién está ahí, hermanito!

Cerró los ojos, respiró hondo y se giró hacia ellos mientras componía la sonrisa despreocupada que había pintado en su rostro todo el día y que había conseguido que acabara con agujetas en las mejillas.

—¡Hola, vecinos! Os veo muy bien acompañados —musitó.

Diego la miró con el rostro inescrutable. Estaba serio y parecía incómodo mientras una de las gemelas se colgaba de su brazo como una enredadera.

—Estas son Marisa y Larisa —respondió Hugo con su habitual sonrisa pícara—. Vamos a tomar la última copa en nuestra casa —añadió con un guiño intencionado.

—¡Uys! Espero que venga pronto el ascensor, me hago pipi —musitó de pronto la rubia que iba con Hugo, al tiempo que cambiaba su peso de una pierna a otra.

—Ahora que lo dices, yo también —susurró la otra, justo cuando el ascensor llegaba.

—Subid vosotros —concedió Elena, apiadándose de la cara de apuro de las chicas—. Puedo esperar.

—¡Ay, gracias! —exclamaron las dos al unísono, al entrar en el ascensor seguidas de Hugo.

—¿Subes o no? —inquirió este último al ver que Diego no hacía ademán de entrar.

—Es un espacio pequeño, mejor me espero y subo con Elena —respondió él, y sus palabras provocaron una sonrisa burlona en Hugo que se mantuvo hasta que las puertas del ascensor se cerraron.

El patio volvió a quedar sumido en el silencio durante unos segundos mientras los dos estaban parados delante de la puerta del ascensor, hombro con hombro, sin mirarse.

—¿Cuál es la tuya, Marisa o Larisa?

Tan pronto como las palabras escaparon de su boca se arrepintió de haberlas dicho. Sobre todo, por el tono de retintín que denotaban.

—La verdad es que no lo tengo muy claro —murmuró Diego, y no parecía importarle.

Otra vez los envolvió el silencio, denso e incómodo.

La luz que señalizaba que el ascensor estaba ocupado se apagó de repente y Elena se apresuró a apretar el botón de llamada. Diego lo hizo al mismo tiempo. Por un momento, sus manos se tocaron y los dos las separaron con idéntica premura mientras a Elena se le escapaba una risita nerviosa.

—¿Qué tal ha ido tu cita?

La pregunta rompió el silencio cuando subieron al ascensor. Elena miró de reojo a Diego. Tenía la mirada clavada en sus pies y, por el tono, bien podía haber preguntado por el tiempo que hacía.

—Como cabría esperar.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —resopló él.

—Una sincera. Jacobo busca una relación seria y yo... necesito otra cosa —reconoció ella al fin, después de una breve vacilación.

El hombre alzó la cabeza al instante y buscó sus ojos por primera vez desde que se habían quedado a solas. Su mirada estaba velada y su expresión era hermética.

—¿Y qué es lo que necesitas? —susurró con voz apenas audible.

—Algo relajado y divertido que me haga sentir viva, pero que no me cause ningún estrés emocional —contestó Elena con total sinceridad—. Y sexo, mucho sexo. Sexo sin compromiso —especificó sin avergonzarse.

Los ojos de él destellaron como el fuego. Su cuerpo se tensó y sus puños se cerraron a cada lado de su cuerpo con tanta fuerza que las venas de sus brazos se hicieron más marcadas.

El espacio crepitó entre ellos y justo cuando parecía que él se iba a lanzar sobre ella la puerta del ascensor se abrió.

Al instante, una de las rubias apareció trastabillando.

—Venga, Diego, que la fiesta no puede empezar sin ti —farfulló con una sonrisa, y cogiéndolo del brazo lo sacó de allí.

Elena dejó escapar el aliento mientras se dirigía hacia su casa. No se giró para ver cómo Diego se dejaba llevar por la rubia y desaparecían detrás de la puerta.

Tal vez fuese mejor así. Había sido demasiado impulsiva al decirle aquello. Incluso había parecido un tanto desesperada al afirmar que necesitaba sexo. «Mucho sexo». Dejó caer la cabeza contra su puerta y se golpeó un par de veces la frente contra la tibia superficie. Sí, definitivamente había sonado desesperada.

Sacó las llaves de su bolso y entró en casa. El familiar maullido de Yoda le dio la bienvenida.

—No quiero hablar —musitó ella, cabizbaja—. Solo quiero meterme en la cama y perder el conocimiento durante unas horas.

El timbre de la puerta sonó cuando estaba poniéndose el camisón, un sencillo salto de cama negro de tirantes con más años de los que podía recordar. El raso había perdido ya parte de su brillo en ciertas partes pero, aun así, no se decidía a tirarlo porque le parecía muy cómodo para dormir.

El estómago se le contrajo al imaginar que podía ser Diego. Contuvo el aliento al asomarse por la mirilla y lo soltó de golpe al reconocer el rostro de Hugo.

—¿Tienes hielo? —inquirió él en cuanto abrió—. La cosa ahí dentro se está calentando —añadió con un guiño pícaro.

Estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices sin más, pero terminó yendo a la cocina y sacando una bolsa de hielo del congelador para después dársela sin mediar palabra.

—Lo dicho, eres un ángel —afirmó Hugo, dándole un fraternal beso en la mejilla, sin ser consciente de lo molesta que estaba con la situación.

Elena cerró la puerta y regresó a su habitación, gruñendo por lo bajo cuando una risita estridente se filtró a través del ventanal abierto de la terraza.

Justo se acababa de tapar la cabeza con la almohada, frustrada, cuando el timbre volvió a sonar. Se levantó hecha una furia y se dirigió hacia la puerta con paso airado, mientras mascullaba insultos contra los dos hombres desconsiderados e insensibles que parecían estar montándose una orgía justo al otro lado de la pared.

Abrió con energía, esperando encontrar la sonrisa irreverente de Hugo, pero en su lugar se topó con el rostro serio de Diego que, en cuanto vio el acceso libre, se adentró en casa de Elena con paso decidido, haciendo que ella trastabillara hacia atrás.

—¿Qué... haces aquí? —barbotó, sorprendida.

—Darte lo que necesitas —respondió él con crudeza, antes de coger su rostro entre las manos y besarla con una intensidad que le robó el aliento.

CAPÍTULO 23

«¡Por fin!».

Aquello era en lo único que podía pensar mientras enroscaba el cabello de Elena en su puño para afianzar el beso.

Por fin, su lengua se abrió paso entre sus dulces labios con osadía e impaciencia.

Por fin, pudo robar con sus besos el dulce aliento de la mujer que se entregaba ansiosa en sus brazos.

Por fin, sus manos tuvieron acceso libre a las sinuosas curvas que llevaba anhelando lo que ahora parecía una eternidad.

Por fin, podía perderse en su cuerpo.

El deseo le impedía respirar con normalidad y, al mismo tiempo, sentía que volvía a respirar de nuevo como llevaba una infinidad sin hacerlo.

En cuanto los brazos de ella rodearon su cuello la cogió por los glúteos y la alzó contra su cuerpo hasta apoyarla contra la pared. Ella enroscó las piernas en la cintura, restregándose de forma desesperada contra su dolorosa erección, acuciada por la misma hambre que lo devoraba por dentro a él, azuzando las llamas de un fuego que amenaza con consumirlos.

Embistió una y otra vez, tratando de llegar a su calidez aun a través de las capas de ropa que los separaban, pero desistió frustrado. Estaba demasiado excitado como para prolongar la agonía por la necesidad de enterrarse por completo en su interior, así que decidió ir al grano, ya habría tiempo después para saciarse con tranquilidad. Ni siquiera pensó en desnudarse. Solo atinó a dejarla apoyada sobre el mueble del recibidor para poder desabrocharse los pantalones y embutirse un preservativo a toda prisa, cosa harto difícil con Elena lamiendo su cuello de forma sensual.

Le quitó las braguitas con impaciencia y acarició con los dedos los dulces pliegues entre sus piernas, lo justo para comprobar que estaba bien húmeda y dispuesta. Después, sin más preámbulos, se enterró en ella hasta el fondo con un gruñido animal.

El cuerpo de Elena se arqueó por el impacto y dejó escapar un fuerte

gemido. Al pensar que había sido demasiado brusco comenzó a retirarse despacio, pero ella lo sorprendió enroscando las piernas en sus caderas y pidiéndole más con un susurro excitado que le erizó la piel.

Movido por su propia necesidad comenzó a penetrarla de forma rápida y profunda, y se excitó al escuchar la crudeza de sus cuerpos al impactar entre ellos. Buscó un ángulo más profundo, cogió sus piernas y las puso sobre sus hombros, de forma que ella tuvo que reclinarsse hacia atrás para buscar el equilibrio, quedando medio recostada contra la pared.

Diego deslizó las manos desde sus tobillos hasta las caderas y, mientras utilizaba una para impulsarla contra él, la otra buscó el placer de ella, acariciando su clítoris con destreza.

El mueble del recibidor temblaba al compás del movimiento de sus cuerpos y hacía tintinear la pequeña lamparita que había encima, a riesgo de que se pudiera caer y se rompiera, pero eso no lo detuvo. No cuando Elena tenía la cabeza echada hacia atrás y gemía sin parar, absorbida por un orgasmo que contrajo el interior de su cuerpo de una forma tan deliciosa que condujo a Diego a su propia liberación un segundo después, justo cuando escuchó que ella suspiraba su nombre.

Todavía dentro de su cuerpo, apoyó las manos en la pared buscando un punto de apoyo que contrarrestase la sensación de debilidad que recorrió su cuerpo por un instante, fruto del orgasmo más potente que recordaba haber sentido jamás.

—Esto ha sido...

—¿Breve? —bufó Diego, frustrado.

Tanto tiempo esperando aquel momento y no había durado ni diez minutos. Ni siquiera la había tenido desnuda entre sus brazos. Y todo había sido por Elena, porque de sus suaves labios había brotado la palabra mágica: «sexo».

Si había conseguido salir intacta del ascensor había sido por la inoportuna e indeseada aparición de Larisa, ¿o había sido Marisa? ¡Qué más daba! Por su culpa había tenido que ver cómo Elena desaparecía de su lado y no le había quedado más remedio que seguir a la rubia, que trató de besuquearlo a la menor oportunidad.

Diego había tenido que refugiarse en el baño para librarse de ella y había solicitado la ayuda de su hermanito a través del WhatsApp.

—*¿No tenías la fantasía de hacer un trío con dos*

gemelas?

—*Sí, desde que tenía dieciséis años.*

—*Pues esta es tu oportunidad.*

—*¿Y tú?*

—*Yo tengo un asunto pendiente con Elena. Tú entreténlas para que pueda salir de aquí sin que se den cuenta.*

—*Me deberás una.*

—*Si consigues convencerlas para que hagan un trío contigo, me la deberás tú a mí.*

Un suspiro saciado lo trajo de vuelta al presente.

—Ya sabes lo que dicen —murmuró ella, siguiendo con la conversación—. «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

—Eso es una chorrada —repuso él, mientras salía despacio de su cuerpo—. Si algo te gusta quieres que dure para siempre.

—No hay nada que dure para siempre —musitó ella, y, por un instante, una sombra oscureció su semblante.

Adivinó que ella había hablado en base a su propia experiencia. Se dio una patada mental. Lo que menos quería es que su difunto marido se colase en sus pensamientos en aquellos momentos, cuando todavía tenía el cuerpo tembloroso por el placer que habían compartido.

Dispuesto a evitar que Sergio se interpusiera entre ellos aquella noche, la cogió en brazos y la llevó hacia el dormitorio sin mediar palabra.

—¿Qué haces?

—Te llevo a la cama.

—¿Vamos a hacerlo otra vez? —inquirió con un deje de asombro.

—Si no recuerdo mal dijiste que necesitabas sexo. «Mucho sexo» —le recalcó él con voz ronca—. Esto no ha hecho más que empezar.

No necesitó que lo guiase, puesto que la distribución del piso era simétrica a la suya. Tampoco se paró en admirar la decoración o el mobiliario. No vio nada más que los ojos verdes de Elena, que se habían entrelazado a los suyos y lo observaban con una mezcla de deseo y vulnerabilidad que lo estaba enloqueciendo.

La dejó a los pies de la cama, cogió su rostro entre las manos y la besó. Exploró el interior de su boca con lentitud hasta sentir cómo ella se dejaba

caer contra su cuerpo. Ahora que la urgencia había desaparecido de su cuerpo, al menos de momento, esperaba poder disfrutar de ella de forma pausada.

Elena tenía razón, no había nada que durase para siempre. Pero ¡joder!, pensaba disfrutar al máximo cada segundo que estuviera con ella, empezando por aquella noche.

Horas después, Diego salió con sigilo de la cama y se puso la ropa en silencio mientras observaba a Elena, que se había quedado dormida después de su último encuentro, tan solo unos minutos antes. Sus mejillas seguían sonrosadas por los ecos del placer y su pelo estaba revuelto. Sonrió al escuchar los ronquiditos que salían de sus labios, un sonido suave parecido al ronroneo de una gatita satisfecha. Desde luego, esperaba que lo estuviera. Se habían pasado la noche y buena parte del día explorando sus cuerpos de forma insaciable. Solo se habían detenido de vez en cuando para recuperar fuerzas con las incursiones que habían hecho a la cocina.

Miró por la ventana: las nubes del cielo se habían teñido de una colorida paleta de tonos rosas y violetas, preludio de las sombras que estaban por llegar. Iba a anochecer y, al día siguiente, debían volver a trabajar. Era hora de irse.

Sus ojos regresaron a la Bella Durmiente que yacía a un metro de él. Su instinto clamaba por regresar a la cama y perderse en el sueño abrazado a ella. Su razón, en cambio, se impuso. Estaba claro que ella no estaba preparada para una relación y él estaba empeñado en seguir el consejo de Hugo y disfrutar del sexo sin compromiso, con la salvedad de que quería tener solo sexo con Elena. Aun así, le costó salir de la habitación.

Se dirigió al salón para recuperar su móvil que había puesto a cargar en algún momento del día, y lo localizó en el aparador que había al lado de la puerta de la cocina.

Al cogerlo, sus ojos volaron hacia las fotografías que adornaban la superficie del mueble, dispuestas en bonitos marcos de diferentes estilos. Sintió un nudo en el estómago al verlas.

Una mostraba la imagen robada de dos adolescentes que no tendrían más de quince años, ella con la mirada baja y él observándola con adoración mientras le colocaba un mechón detrás de la oreja. Ella sin duda era Elena y él

debía de ser Sergio. Sintió ternura al ver lo dulce que parecía ella, pero luego el nudo que le atenazaba por dentro se apretó un poco más. ¿Se conocían de tan jóvenes? Si así era, su muerte tenía que haber sido un golpe más duro para ella de lo que había imaginado.

Otra mostraba a Elena con unos dieciocho años junto al mismo chico rubio, esta vez acompañados por una niña de unos ocho años que por el parecido tenía que ser hermana de él, mientras estaban tendidos en el césped de un parque, riendo.

La siguiente foto le confirmó la identidad del chico: Elena y Sergio abrazados mientras miraban a la cámara sonrientes y vestidos de novios.

Sus ojos se detuvieron en la cara de ella. Tenía los ojos brillantes, las mejillas ruborizadas y una sonrisa radiante. Su expresión irradiaba felicidad.

Estaba tan ensimismado observándola que casi se le para el corazón cuando Yoda aterrizó de repente, con un salto ágil, en la superficie del mueble y se puso delante de las fotos de forma protectora mientras emitía un sonido de advertencia que él interpretó como: «Humano, como le hagas daño, me las pagarás».

Sin embargo, él no tenía ninguna intención de causarle más dolor. Todo lo contrario, sentía el impulso irrefrenable de devolverle aquella expresión de felicidad que había visto reflejada en las fotos. Y con ese pensamiento en mente regresó a su casa.

Entró en su piso con cautela, sin saber lo que podía encontrarse en el interior y se encontró a Hugo repantigado en el sofá con aspecto de cansado, mientras miraba una de esas películas de anime que tanto le gustaban.

—¿Todo bien por aquí?

Hugo se giró y lo observó con esa sonrisa canalla suya que era tan particular.

—Hermano, te debo una —aseguró, y luego volvió su atención hacia la televisión antes de añadir con tono malicioso: —Creo que mañana tendré que pasarme por la farmacia a por más preservativos.

CAPÍTULO 24

El lunes por la mañana, Elena quedó con Lucía y Ana para desayunar juntas en el bar que había al lado de la farmacia.

—Tú has tenido sexo —murmuró Lucía nada más verla—. Sexo del bueno —añadió, en tono acusatorio.

Elena amplió su sonrisa sin poder evitarlo y sintió que sus mejillas se ruborizaban. Sí, había tenido sexo, mucho sexo. Y más que bueno, había sido espectacular. Puede que Diego se comportase con torpeza en algunas cosas, pero no en la cama.

Estaba cansada y sentía el cuerpo dolorido, pero no podía dejar de sonreír. Tan solo al recordar algunos de los momentos que había compartido con él aquel fin de semana se le contrajo el vientre de deseo. Debería de estar saciada, pero su cuerpo vibraba como si hubiese despertado de un largo letargo.

—Por como sonríes, Jacobo tiene que ser un dios del sexo —murmuró Ana con expresión de envidia.

—Eso lo tendrás que decidir tú, me ha dicho que te dé su número —repuso Elena con un guiño.

—¿Qué? ¡No me puedo acostar con el mismo chico con el que te estás acostando tú! —exclamó Ana, escandalizada.

—Y no lo harás. Fuimos al cine, pero no hubo nada más, quitando un beso incómodo. Entre nosotros no había química alguna —explicó ante su mirada de desconcierto—. Le hablé de ti y te recordaba de la vez que vino a la farmacia. Parece interesado y es tauro —agregó con un guiño.

—Entonces, ¿quién es el dios del sexo? —insistió Lucía.

—Diego.

Las dos chicas la miraron con el ceño fruncido, sin saber a quién se refería.

—¿Os acordáis de mi nuevo vecino?

—¿Ese que te ha puesto de un humor de perros últimamente? —preguntó Ana, confusa.

Elena asintió y su sonrisa se amplió.

—No lo comprendo, dijiste que era un cretino —convino Lucía.

—Y lo era, pero luego se disculpó y... Creo que es mejor que os lo cuente todo desde el principio.

Minutos después, Ana la miraba con asombro y Lucía muy enfadada.

—No me puedo creer que no me lo hayas contado antes.

—Me daba un poco de vergüenza.

—¿Y Roger? ¡Cómo se le ocurre proponerte que te acuestes con un desconocido! ¿En qué estaba pensando? ¿Sabes lo peligroso que es hacer algo así? —inquirió, siempre tan sensata—. ¡Y nada menos que en un hotel! Podía haberte violado o algo mucho peor.

—Pero no lo hizo. Fue mucho mejor de lo que había esperado, al menos hasta que descubrió la alianza.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Ana, curiosa.

—¿No ves que no está pensando? —masculló Lucía, todavía enfadada.

—No, no estoy pensando. Por primera vez en mucho tiempo he dejado de hacerlo.

Su declaración, dicha con voz queda, hizo que la expresión de enfado de Lucía desapareciera al instante, sustituida por una mirada de comprensión.

—Al menos cuéntanos algún detalle morboso de ese tal Diego —murmuró al fin con un suspiro de aceptación.

—Es escorpio.

—¡Eso lo explica todo! —exclamó Ana, como si con aquel mínimo dato hubiera aclarado todo—. La relación entre dos escorprios es algo complicada. Al principio puede resultar tormentosa: dos escorprios enfrentados, dispuestos a clavarse el aguijón a la menor oportunidad. Sin embargo, si consiguen entenderse formarán un equipo muy compenetrado.

—¿Y en el sexo? —inquirió Elena.

—El sexo es explosivo entre dos escorprios. ¿Es que no te has visto la cara? —Rio la rubia.

—Por cierto, ¿qué opina Roger de que te acuestes con tu vecino?

—Todavía no lo sabe. Se lo contaré esta tarde cuando venga a mi casa. Ahí va mi primera cliente —observó, al reconocer a una anciana que iba todos los días a que le pusiera una inyección intramuscular. Será mejor que nos pongamos en marcha —añadió, se terminó el café y se puso en pie con brío—. ¡Venga, chicas!

Ana y Lucía intercambiaron una mirada de soslayo ante la energía que parecía exudar, pusieron los ojos en blanco al unísono y luego se echaron a reír mientras la seguían.

Mantuvo la sonrisa hasta después de comer, cuando abrió la puerta a Roger y él la miró con el ceño fruncido.

—Tú has tenido sexo.

—¿Lo llevo escrito en la cara o qué? —inquirió ella con una mueca—. Anda, pasa —añadió, y le invitó a adentrarse en su casa con un ademán.

Roger dejó el casco sobre el mueble del recibidor y se introdujo en su casa con ese andar que le caracterizaba, seguro de sí mismo y un tanto chulesco. Por primera vez, Elena se dio cuenta de que tenía un culo espectacular.

Él se giró de repente y la pilló allí parada, con la cabeza ladeada y admirando su retaguardia. Dio un respingo, azorada, y trató de disimular.

—¿Quieres algo de beber? Hace un calor que...

—Una Coca-Cola Zero.

Elena se metió en la cocina bajo la atenta mirada de Roger, que la observaba en silencio. Sus ojos eran inescrutables, pero la sonrisilla ladeada que se le dibujaba en los labios la estaba poniendo de los nervios.

Sacó un par de latas de la nevera y las puso en una bandeja junto con un pequeño bol con los snacks que sabía que le gustaban.

—¿Me estabas mirando el culo?

La pregunta la sorprendió cuando sostenía la bandeja entre sus manos y casi se le cae al suelo por el temblor que provocó en sus manos.

—¿Yo? ¡No, qué va! —farfulló, mientras la equilibraba y se dirigía al salón con paso rápido para dejarla en la mesita auxiliar que había frente al sofá.

—Me estabas mirando el culo, reconócelo —insistió Roger, siguiéndola.

Ella lo observó con fastidio y fue consciente de lo azules que eran sus ojos sobre su piel bronceada. También pudo apreciar sus facciones bien definidas y muy masculinas, y lo bien que le quedaban esas camisetas básicas de color blanco sobre su cuerpo de músculos bien definidos.

Por primera vez se percató de que, a pesar de tener cuarenta años, era un hombre muy atractivo.

Algo debía de intuir en su expresión porque su sonrisa se ensanchó.

—¡Por fin! —exclamó con orgullo—. Es la primera vez desde que nos

conocemos, hace ya un año, que te has dado cuenta de que soy un hombre atractivo —aclaró él, ante su mirada interrogante—. ¿Sabes lo que eso significa?

Era tontería discutirle porque parecía leerle la mente con facilidad, así que optó por dejar de disimular y admitir la verdad.

—¿Qué significa?

—Que vuelves a sentirte como una mujer. ¡Es un paso muy grande para la recuperación! —aseguró con ánimo—. El sexo con ese chico del gimnasio ha debido de ser fantástico.

—Yo no he dicho que el sexo haya sido con él —confesó Elena en un murmullo, mientras alisaba una arruga imaginaria de su pantalón.

Lo miró entre las pestañas y, por la expresión con la que la observaba, se dio cuenta de que lo había vuelto a sorprender. No sabía si eso era bueno o malo, pero procedió a contarle los últimos acontecimientos.

Supo que no estaba muy contento con lo que había escuchado porque lo vio llevarse los dedos al puente de la nariz, en un gesto que siempre hacía cuando se sentía frustrado o, como él decía, escuchaba alguna de las estupideces que el ser humano se empecinaba en realizar.

—¿Quieres sexo sin compromiso y te lías con el hombre que vive en la puerta de al lado? —inquirió Roger con voz suave, después de unos segundos en silencio.

—Sí —respondió ella con cautela.

—No, Elena, no —bufó él, mientras se ponía de pie. Ella se repantigó sobre el sofá, preparándose para uno de los sermones de su coach—. A no ser que seas una persona con las cosas muy claras o con mucha experiencia, que no es tu caso en ninguno de los dos aspectos, el sexo sin compromiso se tiene con desconocidos o con hombres a los que ves de forma muy esporádica, no con uno con el que te vas a cruzar a diario. ¿Es que acaso no has oído eso de que «el roce hace el cariño»? —No la dejó responder antes de proseguir—. Regla número uno para el sexo sin compromiso: total indiferencia más allá de la atracción. Y, por lo que me has contado, ya hay cierta unión emocional entre vosotros, aunque al principio fuera encauzada hacia el odio.

—Sí, pero...

—Regla número dos —interrumpió él, alzando dos dedos—: sexo y luego cada uno a su casa. Pero no, vosotros habéis dormido juntos en la primera oportunidad.

—Bueno, lo que se dice dormir, dormir... No dormimos demasiado —reconoció ella, y no pudo evitar que una sonrisilla asomara a sus labios.

—¿Habéis hablado de exclusividad?

—¿Qué? —La pregunta la sorprendió tanto que se incorporó de golpe—. Bueno, no, no hablamos de eso. Pero entiendo que sí, porque si estamos juntos...

—¿Ves? Ni tú misma te aclaras. «Exclusividad» y «sexo sin compromiso» son términos opuestos, porque si en verdad tienes sexo sin compromiso no te importa con cuántas otras se pueda acostar Diego cuando no está contigo.

—¡Y no me importa! —exclamó por inercia.

—Pero ¿a él le puede importar si tú te acuestas con otros?

Teniendo en cuenta que ella no tenía ningún interés en estar con otros, aquella pregunta no la preocupó.

—¿Y si establecemos unas normas entre nosotros?

—Tú verás, pero si entre vosotros es necesario poner normas es porque ninguno de los dos tenéis claros los límites de vuestra relación. Y sí, lo he llamado relación porque el sexo sin compromiso es otra cosa.

Elena se miró las manos durante unos segundos, tratando de entender lo que Roger intentaba explicarle.

—No termino de comprenderlo. Pensé que te alegrarías por mí al ver que estoy empezando a rehacer mi vida. ¿Qué problema hay entonces si comienzo una relación con Diego?

—Que no estás preparada para el tipo de compromiso que exige una relación sentimental.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió ella, confusa.

—Porque todavía llevas la alianza en tu dedo.

Elena apretó la mano izquierda en un puño mientras la derecha la cubría, encerrando el anillo de forma protectora. Le parecía impensable quitarse su alianza. Roger tenía razón, todavía no estaba preparada para poder hacerlo pero, al mismo tiempo, Diego la tentaba demasiado para dejarlo a un lado por ello.

Como siempre, su coach pudo leer su expresión obcecada porque soltó un resoplido.

—¡Espero que ese chico tenga claro dónde se está metiendo!

CAPÍTULO 25

Diego no sabía dónde se estaba metiendo. De lo único que era consciente es de que quería más de Elena. Más de ese cuerpo que se había retorcido de placer entre sus brazos una y otra vez; más de sus caricias, algunas tentativas, otras audaces, todas hambrientas, como si tuviese la misma necesidad de tocar como de ser tocada. Más de los suaves sonidos que había arrancado de su garganta con cada embestida. Más de sus ojos nublados por el deseo, que se llenaban de vulnerabilidad cada vez que llegaba al orgasmo.

Su miembro se endureció con el recuerdo del fin de semana y se revolvió incómodo en la silla de su despacho. No era nada profesional tener una erección en horas de trabajo, pero estaba claro que había dejado de controlar su cuerpo desde el momento en que Elena se cruzó en su camino.

Nunca se había considerado un hombre demasiado sexual, al menos no de la misma forma que Hugo, que no podía estar sin una mujer más de dos días seguidos. Él podía pasar sin sexo durante meses, tan solo masturbándose de vez en cuando para paliar la necesidad de su cuerpo. Con Nuria, el sexo se había reducido a un par de encuentros a la semana, la mayoría de las veces faltos de pasión, ahora lo veía.

Después del atracón de sexo que se había dado en las últimas horas lo normal es que su cuerpo se hubiese sentido saciado. Sin embargo, lejos de ello, vibraba por la necesidad de volver a estar con ella.

—¿Soñando despierto?

Se sobresaltó al escuchar la voz de Hugo.

—¿Qué te trae por aquí?

—Sacarte a comer. Bueno, eso y hablar un rato contigo, que no nos hemos vuelto a ver desde que me dejaste solo con las gemelas.

—¿Te las apañaste bien con las dos?

—¿Acaso lo dudas? —repuso Hugo con una sonrisa de lo más canalla—. Te iba a pedir que me contases qué tal te fue con la vecina, pero en vista de que no has pasado el domingo en su casa y ahora luces una sonrisa de oreja a oreja, la respuesta es bastante clara. ¿Sabes? Acabo de ver a Elena y se la

veía radiante.

Diego no pudo evitar esbozar un gesto arrogante y orgulloso.

—¿Dónde la has visto?

—Pasé por la farmacia a por más preservativos —admitió Hugo con un guiño pícaro—. Y antes de que lo preguntes, no, no estaba la morena borde. Al parecer, había salido a hacer un recado —añadió, y Diego detectó un brillo de decepción en su mirada.

—De verdad que no entiendo ese impulso masoquista que te lleva a enfrentarte a esa chica una y otra vez —musitó Diego, mientras se levantaba de su silla, dispuesto a aceptar la oferta de su hermano de almorzar juntos.

Patricia apareció de repente por la puerta.

—Diego, ¿te apetece...? —Se quedó callada cuando vio que no estaba solo—. Perdona, no sabía que tenías *compañía*.

La última palabra la dijo con un suspiro entrecortado, puesto que los ojos de la enfermera se habían quedado prendados de la seductora sonrisa que Hugo le dedicaba en aquellos momentos.

Diego los presentó, al ver venir lo inevitable.

—He venido a comer con mi hermano, pero está tan ocupado que no va a poder salir del despacho —mintió Hugo sin dudar—. ¿Te apetece acompañarme tú?

Patricia asintió con énfasis. Otra que había quedado presa del encanto de su hermanito.

Diego se dejó caer otra vez en su asiento con un suspiro exasperado, mientras veía cómo Hugo se la llevaba con la mano apoyada en la base de su espalda, un gesto con el que las mujeres parecían derretirse. Puso los ojos en blanco cuando su hermanito le guiñó un ojo por encima del hombro a modo de despedida.

Por suerte, el resto del día se le pasó bastante rápido, supervisando y coordinando a las cinco personas que formaban su equipo, y solventando los problemas que surgían en el sistema informático.

En cuanto terminó la jornada anduvo con paso rápido hasta su casa, impaciente por la expectativa de volver a ver a Elena, y contuvo el aliento cuando reconoció su figura entrando en el portal, cargada con lo que parecía una bolsa de la compra.

Corrió los últimos tres metros a toda prisa para llegar a la puerta antes de que se cerrara y se metió en el patio como una exhalación.

Ella dio un respingo al verlo aparecer de repente, para luego esbozar una sonrisa tentativa. Lo miró entre las pestañas, un poco ruborizada, pero sin ocultar su deseo, lo que provocó que el miembro de él reaccionase con firmeza.

Sin emitir palabra alguna empezaron a acercarse paso a paso, unidos por una atracción que era más fuerte que sus voluntades; pero, justo cuando estaban a un paso de tocarse, la puerta del patio se volvió a abrir.

Los dos se separaron a la vez en un intento por disimular que habían estado a punto de fundirse en un abrazo. Elena se lanzó hacia el ascensor y presionó el botón de llamada al tiempo que tarareaba una cancioncilla. Por el contrario, Diego se acercó a los buzones en busca de su correo.

—Buenas tardes, vecinos —saludó la señora Paquita, arrastrando su flamante carro nuevo con un alegre estampado de tulipanes.

Los dos se giraron hacia ella y la saludaron de forma distraída.

—¿Funciona bien? —inquirió Diego, cabeceando hacia el carro.

La señora Paquita se lo había comprado en Amazon con la ayuda de Diego. Había sido hilarante ver cómo la anciana descubría el amplio catálogo de objetos que la plataforma de venta ofrecía.

Cuando aceptó darle las clases de informática un par de tardes a la semana lo hizo sobre todo por pena. Bueno, por eso y por las fiambreras con comida casera que la anciana preparaba. Pero la verdad es que le estaba empezando a coger cariño. Con su particular sentido del humor y su alegre parloteo, le recordaba a su abuela, a la que había perdido un par de años atrás.

—¡Funciona de maravilla! —exclamó la anciana, contenta—. Ahora le he echado el ojo a un juego de sartenes. Tal vez luego puedas ayudarme a comprarlas por *Amazon*. —Ante la mirada curiosa de Elena, la señora Paquita explicó: —Diego me está enseñando a usar el ordenador y también me ayudó a comprar ese precioso carro. ¿No te parece un muchacho encantador?

—Es... todo un detalle —musitó Elena, mientras lo miraba de soslayo con una expresión que no supo identificar.

—Por cierto, luego podías pasarte a echar un ojo a mi tostadora. No consigo que caliente bien el pan.

—No sé nada de tostadoras.

—¿Pero no dijiste que eras informático? —señaló la anciana, mientras lo miraba por encima de sus gafas.

—Sí —respondió Diego, con cautela—, pero solo sé de ordenadores.

—La tostadora también tiene cables y chismes eléctricos dentro, ¿no es lo mismo? —insistió la señora Paquita, que no veía la diferencia entre una cosa y la otra.

—¡Claro que no! —exclamó contrariado, pero al ver la incompreensión en la expresión de la anciana, terminó por ceder—. Está bien, mañana me pasaré.

Por el rabillo del ojo vio que Elena contenía la risa y tuvo que morderse el labio para no reír también. Aquella era la lacra de los informáticos, los conocidos pensaban que podías solucionar cualquier cosa que se pudiera enchufar.

Cuando el ascensor llegó, como Elena y él bajaban en último lugar, entraron primero y se colocaron en el fondo. Cerca, muy cerca. Los dos muy conscientes de sus cuerpos mientras escuchaban parlotear a la anciana, de espaldas a ellos.

—¿Sabes que ayer estuve hablando con mi nieta Elsa por *eskape*? No la veo desde navidades y me sorprendió ver lo guapa que estaba. Tiene dieciséis años ya. Qué rápido pasa el tiempo, ¿verdad?

Mientras escuchaban el monólogo de la anciana, que de vez en cuando los miraba sobre el hombro para asegurarse de que le estaban prestando atención, la mano de Diego buscó con disimulo el cuerpo de Lucía. Más en concreto, su dulce trasero. Ella se sobresaltó ante la caricia y le dio un codazo, mordiéndose el labio para contener la risa.

—Ha salido a su madre, con ese pelo tan rubio, la piel clara y esos bonitos ojos azules. ¡Muy guapa, sí, señor! —continuaba diciendo la señora Paquita, ajena a todo.

Justo cuando Diego estaba pensando en volver a la carga sintió que la mano de Elena se deslizaba con suavidad sobre su pene, en una caricia que hizo que su miembro se estremeciera.

—En fin, que me dijo que en un futuro le gustaría venir a España a estudiar. La verdad es que sería bonito tenerla por aquí —concluyó la mujer, justo cuando el ascensor llegó al cuarto.

La mano de Elena abandonó su cuerpo al instante.

—Yo me bajo aquí —anunció la señora Paquita, mientras maniobraba con el carro para salir. Por un momento, se les quedó mirando con fijeza—. ¿Os he dicho que hacéis una bonita pareja? —inquirió con una sonrisa sabedora, y se despidió con un guiño.

Diego y Elena la miraron azorados hasta que la puerta del ascensor se

volvió a cerrar y continuó el ascenso.

—¿Le has contado...?

—No —respondió Diego al instante.

—¿Crees que lo sabe?

Diego se encogió de hombros a modo de respuesta. Con aquella anciana todo era posible. Era muy avispada.

—¿Qué planes tienes para esta tarde? —inquirió, mientras se giraba para mirarla de frente.

—Tenía pensado ir al gimnasio a sudar un rato.

—No necesitas ir al gimnasio para eso —repuso él con voz ronca, antes de atraparla entre sus brazos y besarla como estaba deseando hacerlo desde que la viera en el patio.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron en el quinto, y no dispuesto a separarse de ella ni unos segundos, apresó sus glúteos y la alzó contra sí, para que Elena pudiera enroscar sus piernas en la cintura masculina.

Así es como entraron en el piso de Diego. Pudo ver que Hugo se asomaba al escuchar la puerta y los miraba con sorpresa.

—Creo que nos hemos dejado una bolsa de la compra en el ascensor, ¿la puedes coger? —atinó a decirle Diego antes de encerrarse con Elena en su habitación.

CAPÍTULO 26

Entraron en la habitación comiéndose la boca y arrancándose la ropa en el proceso.

—Eso que estás haciendo por la señora Paquita, lo de las clases de informática, es un detalle muy bonito —musitó ella entre beso y beso—. Por no hablar de la tostadora que...

—¿De verdad quieres que hablemos ahora de la señora Paquita? —farfulló él, mientras la arrojaba ya desnuda sobre el colchón.

—No, claro que no, es solo que... —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo cuando descubrió el lienzo que había sobre el cabecero de la cama.

Se incorporó de golpe y lo observó azorada. Se trataba de un retrato monumental de Diego. Un desnudo en el que se podía apreciar su cuerpo de dios... Pero que no hacía ninguna justicia a sus atributos masculinos.

Le causó tal impresión que se echó a reír.

—¿Esto también es cosa de tu madre? —inquirió entre risas.

—No está tan mal —repuso él con una mueca y un poco de rubor en las mejillas.

—Hombre, teniendo en cuenta que te ha puesto la pilila de un niño de tres años...

—¿Pilila? —inquirió Diego con una sonrisa ladeada—. Al miembro masculino no se le llama «pilila» —aclaró, mientras se tumbaba sobre ella.

—¿Y cómo se le llama? —susurró excitada, al sentirlo desnudo sobre ella.

—Pene, verga, polla o, en mi caso, la novena maravilla del mundo —bromeó, y procedió a demostrarle por qué merecía semejante título.

Más tarde, tumbados en la cama uno al lado del otro tratando de recuperar el aliento y con la conversación que había tenido con Roger todavía reciente, Elena quiso aclarar ciertas cosas con él.

—Creo que deberíamos establecer ciertas normas entre nosotros —musitó con la mirada clavada en el ventilador de techo que había sobre la cama, observando cómo las hojas giraban con suavidad de forma hipnótica.

Sintió que Diego se incorporaba a su lado, doblando el brazo y apoyando la mejilla sobre la palma de su mano para mirarla de forma directa.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con ese tono ronco de voz que provocaba estremecimientos en su piel.

—Ya sabes, algún tipo de reglas que delimiten nuestra... —Iba a decir «relación», pero se corrigió al instante—. Esto —concluyó, sin que se le ocurriera una forma de llamarlo.

—No creo que nuestra «esto» necesite estar delimitada por normas —repuso él.

—Pues yo creo que sería lo mejor para evitar que alguno de los dos se... desilusione —farfulló ella.

—¿Qué tienes en mente?

—La verdad es que no lo sé —admitió ella con un suspiro—. Pero creo que deberíamos hablar de ciertas cosas, como las expectativas que tenemos sobre «esto».

Diego la observó en silencio durante unos segundos, con una intensidad que hizo que se sintiera incómoda.

—Déjalo, no sé lo que estoy diciendo —musitó ella, mientras se incorporaba en la cama dispuesta a alejarse de él.

Sin embargo, antes de que pudiese hacerlo, Diego puso la mano sobre su pecho y la empujó de nuevo contra el colchón.

—¿Quieres establecer reglas?

—Sí —musitó, incapaz de decir algo más.

—Regla número uno: total sinceridad. Nada de mentiras entre nosotros. ¿Estás de acuerdo?

Elena asintió con la cabeza ante lo que le parecía algo muy razonable.

—Regla número dos: te acostarás conmigo siempre que te apetezca. No tengas miedo de llamar a mi puerta y buscarme. Cualquier día. A cualquier hora.

—¿Y si a mí me apetece, pero a ti no?

Diego la miró como si hubiese hecho una pregunta muy estúpida.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Nada más, eso es todo. No necesitamos más reglas.

—¿Y qué hay de tus expectativas? Yo ya te he dicho que solo quiero sexo...

—Mucho sexo —corrigió él.

—Pero no me has dicho lo que esperas tú de «esto».

—¿De verdad quieres saber cuáles son mis expectativas?

Elena volvió a asentir.

Diego recorrió su cuerpo con la mirada de forma lenta y acariciadora, empezando desde sus ojos hasta bajar a las puntas de sus pies, para luego desandar el camino otra vez hacia arriba.

Después deslizó la mano bajo su nuca y, sin mediar palabra, posó los labios sobre los suyos y la besó de una forma deliciosa, explorando el interior de su boca con sensualidad. Puso fin al beso con un pequeño mordisquito en su labio inferior que la dejó jadeando, indefensa y anhelante.

—Espero que tus ojos se nublen por el deseo cada vez que te bese así, justo de la forma en que lo acaban de hacer —murmuró él, observando con seriedad sus ojos.

Acto seguido, su mano descendió con lentitud por su piel, en una caricia de fuego, hasta su pecho. Solo con el dedo índice, con un roce sutil, dibujó círculos concéntricos sobre su seno hasta alcanzar el pezón, que reaccionó al instante, endureciéndose.

—También espero que tu cuerpo reaccione con deseo tan solo con el roce de uno de mis dedos, así —explicó, mientras contemplaba con una oscura satisfacción la tierna cúspide erguida ante su caricia.

Su mano continuó el descenso por su vientre hasta alcanzar el vértice entre sus piernas. Por un momento, sus dedos danzaron con suavidad sobre su monte de venus, provocándole un cosquilleo de anticipación que le contrajo el vientre. Luego, comenzaron a explorar los pliegues humedecidos hasta que dos de ellos se clavaron de súbito en ella.

Elena dejó escapar un jadeo ahogado ante aquella repentina incursión.

—Esto espero, encontrarte húmeda y receptiva cuando mis dedos exploran tu interior —susurró contra sus labios, mientras la atormentaba con un ritmo pausado pero profundo.

Desesperada, ella le clavó las uñas en los hombros mientras abría las piernas al máximo, pidiéndole sin palabras que la cubriera.

Él sonrió de forma arrogante cuando cedió a su demanda, pero no le importó. Lo único importante en aquel momento era que él la penetrase con su

miembro, a poder ser, en el acto.

No la defraudó.

En cuestión de segundos, él deslizó su miembro en una penetración profunda que la llenó hasta la matriz.

Elena arqueó su cuerpo y dejó escapar un fuerte gemido. Estaba tan excitada por la telaraña de seducción que había tejido Diego sobre ella que se sentía al borde del orgasmo.

—Sí, esto es lo que espero, que envuelvas mi polla con tu calidez —masculló él con crudeza, mientras se afianzaba con las manos sobre el colchón y estiraba los brazos hasta levantar su torso, de forma que sus caderas ganaron en profundidad en la siguiente penetración—. Espero tus gemidos, sí —continuó diciendo con la voz muy ronca, mientras se clavaba en ella una y otra vez—. Espero tus jadeos pidiéndome más, tus uñas clavadas en mis hombros, tus piernas enroscadas en mis caderas porque necesitas que llegue más hondo —agregó, describiendo cada una de sus reacciones al martilleo de su cuerpo—. Y, para finalizar, espero que me regales uno de esos dulces orgasmos que me comprimen de esa forma tan deliciosa. Sí, eso es —jadeó sin dejar de moverse, cuando las paredes vaginales de Elena empezaron a contraerse a su alrededor al alcanzar la cúspide.

Diego la siguió casi al instante. Su cuerpo tembló con fuerza antes de dejarse caer sobre ella con un gemido ahogado. Lo abrazó con fuerza durante unos segundos, incapaz de moverse ni de permitir que él se alejase de ella.

Al cabo de unos segundos y todavía dentro de ella, Diego alzó la cabeza y la miró con aquellos ojos color miel que hacían trizas su voluntad. Acto seguido, cogió su rostro entre las manos y le dio un beso muy dulce.

—Eso es lo único que espero, Elena —concluyó en un susurro ronco—. Que me desees. Que me desees tanto como yo te deseo a ti.

CAPÍTULO 27

Elena acababa de limpiar la caja de arena de Yoda cuando escuchó el timbre. Se lavó las manos con rapidez y corrió a abrir la puerta.

Diego estaba allí, con la mano apoyada en la jamba y los pies cruzados en una postura indolente. Iba vestido con una camiseta negra sin mangas que le daba aspecto de macarra, un bañador de color azul y unas chanclas. Llevaba las gafas de sol sobre la cabeza y una mochila al hombro de donde sobresalía una esterilla.

—Ponte el bikini.

—¿Perdona?

—Que nos vamos a la playa.

Ella lo miró de hito en hito.

—¿Por qué?

—Pues porque todavía no me he bañado en el Mediterráneo desde que estoy viviendo en Valencia. Eso es casi un sacrilegio, ¿no?

—Pues ve a la playa tú solo.

—¡Oh, vamos! No tiene gracia ir solo a la playa. La gente puede pensar que soy un mirón pervertido o que no tengo amigos, cosa que, por desgracia, por ahora es bastante acertado —rezongó él y, para su sorpresa, se abrió paso en el interior de su casa con total familiaridad.

Yoda, que estaba repantigado en su rincón preferido del sofá, se erizó al verlo y le bufó.

—¡Yoda! Esa no son formas de recibir a la visita —se apresuró a regañarle, azorada—. Perdona, suele ser muy bueno, pero últimamente está algo nervioso. Incluso ha dejado de salir a la terraza, cosa muy extraña en él.

Vio que Diego desviaba la mirada al tiempo que se ruborizaba, pero no le dio mayor importancia. Su atención estaba puesta en las palabras que él había dicho.

—¿No has entablado amistad con nadie desde que estás aquí? —inquirió, incrédula.

—Pues había empezado a llevarme bien con una enfermera, como amigos

—se apresuró a añadir, al ver que ella levantaba una ceja—, pero entonces Hugo *Casanova* se cruzó en su camino y ahora está un poco resentida. También están mis compañeros de trabajo, que son majetes, pero son los típicos informáticos que no pisan una playa si no es a través de unas gafas de realidad virtual. Y antes de que preguntes, Hugo tampoco me puede acompañar; no ha pasado la noche en casa, para variar. Incluso he estado a punto de llamar a la puerta de la señora Paquita en mi desesperación, a ver si la ancianita se animaba a ponerse el bañador, pero luego he pensado que no sería bueno para su tensión. ¡Venga, mujer, apiádate de mí! —musitó, haciendo un puchero tan cómico como tierno viniendo de un hombre de su tamaño.

Elena lo miró, indecisa.

—¿Crees que es buena idea cruzar esta línea? Quiero decir, una cosa es acostarnos juntos y otra empezar a quedar como si fuésemos... —La palabra «pareja» quedó suspendida en el aire, aunque no salió de sus labios.

Diego suspiró como si se estuviese armando de paciencia.

—Elena, ¿te apetece ir a la playa?

La cálida arena bajo sus pies, el agua acariciando su piel, el olor a mar... ¡Para qué engañarse!

—La verdad es que sí —reconoció con una sonrisa vacilante.

—Pues no le des más vueltas. ¿Por qué no hacemos lo que a los dos nos apetezca y dejamos de pensar en reglas, límites o nombres? Mis expectativas no han cambiado, créeme. Me acabo de divorciar. Solo quiero disfrutar de la vida sin pensar en nada más.

Disfrutar de la vida. Parecía una eternidad desde la última vez que ella lo había hecho. Y sonaba tan, tan bien.

—De acuerdo. Dame cinco minutos.

Diego miró de soslayo a Yoda, que no le perdía de vista.

—Creo que mejor te acompaño —susurró, yendo tras ella.

Elena se giró al oír aquello y lo detuvo con una mano.

—Si entras conmigo a esa habitación ya sabes lo que pasará: que no saldremos de allí.

—Lo dices como si no pudiera apartar las manos de ti. —Y para confirmar sus palabras, la tomó de la cintura y la acercó a su cuerpo. Acto seguido, enterró el rostro en la curvatura que unía su cuello con el hombro y aspiró su aroma, provocándole un cosquilleo que le erizó la espina dorsal.

—Diego. —La voz le salió trémula.

—Eres tan condenadamente dulce —susurró él, antes de alejarse un paso—. Cinco minutos, Elena, es todo lo que te puedo prometer que conseguiré aguantar sin volver a tocarte; así que, date prisa o no saldremos de aquí en lo que queda del día.

¿Alguna vez una amenaza había sonado tan tentadora?

Cuatro minutos después, con un bikini rojo debajo de un vestido playero estampado y su capazo de playa, Elena salió de la habitación con una sonrisa. Ahora que se había decidido a ir estaba entusiasmada con la idea.

Antes iba mucho a la playa, a Sergio le gustaba tanto como a ella, pero luego, cuando él murió, perdió las ganas de ir. Era curioso como había dejado de hacer muchas de las cosas que más le gustaban desde que era viuda.

—¿A qué playa tenías pensado ir?

—Ni idea, no conozco las playas de Valencia. Tú dirige y yo conduzco.

—¿Tienes coche?

—¿Tú no?

—Nunca lo he necesitado. Trabajo a diez minutos andando de mi casa y vivo en una ciudad con buena combinación de transportes públicos. No quiero un coche, ¿vale? —agregó con voz cortante, ante la mirada extrañada de él.

—Vale, vale —musitó él, alzando las manos en señal de rendición.

Como en aquella zona era difícil encontrar aparcamiento, Diego había optado por alquilar una plaza de garaje en la finca de al lado, ya que la suya no tenía.

—Te presento a mi Halcón Milenario —anunció orgulloso, mientras le mostraba su Peugeot 3008 de color gris metalizado que parecía ser bastante nuevo.

—¿Has puesto a tu coche el nombre de la nave espacial de Han Solo? ¡Me encanta!

—Fue mi pequeño autorregalo para levantarme el ánimo después del divorcio —admitió Diego con un pequeño encogimiento de hombros—. Venga, sube. ¿A qué playa vamos? He oído que las Arenas es la más cercana.

—Y también la más concurrida.

—¿Cuál me recomendarías?

—Pinedo o el Saler están bien y no quedan lejos, aunque mi preferida siempre ha sido Port Saplaya. Tiene un encanto especial.

Lo dijo sin pensar, llevada por la sinceridad, pero se arrepintió al instante de haberla nombrado cuando Diego le pidió que le indicara el camino. La

última vez que estuvo allí había sido con Sergio. Aquel era un lugar muy especial para ellos, o lo había sido cuando había un «ellos».

Al menos, Roger estaría orgulloso de ella cuando supiese que había ido allí. Según su coach, no podía evitar para siempre los lugares en los que tenía recuerdos con Sergio. Si así fuera, no saldría de casa. Es más, debería mudarse. Lo que tenía que hacer era vivirlos de nuevo desde otra perspectiva para crear nuevos recuerdos que sumar a los que ya tenía.

Para su sorpresa, la inquietud que sentía quedó olvidada cuando el coche comenzó a deslizarse entre el tráfico siguiendo sus instrucciones.

¿Podía un hombre ser más sexy conduciendo? No lo creía.

Diego llevaba el coche con mucha soltura, con la certeza de que podía controlar a aquella máquina a la perfección. Le gustó que no fuera agresivo ni nervioso al volante. Conducía como hacía el amor: con la seguridad de que sabía lo que hacía en cada momento y de que lo hacía muy bien.

Ella no podía dejar de mirarlo de reojo, tomando cada pequeño detalle de sus movimientos.

—Deja de mirarme así.

—Así, ¿cómo?

—Como si estuvieses deseando saltar sobre mi regazo para comerme a besos.

Ella giró la cara hacia la ventanilla para que no viese el rubor delator que había cubierto sus mejillas.

Dio un respingo cuando, de repente, Diego cogió su mano y la puso sobre el pomo del cambio de marchas para después cubrirla con la suya. Fue tal la sorpresa de ver sus manos unidas de esa forma que no hizo ademán alguno por quitarla. Se sentía demasiado bien.

—Me gusta —susurró él con voz ronca, mientras le dedicaba una mirada rápida a través de sus gafas de sol—. Me gusta saber que estamos en igualdad de condiciones.

Ella no lo negó ni afirmó. Tan solo volvió a mirar a través de la ventanilla en silencio, pero «el que calla, otorga», ¿verdad?

Poco más de un cuarto de hora después llegaron a su destino.

Elena sintió una opresión en el pecho al contemplar el paisaje familiar: la rotonda por la que se accedía al lugar, los edificios de apartamentos recortados contra el cielo azul, el paseo marítimo que enlazaba las viviendas con el recinto comercial, los espigones... *Su* espigón.

—Si te metes por ahí podrás aparcar —le indicó con la garganta comprimida por un nudo.

Cuando bajaron del vehículo y comenzaron a andar hacia la playa el nudo se había extendido al estómago, tal vez por eso él no hizo ademán de cogerle de la mano cuando bajaron del coche. Debía percatarse de lo tensa que estaba.

—Venías aquí con él.

Aquel murmullo quedó confirmó sus sospechas: Diego había intuido que algo le pasaba.

Ella asintió.

—¿Quieres que nos vayamos?

«¡Sí!», quiso gritar.

—No —dijo en cambio—. Roger dice que no debo evitar los lugares a los que iba si me gustaban, que lo que tengo que hacer es crear nuevos recuerdos en ellos.

—¿Quién es Roger?

—Es mi psicólogo. Algo así como un coach sentimental. Después de que Sergio... muriera —la palabra se le atragantó—, caí en una fuerte depresión. Él me está enseñando a gestionar mis emociones al respecto.

La verdad es que no le apetecía extenderse sobre ese tema y, por suerte, no tuvo que hacerlo porque al llegar a la playa la atención de Diego se desvió.

—Es una playa bonita —afirmó, mientras ojeaba a su alrededor.

No parecía demasiado impresionado, y era lógico. La playa en sí no era nada del otro mundo. Lo que hacía aquel lugar tan especial, en opinión de Elena, era «la pequeña Venecia». Un conjunto de coloridas casitas que rodeaban el pequeño puerto deportivo que había a un lado. Siempre había sido uno de sus rincones preferidos para ir a pasear.

La última vez que estuvo allí con Sergio, el verano antes de su muerte, hablaron de intentar cuadrar sus vacaciones para poder ir a Venecia al año siguiente. Lo hicieron en su lugar especial: el final del espigón que ellos habían rebautizado como *su* espigón y en donde habían compartido tantos momentos inolvidables.

«No sigas por ahí, Elena».

La voz de Roger se abrió paso en su mente, justo antes de que Diego exclamara con el entusiasmo de un niño:

—¡El último que llegue al agua invita a comer!

Para sorpresa de Elena, Diego soltó sus cosas y, quitándose la camiseta

con rapidez, echó a correr en dirección a la orilla.

Ella tardó un segundo en ir tras él, mascullando entre risas que había hecho trampa porque había salido antes de tiempo.

Y las risas siguieron durante toda la mañana, y se alargaron hasta el anochecer: jugaron en el mar como dos críos, se robaron besos y caricias, intercambiaron anécdotas de sus infancias y del trabajo mientras comían en el McDonald's que había por allí, y pasearon por «la pequeña Venecia» al atardecer.

Cuando Elena llegó a su casa horas después lo hizo con una sonrisa en los labios y con agujetas en la tripa de tanto reír.

Aquel día, Diego había conseguido que hiciera a un lado las sombras de nostalgia que le había inspirado aquel lugar con nuevos recuerdos felices.

CAPÍTULO 28

—Os lo juro, le dije que cerrara las pestañas, y me veo que se queda quieta y cierra los ojos. Cuando le pregunté que qué hacía me suelta: «Cerrar las pestañas, como tú me has dicho». Lo peor es que creo que hubiese continuado con los ojos cerrados si no le llego a explicar que me refería a las pestañas de la pantalla del ordenador.

La anécdota arrancó una ristra de carcajadas en el grupo.

Diego también rio al recordar que la señora Paquita había hecho lo mismo en su primera clase de informática.

Había decidido salir a cenar con su equipo de trabajo para conocerlos un poquito mejor: tres chicos y dos chicas de edades comprendidas entre los veinticinco y los cuarenta años. Las dos chicas, Carmen y Pepa, estaban casadas y habían traído a sus respectivas parejas, que parecían ser tan frikis de la informática como ellos; Fran, el más joven, había traído a su novia y, por cómo sonreía ella, parecía que no repetiría la experiencia. En cuanto a los otros dos, Andreu y Vicente, parecían solteros y sin compromiso. Es más, Vicente, el que estaba contando la anécdota, de treinta y cinco años, seguía viviendo con sus padres.

La verdad es que lo estaba pasando bien con ellos, pero sentía que su cabeza estaba en otra parte. Más en concreto, rondando a una bonita y esquiva mujer de dulces ojos verdes.

Hacía dos meses desde que Elena y él empezaran su «esto» o como quiera que se llamase lo que había entre ellos, pero la cosa parecía no avanzar. Y no por falta de ganas de él. El sexo era fantástico, sí, pero ya no era suficiente. Necesitaba dar un paso más. Conocerla mejor. Conseguir derribar esa muralla tras la que ella parecía esconderse a la menor oportunidad. No habían vuelto a salir juntos desde la escapada a la playa. Parecía satisfecha con mantener su relación entre las sábanas. Incluso él le había pedido que lo acompañase a aquella cena y ella se había negado, alegando que ya tenía planes con sus amigos.

—Debo reconocer que el mundo informático es un verdadero misterio

para mí —comentó Hugo que, muy extraño en él, aquella noche no tenía planes y había decidido ir con él—. Muchas veces le he pedido a Diego que me arregle una cosa que no me funciona y en cuanto él aparece comienza a funcionar bien. Mi hermano piensa que soy un inepto.

—Es que lo eres —terció Diego con una mueca burlona, regresando a la conversación—. Ya te lo he dicho, el ochenta por cien de los problemas informáticos se resuelven apagando y encendiendo el ordenador.

—¡Brindo por eso! —exclamó Pepa, alzando su copa, y todos la siguieron.

Estaba bebiendo cuando una figura masculina entró en su campo visual: Roger. Su aspecto de motero macarra no pasaba desapercibido. Acababa de llegar al restaurante y estaba acomodándose en una de las mesas para parejas que había al otro lado del local. Por la forma impaciente en que miraba el reloj, su acompañante llegaba con retraso.

Aquel era el psicólogo de Elena, posiblemente, el hombre que mejor la conocía en aquellos momentos. Ella le contaba todo lo que sentía, le hacía partícipe de todos sus temores y de sus sueños. Todo lo que él se moría por descubrir y que ella se negaba a ofrecerle.

En un impulso, se levantó de la mesa murmurando una disculpa a sus ocupantes y se dirigió hacia él.

—Hola, Roger.

El hombre tardó un segundo en reconocerlo.

—Diego, ¿verdad? —inquirió con mirada inexpresiva—. No te cortes, toma asiento —añadió con tono irónico, al ver que Diego se tomaba aquella libertad sin pedir permiso.

—Quiero hablar sobre Elena.

En verdad tenía una excelente cara de póker, porque si le sorprendió su forma directa de abordarle no lo demostró.

—Lo siento, pero tengo un acuerdo de confidencialidad que me impide comentar sobre lo que ella me cuenta en nuestras sesiones, y aunque no lo tuviera tampoco te hablaría al respecto.

—Me has malinterpretado. No quiero que me hables sobre las intimidades que ella te cuenta, sería una falta de respeto pedírtelo. Quiero saber lo que tengo que hacer para conseguir que me las cuente a mí. Necesito llegar a ella y no sé cómo hacerlo —confesó, frustrado—. Creo que entre Elena y yo está surgiendo algo, pero ella pone trabas para que avance de forma natural.

Roger lo miró con fijeza durante unos segundos, estudiándolo a través de sus ojos azules de una manera analítica. Luego suspiró.

—¿Te has caído alguna vez de una bici?

Diego parpadeó ante aquel inesperado giro de la conversación.

—Sí, de pequeño. Fractura limpia de cúbito y radio —añadió con una mueca.

—¿Y qué hiciste?

—Volver a montar.

—¿Recuerdas la experiencia?

—Por supuesto. Después de que me quitaran la escayola mi padre quiso que volviera a montar, pero yo no quería ni oír hablar de bicis —reconoció él, mientras se encogía de hombros—. Pasaron meses hasta que él me convenció y las primeras tentativas resultaron aterradoras, hasta que poco a poco el miedo se fue.

—Pues ahora imagina que Elena iba tan feliz en su bici y, de repente, una piedra se interpone en su camino y se cae. Un accidente de cojones. No se ha roto unos huesos del cuerpo, no; ella se ha roto el corazón. Todos sus sueños y proyectos se han caído también al asfalto —explicó Roger con voz apagada—. Ella es joven y fuerte, sus heridas van sanando y siente el impulso de volver a montar en bici pero, al mismo tiempo, teme repetir la experiencia porque sabe que en cualquier momento puede volver a caer. ¿Entiendes?

Diego asintió. Había comprendido la analogía a la perfección.

—Así que lo que debo hacer es esperar hasta que vuelva a estar preparada para montar en bici.

Roger se llevó los dedos al puente de la nariz, en algún tipo de tic que no supo interpretar.

—Si solo te limitas a esperar, nunca lo hará —repuso finalmente—. Siempre encontrará una excusa para no hacerlo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? —inquirió Diego, frustrado.

—¿Cómo te convenció tu padre de que volvieras a montar?

Él hizo memoria hasta que lo recordó.

—La verdad es que no me preguntó si quería volver a montar o no, cuando perdió la paciencia me puso sobre la bici y me gruñó: «pedalea o te inflo a hostias». Él no era capaz de ponerme la mano encima —aclaró Diego con una sonrisa, al pensar en lo bonachón que era su padre—, pero la amenaza fue efectiva.

—Bueno, en este caso no puedes amenazar a Elena para que salga contigo, además de que es delito, sería yo el que te inflase a hostias a ti —advirtió con tono protector—. Lo que puedes hacer es sorprenderla para que no le de tiempo a reaccionar y esconderse. No hagas planes a largo plazo, porque buscará excusas para no hacerlos. Actúa de forma inesperada.

Diego reflexionó sobre aquellas palabras. Recordó su escapada a la playa. Se había presentado en su puerta y, prácticamente, se la había llevado a rastras. En cambio, en ocasiones posteriores, al preguntarle si quería hacer algo el fin de semana ella siempre le daba largas.

—La clave está en que no le des tiempo a pensar para que no recuerde que tiene miedo. Y ahora, te agradecería que te levantasess, mi acompañante ya está aquí —añadió con la mirada en algún punto por detrás de él.

Diego se levantó justo cuando una atractiva rubia llegaba acompañada por un camarero. Le llamó la atención porque tenía un aire pijo y sofisticado que chocaba con el aspecto informal del psicólogo. Por eso, y porque él le dio un beso en la mejilla de una forma inesperadamente fraternal.

—Muchas gracias por tu ayuda —murmuró, y se despidió con un gesto.

—Diego. —La voz de Roger lo detuvo cuando solo había dado dos pasos —. Más te vale no hacerle daño o de lo contrario...

—¿Me inflarás a hostias?

—No, haré algo mucho peor —musitó, y sus ojos azules se habían convertido en dos tímpanos de hielo.

Diego regresó a la mesa pensativo, a tiempo para oír el final de la lección informática que Vicente le estaba dando a Hugo.

—Para que te quede clara la diferencia: hardware es todo aquello que puedes estrellar contra el suelo cuando estás frustrado.

—Mientras que al software solo lo puedes maldecir cuando no funciona —completó Andreu.

Le extrañaba que su hermano lo hubiese comprendido, pero se rio de buena gana con la explicación, al igual que el resto.

—¿Todo bien? —inquirió Hugo, al darse cuenta de que Diego había vuelto.

—Luego te cuento —murmuró él, no queriendo cortar el aire festivo de la velada con una conversación seria.

Entre la cena y un par de copas que pidieron terminaron casi a la una. Como todos tenían obligaciones que les aguardaban, como niños o una partida

de *Fornite* en línea que no podían retrasar, se despidieron en la puerta.

El restaurante estaba en la avenida Blasco Ibáñez, no muy lejos de su casa, así que los hermanos optaron por dar un paseo para regresar.

Hugo abordó el tema a la menor oportunidad.

—¿Quién era el hombre con el que hablabas? Me sonaba su cara.

—Era Roger, el psicólogo de Elena.

—¿Y qué tenías que hablar con él?

—Solo quería saber cómo intimar mejor con ella.

Hugo lo miró con sorpresa.

—Por los sonidos que oigo a través de las paredes no pensaba que tuvieseis problemas sexuales.

—No, capullo. Me refiero a intimar sentimentalmente.

—¿Y para qué quieres hacer eso? —bufó Hugo—. Esa chica te ha dicho que le interesa una relación de «solo sexo». ¡Eso es un chollo! ¿Para qué lo quieres complicar con sentimientos?

Eso. ¿Para qué? Estaba recién divorciado. ¿Por qué iba a querer meterse en una relación que, por lo que parecía, iba a ser complicada de llevar?

—No lo sé. A veces siento que necesito más.

—No te estarás enamorando de ella, ¿verdad? —comentó Hugo segundos después, mientras le dirigía una rápida mirada de soslayo.

—Claro que no —resopló Diego de forma automática—. Es solo que... me gusta.

Su hermano dejó escapar una risita que le dejó con las ganas de rodearle el cuello con el brazo y apretarle la cara contra su axila, como hacía cuando eran niños. Él debió de intuir sus pensamientos, porque alzó las manos en señal de paz. Diego, de broma, hizo un ademán de ir a por él y Hugo salió corriendo entre carcajadas.

Durante unos minutos se comportaron como cuando eran niños y se hacían la puñeta el uno al otro, persiguiéndose sin cesar. Y así llegaron hasta el Cedro. De repente, Hugo se quedó parado delante del pub Colores con la vista clavada en su interior. Diego, que corría un paso detrás de él, se dio de bruces contra su espalda y casi lo tira al suelo.

—Tu chica está ahí —musitó Hugo cuando se estabilizó, y cabeceó hacia el local para que quedase claro dónde era «ahí». Y nada menos que acompañada por la señorita *tengo un palo metido por culo que no me deja vivir*. ¿Te apetece que entremos a saludar? —añadió con una voz rebotante de

expectativa.

En otras circunstancias hubiese dicho que no. Elena estaba pasando el rato con sus amigos, debía respetar su espacio.

«Si solo te limitas a esperar...».

Las palabras de Roger se abrieron paso en su mente.

Si solo se limitaba a esperar, aquella noche se iría solo a casa y no habría avanzado ni un poquito en su intención de conocer más a Elena.

Debía actuar. Entrar allí y coger el toro por los cuernos.

Y así lo hizo.

CAPÍTULO 29

—Tengo curiosidad por conocer a tu vecino —comentó Lucía, mientras la camarera depositaba en su mesa cuatro botellines de cerveza y un cuenco con frutos secos—. Lleváis liados casi dos meses y todavía no le he visto ni la cara. Podías habértelo traído.

—Tenía planes, ha salido a cenar con su hermano y unos compañeros de trabajo.

—¿Y no te ha pedido que vayas con él?

—No tenemos ese tipo de relación —musitó Elena, concentrada en buscar una almendra en el cuenco para luego metérsela en la boca—. Además, yo había quedado con vosotros, ¿recuerdas?

Lucía la miró de soslayo y emitió un bufido. No se lo había tragado. La conocía bien. Además, teniendo en cuenta que aquella *quedada* había sido organizada el día anterior, era normal que sospechase.

Lo cierto es que Diego sí le había comentado si quería acompañarlo, pero ella había declinado la invitación alegando que ya había hecho planes. Unos planes que había hecho en el último momento para que no se enterase de que había mentido.

Era algo tonto, sí, pero sentía la necesidad de poner cierta distancia entre ellos de vez en cuando. Era la única forma de mantener controlados sus sentimientos. Y es que estaba decidida a no sentir nada por él más allá de la atracción sexual que los unía. Enamorarse, desde luego, no estaba en sus planes. Además, en vista de que las expectativas de Diego no iban más allá del plano físico, parecía algo razonable.

—Y dime, ¿qué tipo de relación tenéis vosotros dos? —continuó indagando Lucía, mientras se llevaba el botellín a la boca—. ¿Solo sexo? ¿*Follamigos*?

—Preferimos no definirlo. Tan solo vivimos el día a día —respondió Elena, mientras continuaba con su búsqueda de almendras en el cuenco y le daba a Lucía los kikos, pues sabía que era lo que más le gustaba a su amiga.

—Buena teoría si los dos estáis dispuestos a ponerla en práctica —señaló

Lucía, mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde están esos dos? Se les va a calentar la cerveza. ¡Míralos! A la menor oportunidad se enroscan como dos adolescentes —masculló, mientras cabeceaba hacia el fondo del local donde estaban los dardos y el billar.

Elena observó a la pareja con una sonrisa condescendiente. Habían empezado a jugar una partida de dardos, pero estos habían acabado olvidados y, en su lugar, se estaban comiendo a besos.

—Están enamorados.

—Lo que están es en celo —gruñó su amiga.

Elena dejó escapar una risita. No podía estar más contesta al ver lo felices que eran juntos Ana y Jacobo. Siguiendo su propuesta, Ana se decidió a conocerlo y el resultado no podía haber sido mejor. Los dos habían congeniado en todos los sentidos y, por lo que se veía, la química fluía entre ellos sin problema.

Para dar a Diego una buena excusa para no salir con él había propuesto a sus amigas salir a cenar y a tomar algo. En principio había pensado en una quedada solo de chicas, pero cuando Ana les preguntó si podía ir acompañada de Jacobo les supo mal negarse. Después de todo, él les caía muy bien. Era un chico encantador.

—¡Chicos, las cervezas se calientan a la misma velocidad que vosotros!
—exclamó Lucía a voz en grito.

La pareja se separó a regañadientes y regresaron a la mesa con expresión avergonzada.

—Lo siento —farfulló Jacobo, un poco ruborizado.

—Últimamente estás muy gruñona —observó Ana, al tiempo que hacía una mueca—. No me extrañan las arrugas que te están saliendo en el entrecejo.

—¡Oh, qué ataque más traicionero! —bufó Lucía, y le lanzó uno de sus kikos—. Me lo tomaré como una broma porque sé que no es verdad —declaró con dignidad, para acto seguido sacar un espejito de su bolso para asegurarse de que su piel continuaba tersa.

Su expresión de alivio fue tan exagerada que todos se echaron a reír.

Adoraba a Lucía, era la mejor amiga que se pudiese desear. Tenía las cosas muy claras y unos valores sólidos. Era directa, sincera, leal y tolerante. También tenía un carácter optimista y mucho sentido del humor.

Sí, la conocía muy bien. Y por eso sabía que la observación de Ana sobre que estaba muy gruñona era cierta. Algo le pasaba a su amiga, algo que no le

había contado. Así que, Elena decidió abordar el tema a la menor oportunidad. Y esta llegó cuando, al cabo de unos minutos de risas, Ana y Jacobo se pusieron a jugar al billar y las dejaron otra vez solas en la mesa.

—¿Va todo bien con Edu?

—Sí, claro, es un amor —respondió Lucía, y en su mirada brillaba el cariño que sentía por él.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Su amiga fijó la mirada en su cerveza y se mordió el labio.

—No sé si puedo hablar de esto contigo.

—Puedes hablar cualquier cosa conmigo —repuso Elena, y se preparó para lo que supuso que iba a ser una conversación muy importante para ella.

—Tengo mucha suerte, lo sé: una familia que me quiere, un trabajo estable que me gusta, un hombre maravilloso que me ama y... Y, a pesar de ello, últimamente me siento vacía —musitó, y cuando alzó los ojos pudo leer el brillo de las lágrimas en sus ojos—. Siento que mi vida está planificada desde que nací y me he esforzado por no defraudar a nadie, incluso estudié una carrera que no me entusiasmaba para poder dirigir el negocio familiar.

—Pensé que te gustaba trabajar en la farmacia.

—Y terminó gustándome, pero... ¿Te he dicho que siempre soñé con poder viajar por el mundo entero? Incluso ideé el diseño de un blog, *¿Próximo destino?*, en el que contaba todas mis anécdotas y vivencias en los países que visitaba.

—Suena bien.

—Es un sueño tonto —murmuró Lucía con voz queda.

—No hay sueños tontos —repuso Elena, mientras le daba un apretón de ánimo en la mano—. Tal vez podrías hablar con tu madre y tomarte un año sabático para poder viajar.

—Mi madre tal vez llegase a comprenderlo, pero Edu...

—Dinero no os falta. Podría pedir un año de excedencia en su trabajo y acompañarte.

—¿Edu viajando? —resopló con una risilla—. No es nada aventurero en ese aspecto. Le aterroriza volar, se marea en los barcos y... —Lucía se quedó callada de repente y miró con sorpresa por encima de su hombro—. ¿Te acuerdas de que te hablé del *follador de la pradera*? —Dio por hecho que sí porque continuó hablando sin que a ella le diese tiempo a responder—. Pues acaba de entrar al pub. Gírate con disimulo —susurró, mientras se llevaba el

vaso a la boca—. Es ese moreno tan alto.

Elena se giró con cautela y se quedó de piedra al ver a Diego plantado en el vano de la puerta, ojeando el interior. Estaba muy atractivo con aquella camisa granate y los vaqueros desgastados que...

Un momento.

¿Diego era el *follador de la pradera*?

No podía ser.

El hombre que según Lucía debía de ser accionista de la marca Control por la cantidad de cajas que usaba era... ¿él?

Vale que no habían hablado de exclusividad ni de ningún otro tipo de compromiso, pero ella daba por hecho que no se estaba acostando con nadie más, en vista de la intensidad y frecuencia de sus encuentros. Además, él le contó que desde su divorcio ella era la única con la que se había acostado.

Por un momento sintió que el estómago se le revolvía ante la posibilidad de que la hubiese engañado. Su corazón se encogió por la decepción y por algo más que se negó a analizar. Sentía un dolor agudo en el pecho, la tierra desmoronándose bajo sus pies...

—La verdad es que el condenado está impresionante con esa camisa negra —escuchó que decía Lucía.

Tardó un segundo en asimilar sus palabras y frunció el ceño. Dirigió su mirada hacia Diego de nuevo para asegurarse. Su camisa era granate, no negra. ¿Entonces...?

La figura de un hombre salió de detrás de él vestido con una camisa negra, y aclaró el malentendido. Había estado tan centrada en Diego que no se había percatado de que estaba con su hermano. Así que era Hugo el infame *follador de la pradera*.

El alivio fue tal que, por un segundo, sintió que se derrumbaba en la silla.

En aquel momento, los ojos de Diego se detuvieron en ella y sus ojos se llenaron de calidez. Entonces sonrió y el mundo de Elena volvió a temblar bajo sus pies.

Vio como susurraba algo a su hermano y Hugo clavó los ojos en su dirección, saludándola con un gesto.

—¿Los conoces? —inquirió Lucía con los ojos abiertos como platos, al ver que empezaban a acercarse hacia ellas.

—El de granate es Diego y tu némesis es Hugo, su hermano —explicó en un susurro disimulado.

—¿Tu Diego?!

Lo preguntó en un tono tan alto que varias personas de las mesas contiguas se giraron a mirarla y, como no, también para que los dos hermanos la oyeran.

—Así que soy tuyo, ¿eh? —murmuró Diego, divertido, al acercarse a ella y, para su total sorpresa, la cogió de la nuca y le plantó un beso rápido, pero no falto de intensidad.

Elena sintió que enrojecía hasta las puntas de los pies, sobre todo, al sentir la mirada inquisitiva de Lucía sobre ella.

—Lucía, estos son Diego y Hugo —farfulló. Por suerte, la atención de su amiga se vio rápidamente desviada.

—¿Nos podemos sentar con vosotras, chicas? —inquirió Hugo y, sin esperar respuesta, ocupó la silla libre al lado de Lucía mientras Diego se sentaba al lado de Elena.

—Adelante, poneos cómodos —masculló Lucía con ironía—. Así que vosotros sois los infames hermanos Montoya.

—Sí, somos una verdadera joya —repuso Diego, mientras cogía de la mano a Elena antes de que ella pudiese evitarlo y le plantaba un beso tierno en el dorso.

Fue inevitable, se volvió a ruborizar. No esperaba que se mostrase tan cariñoso con ella en público. Sintió de nuevo la mirada inquisitiva de Lucía sobre ella, empeñada en identificar el tipo de relación que tenían, y Elena se encogió de hombros, incapaz de darle una respuesta.

—Pero nunca hemos ganado un Goya —terció Hugo, continuando con las rimas.

—Tampoco comemos chirimoya —replicó Diego con una risa, siguiendo el juego, pero sin soltar la mano de Elena.

—Y nos gusta la película *Troya* —contraatacó Hugo.

—Pero se os va mucho la olla —masculló Lucía con voz seca, cortando su pequeña competición de rimas con una propia.

—Pues que eso no te impida chuparme la po... —Un codazo de Diego cortó la réplica de Hugo—. Perdona, es la rima más fácil.

—Viniendo de ti, no me sorprende que vayas a lo fácil —musitó Lucía, sin poder ocultar la animosidad que sentía hacia él.

—¿Nos vamos unos minutos y nos quedamos sin silla? —rezongó Jacobo en broma, mientras se acercaba con Ana. Observó a los recién llegados y su mirada se clavó en Diego. Seguro que se había percatado de que la tenía

cogida de la mano—. Tu cara me suena. ¿Te conozco?

—Va a nuestro gimnasio —aclaró Elena, y procedió a presentarlos.

La pareja cogió un par de sillas de la mesa de al lado y se hicieron hueco en el grupo.

—Veo que ya he perdido mi oportunidad de invitarte a una copa —bromeó Hugo a Ana, al ver que Jacobo pasaba el brazo por encima de sus hombros al sentarse.

—¡Oh, no te cortes! Puedes invitarme a una copa ahora mismo, pero será Jacobo el que me abrace mientras me la beba —replicó Ana, y Jacobo le dio un beso para festejar su salida.

—Me acabas de romper el corazón —musitó Hugo con un gesto teatral.

—Para eso deberías tener uno —terció Lucía entre dientes, y le lanzó una mirada de reojo que destilaba veneno.

—¡Oh, por Dios! —exclamó de pronto Jacobo—. Ya sé quién eres. Fuiste tú el que se metió en una de las clases de danza del vientre, ¿verdad? —Al ver que Diego asentía, Jacobo exclamó: —¡Macho, eres mi héroe!

Después brindó con él. Ante la mirada de incompreensión de Lucía y Ana, Jacobo procedió a contarles la anécdota a la que se refería.

—Desde entonces hay varios chicos que no se pierden una de esas clases, y dos ya han conseguido pareja —concluyó Jacobo entre risas—. Diego ha creado escuela.

Elena observó azorada cómo los hombres comenzaban a hablar entre ellos, contándose anécdotas del gimnasio, y a los pocos minutos se notaba que habían congeniado a la perfección. Incluso intercambiaron teléfonos entre ellos.

—Ya puestos a intercambiar número, ¿qué tal si me das el tuyo? —soltó de repente Hugo, mirando a Lucía.

Elena contuvo el aliento aguardando la reacción de su amiga. Era muy capaz de lanzarle el contenido de su copa a la cara. Sin embargo, Lucía optó por la indiferencia absoluta.

—Se hace tarde y mañana tengo que madrugar —declaró, ignorando al hombre que tenía al lado—. Diego, ha sido un placer conocerte. Espero volver a verte pronto —declaró con tono sincero. Luego se giró hacia Elena y le dio un beso en la mejilla—. Te veo el lunes, ¿vale, cariño? Y vosotros dos portaos bien —añadió, despidiéndose de la parejita con un guiño mientras se levantaba de la silla.

Para sorpresa de todos, Hugo también se levantó.

—Te acompaño.

—¿Qué? Ni se te ocurra —bufó, escandalizada.

—Soy el único del que no te has despedido así que, o bien eres una maleducada o es que quieres que me vaya contigo.

Lucía no respondió, solo comenzó a alejarse de allí, ignorándolo de nuevo.

—Venga, si eres amable conmigo te daré un beso de despedida —insistió Hugo, siguiéndola.

Aquello la detuvo de golpe. Se giró hacia él echando chispas por los ojos y lo encaró con los brazos en jarras.

—Escúchame bien, guaperas. No me interesas en lo más mínimo, tengo novio. Y aunque no lo tuviera, tampoco me interesarías. Como se te ocurra acercarte a mí te corto los huevos.

Dicho aquello, se giró y emprendió de nuevo la marcha en dirección a la salida.

Lejos de amedrentarse ante la furia de la chica, Hugo esbozó una sonrisa lobuna.

—¿Por qué no reconoces de una vez por todas que te resulto irresistible? —inquirió en voz alta, mientras desaparecía tras ella.

Elena los vio partir con una mezcla de asombro y diversión.

—Humm... Sagitario y Aries, una pareja explosiva —musitó Ana, pensativa.

—¿Tu hermano tiene instintos masocas o suicidas? —preguntó Elena, sin terminar de creerse la escena.

—Creo que un poco de los dos. De pequeños era el típico que cuando le gustaba una chica, en lugar de ser amable con ella, le tiraba de las trenzas. Creo que no ha cambiado demasiado.

—¿Y qué haces tú cuando te gusta una chica? —preguntó, antes de ser consciente de que lo hacía.

Diego observó su rostro durante unos segundos antes de esbozar una sonrisa ladeada:

—Tirarle una tarta a la cara.

Después de unos minutos de charla decidieron dar por terminada la noche y las dos parejas salieron del pub.

Diego y Elena cruzaron el parque en silencio con las manos entrelazadas y el eco de las risitas de Ana y Jacobo de fondo, que andaban haciéndose arrumacos a unos metros detrás de ellos. En un momento dado, Diego la hizo girar entre sus brazos y la besó de esa forma lenta y minuciosa que tenía de hacerlo, como si la estuviera degustando como el manjar más exquisito, y, como siempre, ella sintió la necesidad de enroscarse en torno a él.

Varios silbidos de un grupo de chicos con muy malas pintas que estaban en un banco cercano llegaron hasta ellos y los exhortaron a separarse. Elena los miró con fastidio. Estaban pasándose una litrona y, por el olor que llegaba hasta allí, también fumándose unos porros. Desvió la mirada, pero cuando su mente procesó la imagen volvió a observarlos con más atención. En concreto, la esbelta figura femenina que estaba sentada en el centro del grupo. Entre la oscuridad y lo cambiada que estaba tardó unos segundos en reconocerla.

Se acercó a ella con paso dubitativo para cerciorarse de su identidad. Escuchó la voz de Diego detrás suyo preguntándole que qué sucedía, pero lo ignoró y continuó avanzando en silencio hasta situarse delante del banco. No tardó en confirmar sus sospechas. Aun así, le costó creer lo que veían sus ojos.

El recuerdo que tenía Elena de ella se remontaba a dos años atrás, antes de la muerte de Sergio, y era el de una adolescente de quince años, bonita y desenfadada, con una energía desbordante. Había heredado la vena artística de su madre y siempre tenía un pincel en la mano, las manos con restos de pintura y la ropa llena de manchas de colores. Su sueño era llegar a ser una artista profesional y Sergio estaba seguro de que tenía talento suficiente para lograrlo.

La chica que tenía frente a sí, vestida toda de negro, era una triste sombra de su recuerdo. Estaba más delgada y muy pálida, lo que hacía más evidente el exceso de kohl negro que emborronaba sus ojos y resaltaba de forma exagerada sus labios pintados de negro. A pesar de todo, el corte recto de su flequillo favorecía sus hermosas facciones. Como si fuese una muñeca rota dejaba que el tipejo que tenía al lado, bastante más mayor que ella y con una cicatriz en la mejilla, la manosease de forma impúdica delante de todos. Sus

ojos estaban vacíos, aunque en ellos apareció una pizca de sentimiento cuando la reconoció. Primero reflejaron un atisbo de vulnerabilidad y vergüenza, fue un segundo, antes de que se llenasen de odio.

—¿Y tú qué miras? —inquirió uno de los chicos con abierta hostilidad.

—A lo mejor quiere una calada —farfulló otro entre risas, mientras le daba un codazo al primero.

—Pues me tendrá que chupar la polla primero —terció el de la cicatriz, que parecía el líder, mientras se levantaba del banco y se acercaba a Elena con mirada lasciva.

—A lo mejor, si te dejo sin dientes, te muestras más respetuoso —masculló Diego, mientras se interponía entre ellos para proteger a Elena.

Ella lo miró asustada. Puede que aquellos chicos fueran unos *piltrafillas* y que Diego fuera alto y fuerte, pero no dejaban de ser cuatro contra uno.

—¿Tú y cuántos más? —rezongó el de la cicatriz, que debió de pensar lo mismo.

—Pues, para empezar, yo —replicó Jacobo, apareciendo entre las sombras seguido de Ana, que miraba la escena con cara de preocupación—. Y si necesitamos ayuda, que no lo creo, siempre podemos llamar a nuestros amigos que están dentro de aquel pub.

Era una baladronada, ellos lo sabían, pero el grupo de chicos no, y el cabecilla dudó entre emprender una pelea o no.

—Venga, Tony, déjales en paz —murmuró de pronto la chica, poniéndose a su lado—. No valen la pena —añadió, mientras besaba su cuello en un claro intento por apaciguarlo.

Funcionó.

El tipejo escupió en el suelo a los pies de Diego, y luego se giró y regresó al banco seguido por la chica.

—¿Sabes tus padres que estás aquí? —inquirió Elena, sin poder permanecer un segundo más callada.

La chica se detuvo y se giró. Su mirada denotaba dolor, pero también mucha ira. Aun así, soltó una risa que le erizó la piel.

—A mis padres no les interesa lo que hago o dejo de hacer, ya no. Y a ti tampoco te importa, ¿verdad? —agregó con un murmullo cargado de resentimiento, antes de girar y volver con su grupo.

Elena tuvo que apretar los puños por la necesidad de correr hasta ella y separarla de aquellos indeseables a rastras, aunque fuese cogiéndola de los

pelos. Sin embargo, no lo hizo. Sabía que aquello causaría un enfrentamiento y no quería que Diego o Jacobo saliesen heridos por su culpa.

Por el contrario, dio media vuelta y se alejó de allí. Andando sin ver hacia dónde iba, tan solo alejándose de ella como ya lo había hecho con anterioridad. No se dio cuenta de que una lágrima había comenzado a deslizarse por su mejilla. Tampoco escuchó las voces de Diego y Ana que le pedían que se detuviese.

De repente, se encontró con Diego delante de ella cortándole el paso con su cuerpo y, sin mediar palabra, enterró la cara en su pecho y se puso a llorar de forma desconsolada.

Él no le pidió ninguna explicación. Tan solo la rodeó con los brazos, satisfaciendo su necesidad de sentirse arropada y consolada, y la dejó desahogarse a gusto.

Poco a poco sus sollozos fueron remitiendo pero, aun así, no hizo ademán de separarse de él. Se sentía demasiado bien a su lado. El fuerte latido de su corazón retumbando en su oído, la calidez de su piel contra ella, el aroma que desprendía su cuerpo y que se había convertido en una adicción... Se estaba volviendo tan familiar para ella que se había convertido en su refugio. Sin embargo, al estar visiblemente más calmada, las preguntas no tardaron en llegar y tuvo que abandonar la seguridad de su abrazo.

—¿Quién era esa chica? —quiso saber Ana, preocupada.

—Era Vicky, la hermana pequeña de Sergio.

Su amiga la miró pasmada.

—¿Y qué hace con esos tipejos?

Eso mismo se estaba preguntando ella desde que la vio.

—No lo sé, pero lo pienso averiguar.

CAPÍTULO 30

Era una falta de educación, lo sabía, pero al día siguiente Elena fue a casa de los padres de Sergio sin avisar.

Las palabras de Vicky todavía rondaban en su mente: «A mis padres no les interesa lo que hago o dejo de hacer, ya no».

Le costaba creer aquello.

José Vicente e Inés eran unos padres amorosos que se desvivían por sus hijos. No podía entender que ella dijera algo así cuando siempre había sido la niña mimada y protegida de la familia.

Tenía grabada en la memoria la primera vez que fue a casa de Sergio: tenían dieciséis años y les habían puesto juntos para hacer un trabajo de investigación sobre ciencias. Por aquel entonces, ella suspiraba en secreto por sus risueños ojos azules, pero él parecía verla solo como a una amiga.

—¡Ya estamos aquí! —atronó Sergio nada más abrir la puerta y, sabiendo que Elena era un poco vergonzosa, la cogió de la mano y la arrastró al salón de su casa.

Tuvo unos segundos para apreciar el impoluto salón de ambiente acogedor y colorido, antes de que los padres de Sergio se acercaran a darles la bienvenida con una cálida sonrisa.

Rondarían los cincuenta años y formaban una bonita pareja. Él, de estatura media y el pelo cano, con el mismo tono azul de ojos que su hijo. Era banquero y, según decía Sergio, estaba deseando prejubilarse para comprarse una barca y pescar, afición que padre e hijo compartían. Ella, bajita y esbelta, con una melena corta y rubia, ojos verdes y vestida a la moda. Vibrante, alegre y dinámica, una de esas personas que desbordan energía aunque estén quietas. Diseñaba joyas y su hijo pensaba que tenía mucho talento.

Sergio los presentó de modo formal y ella se vio de pronto envuelta en besos y abrazos.

—Así que tú eres la *famosa* Elena —comentó José Vicente, mientras la observaba con aprobación.

«¿Famosa?», pensó ella sin entender. Dirigió una rápida mirada a Sergio

en busca de respuestas y lo pilló haciendo un gesto a su padre para que cerrara la boca.

—Hemos oído hablar mucho de ti —terció Inés, al tiempo que le dedicaba un guiño a su hijo.

—Por favor, ¿es que no sabéis ser discretos? —farfulló este y, por primera vez, lo vio ruborizado—. ¿Dónde está la enana? —inquirió, mirando alrededor, en lo que parecía un sutil cambio de tema.

Acto seguido se escuchó un pequeño trote por el pasillo y apareció una niña trastabillando en su prisa por llegar a ellos. Tendría unos seis años y era una preciosa muñequita de tirabuzones rubios. Al ver a su hermano su rostro se iluminó y sin mediar palabra se echó en sus brazos entre risas.

Según le había contado Sergio, después de tenerlo a él, sus padres habían intentado quedarse embarazados en busca de la parejita y, tras casi diez años frustrados, cuando casi habían perdido la esperanza, por fin sucedió. La niña fue llamada Victoria Desiré. *Victoria deseada*. No se le ocurría un nombre mejor.

—Elena, te presento a una de las mujeres más importantes de mi vida: Victoria Desiré, aunque todos la llamamos Vicky —declaró Sergio con una sonrisa tierna, mientras la sostenía sobre el hombro como un saco de patatas—. Vicky, esta es Elena.

La niña la miró desde su aparatosa posición durante unos segundos.

—A mi hermano le gustas —afirmó de repente, con una risita pícaro que era un vivo reflejo de la de su hermano.

Sergio la dejó en el suelo al instante mascullando algo por lo bajo, y la niña salió corriendo en dirección al lugar de donde había venido.

—¡Niños! —murmuró Sergio con una risita avergonzada, y dirigió a Elena una mirada de soslayo que ella no supo interpretar—. Será mejor que vayamos a mi habitación y empecemos de una vez ese dichoso trabajo —masculló, y la condujo hasta su cuarto cerrando la puerta después.

Parecía nervioso y tenso y Elena sintió un revuelo en el estómago cuando una chispa de esperanza dio luz a su corazón al imaginar el motivo.

Respiró hondo, se armó de valor y formuló la pregunta más difícil que había hecho en su vida hasta aquel momento.

—Sergio, ¿yo te gusto?

Él se sobresaltó y la miró con expresión de pánico. Incluso comenzó a boquear como un pez, pero no salía de su boca ningún sonido que pudiese

traducir de forma coherente. Sergio, con una seguridad en sí mismo que apabullaba, se había quedado sin palabras.

Guiada por una corazonada al ver su reacción, Elena decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Eres mi mejor amigo, pero siento algo más por ti que no tiene nada que ver con la amistad. Así que sería genial si tú...

—No me gustas —musitó él por fin, y Elena sintió que su corazón se rompía en mil pedazos para luego volver a recomponerse al segundo siguiente, cuando él añadió—: Bueno, sí, pero no solo eso: te quiero. Llevo meses enamorado de ti sin saber cómo decírtelo —confesó, mientras se acercaba a ella paso a paso.

Su expresión era seria y decidida al cogerle con suavidad de las mejillas y besarla. Su primer beso. Una caricia tentativa y dulce que hizo que cientos de mariposas revoloteasen en su estómago. Él se separó un instante y la observó. A pesar de que solo había sido un roce gentil de sus labios tenía la respiración tan acelerada como ella. Se miraron a los ojos y sonrieron al unísono. Luego se volvieron a besar, esta vez de forma más profunda. Y el centenar de mariposas que revoloteaban en su estómago se multiplicaron para extender las sensaciones por todo el cuerpo.

—Chicos, os traigo algo para merendar.

La voz de Inés a través de la puerta hizo que se separasen dando un respingo, y los dos se pusieron a rebuscar en sus mochilas para disimular. La mujer irrumpió en la habitación con una bandeja cargada de comida. Estaba contándoles algo, pero Elena era incapaz de escucharla. Toda su atención estaba puesta en el chico que la observaba de reojo con una mirada cargada de promesas.

La mujer dejó la bandeja encima de la cama y le dio un beso en la frente a su hijo antes de susurrar: «Me gusta. Pórtate bien con ella». Luego salió de la habitación con una sonrisa satisfecha.

—¿Toda tu familia lo sabe?

—Estamos muy unidos y me conocen. Nos lo contamos todo —contestó Sergio, al tiempo que se encogía de hombros como si fuera algo normal.

Con el paso del tiempo, ella había sido testigo de la estrecha relación que unía a la familia de Sergio. Habían demostrado con creces cuánto se querían y cómo se preocupaban los unos por los otros, por eso no terminaba de comprender las palabras de Vicky. Sin embargo, lo que le había quitado el

sueño durante la noche había sido su otra declaración: «Y a ti tampoco te importa, ¿verdad?».

Por supuesto que le importaba. Aunque era cierto que no lo había demostrado desde la muerte de Sergio. Primero, porque estaba tan sumida en su propio dolor que no le había importado nadie más. Había sido muy egoísta, lo sabía. Después, por una mezcla de vergüenza, remordimiento y culpabilidad. Pero, sobre todo, por miedo.

Hay ocasiones en que vas aplazando algo que no quieres afrontar. Dejas que el tiempo pase y pase, buscando pretextos sin cesar. Hasta que pasa tanto tiempo que ya no sabes si tiene sentido retomarlo y plantar cara o dejarlo pasar. Según Roger, las cosas de las que una persona se arrepentía eran esas que dejabas pasar, porque se convertían en pequeñas espinas que se iban clavando en el alma, más y más profundo, conforme avanzaba el tiempo.

Ella había estado meses dejándolo pasar.

Ya era hora de que plantase cara.

Decidida, llegó hasta el patio donde vivían los padres de Sergio, en la tercera planta de un edificio señorial de la calle de la Paz, en pleno centro de Valencia. La puerta estaba abierta y entró con familiaridad.

El portero la miró con curiosidad para después abrir mucho los ojos al reconocerla.

—¡Señora Elena, cuánto tiempo!

Que un hombre que estaba a punto de jubilarse la llamara «señora» era difícil de asimilar con veintisiete años, pero sabía que él estaba acostumbrado a mostrarse respetuoso con cualquiera de los propietarios o sus allegados, tuvieran cien años o cinco.

—Jaime, parece que los años no pasan por usted —repuso con amabilidad.

—Pasan, pasan. —Rio el hombre, y su rostro se tornó cauteloso cuando preguntó: —¿Ha venido a ver a sus suegros?

—Sí, están en casa, ¿verdad?

—Siempre están en casa —murmuró el hombre con expresión de pesar—. Espere un momento y les anunciaré su visita.

—No, déjelo. Quería darles una sorpresa —explicó Elena, y tuvo un mal presentimiento al ver que el hombre fruncía el ceño.

—¿Está segura?

Ella asintió, extrañada por su comportamiento.

¿Qué estaba sucediendo allí?

Subió al ascensor con un nudo en el estómago, en parte por los nervios de volver a ver a los padres de Sergio y también porque intuía que pasaba algo que no andaba bien.

Se paró delante de la puerta, tomó aire y llamó al timbre. Pasaron unos segundos hasta que la puerta se abrió y apareció la madre de Sergio. No, aquella no era la madre de Sergio, era un triste reflejo de lo que había sido.

La mujer que la había enseñado a maquillarse y que aseguraba que se sentía desnuda sin los labios pintados la observaba con sorpresa a través de una máscara pálida y demacrada, de oscuras ojeras y labios agrietados.

Sus ojos parecieron cobrar vida al reconocerla, pero al instante, su mirada se veló y su expresión se volvió hermética.

—Elena, ¿qué haces aquí?

No sabía lo que esperar al ir allí. Estaba claro que no iba a ser recibida con besos ni abrazos, no después de la relación distante que mantenían desde la muerte de Sergio, pero al menos había tenido la esperanza de que mostrara un poco de alegría al verla.

—Me gustaría charlar un rato contigo. Hace mucho que no hablamos. ¿Es que no vas a invitarme a entrar? —preguntó con lo que pretendía ser una sonrisa amable.

Tenía intención de negarse, lo vio en su expresión, pero antes de que pudiese hacerlo ella se abrió paso en el interior de la casa, fingiendo naturalidad y manteniendo la sonrisa, aunque le supusiera un esfuerzo hercúleo.

—¿Me puedes dar un vaso de agua, por favor? —pidió para darle algo que hacer, mientras ella echaba un ojo a su alrededor con disimulo.

La mujer dudó, pero terminó asintiendo y desapareció en la cocina, dejándola sola en el salón.

Las cortinas estaban corridas y el ambiente era asfixiante, como si la casa no hubiese sido aireada desde hacía tiempo. Una pequeña rendija entre la tela dejaba traspasar un haz de luz que hacía brillar las motitas de polvo que danzaban suspendidas en el aire. Las fotos de Sergio se amontonaban por todas las superficies como si quisieran tenerlo presente en cualquier rincón. Lo curioso es que, más que un bonito recuerdo a su memoria, parecía hacer más evidente su pérdida.

Una vez, su casa había sido así, llena de tristeza y oscuridad. Fue la época

en que la depresión le había quitado las ganas de vivir, antes de que Roger descorriera las cortinas y dejara entrar la luz de nuevo.

Empezó a hacerse una idea de lo que estaba pasando. Inés había caído en una profunda depresión tras la muerte de Sergio, pero a diferencia de Elena, la mujer no había salido de ella.

¿Por qué? ¿Por qué su marido no había tomado cartas en el asunto?

Se sentó en el sofá y substituyó su ceño fruncido por una sonrisa cuando Inés apareció con una pequeña bandeja en la que solo había un vaso. Ni un segundo vaso para ella ni algo de picar. La indirecta estaba clara: no quería alargar aquella charla más de lo necesario.

Sin embargo, Elena no se dio por aludida.

—¿Cómo os va todo? ¿Sigues diseñando joyas?

—No, últimamente no estoy inspirada —musitó ella con la vista clavada en su regazo, donde había apoyado las palmas de las manos.

Los ojos de Elena se clavaron en ellas. Inés se las había cuidado mucho y siempre se había pintado las uñas con colores alegres. No la recordaba sin una perfecta manicura.

Al darse cuenta de la dirección en que la miraba Elena, la mujer cerró las manos en un puño, escondiendo sus uñas mordidas y ajadas.

—¿Y José Vicente? ¿Está pescando con su flamante barca? —inquirió para cambiar de tema, recordando que lo primero que había hecho su suegro tras prejubilarse tres años atrás, fue comprar su soñada barca.

—No, él...

La mujer se quedó callada al escuchar el sonido de la puerta de la calle al abrirse y su expresión se volvió a tornar cautelosa. Segundos después, un hombre apareció trastabillando en el salón.

Elena se levantó por instinto, sin apartar la mirada de aquel señor que consiguió recuperar el equilibrio a duras penas, mascullando por lo bajito, y luego se giró hacia ella mientras entrecerraba los ojos, como si le costase fijar la mirada.

—¿Elena?

Ella no pudo responder.

Estaba paralizada.

Muda por el asombro.

Con el corazón encogido.

Se le había revuelto el estómago y solo atinaba a contener las ganas de

vomitara. Porque el hombre que se tambaleaba delante de ella borracho como una cuba un domingo a las doce del mediodía, no era otro que el padre de Sergio.

El hombre, ajeno a su estado de conmoción, se acercó a ella y la abrazó con torpeza, envolviéndola en efluvios de alcohol.

—¡Pero, mírate! Estás muy guapa —exclamó con voz algo pastosa—. Sin duda, mi Sergio supo elegir, nos hubieseis dado unos nietos preciosos —añadió y, por un momento, su rostro se descompuso por el dolor—. Creo que necesito una copa —afirmó, aunque casi no se tenía en pie—. ¿Te traigo algo?

Elena negó con un gesto y dirigió la mirada hacia su suegra. Seguía sentada con la cabeza gacha y la mirada perdida, como si estuviese acostumbrada a que su marido se emborrachara a diario.

Como si no le importara que lo hiciese.

Se dejó caer de nuevo en el sofá y permaneció en silencio mientras José Vicente se acercaba al minibar que había en un rincón del salón y se servía una copa de whisky.

Su cabeza daba vueltas, en un intento por asimilar que la familia de Sergio estaba destruida. Entendió por fin las palabras de Vicky y, como si la hubiese invocado, su voz se dejó oír desde algún punto de la casa.

—¿Mamá? ¿Dónde están mis vaqueros? —Después de unos segundos en silencio se volvió a escuchar su voz, esta vez enfadada: —¡Mierda, siguen en el cesto de la ropa sucia!

—Hija, tenemos visita —advirtió Inés, revolviéndose incómoda en su asiento.

—Te pedí que pusieras la lavadora. ¡Solo eso! —prosiguió Vicky que, al parecer, no había escuchado la advertencia de su madre porque continuó farfullando—. Está casa parece una maldita cueva, sucia y oscura. ¡Qué asco! En lugar de pasarte las horas muertas sentada en el sofá mirando el vacío, podrías...

La joven irrumpió en el salón hecha un basilisco con los vaqueros en una mano, y se quedó de piedra al ver a Elena en el sofá.

—¿Qué coño haces aquí?

—¡Victoria Desiré! —reprendió su madre, azorada, usando su nombre completo como solía hacer cuando la regañaba por algo.

—Elena ha venido a vernos, se interesa por nosotros. ¿No es un encanto? —farfulló José Vicente con una sonrisa, inmerso en su beatitud alcohólica.

—Un interés un poco tardío —masculló Vicky con rabia—. ¿Y qué os ha contado mi querida cuñada? —preguntó, y su voz tenía un retintín que destilaba veneno—. ¿Os ha comentado que mientras vosotros continuáis sumidos por el dolor ella ha rehecho su vida? ¿Os ha dicho que ya ha olvidado a Sergio? ¿Os ha hablado del hombre con el que la vi anoche besándose en medio de la calle? Ya lo has sustituido, ¿verdad? —escupió, rabiosa.

Cada una de sus palabras habían fustigado el alma de Elena hasta hacerla sangrar, pero su último comentario la devastó, sobre todo al ver cómo la miraban sus suegros.

—Será mejor que me vaya —musitó, al tiempo que se ponía en pie—. No hace falta que os levantéis —añadió, al ver que sus suegros hacían ademán de hacerlo—. Puedo ir sola a la puerta.

Empezó a andar hacia la salida cuando escuchó que Vicky susurraba con voz queda:

—Eso, huye sola, es lo que mejor se te da hacer.

Continuó su camino sin inmutarse en apariencia, aunque por dentro su comentario la había golpeado con fuerza. Tenía razón en que en otra época había huido, pero se equivocaba al dar por hecho que ahora lo iba a volver a hacer.

Bajó hasta el patio y se detuvo ante el conserje. Necesitaba saber más y él podía darle respuestas.

—¿Están así desde la muerte de Sergio?

Él no fingió desconocer a qué se refería.

—Fue un duro golpe para esa familia. La señora Inés dejó de salir a la calle y se negó a recibir visitas. Incluso despidió a la asistente cuando sin querer se le cayó al suelo uno de los marcos de una foto de su hijo —explicó el hombre, moviendo la cabeza con pesar—. Poco después, el señor José Vicente comenzó a beber. No es violento, no se preocupe en ese aspecto —añadió el hombre, como si hubiese intuido que aquello la pudiese preocupar—. Tan solo está desolado.

—¿Y su barca?

—No la ha vuelto a sacar desde que murió el señor Sergio. La señorita Victoria trató de animarle, diciendo que ella podía pescar con él, pero el señor no se decidió. ¡Pobre niña! Trató de mostrarse fuerte después de la muerte de su hermano, pero se quedó sola.

No se quedó sola. La habían dejado sola, empezando por ella misma. Y

era algo que estaba dispuesta a remediar.

Con esa decisión en mente se despidió del hombre y salió del edificio. En cuanto sus pies tocaron la calle sacó su móvil y buscó el contacto de la única persona que podía ayudarla.

Él lo cogió al segundo tono.

—Roger, te necesito.

CAPÍTULO 31

Diego observó complacido la mesa: había comprado un bonito mantel, una vajilla sencilla, pero a juego y sin bordes descascarillados, y relucientes copas de balón para el vino.

Luego fue a la cocina, metió el pollo en el horno y lo programó. Lo suyo no era cocinar, así que no había preparado un menú demasiado elaborado: pollo al horno de esos que se preparan en una bolsita, echas unos polvos y dejas cocer en su propio jugo; una ensalada de patata como las que hacía su madre, con aguacate, zanahoria, atún, maíz, cebolla y huevo duro, aderezado con mahonesa; y un tiramisú casero cuya receta había encontrado por internet, pues sabía que era uno de los postres preferidos de Elena.

Quería que aquella noche sus invitados quedaran complacidos con la velada, pero sobre todo, quería impresionarla a ella.

Había congeniado tanto con Jacobo cuando se conocieron que se habían hecho amigos en poco tiempo. Después del trabajo quedaban para ir al gimnasio, y luego a tomar una cerveza y a echarse una partida de dardos. A veces, solos; otras, con las chicas.

No es que hubiese buscado su amistad para estar más cerca de Elena, es que había surgido sin más y no lo iba a desaprovechar porque le venía perfecto para sus planes.

La mayoría de las veces quedaban en grupo, pero de vez en cuando, conseguía quedar a solas con ella y, poco a poco, iban traspasando la frontera de la cama: una cena, un concierto, un cine o simplemente una copa para hablar. Era cierto que todavía había muchos temas «tabú» entre ellos, como todo lo referente a Sergio, pero no le molestaba. Ella quería mantener esa parte de su vida para sí misma y él lo respetaba.

A veces se preguntaba por qué ella era tan importante para él, porque lo era; por qué lo había obsesionado tanto desde la primera vez que la vio, porque lo obsesionaba; por qué ella y no otra.... Pero no encontraba la respuesta. No estaba enamorado, eso seguro. Sería tonto enamorarse después de salir de un matrimonio fallido cuando en lo único que tenía que pensar,

como bien le señalaba Hugo una y otra vez, era en divertirse.

«Ella me gusta, eso es, y nada más», pensó, mientras sacaba los huevos del agua hervida donde habían estado cociéndose y escurría la zanahoria que había hervido. Luego, comenzó a cortar la cebolla.

Justo en ese momento sonó el timbre. Miró el reloj, extrañado. Todavía quedaba más de media hora para las nueve, que era cuando habían quedado. Se lavó las manos, se las secó con el trapo y fue a abrir.

Miró con sorpresa a Elena que estaba plantada frente a su puerta armada con una sonrisa y una botella de vino. El cabello le acariciaba los hombros en suaves hondas y un vestido camisero esculpía las suaves curvas de su cuerpo de una forma muy tentadora, dejando al aire sus piernas esbeltas.

—Pensé que te vendría bien un poco de ayuda con los preparativos —explicó, e hizo una mueca divertida al mirarle a la cara—, pero vamos, si te vas a la piscina ahora puedo volver luego.

—¿A la piscina? —inquirió, extrañado, para luego acordarse de que llevaba puestas las gafas de bucear. Se las quitó con una sonrisa ladeada—. Mi madre las usa para cortar la cebolla, dice que se lo vio a hacer a Arguiñano, y la verdad es que funciona.

Sin mediar palabra cogió con una mano la botella de vino y con la otra la cintura de Elena para atraerla hacia sí y poder capturar sus labios en un beso de bienvenida.

Como llevaba tacones altos sus curvas se amoldaron a su cuerpo a la perfección. Sintió como ella se relajaba contra él y suspiró de satisfacción. Incapaz de soltarla, rodeó su cintura con el brazo y la alzó contra sí. En cuanto sus pies abandonaron el suelo Elena dejó escapar una risita contra sus labios que le hizo temblar el cuerpo. De esa guisa, entró con ella en casa y cerró la puerta con un golpe del pie, sin dejar de devorar su boca con gula.

En cuanto la tocó se olvidó de la cena, de los invitados y de todo. La necesidad de enterrarse en ella lo eclipsó todo. Cegado por el deseo la llevó contra la pared más cercana, justo al lado de la puerta de la cocina, y apoyó su espalda contra ella, instándola a que le rodease la cintura con las piernas.

—¿Y la cena? —inquirió ella, en un susurro excitado, al intuir que él tenía intención de llegar hasta el final.

—Está controlado —masculló él contra sus labios, mientras sus manos exploraban por debajo de la tela del vestido hasta encontrar su ropa interior—. Ahora voy a disfrutar del aperitivo.

Acarició con suavidad los pliegues entre sus piernas hasta que sus dedos se humedecieron por su anhelo, y luego la dejó resbalar hasta el suelo para poder quitarle las braguitas. Al mismo tiempo, ella le desabrochó los pantalones con la misma urgencia, que resbalaron hasta sus tobillos con un susurro de tela, liberando así su erección.

—Mierda, tengo los preservativos en el dormitorio —farfulló de repente Diego, al caer en aquel pequeño error de logística—. No te muevas ni un paso de aquí —ordenó, dispuesto a hacerla suya contra aquella pared.

Sin pensarlo marchó hacia su habitación, tan excitado que no pensó en lo incómodo y ridículo que quedaba andar con unos pantalones apelotonados en los tobillos. Y también en los peligros que conllevaba, porque al volver distraído mientras se colocaba el preservativo, sus pies se terminaron enredando y tropezó. Faltó muy poco para que quedara espatarrado en el suelo.

A sus oídos llegó una carcajada de Elena que lo esperaba recostada en la pared, obediente, y su erección respondió dando un respingo de deseo. No había mejor Viagra para su cuerpo que la risa de ella.

—¿Te estás riendo de mí, zorrilla? —murmuró con el ceño fruncido, fingiendo estar molesto, aunque el tono dulce con que dijo «zorrilla» desmentía su intención.

—Me río cuando haces el payaso, cretino —replicó ella con una sonrisa, y su apelativo de «cretino» sonó provocativo y sensual.

Diego se deshizo de los pantalones con rapidez y se acercó a ella con los ojos entrecerrados, con un gruñido feroz que arrancó otra risotada a Elena. La besó con intensidad cuando la alcanzó, cogiendo su rostro entre las manos para afianzar el beso. Luego la hizo girar de cara a la pared y la guio para que pusiera las manos contra ella.

—Esto va a ser rápido y duro —musitó junto a su oído, justo antes de enterrarse en ella con una estocada certera.

El gemido que escapó de los labios de Elena ante la repentina invasión avivó el fuego que lo estaba consumiendo. La penetró una y otra vez, con las manos aferradas a su cadera, apretujando la tela del vestido entre ellas para que no interfiriera en el movimiento de sus cuerpos. Se hundió en ella tal y como le había advertido, con un ritmo rápido y duro, demasiado excitado para ser suave, adentrándose hasta su matriz en cada estocada, pero los sonidos de placer que emitía ella lo impulsaban a continuar.

Sus entrañas se contrajeron cuando el orgasmo amenazó con alcanzarle, pero no estaba dispuesto a conseguirlo sin ella. Por eso, pasó el brazo por la corva para alzarle la pierna y, al mismo tiempo, poder alcanzar con la mano los suaves rizos entre sus piernas, aumentando así la profundidad de penetración mientras estimulaba su clítoris con los dedos. Su otra mano buscó la de ella en la pared y la cubrió. Necesitaba potenciar la sensación de unión y volvió a retomar el movimiento.

Segundos después, los gemidos de ella hicieron eco en los de él cuando alcanzaron un potente orgasmo juntos.

—Esta no era mi idea de ayudarte con los preparativos —farfulló ella con la respiración jadeante, mientras se daba la vuelta entre sus brazos y hundía el rostro en su cuello.

—Pues no se me ocurre otra mejor —repuso él con una sonrisa, mientras le acariciaba el cabello con ternura.

—¿Chicos, puedo salir ya de la habitación? Me estoy meando vivo —La voz de Hugo los sorprendió en aquel momento.

Los dos se miraron a los ojos, azorados, y estallaron en una carcajada.

Minutos después, con su aspecto recompuesto, se metieron en la cocina a ultimar los preparativos de la cena.

—¿Qué estás preparando?

—Una ensalada de patata. Ya tengo todos los ingredientes preparados: zanahoria a taquitos hervida, cebolla, un par de latas de atún y una de maíz, huevo duro y aguacate troceado —explicó, mientras se los mostraba todos dispuestos encima de la encimera de la cocina—. Ahora solo hay que juntarlos en una ensaladera y ponerle mahonesa.

—¿Y la patata?

—¿Qué patata?

—Has dicho que era una ensalada de patata —le recordó Elena.

Diego miró los alimentos uno a uno, repasando mentalmente la lista que le había dado su madre para hacer la ensalada de patata. Allí estaban todos los que ella le había dicho que añadía. Todos menos el básico: la patata.

Se cubrió la cara con la mano, mascullando una palabrota que definiese de la mejor forma posible su estupidez.

—Así que de primero hay ensalada de patata sin patata —comentó Elena, tratando de contener sin mucho éxito la sonrisa que bailaba en sus labios—. ¿Y de segundo?

—Pollo asado en su salsa, y te garantizo que está delicioso —aseguró con convicción, pues no tenía ningún misterio su preparación.

Elena frunció el ceño de repente.

—¿No huele raro?

Diego olfateó el aire. A decir verdad, empezaba a oler como a plástico quemado. Sus ojos volaron al horno temiéndose lo peor. Y sus temores se confirmaron cuando al abrirlo descubrió que el plástico de la bolsa se estaba empezando a fundir sobre el pollo.

—¡¿Pero qué narices...?! —farfulló, mientras cogía un trapo y sacaba la bandeja que dejó caer con estrépito cuando sintió que el calor comenzaba a traspasar la tela hasta alcanzarle la piel—. ¿Por qué? —se lamentó, al ver que el pollo había quedado incomible.

—Estas cosas se preparan a fuego medio, has debido de poner demasiada temperatura —explicó Elena, mirándolo con pesar.

—Pensé que así se haría antes —musitó Diego con los hombros hundidos.

—Bueno, puede que la cena no te haya quedado demasiado bien, pero el aperitivo ha sido exquisito —afirmó ella con voz suave, y él no pudo menos que besarla por eso.

—Al menos espero que el tiramisú quede perfecto —murmuró con un atisbo de esperanza—. Está reposando en la nevera para que se compacte.

Un par de horas después, Elena se levantó de la mesa y pidió silencio.

—Me gustaría hacer un brindis por nuestro anfitrión —declaró, al tiempo que alzaba la copa—, por la dedicación con la que ha preparado esta cena.

—Por la mejor ensalada de patata sin patata que he probado jamás —secundó Jacobo, alzando su copa también.

Diego dejó caer la cabeza contra la mesa y se golpeó la frente varias veces con suavidad, lamentado su despiste.

—En serio, estaba fabulosa —convino Ana, y alzó su copa, imitando al que ya era oficialmente su novio.

—Por tener la consideración de pedir unas pizzas para no dejarnos pasar hambre. —Brindó Lucía, poniéndose también de pie.

—Por mi hermanito, que se ha pasado tres horas en la cocina para hacer un delicioso sorbete de tiramisú —terció Hugo, y todos rompieron a reír.

Diego hizo una mueca. Por mucho que había reposado en la nevera, por alguna inexplicable razón que se le escapaba, el tiramisú no había cuajado y se lo habían tenido que tomar con pajita.

Aquel brindis era un ejemplo del ambiente de camaradería que los había acompañado durante toda la noche, aderezado con risas y conversación amena.

Puede que sus planes casi nunca salieran como él quería, pero al ver las sonrisas de sus nuevos amigos y la forma en que lo miraba Elena decidió que la velada había sido todo un éxito. Sobre todo, cuando ella le cogió la mano y se la apretó en señal de ánimo, y luego no la quitó.

Diego observó su rostro sonriente y bajó la mirada a sus manos entrelazadas. En aquel momento, por primera vez desde que llegó a Valencia, tuvo la certeza de que allí había encontrado su hogar.

CAPÍTULO 32

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara —musitó Diego, mientras pasaba la hoja de la novela que estaba leyendo.

—¿No te aburre el sexo siempre con la misma mujer?

Miró a su hermano, que en aquellos momentos estaba en su mesa de dibujo trabajando en una de sus obras. Con las gafas puestas y esa expresión de concentración que se le ponía al dibujar, se podía vislumbrar su faceta seria y responsable. Su familia bromeaba diciendo que era como las películas antiguas de Superman, en las que solo con ponerse unas gafas el invencible superhéroe se transformaba en el tímido Clark Kent.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, puedo llegar a comprender el sexo monógamo con una mujer cuando estás enamorado de ella; supongo que los sentimientos causan esa clase de comportamientos extraños —añadió con una mueca, como si para él enamorarse de una mujer fuese el gran misterio de la humanidad—. Pero no es vuestro caso. No estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Claro que no —respondió por inercia.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que nunca había estado enamorado.

Elena le gustaba, sí, pero de eso a estar enamorado...

Adoraba la forma que en que se le arrugaba la frente cuando se concentraba; y su boca, que se contraía en un pequeño mohín cuando veía algo que la disgustaba; pero eso no significaba que estuviese enamorado, no.

También le encantaba la minuciosidad con la que rebuscaba en el cuenco de los frutos secos en busca de las almendras, para luego acabar ofreciéndoselas a él porque había descubierto que también eran sus preferidas. Sin embargo, él siempre declinaba la oferta porque sabía que era lo que más le gustaba a ella. Pero no lo hacía porque estuviese enamorado, no. Era solo porque le gustaba cómo le sonreía ella al hacerlo.

Y es que sus sonrisas lo tenían hechizado, eso sí. Se podría pasar la vida

ideando nuevas formas de hacerla sonreír. Pero eso no era amor, ¿verdad?

Para ser sinceros, lo cierto es que no sabía muy bien lo que era el amor.

Solo para estar seguros de que estaban hablando de lo mismo, Diego preguntó con tono cauteloso:

—¿Qué entiendes tú por amor?

—Hermanito, creo que estás muy perdido si eso me lo preguntas a mí — resopló Hugo, mientras lo miraba de reojo. Luego observó su dibujo y comenzó a retocarlo con ojo experto—. Nunca he estado enamorado de una mujer más de una semana, así que doy por hecho que no he estado realmente enamorado de ninguna. Lo que sí te puedo decir es lo que siento cuando cojo un lápiz y me pongo a dibujar. Primero está la excitación porque sé que me enfrento a una hoja en blanco y a un montón de expectativas que espero cumplir. Después voy trazando línea a línea con cuidado y mimo. Le dedico horas y horas, el tiempo se me pasa volando porque cada segundo lo disfruto al máximo. Me olvido de todo. Solo estamos mi lápiz y yo, y todo lo que tenemos que crear juntos. Cada vez que lo cojo aprendo algo nuevo de mí mismo —musitó, con la vista clavada en su mesa de dibujo—. Hay veces en que un dibujo me sale mal y me frustro; otras, en que me parece que he hecho una obra inigualable y pienso que no voy a poder hacer otro mejor. Pero vuelvo a coger el lápiz y sigo dibujando porque es lo que me apasiona.

—No termino de comprender tu analogía.

—Algún día, encontraré una mujer que me haga sentir lo mismo que cuando tengo un lápiz en la mano. Se me pasará el tiempo volando a su lado y siempre querré más. Sé que viviré junto a ella momentos frustrantes y otros inigualables, pero nunca me cansaré de embarcarme con esa mujer en nuevas aventuras. Y en cada una de ellas sé que me enseñará una faceta de mí mismo que desconocía. Yo veo así el amor.

Diego miró a su hermano sorprendido. No por la profundidad de sus palabras, sabía que Hugo escondía muy en su interior un lado romántico que se empeñaba en no dejar traslucir, sino porque removieron algo en su interior.

¿Quería más de Elena?

Habían pasado ya varios meses desde que empezaran su pequeña aventura y el deseo no había aflojado ni un poco entre ellos. Todo lo contrario. Se buscaban a la menor oportunidad, dispuestos a pasar un rato agradable uno al lado del otro.

Se sentía tan cómodo con ella que no le había supuesto ningún esfuerzo

hablarle de sí mismo, era algo que le había salido con naturalidad. Ella, en cambio, continuaba manteniendo las distancias en algunos aspectos. Por ejemplo, seguía evitando ciertos temas de su pasado como todo lo referente a Sergio o a su familia. Al principio no le había molestado, pero ahora no sabía muy bien porqué sus silencios se le antojaban como un muro inquebrantable entre ellos.

—¿Esta noche no la vas a ver? —La voz de Hugo interrumpió sus diatribas mentales.

—Me ha dicho que tenía cosas que hacer —musitó, tratando de no demostrar lo mucho que le había molestado aquello.

La verdad es que Elena llevaba varios días taciturna, pero siempre que le preguntaba si algo la preocupaba la respuesta era un invariable «nada».

—Pero casi lo prefiero —continuó engañándose a sí mismo—. Mañana es mi cumpleaños y vamos a tener aquí a toda la familia. Tengo que madrugar para limpiar, hacer la compra y prepararlo todo —explicó lo que le parecía una excusa razonable.

No le gustó la sonrisilla burlona que esbozó su hermano por un segundo, como si no se hubiese creído ni por un momento sus palabras.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó para cambiar de tema—. Es viernes por la noche, ¿no has quedado?

—Sí, pero no hasta las diez —musitó Hugo, concentrado en su dibujo—. La *bella* Marcela —detalló, con una sonrisa ladeada—, una preciosa estudiante italiana que está aquí de Erasmus.

—Pues faltan veinte minutos —observó Diego, mirando su reloj.

—¿Qué? ¡Mierda! No me he dado cuenta de que era tan tarde —masculló, mientras salía disparado hacia el baño.

Un cuarto de hora después, vestido con unos vaqueros, una camisa cobalto y una cazadora de cuero, su hermano *el Casanova* estaba preparado para devastar los corazones femeninos.

—¡Disfruta de la noche! —exclamó Hugo, antes de desaparecer por la puerta con un guiño cómplice que Diego no comprendió.

Después de cenar algo ligero revisó su móvil por si Elena le había dejado algún WhatsApp, pero nada. Empezó a escribirle un mensaje para desearle buenas noches, pero antes de enviarlo lo borró. Si aquella noche quería espacio él la tenía que respetar.

Encendió la tele, aburrido, y cambió los canales hasta dar con una

película que parecía interesante. A los cinco minutos estaba roncando en su sillón preferido.

No supo qué lo despertó, pero abrió los ojos de repente, consciente de que no estaba solo en la habitación.

—Cierra los ojos y no te muevas —susurró una voz en su oído, desde detrás de él.

La reconoció al instante: Elena. Por si tenía dudas, el característico olor a flores que tenía su champú inundó sus fosas nasales, mezclado con ese aroma tan especial que emanaba de su cuerpo y que él podía reconocer con los ojos cerrados entre una decena de mujeres.

No le preguntó qué hacía allí ni tampoco cómo había entrado en su casa. Tan solo cerró los ojos y permaneció inmóvil, dejando que jugase con él.

Sintió que se movía alrededor del sillón hasta que notó cómo hincaba la rodilla justo al lado de su cuerpo, hasta ponerse a horcajadas encima de él. Las manos de Diego hicieron ademán de elevarse para atraparla, pero ella se las inmovilizó con las suyas al tiempo que se inclinaba sobre él.

—¿Estás preparado para recibir tu regalo de cumpleaños?

Diego tragó saliva de forma audible y asintió, incapaz de articular palabra.

Sintió su aliento sobre los labios y los entreabrió, invitándola a que lo besara, pero cuando pensaba que lo iba a hacer la oyó decir: —No abras los ojos hasta que empiece la música.

Un segundo después, el peso de ella lo abandonó y la música comenzó a fluir. Una melodía de toques exóticos que le resultó muy familiar.

Abrió los ojos y allí estaba Elena, con el cabello suelto hasta media espalda, vestida como la más sensual de las odaliscas, con solo un minúsculo sujetador bordado de color dorado sobre su torso y varios velos cubriendo sus caderas de forma tentadora y que no hacían más que embellecer sus piernas desnudas.

Él le había comentado en más de una ocasión que le encantaría que le dedicase un baile privado, pero ella siempre había rehuido, alegando que le daba vergüenza. Sin embargo, hoy estaba allí, dispuesta a concederle su pequeño deseo como regalo de cumpleaños.

Elena comenzó a bailar desinhibida, mientras ondulaba los brazos al ritmo de la música. Diego observó con deseo el movimiento de su cuerpo. Con cada golpe de cadera marcado por el son de la darbuka, Diego clavaba con

más fuerza los dedos en los reposabrazos en un intento por controlar las ganas de abalanzarse sobre ella.

No tuvo que hacerlo. En un momento dado ella se volvió a colocar a horcajadas sobre él y, como colofón del baile, arqueó su cuerpo de forma sensual. Él lo tomó como una invitación para enterrar el rostro entre sus pechos, y así lo hizo. Le besó los senos que se alzaban impúdicos ante él, realzados por el osado escote. No perdió tiempo y llevó las manos a su espalda para desabrocharle aquel sujetador que era pura tentación. En cuanto sus pechos quedaron libres puso las manos sobre ellos y los movió en suaves círculos hasta que los pezones se irguieron contra sus palmas. Jugó unos segundos con ellos, esta vez circuncidándolos con la lengua hasta arrancar un suave gemido en ella. Después deslizó la lengua entre el valle que marcaban aquellos dos deliciosos montículos hasta ascender por su garganta.

Atrapó su boca en un beso profundo y voraz, entregado por completo a la mujer que tenía entre sus brazos. Pero pronto no fue suficiente, la necesidad de sentirla desnuda contra su piel lo urgió a despojarse del pijama con rapidez, sin separarse de ella ni un segundo más de lo necesario.

Lanzó un suspiro satisfecho cuando volvió a recuperar la posición, con ella a horcajadas sobre su regazo, pero esta vez sin ropa que impidiese la caricia de su piel desnuda.

Impaciente, su miembro tanteó entre los suaves pliegues, deseoso por recibir el abrazo de su cuerpo, pero se detuvo en el último momento.

—Será mejor que vaya a buscar un preservativo.

—Yo... me he empezado a tomar la píldora. Si quieres, podríamos...

No necesitó escuchar más. Se enterró en ella hasta el fondo. La sensación de sentirla sin barreras fue tan fabulosa que estuvo a punto de llegar al orgasmo en aquel mismo instante.

El tiempo se detuvo. La urgencia se esfumó. Solo quedó entre ellos la necesidad de hacer que las sensaciones que les hacían contener el aliento en cada sutil movimiento durasen para siempre.

Entonces ella le dedicó una sonrisa hechicera y comenzó a mover las caderas de esa forma deliciosa en que lo hacía cuando bailaba: trazando un ocho con lentitud; moviendo la pelvis adelante y atrás con un suave vaivén para luego hacer círculos, primero en una dirección y luego en otra.

Diego hincó las manos en los reposabrazos y la dejó hacer, por completo cautivado por la exquisita amazona que lo montaba con tanta sensualidad.

Hicieron el amor de forma lenta y pausada, con la mirada entrelazada de la misma forma que lo estaban sus cuerpos. Cuando todo acabó se abrazaron en silencio.

—Feliz cumpleaños, Diego —susurró Elena contra su hombro, con un tono muy dulce.

Él apretó su abrazo en respuesta, incapaz de articular palabra.

Se estaba mintiendo a sí mismo.

Quería más de ella.

Más de su cuerpo, sí, pero también más de esas sonrisas tentativas que había conseguido arrancarle; más de esa mirada cautelosa que escondía secretos que él estaba dispuesto a descubrir, aunque le costase una eternidad hacerlo; más de esas charlas que habían compartido entre las sábanas, algunas intrascendentes, otras en las que él se había vuelto a abrir de una forma en la que no estaba acostumbrado y que solo sucedía con ella; más de esos silencios cargados de emoción, mientras sus cuerpos se unían con una intensidad que le había sido ajena hasta entonces.

Pero, sobre todo, lo que más quería en aquel momento era que ella se quitase aquella dichosa alianza, porque en el fondo sabía que hasta que no lo hiciera, Elena no podría amarle de la misma forma que él había comenzado a amarla a ella.

CAPÍTULO 33

Diego se deslizó fuera de la cama con cautela, intentando no despertar a la dulce gatita que ronroneaba en la placidez de su sueño.

Se merecía descansar un poco más. Esa noche se había mostrado especialmente insaciable con ella. Era curioso, pero una de las cosas que le había reprochado Nuria cuando se separaron fue la falta de pasión en su relación.

«Si me viese ahora», pensó con una sonrisa irónica mientras cubría con la colcha el dulce cuerpo de Elena.

Cogió su móvil, pero estaba sin batería, así que lo puso a cargar y salió de la habitación con sigilo. Iba justo de tiempo, solo tenía unas dos horas antes de que su familia llegase y todavía tenía que asear un poco la casa y comprar un par de aperitivos como acompañamiento de la barbacoa que tenía pensado hacer. Sin embargo, comenzó a preparar el desayuno como si tuviese todo el tiempo del mundo mientras silbaba una cancioncilla.

Estaba terminando de poner en un plato las tostadas cuando oyó que la puerta principal se abría y, acto seguido, la voz de Hugo se dejó oír.

—¿Diego? ¿Estás visible?

Él se miró a sí mismo. Aunque estaban a finales de octubre, el tiempo estaba siendo agradable y su casa no era especialmente fría, por lo que solo llevaba puestos los calzoncillos. La cuestión era, ¿desde cuándo a su hermano le importaba lo que llevara encima?

La respuesta llegó unos segundos después, cuando Hugo apareció en el vano de la puerta de la cocina con el clan Montoya al completo detrás de él.

—¿Adivinas quién ha decidido venir antes? —murmuró con una sonrisa de circunstancia.

—Pero... quedamos en que vendríais sobre las doce y... —farfulló Diego y miró su reloj, consternado—. Apenas son las diez.

—Nos hemos despertado pronto esta mañana y hemos pensado, ¿por qué no vamos antes y le echamos una mano con los preparativos? Pero no pongas esa cara de sorpresa, ¿es que no has visto el grupo de WhatsApp familiar? —

inquirió Matilde, mientras se abría paso en la cocina precediendo a los otros —. Chicos, dejad las bolsas ahí. ¡Rápido que hay cosas de nevera! —ordenó con el deje autoritario de un general del ejército.

—Sí, *bwana* —musitó Álvaro, simulando un tono servil.

—A veces me siento como su Umpa Lumpa particular —masculló Marcos a su vez.

—Dejad de refunfuñar y haced caso a vuestra madre —terció Íñigo, siempre dispuesto a apoyar a su mujer.

Diego miró, azorado, cómo su familia colonizaba su cocina sin mediar palabra.

—Te he llamado varias veces en cuanto me he enterado, pero saltaba el contestador —susurró Hugo cuando se puso a su lado—. Me he escapado de la cama de la *bella* Marcela para venir a avisarte —añadió, como si hubiese hecho algo impensable—, pero justo han aparecido cuando estaba entrando en el patio.

—Mi móvil murió en algún momento de la noche —gruñó Diego, y se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—¿Y nuestra vecina?

—En la habitación.

—Tal vez pueda salir por la terraza antes de que...

Un gritito procedente del dormitorio cortó sus palabras.

—¡Qué tarde es! ¿Por qué me has dejado dormir tanto? ¡Tu familia debe estar al caer! —Aquella desconocida voz femenina provocó un silencio abrupto entre los Montoya.

Antes de que Diego pudiera reaccionar la figura de Elena apareció en la cocina mientras se abotonaba una camisa sobre su cuerpo desnudo. Tenía la mirada atenta a lo que estaba haciendo y no se percató de que tenía público.

—Espero que no te importe que me ponga tu camisa, como ayer me colé en tu casa medio desnuda no... —En aquel momento levantó la mirada y perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

Abrió la boca y todavía más los ojos. Luego los cerró, como si de aquella forma pudiese hacer desaparecer a los presentes, pero los volvió a abrir al instante al percatarse de que no iba a lograr nada actuando así.

—¿Qué tal? —musitó con una sonrisa avergonzada y las mejillas color carmesí. Miró de soslayo a los dos mellizos y se cruzó los brazos sobre el pecho para defenderse de las miradas lascivas que le estaban dirigiendo.

—¿Es una de tus amigas, Hugo? —preguntó Marcos con interés, admirando sin disimulo las piernas desnudas de la muchacha.

—No, ella es...

—Es mía —gruñó Diego, reaccionando al fin—. Y será mejor que dejéis de mirarla así o... —No terminó la frase, no hizo falta. Sus hermanos recuperaron los modales al instante con una sonrisa de disculpa y luego lo miraron a él con extrañeza.

Aquel pequeño arranque de posesividad tan ajeno en él llamó la atención de los suyos. Por un segundo, la cocina se convirtió en una cancha de tenis, mientras las miradas viajaban de ella a él y de él a ella, tratando de dilucidar qué tipo de relación tenían.

—¿Es que no nos vas a presentar? —inquirió por fin Matilde, tomando el mando de la situación.

—Elena, esta es mi familia. Familia, esta es...

«La mujer de la que me estoy enamorado», quiso declarar.

—Elena —dijo en cambio, sin más.

—Vivo en la puerta de al lado —añadió Elena, para aportar un poco más de información.

Los ojos de los Montoya se clavaron de nuevo en Diego. En su última visita había echado pestes de ella y seguro que lo recordaban, pero eso había sido cuando pensaba que era...

—Entonces, la zorra infiel que decías que vivía a tu lado, ¿se ha mudado? —preguntó Marcos, que no había entendido la situación.

—No, capullo, *ella* es la zorra infiel —musitó Álvaro con lo que pretendía ser un tono bajo, pero que todos oyeron a la perfección.

Incluida Elena.

Le lanzó una mirada de reproche antes de alzar el mentón y declarar con orgullo:

—Zorra, no. Zorrilla.

—Elena... —empezó a decir Diego, dispuesto a pedirle disculpas por lo sucedido.

—Será mejor que me vaya a casa —cortó ella, y se fue de allí con la dignidad de una reina.

Diego corrió tras la muchacha.

La alcanzó cuando estaba abriendo la puerta de la calle.

—Elena, no te vayas —rogó, y puso una mano contra la superficie de

madera para detenerla.

El movimiento hizo que su torso quedase pegado contra la espalda de Elena, rodeándola con su esencia, consiguiendo que ella se quedara momentáneamente quieta.

—Ha sido todo culpa mía —susurró contra su cabello—. Les hablé de ti la última vez que vinieron, cuando todavía pensaba que eras... —No terminó la frase, no quería empeorarlo más—. No he tenido ocasión de contarles que todo fue un malentendido. Ellos no saben que entre tú y yo...

—Entre tú y yo, ¿qué, Diego? —cortó ella, girándose—. Sin expectativas más allá del deseo de nuestros cuerpos, ¿recuerdas? Eso es todo.

Diego tomó aire y puso palabras a lo que sentía en su interior.

—¿Y si ya no es suficiente para mí? ¿Y si quiero más?

Ella dio un respingo como si la hubiera golpeado.

—No me hagas esto —musitó, negando con la cabeza. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y brillaban como dos esmeraldas—. Déjame, por favor.

Parecía a punto de derrumbarse.

Diego reprimió una maldición. Aquel no era el momento para hablar, no cuando estaba seguro de que su familia estaba escuchando cada detalle de aquella conversación desde la cocina.

Quitar la mano de la puerta y dejar que saliera de su casa fue la cosa más difícil que recordaba haber hecho jamás, pero aun así, lo hizo y la dejó marchar.

Volvió a la cocina, cabizbajo, solo para encontrarse con una explosión de movimiento de todos los Montoya. Apostaba un riñón a que un segundo antes de que él apareciese habían estado escuchando.

—No disimuléis, lo habéis oído todo.

Todos se detuvieron al instante y lo miraron un poco avergonzados.

—Siento mucho lo que ha pasado, Diego —balbuceó Marcos—. Todo ha sido culpa mía.

—No, la culpa ha sido mía, no tenía que haberos hablado mal de ella cuando estuvisteis aquí —admitió, y procedió a contarles la situación real de su vecina.

—¡Vaya, viuda tan joven! —musitó Matilde.

—¡Qué triste! —terció Íñigo.

—No para Diego —comentó Marcos con una sonrisa ladeada, lo que le valió una colleja de su padre y una mirada ceñuda de su madre.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Conseguir que me perdone.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Hugo, alzando las manos—. Me niego a empezar de nuevo: flores asesinas, tartas voladoras, payasos, gatos suicidas... Otra vez no, ¿me oyes?

—¿De qué está hablando? —quiso saber Íñigo.

Diego les hablo de las diferentes formas en que había intentado pedirle perdón, arrancando sonrisas en todos menos en su madre que lo miraba con seriedad.

—¡Menudo payaso estás hecho! —exclamó Álvaro, riendo.

—Eso es lo más absurdamente romántico que he oído jamás —murmuró al fin Matilde—. Me sorprende. Me sorprende viniendo de ti —aclaró, alzando la mano para que no la interrumpiese—. Nunca has luchado por ninguna de las mujeres con las que has estado. A Sofía la dejaste cuando viste que no se adaptaba a tus planes de futuro y lo hiciste de una forma tan cordial que me llegué a preguntar si alguna vez habías sentido algo profundo por ella. En cuanto a Nuria, ella misma acabó dándose cuenta de que no iba a conseguir de ti nada más que afecto, por eso creo que terminó haciendo lo que hizo. No niego que la quisieras a tu manera—atajó, al ver que él iba a protestar—, pero no te rompió el corazón, solo te lo dejó magullado. En conclusión, eres la persona más práctica y desapasionada que he conocido jamás en lo referente al amor.

—¿Desapasionada? —terció Hugo con un resoplido—. Pues no veas el calentón que tiene con ella.

—A eso me refiero. Lo que he visto aquí... Lo que me has contado que has hecho por ella ... Mi querido niño, creo que por primera vez estás enamorado —concluyó con una sonrisa—, porque solo un hombre enamorado es capaz de hacer el tonto por una mujer como tú lo has hecho.

Todos lo miraron esperando que lo negara, pero él permaneció callado.

No tenía sentido negar lo evidente.

—La cuestión ahora es: ¿cuándo vas a decirle lo que sientes por ella? —insistió Matilde.

¿Cuándo?

Había muchos «cuando...».

«Cuando se decida a derribar los muros que me mantienen alejado de ella».

«Cuando se quite la alianza».

«Cuando me diga que me quiere».

Pero solo uno era realista.

—Cuando se me acabe la paciencia.

CAPÍTULO 34

Elena terminó de etiquetar las últimas muestras que había tomado y las metió en la nevera, a la espera de que Fran, uno de los becarios de la farmacia, las llevara al laboratorio a última hora de la mañana. Como no había nadie en la sala de espera y no tenía ninguna cita pendiente, se fue a la zona de farmacia para ayudar a sus compañeros.

No podía dejar de pensar en Diego después del fin de semana pasado. Lo esquivaba desde entonces. Él le había vuelto a pedir disculpas por el desacertado comentario de su hermano y por el malentendido que había causado, y ella lo había perdonado por eso. Lo que le molestaba era que él quisiera cambiar los términos de su relación.

«¿Y si ya no es suficiente para mí?».

Sus palabras acudían a su mente una y otra vez.

«¿Es que acaso es suficiente para ti?», inquirió una vocecita en su interior.

Con la cabeza donde no debía casi se choca con Ana, que salía de la trastienda con un vaso de agua en la mano.

—¿Qué haces?

—Es para el señor Leandro. Ha comprado Efferalgan y quiere tomarse una pastilla ahora mismo —explicó Ana—. Le he dicho que ahora le traía un vaso de agua para... ¡Oh, Dios! —farfulló de repente con cara de espanto.

Elena siguió su mirada y se encontró con el anciano echando espuma por la comisura de los labios.

—¡Señor Leandro, eso se toma con agua! —exclamó Ana, azorada.

A juzgar por la cantidad de espuma que le salía el hombre se debía de haber metido la pastilla efervescente directamente en la boca.

—Ya decía yo que tanta espuma no era normal, pero ¡qué sé yo! Siempre me he tomado el *Efelgrán* así.

Por el rabillo del ojo Elena vio que Lucía entraba en la trastienda a toda prisa, con la mano tapándose la boca en un intento por contener una carcajada. Ella hubiese hecho lo mismo si la risa no hubiese muerto en el camino al ver que Vicky entraba en la farmacia con aire belicoso.

—¿Quién te has creído que eres? —inquirió a modo de saludo, poniendo las manos encima del mostrador con un golpe seco que atrajo la atención de varios clientes.

—Hola, Vicky, yo también me alegro de volver a verte —respondió ella con la sonrisa paciente que dedicaba a los clientes más desagradables.

—¡Déjate de chorradas! Quiero saber por qué a estas alturas te has decidido a interferir en nuestras vidas y has mandado al motero macarra ese para que tome el mando de mi casa.

—Este no es el mejor lugar para hablar de ello —murmuró Elena, al darse cuenta de que estaban montando un pequeño espectáculo. Amparo y Ana la miraban con preocupación, incluso Lucía salió de la trastienda advertida por las voces, pero ella las tranquilizó con un gesto—. ¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta? —Luego se giró hacia su jefa y preguntó: —Amparo, ¿puedo salir unos minutos?

—Claro, tómate el tiempo que necesites —respondió la mujer, sabedora de quién era aquella chica de aspecto problemático.

Elena se quitó la bata que llevaba y cogió su bolso. Luego salió de allí con paso tranquilo, disimulando los nervios que la atenazaban por dentro. Solo esperaba que Vicky la siguiera sin decir nada más hasta que no estuvieran solas y, por suerte, así lo hizo.

Anduvieron unos metros hasta llegar a un parque que a aquellas horas de la mañana no estaba muy concurrido, y entonces Vicky se plantó ante ella y explotó.

—Quiero que ese jodido motero macarra se vaya de mi casa y deje de darme órdenes, ¿me oyes?

—Roger está ayudando mucho a tus padres —respondió Elena con tranquilidad, mientras se sentaba en uno de los bancos del recinto.

En cuanto vio la situación en la que estaba la familia de Sergio acudió a su coach sin dudar. Por sí mismos no iban a salir del pozo en donde estaban, lo sabía por propia experiencia. Necesitaban ayuda de un especialista, y Roger era el mejor. Lo había contratado para que ayudase a sus suegros y lo había llevado a su casa una tarde para proponerles la terapia. Al principio ellos se habían negado a hablar del asunto, pero «el motero macarra», como así lo llamaba Vicky, había obrado su magia hablándoles de esa forma calmada y reconfortante, y habían terminado por aceptar su ayuda.

—Que yo sepa, ha convencido a tu padre para que vaya a alcohólicos

anónimos y lo acompaña una vez a la semana. También está haciendo terapia con tu madre para que pueda superar su depresión —argumentó Elena, pues recibía informes detallados de los progresos que hacían—. La última vez que hablé con ellos parecían más animados. ¿Es que no quieres que mejoren?

—Sí, claro que sí —farfulló la chica, frunciendo el ceño y, por un momento, su expresión fue de agradecimiento mientras se dejaba caer en el banco, a su lado—. Mi madre incluso se ha apuntado a un gimnasio y hace aquagym, y mi padre está poniendo a punto la barca para salir a pescar. Creo que ese tipo le ha propuesto acompañarle. En nuestra casa ha vuelto a entrar la luz. Eso está bien, la verdad —musitó, con la mirada clavada en el suelo. Luego la alzó y recuperó la furia del principio—. Lo que quiero es que me deje en paz a mí.

—Solo trata de ayudarte.

—Pues yo no necesito su ayuda, ¿me oyes? No necesito la ayuda de nadie —gruñó ella con fiereza.

—Yo creo que sí —repuso Elena, y le colocó una mano en la rodilla en un gesto de apoyo.

—¿Cómo te atreves? —masculló Vicky, poniéndose de pie como un resorte y encarándola con furia renovada—. Llevamos dos años sin saber de ti. Eras nuestra familia. Eras mi hermana —añadió con lágrimas en los ojos— y me dejaste sola.

Elena sintió que el corazón se le rompía al entender el dolor que le había causado. Se puso en pie despacio e hizo ademán de abrazarla, pero Vicky rehusó el contacto.

—Fue muy duro perder a Sergio, pero los accidentes ocurren, eso lo entiendo —continuó diciendo la muchacha, incommovible—. Lo que no puedo comprender es que nos abandonaras de la forma en que lo hiciste.

—Lo siento —susurró ella con voz rota.

—¿Y crees que así vas a solucionar algo? ¿Crees que voy a correr a abrazarte como si fueras la hija pródiga que vuelve a casa? —bufó con desprecio—. Te llamé infinidad de veces y no me cogiste el teléfono.

Elena hundió los hombros. Era cierto, durante un tiempo no quiso saber nada de nadie. Terminó apagando el teléfono y desentendiéndose del mundo.

—El primer día que vi a mi padre borracho me sentí desolada. Intenté hablar con mi madre, pero por aquella época no salía de su habitación. Entonces se me ocurrió ir a buscarte. Cogí un metro y me presenté en tu casa.

Llamé al timbre una y otra vez, y al final contestase. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

Elena cerró los ojos y asintió. En su dolor, había sido egoísta y cruel.

—Me dijiste que no te molestara más —le recordó Vicky con voz rasposa, como si el dolor le hubiese comprimido la garganta al revivir aquel momento.

—Debías comprender que...

—Tenía quince años —cortó la chica con dureza—. Lo único que comprendí es que me había quedado sola en el mundo. Eso me quedó bien claro, créeme.

—Pero no estás sola, si dejas que Roger te ayude...

—Sigues sin entenderlo —escupió Vicky, sin darle opción a hablar—. No quiero nada que venga de ti. Ni tu ayuda ni tus disculpas. ¡Nada! Para mí estás tan muerta como Sergio —exclamó con rabia, haciendo que Elena diera un respingo. Luego acercó su rostro al de ella y barbotó: —Después de todo, murió por tu culpa, ¿verdad?

Y sin más, se giró y se fue.

Elena no regresó al trabajo, se sentía demasiado alterada para volver y, al mismo tiempo, su cuerpo parecía estar entumecido. Se arrastró hasta su casa y a pesar de que era medio día se tumbó en la cama. Al instante, Yoda se acurrucó a su lado y se puso a dormir. Pero ella no durmió, no podía. Tan solo dejó pasar las horas hasta que comenzó a anochecer, con la mirada en el vacío, como cuando estaba deprimida. Como cuando estaba sola.

Una risotada se filtró a través de la pared sacándola de su estupor. O tal vez fuese su mente conjurando su risa, no lo supo con seguridad. Pero lo oyó. Diego.

Él le dio fuerzas para levantarse de la cama y salir de su habitación. Anduvo hasta su casa y llamó al timbre. Diego abrió la puerta segundos después. Sus labios pintaron esa sonrisa tan especial que tenía para ella, esa que iluminaba todo a su alrededor y hacía que sus ojos se tornasen de un suave dorado. Sin embargo, fue sustituida por una mirada de preocupación al ver su expresión.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Sé que tuvimos una discusión y te he estado evitando desde entonces —musitó Elena, e hizo una mueca al escuchar el temblor de su voz—, pero un día me dijiste que podía llamar a tu puerta siempre que te necesitara. Sé que lo dijiste en un plano sexual, pero quería saber si también podías abrazarme.

Solo abrazarme, sin que... ya sabes —aclaró de forma atropellada—. No quiero estar sola esta noche —concluyó, y se mordió el labio para contener un estúpido sollozo que pugnaba por salir de su garganta.

Diego no dijo nada, solo le tendió la mano. Ella la cogió y en cuanto sintió la fuerza y seguridad con la que cubrió la suya se sintió mucho mejor. Él la arrastró hasta su habitación, esperó a que Elena se tumbase y luego se tumbó a su lado, contra su espalda, envolviendo su cuerpo en un reconfortante abrazo.

Solo entonces, ella pudo dejar escapar toda su ansiedad en un suspiro cansado.

Solo entonces, pudo dormir con la seguridad de que no estaba sola.

Ahora Diego estaba en su vida.

CAPÍTULO 35

Un sinfín de preguntas se amontonaban en la cabeza de Diego como una olla a presión en la que se mezclaban sus pensamientos y emociones. Sabía que si no los exteriorizaba acabaría explotando, pero de igual modo, se mantuvo en silencio mientras la abrazaba.

No le había gustado nada la desesperación que había leído en sus ojos cuando había abierto la puerta ni el dolor que tensaba sus facciones, pero se había sentido honrado y feliz de que ella hubiese buscado su apoyo en aquellas circunstancias. Ahora solo tenía que descubrir la causa de su aflicción y ayudarla a solucionarlo, cosa imposible mientras ella no se abriese a él.

Pasaron varios días así, en los que ella se mostraba alicaída y apática, y él no sabía qué hacer para extraer de su boca algo más que «no me pasa nada» o «estoy bien». Varios días en los que ella lo buscaba en busca de ser reconfortada en sus sueños y él se conformaba solo con abrazarla. Y así llegó otro fin de semana, aunque uno muy especial: el sábado trece de noviembre; el cumpleaños de Elena.

Cuando él le insinuó que podían hacer algo especial, ella le dijo que no iba a celebrarlo ni con él ni con nadie. Que su único plan era quedarse en casa, sola, y que nada la iba a hacer cambiar de opinión.

Diego no lo entendió. ¿Quién no celebra su cumpleaños de algún modo?

También le extrañó que sus amigas no le hubiesen preparado alguna fiesta, pero siendo sincero, le alegró. Así podía tener a Elena para él solo aquel día. Porque si ella pensaba que él iba a dejarla sola en una fecha tan especial es que no lo conocía en absoluto.

Con esa determinación y recordando la sorpresa que Elena le había dado en su cumpleaños, Diego ideó un plan: sabía que *La Princesa Prometida* era su película preferida y que le chiflaba Iñigo Montoya, uno de los secundarios de la película que era un espadachín español, cuya famosa frase se había convertido en un hito del cine; así como también le encantaba cada vez que Wesley, el protagonista, susurraba a su amada princesa: «Como deseas».

Él pensaba darle las dos cosas. Iba a hacer una pequeña demostración de

sus dotes de espadachín y luego se iba a pasar el resto del día a su servicio, dispuesto a hacer realidad cualquier deseo que tuviera aquel día, sobre todo en la cama.

Aquel año, justo después de su divorcio, Hugo lo había arrastrado a los carnavales de Cádiz, los dos disfrazados del Zorro y vestidos de negro, con una camisa, un pantalón ajustado, una capa y un antifaz. El disfraz lo coronaba un sombrero de ala ancha y un florete. Puede que el atuendo no reflejase de manera fidedigna a los personajes, pero tendría que valer porque no tenía otro.

Así que, vestido de esa guisa, se acercó al ventanal que daba a su terraza y esperó con paciencia a que Elena saliera a regar sus plantas, cosa que hacía todos los sábados por la mañana hacia el mediodía.

Varios minutos después la oyó abrir el ventanal y salir a la terraza. Era su oportunidad. Tomó aire y, espada en mano, salió de súbito entonando a voz en grito:

—«Hola, me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir».

Elena dio un respingo y lo observó con los ojos abiertos de par en par, muda de asombro.

Diego sonrió en su interior. La había sorprendido. Ahora solo faltaba llegar a su terraza y cargársela al hombro para llevarla a la cama y disfrutar cumpliendo sus deseos en la cama.

Tomó carrerilla, puso las manos sobre el murete y cogió impulso. La idea era salvarlo de un salto para demostrarle su agilidad, pero algo salió mal. Tal vez fuese la capa, que se le enredó en el cuerpo y le dificultó los movimientos; o tal vez el grito desgarrador que le sorprendió a medio salto. La cuestión es que, en lugar de caer de pie de forma elegante, acabó de morros en el suelo de la terraza de Elena.

«Menudo *hostión*», pensó ofuscado, mientras batallaba con la dichosa capa que había acabado cubriéndole la cabeza.

—¿Pero qué...?

Se detuvo al escuchar la voz de un hombre en algún punto cercano.

—¡Es un asesino! —exclamó la voz sofocada de una mujer, seguramente la que había gritado antes—. ¡Ha amenazado de muerte a Elena! ¡Llama a la policía!

Diego volvió a revolverse para librarse de la tela que lo cubría, mascullando en silencio y extrañado de que Elena no saliese en su defensa.

Cuando por fin consiguió quitarse la capa de encima lo entendió: ella estaba cubriéndose la boca con las manos en un intento por contener la risa.

Él la miró ofendido desde el suelo. O trató de hacerlo, porque la jodida máscara se le había movido y le tapaba uno de los ojos.

Fue el último detonante para que Elena estallara en una sonora carcajada. Incluso Yoda, parado a sus pies, parecía estar sonriendo con aquella mirada altanera que él interpretaba como «humano estúpido».

Su hilaridad captó la atención de la pareja que estaba en el vano de la puerta de la terraza. La mujer miraba la escena con horror y el hombre tenía el móvil en mano, dispuesto a llamar a la policía.

—No soy un ladrón, soy Diego —se apresuró a explicar, mientras se ponía de pie y se quitaba el antifaz.

—¡Miente! Ha dicho que se llamaba Íñigo —repuso la mujer, para nada convencida.

—En verdad me llamo Diego Íñigo Montoya —aclaró él en un intento por sofocar sus temores—, pero estaba interpretando el papel de Íñigo Montoya en la película *La Princesa Prometida* —explicó, aunque por la forma en que lo miraban era evidente que no tenían ni idea de lo que estaba diciendo. Se giró hacia Elena y la miró con el ceño fruncido—. ¿Podías dejar de reír y explicarles que no soy un asesino?

—No, yo... —Una nueva carcajada la impidió continuar.

—Está claro que si Elena se ríe es porque lo conoce —señaló el hombre con tono cáustico.

—Sí que lo conozco, es mi... vecino —esclareció por fin Elena, mientras se secaba las lágrimas que habían acudido a sus ojos de tanto reír—. Diego, este es mi padre, el coronel Luis Zorrilla, y su mujer, Carolina.

La mujer tenía un aire encantador y maternal, con el pelo rubio y los ojos castaños, bajita y regordeta. No dudó en darle dos besos cuando Elena los presentó. El coronel, por el contrario, era alto y espigado, con el pelo cano y un rostro de facciones severas al que no pudo encontrar ningún parecido con Elena.

Diego le tendió la mano, pero él la miró y no hizo nada por aceptarla. Solo alzó una ceja y masculló con voz seca:

—¿No eres un poco mayorcito para ir jugando a los disfraces?

—Quería darle una sorpresa por su cumpleaños —explicó, sintiéndose enrojecer como un colegial—. La semana pasada fue el mío y ella se vistió de

odalisca y me hizo un baile ero... —Elena le dio un codazo que lo hizo callar al instante.

—Será mejor que volvamos dentro —rezongó el coronel, echándole una mirada poco halagüeña. Luego se giró y entró, seguido muy de cerca por su mujer.

—No sabía que tenías visita, dijiste que ibas a pasar el día sola —farfulló Diego en voz baja, mientras entraban varios pasos por detrás de ellos.

—Y esa era la idea, pero han venido desde Madrid para darme una sorpresa, ¿no te parece un detalle encantador? —añadió con un tono más alto, al percatarse de que Carolina los escuchaba con interés.

—Hacía mucho que no te veíamos, querida. Ya sabes que nos preocupa tenerte tan lejos —explicó la mujer con tono amable. Los miró de forma alternativa con franca curiosidad—. ¿Y vosotros sois...?

—Amigos —musitó Diego, ya que no quería ponerla en un compromiso.

—Vecinos —respondió Elena al mismo tiempo—. Bueno, sí, también amigos —convino, al percatarse de lo que había dicho Diego.

Él esperaba que dijera algo más, tal vez un «estamos saliendo juntos» o «es mi novio», o alguna otra aclaración que diese a entender que su relación iba más allá de la amistad, pero no añadió nada. No hizo falta. En cuanto entraron en el salón el coronel se giró hacia ellos y, después de mirarle como si estuviese pasando revista a uno de sus soldados, masculló:

—Así que tú eres el hombre que se acuesta con mi hija.

CAPÍTULO 36

Cuando Elena abrió los ojos aquella mañana, al sentir la rasposa caricia de la lengüecita de Yoda sobre su mejilla, que le daba su peculiar beso de buenos días, estuvo tentada de no salir de la cama.

Tenía que levantarse, ponerse a limpiar y hacer la compra, tal y como solía hacer los sábados, pero no le apetecía. No aquel día.

Trece de noviembre.

El día de su cumpleaños.

El día en que Sergio se había ido de su vida.

Hacía un año por aquellas fechas, le había resultado difícil hasta respirar. Todo era oscuro y lúgubre. Todo daba igual. Le era indiferente vivir o morir. Pasaba los días como un alma en pena y las noches llorando sin parar, compadeciéndose de sí misma por todo lo que había perdido.

Ahora, en cambio, todo parecía diferente. Sus días resultaban plenos y productivos y las noches ya no eran un triste recordatorio de que se había quedado sola en el mundo. Y es que ya no se sentía sola. Diego había entrado en su vida arrasando las sombras que la habitaban con la luminosidad de su sonrisa.

Él quería más.

Ella quería dárselo, pero al mismo tiempo tenía tanto miedo...

Había amado a Sergio y perderlo casi acaba con ella. Si dejaba que Diego entrase en su corazón y le sucedía algo... Solo de pensarlo sentía un dolor agudo en el pecho. No, no podría soportarlo.

Diego sabía que hoy era su cumpleaños y no le había dicho nada sobre hacer algo especial juntos aquel día. No es que ella quisiera, su ánimo no estaba para eso, pero él no lo sabía. Por eso, en su interior se sentía un poco molesta de que él no hubiese propuesto celebrarlo. Aunque, de todas formas, hubiese declinado cualquier invitación, claro.

«No te aclaras ni tu», bufó su vocecita interior.

En fin, que pensaba pasar el día sola y tranquila.

No esperaba compañía y por eso se quedó de piedra al escuchar que

llamaban al timbre. Al abrir la puerta se encontró con la sonrisa de Carolina y la cara circunspecta de su padre, que habían decidido hacerle una visita sorpresa por su cumpleaños.

Tampoco esperaba reír, no aquel día, y acabó desternillándose de risa ante la sorpresiva payasada de Diego. Estaba claro que teniendo a ese hombre a su lado nunca iba a aburrirse.

Pero lo que menos imaginaba es que su padre estuviese enterado de su relación. ¿Cómo lo habría descubierto?

—Mi amigo, el sargento Velázquez, vive por la zona. No sé si te acuerdas de él.

Elena tenía el ligero recuerdo de un hombre calvo y de aspecto recio al que había visto cuando acompañaba a su padre en los actos del Día de las Fuerzas Armadas.

—Hablamos de vez en cuando y en su última conversación, hace unos días, me dijo que te había visto paseando feliz de la mano de un chico.

Ella lo miró con cautela. No sabía lo que vendría a continuación. Su padre era tan contenido en sus expresiones que era incapaz de leer su estado de ánimo. Lo normal es que un padre se sintiese contento de que su hija rehiciese su vida y fuese feliz, más aún, sabiendo por el dolor que había pasado, pero el coronel siempre se había dejado llevar mucho por las apariencias y aquella ocasión no iba a ser distinta.

—¿No te da vergüenza? —gruñó con una mirada despectiva—. Solo hace dos años desde que enviudaste. Eso no está bien.

¿Solo dos años? Para ella parecía una eternidad. El dolor durante el primer año había hecho que los días pareciesen infinitos, sumidos en una profunda soledad. En cambio, en esos últimos meses, desde que conociera a Diego, el tiempo había pasado volando, como si hubiese empezado una nueva vida después de un largo punto y aparte.

—¿Acaso pretende que Elena se pase el resto de su vida guardando luto? —bufó Diego con el ceño fruncido. No se había tomado nada bien aquel comentario, parecía ofendido y había dado un paso hacia ella con aire protector.

—¿Luto? Tú no sabes lo que es eso y, al parecer, ella tampoco —masculló el coronel—. Yo tardé más de diez años en rehacer mi vida después de la muerte de mi mujer. ¡Eso es sentir una muerte!

—¿Insinúas que yo no sentí la muerte de Sergio? —inquirió Elena,

notando que su interior se llenaba de rabia y frustración—. ¡No tienes ni idea! Tú no sabes lo que sentí o no porque solo viniste para el entierro, me diste el pésame como uno más de mis conocidos y luego regresaste a Madrid sin mirar atrás. No te preocupaste por mis sentimientos ni por mi dolor ni por si necesitaba ayuda —declaró, incapaz de reprimirse por más tiempo—. ¿Ves esta marca? —Le mostró una pequeña cicatriz en su muñeca, de apenas medio centímetro de longitud—. Estaba tan destrozada que estuve a punto de cortarme las venas. —Sintió la mirada de asombro de Diego sobre ella, con una expresión que no pudo descifrar; también escuchó el jadeo ahogado de Carolina, que miraba la escena con aprensión; y pudo ver el ligero respingo que dio su padre ante aquella revelación, una señal sutil de que lo había impresionado—. No lo hice. Elegí vivir a pesar de todo. Tengo veintisiete años y quiero seguir viviendo. ¿Tan difícil es de entender?

—¿Crees que la familia de Sergio lo comprenderá?

Aquel fue un golpe bajo. Hace unos meses hubiese sido demoledor. Ahora, después de haber vuelto a retomar la relación con Inés y José Vicente, fue doloroso pero soportable, porque sabía que ellos comprendían. La única que le había echado en cara su relación con Diego había sido Vicky, pero tal y como le había señalado Roger cuando hablaron de ello, la adolescente estaba llena de rabia y hacer daño era su forma de desahogarse.

—Ellos saben cuánto quería a Sergio y lo que sufrí tras su pérdida —dijo sin más—. Ahora sé sincero, no has venido porque de verdad te apeteciera verme, sino porque querías corroborar los rumores que habías oído sobre mí, ¿verdad?

El coronel la observó en silencio.

«El que calla otorga».

—Creo que será mejor que nos vayamos —murmuró al final, y se encaminó hacia la puerta. Ya había dicho lo que tenía que decir y no le interesaba perder más tiempo allí, era evidente.

Carolina lo observó, azorada, y luego se giró hacia ella.

—Lo siento, no tenía ni idea de nada. Cuando dijo que quería venir pensé que era para celebrar tu cumpleaños juntos —balbuceó la pobre mujer, avergonzada—. No sabía que... —Movié la cabeza, contrariada—. Ya sabes que es un poco cerrado para ciertas cosas, pero terminará por entenderlo. Cuídate, ¿vale? —murmuró la mujer, que era un amor, dándole un breve abrazo—. Yo... me alegro por ti, de verdad —añadió, antes de ir tras su

marido.

Elena no pudo evitar pensar que esa mujer se merecía algo más que un hombre como su padre, era demasiado buena para él. Solo esperaba que él se diera cuenta de ello.

Sintió los ojos de Diego clavados en ella con una intensidad que no pudo comprender, y lo miró con cautela.

—Siento la escena, mi padre es un poco...

—¿Capullo? —completó él con una mueca.

—Sí, supongo que sí y no lo voy a justificar. Siempre ha sido así, la verdad. No recuerdo...

—¡Joder, Elena! No quiero hablar de tu padre en estos momentos —farfulló Diego de repente, sorprendiéndola. Por fin podía leer su expresión. Estaba enfadado, muy enfadado— ¿En serio intentaste suicidarte?

Ella bajó la mirada, avergonzada.

—No lo entiendes.

—¡Pues explícamelo! ¡Háblame! ¡Cuéntame algo, por favor!

Nunca lo había visto tan fuera de sí, ni siquiera cuando había pensado que ella era una zorra infiel. Lo observó, extrañada, y entonces lo comprendió. Estaba tan disgustado porque se preocupaba por ella, y entenderlo le dio fuerzas para hablar.

—Aquella noche me persiguió durante meses, ¿sabes? La noche en que murió Sergio. La noche de mi cumpleaños —aclaró, y pudo ver que Diego abría mucho los ojos al comprender lo que aquel día se había convertido para ella—. Él era visitador farmacéutico y viajaba mucho. Debería de haberse quedado a dormir en Murcia, pero aquel día hizo un esfuerzo para llegar a tiempo a Valencia y pasar la noche conmigo. Como era más tarde de lo previsto y no llegaba le llamé por teléfono. Según me dijo, acababa de salir de un atasco y todavía le quedaba una hora para llegar a Valencia. Iba tan rápido como podía. Justo estaba diciéndole que no traspasara el límite de velocidad cuando escuché: «¡Mierda!». Luego la comunicación se cortó. —Comenzó a darle vueltas a la alianza en un acto reflejo antes de proseguir—. Recibí una llamada minutos después de la policía, comunicándome su muerte. —Tuvo que sentarse en el sofá, no podía pensar en ello sin sentir las piernas tan inestables como un flan—. Según descubrieron después, el manos libres de su coche estaba estropeado, lo había notificado a su empresa para que lo arreglaran justo ese día, así que estaba conduciendo con el móvil en la mano —susurró

con la voz rasposa—. Seguramente esa fue la razón de que se saliese de la carretera. Tal vez se le cayó e intentó cogerlo, no lo sé. Nunca lo sabré.

—Puede que se le cruzara algún animal. Tú no tuviste la culpa del accidente.

—Durante mucho tiempo lo pensé.

—Por eso intentaste suicidarte.

—Me sentía perdida. No podía pensar, solo sentía que me hundía más y más en el dolor y no podía salir. Un día me levanté de la cama, fui a la cocina y cogí un cuchillo. Después me dirigí al baño, me senté en el váter y apoyé el antebrazo sobre las rodillas. Clavé mis ojos sobre las venas de la muñeca. Recuerdo que pensé que con un simple corte podía acabar con todo mi sufrimiento, y la idea me pareció muy seductora. Soy enfermera y me especializo en sacar sangre, habría hecho un buen trabajo —agregó con una sonrisa macabra—. Deslicé la hoja del cuchillo por mi piel un par de veces, casi hipnotizada por el brillo del metal. Y justo cuando estaba a punto de hacerlo, Yoda se plantó delante de mí. Me dio tal susto que di un respingo y el cuchillo me cortó la piel de la muñeca. Lo observé con fastidio y él me miró con esa expresión serena y altanera que tiene, como diciendo: «¿qué demonios ibas a hacer, cobarde?». —Justo en ese momento Yoda se acercó a ella y se restregó contra su pierna, como si intuyera que estaba hablando de él—. Mi tentativa de suicidio acabó ahí. Al día siguiente, Lucía llamó a mi puerta y trajo a Roger.

Reunió valor y lo miró a la cara por primera vez desde que comenzó a compartir aquel recuerdo.

—¿Crees que soy una cobarde?

—Elegiste vivir, Elena. Elegiste luchar. Eso no es de cobardes. ¿Por eso has estado tan alicaída estos días?, ¿porque se acercaba esta fecha?

Ella asintió.

—Pero también hay más —reconoció. Ya puestos a sincerarse, le iba a contar todo. Así que le habló de su visita a casa de los padres de Sergio—. El otro día vino la hermana de Sergio y tuvimos una charla no muy agradable. Ella me dejó caer que yo era la culpable de la muerte de Sergio y, aunque pensé que lo había superado, el sentimiento de culpabilidad regresó.

Diego asintió sin decir nada. Le gustaba eso de él. Sabía escuchar y no decía cosas sin sentido por decir algo. Solo hablaba cuando tenía algo que decir.

Pobrecito. Elena le había dicho que buscaba algo relajado y divertido, que no le causase ningún estrés emocional, y ahí estaba, contándole sus penas y traumas.

—¿Sabes? Me parecía impensable volver a reír, especialmente hoy, pero cada vez que me acuerdo de la forma en que has saltado el murete de nuestras terrazas... —No pudo terminar, la risa burbujeó en su interior, distendiendo la intensidad de emociones que la habían asaltado mientras le hablaba de sus recuerdos.

—La primera parte de mi regalo no ha salido tal y como esperaba —reconoció Diego, con una mueca.

—¿La primera parte? ¿Es que hay más?

Diego se levantó de repente y se colocó el antifaz.

—Hoy estoy a su entera disposición —afirmó, con una teatral reverencia—. Estaré encantado de satisfacer cada uno de sus deseos, princesa.

Elena no tuvo que pensarlo demasiado.

—¡Genial! Entonces comienza limpiando el baño y luego la cocina, mientras yo me relajo un rato en el sofá —indicó, mientras se recostaba en él.

Diego la miró, contrariado.

—Esa no era mi idea —musitó con un mohín.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál era?

—Bueno, yo pensaba en llevarte a la cama y follarte hasta que no pudieras respirar.

—¡Ummm! Pues esa idea tampoco está mal —murmuró, mientras fingía que reflexionaba sobre ello—. Pero casi prefiero comenzar por el sofá —añadió con tono seductor.

La respuesta de Diego no se hizo esperar.

—Como desees —farfulló, justo antes de lanzarse sobre ella.

CAPÍTULO 37

Lucía miró consternada la fachada del local de la zona de Cánovas al que se había dejado arrastrar aquella noche sin saberlo.

—¿Un karaoke? ¿De quién ha sido la brillante idea?

—Culpable —respondió Diego, levantando la mano como un colegial.

—¿De verdad estos sitios funcionan todavía?

—Claro, a la gente le gusta cantar —respondió él con una sonrisa entusiasta.

—Sí, pero en la intimidad de casa con el SingStar —terció Ana, que tampoco estaba muy convencida de aquel plan.

—O en la ducha —convino Jacobo, con la misma expresión de desgana.

—Además, lo de que a todo el mundo le gusta cantar es discutible —repuso Edu, que aquella noche había decidido acompañar a Lucía y a sus amigos.

El novio de Lucía siempre le había parecido un chico muy agradable. Era de estatura media y cuerpo fibroso, rasgos atractivos y unos espectaculares ojos grises. Trabajaba como contable en una asesoría. Ella siempre lo había definido como un hombre sólido, con un carácter estable y de confianza; de los que nunca te sorprenden ni para mal ni para bien.

Ana pensaba que era «un muermo». Según decía, era muy difícil que una Sagitario y un Virgo pudiesen sacar adelante una relación sentimental debido a las grandes diferencias que había entre ellos. Los nacidos bajo el signo de Sagitario eran aventureros y espontáneos; los Virgo, en cambio, eran cautelosos y analíticos.

Elena nunca había creído demasiado en el tema de los Horóscopos, pero después de su charla con Lucía se había dado cuenta de que las observaciones de Ana en cuanto a las diferencias de los caracteres en aquella pareja eran bastante acertadas. Por primera vez, se planteó si Edu no le había estado cortando las alas a Lucía sin que fuera consciente de ello.

—Pensé que os gustaría hacer algo diferente esta noche, pero si no queréis... —murmuró Diego, y al ver que su sonrisa aflojaba ante las caras

largas de sus amigos Elena decidió intervenir.

—¡Venga, no seáis aguafiestas! Seguro que será divertido —arguyó con una sonrisa de ánimo, aunque ella tampoco estaba muy emocionada con la idea—. Diego tiene razón, de vez en cuando hay que probar cosas nuevas. Además, Hugo ha empezado a trabajar aquí de camarero. Por eso hemos venido, para darle nuestro apoyo.

—Yo en verdad he venido para darle más trabajo y putearlo un poco —reconoció Diego con una risita.

—¿El *follador de la pradera* a nuestro servicio? —inquirió Lucía con una sonrisa malévola en los labios—. Creo que la velada se acaba de poner muy interesante. ¡Entremos!

Para sorpresa de todos, el local estaba bastante concurrido. Era de tamaño mediano, con una gran barra en el lateral izquierdo y un montón de mesas esparcidas sin orden aparente, la mayoría concentradas delante del escenario que estaba al fondo del local. En aquel momento, bajo la luz de los focos, dos chicas lo estaban dando todo con una canción de Lady Gaga. La luz era tenue, lo que acentuaba la calidez de las velitas que habían puesto sobre las mesas, dándole al conjunto un ambiente muy acogedor.

—No sabía que iba a haber tanta gente —musitó Lucía, mirando alrededor—. A ver quién es el valiente que sube al escenario. ¡Qué vergüenza!

—Aun estamos a tiempo de irnos a tomar una copa tranquila en un sitio normal —comentó Edu, reticente a estar allí.

—¡Chicos, qué alegría veros! —Hugo apareció ante ellos en aquel momento, vestido todo de negro, con lo que parecía ser el uniforme de allí. Entre su altura y lo guapo que era llamaba la atención sin proponérselo—. Os he reservado la mejor mesa, venid conmigo y os llevaré hasta allí —añadió, frustrando cualquier posibilidad de cambiar de planes.

Los acompañó a una mesa que estaba justo enfrente del escenario y les ofreció las cartas, tanto de bebidas como de canciones. Luego les aconsejó sobre los cócteles que preparaban y les tomó nota cuando se decidieron.

—¿Los cócteles los vas a preparar tú? —inquirió Lucía, mirándolo por el rabillo del ojo mientras observaba la carta. Su tono tenía un cariz escéptico.

—En persona. Y, tranquila, se me da casi tan bien como las mujeres —añadió Hugo con una sonrisa arrogante.

Lucía bufó.

—Me apetece un mojito, aunque soy bastante exigente al respecto: ni muy

dulce ni demasiado cargado, y con el toque justo de hierbabuena. ¿Crees que podrás hacerlo?

Elena escondió una sonrisa. Teniendo en cuenta que Lucía era capaz de beberse hasta el agua de los peces cuando salía de fiesta y que nunca había hecho ascos a una bebida, aunque fuera del peor garrafón, solo pudo deducir que quería atormentar al pobre Hugo.

Aunque Hugo de pobre no tenía nada, y aceptó el reto con la chulería que lo caracterizaba.

—Tranquila, te haré un mojito que se te derretirán hasta las bragas —respondió con esa sonrisa canalla que lo caracterizaba—. Si os atrevéis con alguna canción solo tenéis que decírmelo —añadió, antes de alejarse con la comanda de las bebidas.

—No lo creo —musitó Edu con gesto de desagrado.

Por primera vez, a Elena le molestó su talante agorero. Parecía dispuesto a no disfrutar de aquella noche, ni siquiera a darle una oportunidad. Si era así para todo ahora comprendía mejor por qué Lucía pensaba que su novio no iba a entender que ella quisiera escapar de la rutina una temporada.

Dispuesta a que no les fastidiara la noche, ya que la idea de ir allí había sido de Diego, decidió ser la primera en dejar a un lado la vergüenza. Cogió la carta de canciones y la ojeó con interés.

Hugo regresó con la bandeja cargada de bebidas minutos después. Sirvió a cada uno su bebida y a Lucía le plantó un vaso delante con una de esas simpáticas sombrillitas.

—Un mojito especial para ti. Venga, pruébalo a ver si descubres cuál es el ingrediente secreto.

—No habrás escupido en el vaso, ¿verdad? —farfulló ella con los ojos entrecerrados, en un claro gesto de desconfianza hacia él.

—No, te lo aseguro. —Y añadió con cara de bueno: —Palabra de Boy Scout.

—Tú nunca has sido Boy Scout —bufó Diego, mientras ponía los ojos en blanco.

—¡Venga, Lucy Liu, pruébalo! —apremió Hugo.

—¿Lucy Liu? —El mote llamó la atención de las chicas.

—Sí, vosotras sois como los Ángeles de Charlie —aclaró, mirándolas una a una—. Ana sería la rubia, extrovertida y entusiasta. Elena es la pelirroja, misteriosa y reservada.

—No soy pelirroja, soy castaña —objetó ella, con el ceño fruncido.

—No estoy de acuerdo. Tu pelo tiene reflejos cobrizos tan cálidos como el fuego cuando le da el sol —repuso Diego, sin apartar la mirada de la carta de las canciones.

Su comentario hizo que todos lo miraran con asombro.

—¡Tío, eres un cursi! —sentenció Jacobo con una risita.

—Pues ya podías aprender a decir cosas tan bonitas —refunfuñó Ana, mientras le daba un codazo.

—Así que, por eliminación, yo soy el último Ángel —afirmó Lucía, continuando con la explicación de Hugo.

—Sí, tú eres como Lucy Liu.

—¿Morena, bonita y elegante? —aventuró Elena, al ver que Hugo se había quedado mirando a Lucía sin añadir nada más.

—Sí, esto también —convino por fin—. Aunque yo lo decía más por lo de arisca y altanera —añadió, y sonrió con descaro ante la mirada aniquiladora que le dirigió la chica—. ¿Os habéis decidido por alguna canción? —inquirió Hugo en un sutil cambio de tema—. La noche está bastante tranquila, vendría bien al negocio que animaseis un poco el ambiente.

—No creo que... —comenzó a decir Edu, que miraba a Hugo con frialdad.

—La verdad es que sí —cortó Elena.

—Yo seré el primero —anunció Diego, y le guiñó un ojo.

Cinco minutos después, él estaba sobre el escenario con una canción de Maldita Nerea llamada *Perdona si te llamo amor*, que era una de las preferidas de Elena. El condenado lo hizo tan bien que varias chicas de otras mesas lo miraron babeando.

Ella lo siguió en el escenario, cantando a voz en grito *Ironic* de Alanis Morissette. Puede que no lo hiciera demasiado bien, pero la sensación fue liberadora, sobre todo en el momento en que sus ojos se encontraron con los de Diego y pudo leer la admiración y el orgullo en ellos.

Jacobo se animó y acabó cantando *Cadillac Solitario* de Loquillo y Los Trogloditas, convirtiendo a Ana en una grupi gritona que casi le lanza el sujetador en su entusiasmo.

Luego regresó Diego con un tema de Luis Fonsi llamado *No me doy por vencido*, y otra vez se escucharon suspiros entre las mujeres del local.

Hicieron falta tres mojitos para que Lucía se decidiese a subir y

sorprendió a todos al elegir *Ni tú ni nadie* de Fangoria, en la que se desmelenó por completo, sacando a relucir un lado de ella que pocos conocían.

—Vaya con la señorita *tengo un palo metido por culo que no me deja vivir* —susurró Hugo, que tenía unos minutos de descanso y se había sentado con ellos, aunque su atención no se apartaba de la morena—. Para no gustarle el karaoke...

—¿Cuál es el ingrediente secreto que le has puesto a sus mojitos? — Quiso saber Elena.

—La verdad es que ninguno. Solo les he puesto más ron del habitual para ver si así conseguía que se mostrase más amable —reconoció con un guiño.

Lucía bajó del escenario jadeante pero feliz.

—¿Te apetece hacer un dúo, Edu? —preguntó Lucía, en cuanto recuperó el aliento—. Es más divertido de lo que jamás hubiese imaginado.

—La verdad es que no me apetece —murmuró Edu, distraído con su móvil.

—¡Venga, cariño! —Lucía compuso un mohín encantador, pero aun así, no consiguió que Edu desviara su atención del aparato.

—Yo cantaré contigo —intervino Hugo de improvisto, poniéndose de pie y arrastrando a una reticente Lucía de vuelta al escenario.

Por su gesto, no parecía muy convencida de que una colaboración entre ellos pudiese funcionar, pero cuando los acordes de *Don't go breaking my Heart* comenzaron a sonar, su actuación eclipsó a la de Elton John y Kiki Dee. La química fluía entre ellos con mucha fuerza, evidente en cada mirada y cada movimiento. Todos parecían verlo menos Edu, que había decidido que aquello no le gustaba y se había aislado de todos con su móvil.

—Te lo dije —susurró Ana en su oído—. Sagitario y Aries forman una pareja explosiva.

Y al verlos cantar juntos Elena tuvo que darle la razón.

Diego los sustituyó en el escenario, en aquella ocasión con una canción de Hombres G llamada *Te quiero*.

Cuando la pareja se reunió con el grupo de nuevo, riendo entre ellos, Lucía estaba radiante y Hugo la miraba sin poder ocultar sus ganas de devorarla.

Su amiga se dejó caer en su silla con una sonrisa feliz y Hugo volvió al trabajo a regañadientes. Mientras bebía de su copa, los ojos de Lucía se

desviaron hacia la retaguardia del camarero por un breve instante.

—Caca.

—¿Qué?

—Hugo es caca, ¿recuerdas? —murmuró Elena en tono bajito, para que no las oyera hablar Edu.

—No tengo nada que recordar. Él no me interesa —aseguró Lucía, entre ofendida y asombrada de que lo hubiera pensado.

—Puede que tú no te hayas dado cuenta de cómo os miráis, pero yo soy bastante observadora y... —Un resoplido burlón de Lucía cortó sus palabras —. ¿Qué?

—Observadora, ¿tú? ¡Pero si no te estás enterando de nada!

—¿De qué me tengo que enterar? —inquirió Elena, confusa.

—¿Ves al hombre que está sobre el escenario?

—Claro, es Diego, llevo toda la noche oyéndolo cantar.

—Exacto. Lo estás oyendo cantar, pero no estás escuchando lo que dice.

Elena miró al escenario donde Diego estaba cantando con todo su sentimiento y, por primera vez aquella noche, escuchó.

CAPÍTULO 38

La idea de ir al karaoke había surgido a raíz de una anécdota que le había contado Hugo de su primera noche de trabajo.

—Ha sido espectacular, te lo digo en serio. Se sube esa chica y empieza a cantar *Para aprenderte* de Alex Ubago, y su marido mirándola desde la mesa con una sonrisa indulgente, rodeado de sus amigos. De repente, cuando empieza a escuchar la letra le cambia la cara. Se levanta y va trastabillando hasta el escenario. «¿Estamos embarazados?», pregunta con la voz entrecortada, y cuando su mujer asiente la abraza y se echa a llorar. Allí, en el escenario, delante de todos, mientras el público empezaba a aplaudir. ¡Joder, casi lloro yo también! Ha sido muy emotivo.

Le pareció una forma fantástica de poner en palabras lo que sentía por Elena de una forma indirecta. En su imaginación, él le cantaba una balada de amor y ella subía al escenario y le confesaba que también lo quería. Luego, se fundían en un beso y todos aplaudían.

El plan sería perfecto si ella se diese cuenta de que las canciones que Diego había estado eligiendo eran un reflejo de lo que sentía su corazón.

Primero, eligió *Perdona si te llamo amor*, de Maldita Nerea, porque a Elena le gustaba mucho ese grupo y, además, porque una parte de esa canción reflejaba a la perfección su relación.

*Ya está, te llega en un segundo se queda en ti,
en mí, aquí y ahora, y que se acabe el mundo.
Y si dices que no entiendes, te dirá que lo has sentido,
que no puedes detener aquello que ya está contigo.
Y no importa lo que creas, esto es tú, mí, me, conmigo.
Y perdona si te llamo amor, pero yo no lo decido.
Tú dirás lo que tú quieras, pero ya me necesitas, tenlo claro.
Aunque tú me digas no, yo seré sí, mis besos serán disparos.
Pararé cuando me creas, tú no sabes cómo y cuánto te he esperado.
A partir de ahora yo haré que tú me quieras aquí a tu lado.*

Ella no se perdió detalle de su actuación, pero en ningún momento dio muestras de entender el doble sentido de la canción que había seleccionado. Por eso, decidió elegir una canción que hablase claramente de sus intenciones. La elegida fue *No me doy por vencido* de Luis Fonsi.

*Sé que un día no me aguanto y voy y te miro
y te lo digo a los gritos,
y te ríes y me tomas por un loco atrevido.
Pues no sabes cuánto tiempo en mis sueños has vivido,
ni sospechas cuando te nombré.
Yo, yo no me doy por vencido.
Yo quiero un mundo contigo.
Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro,
una señal del destino.
No me canso, no me rindo, no me doy por vencido.*

Cantó mirándola a los ojos, tratando de transmitirle sus sentimientos, pero ella sonreía indulgente mientras lo oía. Estaba claro que no lo escuchaba. Por eso, con la paciencia ya a punto de agotársele decidió poner las cartas sobre la mesa y seleccionar una canción en la que no cupiera duda alguna de lo que quería decirle. ¿Y cuál mejor que *Te quiero* de Hombres G?

*Tú, tú estás dormida.
Y yo te abrazo y
siento que respiras.
Sueño, con tu sonrisa.
Te beso muy despacio
las mejillas.
Necesito verte
donde quiera que estés.
Te quiero, te quiero, te quiero
y no hago otra cosa
que pensar en ti.
Sólo vivo y respiro
para ti.*

En algún punto de la canción supo que ella por fin lo estaba escuchando, porque su sonrisa se fue difuminando hasta ser sustituida por una expresión inescrutable, señal de que estaba ocultándose detrás de esa muralla en la que se refugiaba cada vez que sus sentimientos se veían comprometidos.

Aún no había terminado la canción cuando la vio levantarse de la mesa e ir al baño. Aunque el público aplaudió su actuación, el bajó del escenario y se dirigió a la barra donde estaba Hugo.

—Déjame otra vez el catálogo de canciones.

—¿Otra balada? —Al ver que Diego asentía con un gesto seco, hizo una mueca—. ¿No sería más sencillo si la sacases de aquí, te la llevaras a casa, le echaras un par de polvos y luego le dijeras que estás locamente enamorado de ella?

—Ya viste cómo se puso cuando le insinué que quería algo más de nuestra relación. Si le digo que la quiero de forma directa es capaz de mudarse de ciudad.

—¿Y te vas a pasar la vida cantándole baladas de amor?

—No, solo esta noche. Ella me quiere, estoy convencido, pero se esfuerza por evitarlo. Y creo que tengo la canción definitiva para hacer que se enfrente a sus propios sentimientos —añadió Diego, cuando sus ojos se detuvieron en un título que le era muy conocido.

No es que el cantante fuera santo de su devoción, pero debía reconocer que la letra de aquella canción era puro sentimiento. Cuando le señaló a Hugo la canción que había elegido, este puso los ojos en blanco.

—Esto es jugárselo todo a una carta.

—Deséame suerte.

Esperó con paciencia a que Elena saliera del baño y, sin mediar palabra, la cogió de la mano y la arrastró al escenario.

—¿Qué haces?

—Vamos a hacer un dúo. Tú y yo juntos —aclaró sin darle opción a negarse—. Y cuando terminemos de cantar sería conveniente que tuviésemos una charla que llevamos demasiado tiempo aplazando.

Elena no dijo nada, solo lo miró con cautela, pero cuando la música comenzó a sonar y reconoció la canción que había elegido Diego para interpretar juntos, empalideció.

A pesar de ello, Diego no desistió en su propósito y comenzó a cantar *Sin miedo a nada* de Alex Ubago y Amaia Montero. Y en el estribillo, la parte que

para él reflejaba a la perfección los sentimientos a los que todavía no había dado voz, cogió su mano y la acercó hacia sí, para que no le cupiera duda de a quién iban dirigidas aquellas palabras.

*Me muero por abrazarte y que me abrases tan fuerte.
Me muero por divertirme y que me beses cuando despierte
acomodado en tu pecho hasta que el sol aparezca.
Me voy perdiendo en tu aroma.
Me voy perdiendo en tus labios que se acercan
susurrando palabras que llegan
a este pobre corazón.
Voy sintiendo el fuego en mi interior.
Me muero por conocerte, saber qué es lo que piensas.
Abrir todas tus puertas y vencer esas tormentas
que nos quieran abatir.
Sembrar en tus ojos mi mirada.
Cantar contigo al alba.
Besarnos hasta desgastarnos nuestros labios.
Y ver en tu rostro cada día crecer esa semilla.
Crear, soñar, dejar todo surgir aparcando el miedo a sufrir.*

Elena lo miró conmocionada, sus ojos comenzaron a brillar por las lágrimas que habían empezado a acumularse en ellos y que no se derramaban. La música seguía flotando entre ellos, dándole pie a ella para que comenzara a cantar su parte. Diego contuvo el aliento cuando la vio abrir la boca, como si fuese a comenzar a cantar, pero luego cerró los labios, movió la cabeza con un gesto negativo y bajó corriendo del escenario. Cogió su abrigo y su bolso, y se fue de allí.

Se quedó allí parado, solo, en medio del escenario, preguntándose por qué sus planes nunca salían como los había planeado, pero lejos de darse por vencido, salió corriendo tras de ella mientras tranquilizaba al grupo de amigos que miraban azorados la escena.

La alcanzó en la calle, a varios metros del local, y la detuvo cogiéndola por el brazo.

—¿Es que no te vas a rendir nunca? —barbotó Elena, con la misma expresión de miedo de un animal que sabía que estaba acorralado. Como

siempre sucedía cuando estaba alterada, giraba de forma nerviosa la alianza de su dedo.

Le molestó que ella siempre se escudara detrás de aquel aro de oro que se había convertido en un impedimento para avanzar en su relación.

—No hasta que te quites de una vez esa alianza del dedo.

Ella dio un respingo ante sus palabras.

—¿Eso es lo único que esperas de mí, Diego? ¿Que me quite esta dichosa alianza?

Él se quedó callado y la miró en silencio con un brillo de determinación en sus ojos color miel.

La paciencia por fin se le había acabado.

—Está bien, hablemos de mis expectativas —murmuró al final—. Te voy a decir lo que espero. Lo que llevo esperando desde hace meses, tal vez sin saberlo —añadió, exteriorizando de una vez todo lo que había estado reprimiendo durante tanto tiempo—. Espero que te sientas libre para contarme tus mejores sueños y tus peores pesadillas. Espero poder devolverte la sonrisa cuando estés triste y secar tus lágrimas con besos las veces que no puedas contenerlas. Espero despertarme cada mañana reflejado en tus ojos y dormir cada noche acunado por tus brazos. Y no hablo de ahora ni de dentro de una semana, ni siquiera de un año. Hablo de todos los días del resto de mi vida. Espero vivir a tu lado, que seas mi compañera de viaje y que, cuando seamos un par de ancianos rodeados de nuestros hijos y nietos, podamos echar la vista atrás y sonreír por todos los recuerdos que hemos creado juntos. Pero, sobre todo, espero que tu corazón se sienta libre de amarme, Elena, porque te juro que me duele el alma de lo mucho que yo te amo a ti.

Ella lo miró de hito en hito, jadeando, como si sus palabras hubiesen impactado en ella con violencia.

—Y contestando a tu primera pregunta, la respuesta es no —agregó, mientras la cogía por los hombros para que no pudiese rehuir su mirada—. Nunca me voy a rendir, te quiero demasiado para hacerlo.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Elena, una a una, como si sus palabras hubiesen roto el dique que las contenía.

Aquello le dio un atisbo de esperanza, pero entonces ella se escabulló de sus manos y volvió a salir corriendo, esta vez en dirección a la carretera, en donde detuvo a un taxi y se subió en él antes de que pudiera detenerla.

Diego la vio alejarse de él, impotente. Le había desnudado su corazón y

ella había huido.

La había asustado.

La había cagado.

Otra vez.

Mascullando un montón de palabrotas se puso a caminar en dirección a su casa, sin ánimo de volver a entrar en el local de karaoke. Podía coger un taxi o incluso el autobús nocturno, pero pensó que un paseo le vendría bien mientras decidía cuál iba a ser su siguiente paso. Seguramente, tendría que volver a empezar desde el principio con ella. Tal vez podría buscar la orientación de Roger.

Estaba dándole vueltas a todo aquello cuando, casi media hora después, llegó a la plaza Cedro. La noche estaba avanzada y los locales ya habían cerrado sus puertas. Todo parecía desierto, quitando un grupito de chicos que estaban en un banco alborotando un poco.

Diego pasó cerca de ellos sumido en sus pensamientos, hasta que escuchó el sollozo de una chica.

—No quiero hacerlo.

—Que te quede claro, eres mía, puta —gruñó la voz de un chico—. Si te digo que quiero que se la chupes a uno de mis amigos, tú obedeces y abres la boca.

Aquel comentario abusivo, seguido por varias risitas masculinas, lo puso en alerta. Prestó más atención al grupito de unos siete chicos, y reconoció a alguno de ellos: eran los tipejos con los que había tenido un encontronazo meses atrás y la chica que lloraba era la hermana de Sergio. Por como la tenían rodeada parecían dispuestos a forzarla de alguna manera, como una de esas «manadas» que disfrutaban vejando a las jóvenes indefensas.

Un par de chicos que pasaban por ahí miraron la escena y pasaron de largo, inmunes a los sollozos quedos de la adolescente, como si la cosa no fuera con ellos.

Diego no lo pudo dejar pasar. Aunque no hubiese conocido a la chica, nunca podría vivir consigo mismo si apartaba la mirada de una situación así. Por eso, se armó de valor y se acercó al grupo.

—Vicky, ¿te encuentras bien?

Ella clavó en él sus ojos asustados y dejó escapar un suspiro de alivio al verlo.

—Quiero ir a mi casa —musitó con la voz rota, e hizo ademán de

acercarse a él.

—Tú no te vas a ninguna parte hasta que yo lo diga —masculló el tipo de la cicatriz, el mismo que se había encarado a Diego la última vez mientras la agarraba del brazo y la zarandeaba con brusquedad.

Diego actuó por instinto y, apartándola de él, le lanzó un puñetazo al tiempo que gritaba «¡Corre!». Vio por el rabillo del ojo que ella obedecía y se alejaba a la carrera, justo antes de que los amigos del tipejo se lanzaran contra él.

Era fuerte y sabía defenderse, pero eran seis contra uno y no tuvo nada que hacer. Aguantó los golpes y asestó unos cuantos mientras se tenía en pie, pero cuando una patada lo derribó en el suelo, solo pudo protegerse la cabeza mientras los puntapiés caían sobre él una y otra vez.

El último pensamiento que cruzó su mente antes de perder el conocimiento fue que Elena se iba a llevar un buen disgusto cuando se enterara de lo que le había pasado. Solo esperaba que no estuviera sola cuando recibiera la temida llamada que le anunciara su fallecimiento.

CAPÍTULO 39

El taxi se detuvo en la rotonda de Port Saplaya y Elena se apeó de él, arrebujándose en su abrigo cuando la fría brisa marina la azotó sin piedad. Oteó a su alrededor mientras escuchaba cómo el vehículo se alejaba de allí. Las farolas emitían un tenue fulgor que no conseguía mantener a raya las sombras que se proyectaban hasta el horizonte. Sí, aquel lugar tenía un aspecto lúgubre y solitario, lejos del bullicio de actividad que lo hacía vibrar en verano, pero necesitaba pensar y tomar decisiones, y no se le ocurría un lugar mejor para hacerlo.

Anduvo por el paseo durante unos minutos y se adentró en la pequeña Venecia que a aquellas horas estaba desierta. Callejeó mientras el olor a salitre inundaba sus pulmones y el sonido de sus tacones rompía el silencio nocturno, rumbo a su destino final: su espigón.

Una vez allí, tuvo que encender la linterna de su móvil para poder guiarse en la oscuridad, pero eso no la detuvo. Incluso se atrevió a ir más allá del camino hormigonado. Se quitó los botines y avanzó por las piedras hasta llegar a su rincón especial, aquel en donde Sergio le había pedido en matrimonio años atrás y ella había aceptado compartir el resto de su vida. El lugar donde se sentía más cerca de él.

Se sentó allí, temblando de frío, y dejó que su mirada se perdiera en la negrura del horizonte.

—Te quiero, Sergio —susurró al viento—. Siempre te querré. Sé que juntos hubiésemos sido muy felices, pero... Te fuiste —La voz se le quebró y comenzó a dar vueltas a la alianza que llevaba en el dedo, sintiendo que la garganta se le cerraba por el dolor—. No esperaba volver a enamorarme nunca más, al menos no como lo había estado contigo. La mera idea de volver a sentir algo tan fuerte por otra persona era impensable, es más, me aterrorizaba. Me aterroriza. Solo esperaba encontrar un chico agradable que no me hiciera sentir tan sola. Pero entonces apareció él. —A sus labios acudió una sonrisa involuntaria al invocar su imagen en su mente—. ¡Dios, cómo lo detestaba al principio cuando me llamaba «zorrilla» ! Se comportaba como un

cretino, pero terminó siendo un cretino encantador. Se llama Diego —aclaró, hablando a la nada como si Sergio estuviese allí escuchando cada palabra con atención, como siempre había hecho—. Es... ¡Ufff! No sé por dónde empezar a describirlo. Es apasionado y terco, es divertido y muy cariñoso. Tiene un don especial para meterse en líos, sobre todo cuando trata de impresionarme. —Dejó escapar una risita al recordarlo vestido de payaso. Risa que se transformó en un sollozo quedo—. Es estupendo y me quiere. Me quiere mucho y yo... Lo siento tanto, Sergio, pero... lo amo. Lo amo tanto que no sé cómo he podido tardar tanto tiempo en reconocerlo —balbuceó, sintiendo que las lágrimas rodaban por sus mejillas sin control—. Te juré que nunca me quitaría este anillo y que me acompañaría siempre. Te di mi palabra aquí mismo, sobre estas piedras, y ahora he venido a decirte que tengo que romper esa promesa. Tengo que elegir, Sergio: aferrarme al pasado o vivir el presente. Y quiero elegir vivir, quiero elegir el presente. Y mi presente es Diego —afirmó y, al oírlo de sus propios labios, asumió por fin aquella realidad—. No sé si puedes llegar a comprenderlo y a perdonarme, espero que sí.

Se miró la mano, se miró el anillo y, conteniendo el aliento, se lo quitó con suavidad del dedo mientras un nuevo sollozo desgarraba su garganta. Lo sujetó con fuerza en su puño. Una parte de ella todavía era reacia a separarse de él, esa que continuaba atada a los innumerables recuerdos que había vivido junto a Sergio; pero la otra, la parte de ella que había florecido al conocer a Diego, se impuso en el pequeño duelo interno que sentía y la instó a tomar el paso definitivo.

Cerró los ojos, besó la alianza y la lanzó al mar.

Era el momento de cerrar un círculo.

Era hora de empezar una nueva vida junto al hombre que amaba.

Como si de una señal se tratase, un pequeño haz de luz se abrió paso en el horizonte, preludio del amanecer que estaba por llegar. Un amanecer cargado de promesas y de felicidad. De risas. Y de amor, de mucho amor encarnado en unos bonitos ojos color miel.

Se miró la mano, desprovista de cualquier joya por primera vez en años, y se sintió liberada del peso de su culpabilidad y de los recuerdos. Una sonrisa acudió a sus labios al pensar en lo orgulloso que iba a estar Roger de ella cuando descubriera que por fin había dado el paso definitivo.

Y Diego... ¿qué haría cuando le dijera que lo amaba?

Impaciente por volverlo a ver y pedirle disculpas por haberlo hecho sufrir

tanto por su miedo a enfrentarse a la realidad, Elena se fue de allí. Por suerte, pudo llamar a un taxi antes de que la batería de su móvil se agotase por haber gastado durante tanto tiempo la linterna.

Cuando por fin el taxi la dejó frente a su edificio, el cansancio y el frío que sentía no conseguía deslucir su sonrisa radiante. Entró en el patio y, mientras esperaba al ascensor, se arregló un poco el pelo revuelto por la brisa. Tal vez debería pasar por casa y cepillárselo, y ya puestos, recomponer su maquillaje, puesto que el rímel se le había corrido con las lágrimas y sus mejillas estaban surcadas de chorretones negruzcos.

Estaba pensando en ello cuando el ascensor llegó y, al abrir la puerta, se dio de bruces con Roger. La expresión desencajada de su rostro le advirtió de que algo no andaba bien.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Dónde estabas? Te he llamado al móvil, pero saltaba el buzón —farfulló su psicólogo.

—Fui a pasear y se me gastó la batería cuando... ¿Por qué tienes esa cara? ¿Qué ha pasado? —insistió—. ¿Los padres de Sergio están bien?

—Es Diego. Está en el hospital.

Elena se sintió desfallecer.

—¿Qué... le ha pasado? —atinó a preguntar, sintiendo que su estómago se revolvía.

—Me llamó Vicky por teléfono, no te podía localizar. Solo me dijo que le habían dado una paliza de muerte y lo habían llevado al hospital. La policía ha conseguido contactar con su familia, creo que su hermano ya está allí —explicó con expresión seria—. Como parecía que tenías el móvil apagado vine a buscarte y...

Elena había dejado de escuchar. «Una paliza de muerte». Aquello se repetía una y otra vez en su mente, hundiéndola en la desesperación. Comenzó a negar con la cabeza mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas. «Otra vez, no, por favor. Otra vez no».

—Elena —Sintió las manos de Roger sobre sus hombros y volvió en sí cuando la zarandó con suavidad—. Está vivo. ¿Me oyes? Sigue vivo. Aférrate a eso.

Ella asintió cuando asimiló sus palabras.

«Sigue vivo». Eso era lo único que importaba, tenía que conservar la esperanza.

—Llévame con él —susurró.

Roger condujo su moto por las calles desiertas de una ciudad que estaba amaneciendo hasta el hospital Casa de Salud. Nada más traspasar las puertas de Urgencias divisaron a Hugo, que daba vueltas sin rumbo, con el rostro demudado. Se detuvo al verla aparecer y, sin mediar palabra, se acercó hasta ella, la abrazó con fuerza y se echó a llorar como un niño, con unos sollozos que hacían temblar su cuerpo sin control.

Ella sintió que se ahogaba.

—Diego está... —La voz se le quebró, temiendo lo peor.

—Lo están operando, pero nadie me dice nada más —farfulló con voz entrecortada.

«Sigue vivo», pensó Elena y eso la mantuvo firme.

—Conozco a un par de médicos del servicio de urgencias. Voy a ver si consigo averiguar algo más —declaró Roger, y se perdió por los pasillos.

—La policía me llamó para comunicarme su estado —explicó Hugo, minutos después, ya más calmado, se dejó caer en una de las incómodas sillas de la sala de espera. Parecía haber eliminado todo el nervio con las lágrimas y se le veía agotado—. Diego me tiene como su contacto para emergencias. ¡Joder, no sabes lo duro que ha sido llamar a mis padres y decirles lo que ha pasado! Mi madre se ha puesto a llorar por teléfono y no he sabido qué decir para tranquilizarla. Vienen de camino.

Elena pudo imaginar a la perfección la angustia de sus padres, que acudían a un hospital sin saber si iban a encontrarse a su hijo vivo o muerto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Al parecer, intentó defender a una chica de unos malnacidos y ellos lo atacaron. Al menos los han detenido y ella está bien. Es esa —añadió, cabeceando hacia un punto detrás de ella.

Los ojos de Elena siguieron la dirección que indicaba y reconoció al instante el cuerpo esbelto de Vicky. Estaba sentada en el suelo, en un rincón apartado, abrazándose a sí misma y con la mirada perdida en el vacío, mientras se mecía una y otra vez.

Se acercó a ella y se sentó a su lado. No se atrevió a tocarla, sabía mejor que nadie que un abrazo podía reconfortar, pero también que en determinados momentos resultaba asfixiante, y no sabía en qué punto estaba ella. Así que esperó en silencio, tan solo demostrándole con su presencia que no estaba sola.

Parecía que ni siquiera se había dado cuenta de que ella estaba a su lado, porque pasaron varios minutos en silencio hasta que, de repente, habló.

—Conocí a Toni el año pasado, estaba haciendo un grafiti en el muro de un parque, en un rincón discreto. Nunca me hubiese acercado a él en circunstancias normales, yo misma me daba cuenta de que no parecía un buen tipo, pero me sentía tan sola que cuando me prestó un poco de atención me dejé llevar sin importarme nada más. He faltado al instituto, he fumado marihuana, me he puesto ciega de alcohol, y he hecho cosas con él que ahora me avergüenzan —musitó con voz queda—. No, no era la mejor de las compañías, pero al menos no estaba sola —añadió, y se encogió de hombros—. Tu amigo, el psicólogo, no ha parado de incordiarne desde que lo llevaste a casa de mis padres. Le dijiste que había ido a verte a la farmacia, ¿verdad? —inquirió, y la miró de soslayo.

Elena sintió.

—Aquel día vino a casa otra vez. Se paró frente a mí y, ¿sabes lo que me dijo? «Dime que eres feliz y no volverás a verme nunca más». No pude —reconoció en voz muy bajita, después de unos segundos en silencio—. Se me ha olvidado cómo ser feliz. No recuerdo la última vez que me sentí bien conmigo misma, Elena, y eso no está bien —musitó, y una lágrima comenzó a deslizarse por su mejilla—. Sus palabras me han perseguido todos estos días, y cuando anoche Toni me dijo que le debía un favor a un amigo y quería que yo se la chupase para quedar en paz... No pude. No pude caer tan bajo. Solo quería alejarme de ellos y volver a casa. Entonces Toni se puso borde y apareció tu amigo y... Me dijo que corriera y yo le hice caso, pero no podía irme sin más y llamé a emergencias. —Vicky se giró hacia ella y la miró con una mezcla de pena, temor y culpabilidad que le llegó al alma—. Lo siento, lo siento tanto. Ha sido culpa mía.

—Tú no has tenido la culpa de nada —aseguró ella, y cuando la adolescente dejó caer la cabeza sobre su hombro, entonces sí la abrazó.

—Tú tampoco tuviste la culpa del accidente de Sergio. Siento mucho lo que te dije —balbuceó Vicky.

—Lo sé —murmuró Elena y, por primera vez, aceptó aquella verdad.

No podía estar toda la vida culpándose por un accidente fortuito. Ya no más.

—¿Has llamado a tus padres?

—Sí, vienen de camino —musitó la adolescente—. Ahora que vuelven a

ser ellos mismos me van a castigar sin pisar la calle en un mes —auguró y, por su expresión, la posibilidad no parecía preocuparle demasiado, todo lo contrario—. Si no hubiese sido por tu amigo no sé lo que me hubiese pasado. Es una buena persona. —Miró hacia abajo y añadió con voz apenas audible: —Sergio te quería. Seguro que estará contento de ver que has encontrado a una buena persona con la que seguir adelante.

Elena sintió que sus ojos se desbordaban por las lágrimas al oír aquello, sobre todo, viniendo de ella.

—Gracias —murmuró, y apretó su abrazo

Lucía llegó poco después, alertada por un mensaje de Elena.

—¿Alguna novedad? —susurró, acercándose a ella.

Elena negó con la cabeza. Vicky parecía haberse quedado dormida con la cabeza apoyada sobre su hombro y no quería despertarla.

—¿Estás bien? —inquirió su amiga, mirándola con preocupación.

—Todo lo bien que puedo estar en estas circunstancias —musitó ella con una sonrisa triste—. Me harías un favor muy grande si consigues que Hugo se siente un rato y se relaje —indicó, y cabeceó hacia él, que había comenzado a dar vueltas otra vez—. Me está mareando de tanto ir y venir.

Lucía dirigió una mirada hacia el hermano de Diego y asintió con la expresión de alguien que se enfrenta a un pelotón de fusilamiento.

Elena la vio andar hacia él y, sin decirle nada, se sentó en una de las sillas que estaban allí. Cuando Hugo se percató de su presencia la miró con asombro y luego ocupó el asiento a su lado, incapaz de permanecer lejos de ella. Los vio intercambiar unas palabras y, pese a las circunstancias, Hugo esbozó una sonrisa vacilante.

No supo cuánto tiempo estuvieron allí aguardando, los minutos se hacían eternos, pero cuando estaba pensando en ir a preguntar al mostrador apareció Roger.

Elena y Hugo se levantaron al instante y corrieron hacia él, seguidos de cerca por Lucía y Vicky.

—Tiene contusiones por todo el cuerpo, varias costillas rotas y un pulmón perforado. Por suerte, supo protegerse la cabeza y no tiene ningún traumatismo craneoencefálico, que son los más peligrosos. Lo más grave era una hemorragia interna, por eso lo han llevado a quirófano, pero parece que la han podido localizar y detener. Se salvará —concluyó con un atisbo de sonrisa.

Sintió tal alivio que las piernas le fallaron y casi se cae al suelo.

Hugo soltó un grito de júbilo que provocó miradas ceñudas en varias de las personas que aguardaban en la sala de espera, pero a él no le importó. Parecía incapaz de contener la emoción y terminó canalizándola de la manera que le era habitual: cogió a Lucía y le plantó un beso en los labios que le puso los ojos del revés.

Cuando el beso terminó la bofetada no tardó en llegar, pero la sonrisa de Hugo no se borró, y la de Elena tampoco, porque si conocía un poco a su amiga, aquel beso espontáneo le había gustado mucho más de lo que pensaba admitir.

CAPÍTULO 40

Diego abrió los ojos con lentitud. Sentía la mente embotada y el cuerpo entumecido. Escuchaba el ronroneo de unas voces cerca de él, pero no lograba desentrañar lo que decían.

A su mente acudieron pequeños instantes de lo que había pasado, como el flash de una cámara que ilumina una y otra vez en cada disparo. Recordaba la voz de un hombre, posiblemente un policía, que le preguntaba su nombre con voz firme y le aseguraba que enseguida llegaría la ayuda; recordaba el dolor lacerante que recorría su cuerpo cada vez que respiraba; recordaba el sonido de una ambulancia y el mareo que sintió cuando lo movieron para ponerlo en una camilla.

También recordaba muchas caras, algunas que no conocía, otras muy familiares: la de su padre y su madre, los dos llorando; la de los mellizos, observándole con inquietud; la de Hugo, con una expresión que mezclaba ansiedad y alivio; y la de Elena. Recordaba perfectamente el rostro de Elena, lleno de preocupación y ternura, pero, sobre todo, recordaba su mirada entregada y llena de amor cuando le había cantado con voz suave:

*Me muero por explicarte lo que pasa por mi mente
Me muero por intrigarte
Y seguir siendo capaz de sorprenderte
Sentir cada día ese flechazo al verte
Qué más dará lo que diga
Qué más dará lo que piensen
Si estoy loca es cosa mía
Y ahora vuelvo a mirar el mundo a mi favor
Vuelvo a ver brillar la luz del sol*

Aquella era la parte que interpretaba Amaia Montero en *Sin miedo a nada*, la canción que ella se había negado a cantar dejándolo solo en el escenario del karaoke.

Era una señal. Tenía que serlo.

Miró alrededor, estaba en la habitación de un hospital. Su padre estaba repantigado en el sofá, roncando a pleno pulmón. Hizo una mueca al oírlo. Trató de moverse, pero entonces sintió un peso sobre su mano. Bajó la mirada y ahí estaba ella: Elena. Estaba sentada en una silla al lado de la cama y se había quedado dormida, medio apoyada en la cama, con la mano entrelazada a la suya.

Se llenó de ternura al verla y sintió una opresión en el pecho. Entonces se dio cuenta. Su mano estaba desnuda. No había alianza.

—No la despiertes, está agotada. No se ha movido de tu lado desde que saliste de la UCI —susurró su madre, que en esos momentos salía del baño. Se acercó a él y lo miró con preocupación—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Estoy muy bien —susurró Diego.

—¿Y por qué lloras?

—Se ha quitado el anillo —musitó, sintiendo una sensación de calidez que se expandía por cada célula de su cuerpo.

—¿Qué anillo? —inquirió Maite, confusa.

—Su anillo, mamá, su anillo. Me ama.

—Claro que te ama, ¿cómo no iba a hacerlo? —repuso su madre con la lealtad hacia sus hijos que la caracterizaba—. Me gusta. Es una buena chica. Parece que no, pero tiene carácter. Los mellizos empezaron a discutir entre ellos, como siempre, y no dudó en sacarlos de la habitación para que no te molestasen. ¡Menudo rapapolvo les echó! Les tildó de desconsiderados e irrespetuosos y les dijo que no volviesen hasta que no aprendiesen a comportarse como adultos. Ni yo lo hubiese hecho mejor —concluyó su madre con una sonrisa.

Diego dejó escapar una risita al imaginarlo y su cuerpo se contrajo por el dolor que le produjo aquel simple acto. Aquel sutil movimiento hizo que Elena se despertase. Su expresión de alegría al verlo despierto eclipsó la luminosidad del sol.

Se miraron en silencio, bebiendo con los ojos las emociones que transmitían sin palabras.

—Creo que necesito un café —anunció Matilde de repente—. Íñigo, acompáñame a la cafetería —añadió, despertando con un suave meneo a su marido.

El pobre hombre se irguió de golpe, sobresaltado, y miró desorientado a

su alrededor.

—¿Qué pasa?

—Vamos a por un café.

—¿Desde cuándo te gusta el café? —rezongó el hombre, acomodándose otra vez en el sofá—. Además, yo no quiero un café, quiero dormir.

—Íñigo Montoya, levanta ese culo del sofá y sal conmigo de la habitación —rugió la mujer, poniéndose en jarras—, que el niño necesita un poco de intimidad con su chica.

Diego hizo una mueca cuando escuchó que su madre se refería a él como «el niño», pero le encantó oírla decir «su chica».

El cabeza de familia entendió por fin la situación y siguió a su mujer fuera de la habitación con una risita.

—Tus padres son un amor —comentó Elena con una sonrisa.

—Lo sé, tengo mucha suerte de tenerlos en mi vida —reconoció Diego con la mirada clavada en ella—. Te has quitado tu alianza —señaló, incapaz de obviar por más tiempo ese hecho.

Elena bajó los ojos hacia su mano, que seguía entrelazada a la de Diego. La alzó con cuidado y lo besó en los nudillos.

—Roger dice que tiendo a posponer lo inevitable de forma obcecada y tiene razón, como siempre. Tenía miedo. Me aterrorizaba enamorarme otra vez, porque casi morí cuando perdí al hombre que amaba. Intenté no sentir nada por ti, pero has hecho que eso sea imposible —susurró, mientras lo miraba con esos ojos verdes que le habían robado el corazón—. Es tontería no querer preocuparme por ti cuando lo cierto es que me preocupas. No tiene sentido continuar negando mis sentimientos cuando los siento tan verdaderos.

Diego hizo intento de decir algo, pero ella lo impidió poniendo los dedos sobre sus labios.

—Tú me hablaste de tus expectativas en nuestra relación. Creo que ya va siendo hora de que te hable de las mías —declaró con seriedad—. Espero que sepas perdonar mi cobardía, cuando tú has sido tan valiente y has luchado en cada momento por nosotros. Espero que me recuerdes que un cumpleaños es una ocasión para celebrar la vida, no para recordar la muerte. Espero despertarme cada mañana a tu lado con la ilusión de afrontar un nuevo día, ya sea bueno o malo; si es malo lo superaremos unidos, si es bueno lo disfrutaremos juntos. Espero que nunca cambies, que no pierdas esa alegría y esa tendencia a meter la pata que me enamoró, porque me haces reír, y eso es

algo que nunca había creído posible volver a hacer. Espero saber hacerte feliz, tanto como tú me haces a mí. Espero vivir cada día como si fuera el último, no dejar de demostrarte lo mucho que te amo, porque te amo de una forma que jamás pensé volver a sentir.

Diego dejó escapar el aliento que había estado conteniendo hasta hacerle doler su torso magullado. Comenzó a esbozar una sonrisa de pura felicidad, pero entonces ella se puso de pie y su expresión cambió.

—Pero te voy a decir lo que espero, sobre todo: espero que pienses antes de hacer las cosas, porque me niego a enterrar a otro hombre que amo por inconsciente —masculló con los brazos en jarras y expresión enfadada—. ¿Cómo se te ocurrió enfrentarte tú solo a seis hombres? No me entiendas mal, fue algo heroico, pero también estúpido. Podías haber llamado a la policía antes de lanzarte al rescate, o haber pedido ayuda de alguna manera. Si Vicky se hubiese ido sin más, posiblemente, ahora estarías muerto, menos mal que ella tuvo el tino de llamar a emergencias.

Él observó en silencio cómo ella se desquitaba, gritando, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin ser consciente de ello. Se la veía agotada y nerviosa. Era muy posible que aquella visita al hospital le hubiese traído a la memoria recuerdos de la muerte de Sergio. Sabía que él siempre iba a estar presente en la vida de ella, un amor así no se olvida, pero ya no lo veía como una amenaza, todo lo contrario. Esa pérdida, por triste que fuera, era lo que la había convertido en la mujer que era y de la que estaba enamorado.

Así que aguantó la regañina de forma estoica y luego la besó, porque no había mejor expectativa a corto plazo que esa.

Los interrumpieron unos suaves golpecitos en la puerta.

—¿Estáis visibles? —inquirió Hugo, asomándose.

—Llevo todo el cuerpo vendado, no pretenderás que haga algo en este estado, ¿verdad?

—Yo que sé. A lo mejor estabais jugando al paciente gruñón y la enfermera sexy —respondió Hugo, entrando en la habitación.

—A Elena le pega más el papel de enfermera gruñona —musitó Álvaro, que no había olvidado la regañina de antes.

—Pues yo la encuentro de lo más sexy —repuso Marcos, y le guiñó un ojo.

—¿Ves lo que sucede cuando pasas demasiado tiempo con Hugo? —

rezongó su mellizo—. Con un *Casanova* en la familia ya tenemos bastante, no necesitamos dos —añadió, y le pegó un empujón con el hombro, que pronto obtuvo la misma réplica por parte del otro.

—Niños, no empecéis a discutir o esta vez seré yo la que os eche de la habitación —advirtió Matilde con una mirada severa, pues conocía de sobra como terminaban aquel tipo de confrontaciones verbales.

—¡Mamá, que no somos unos niños! —se quejaron los mellizos al unísono.

—Pues dejad de comportaros como tal —masculló Íñigo, zanjando el tema con una suave colleja a cada uno.

Diego observó a los suyos con una mueca divertida y luego posó la mirada en Elena, que sonreía ante las pullas de los Montoya.

—Familia —llamó con voz firme, para captar la atención de todos—. Creo que ya puedo hacer una presentación formal: esta es Elena, el amor de mi vida —afirmó con orgullo.

Y, joder, qué bien se sintió al decirlo en voz alta.

EPÍLOGO

Dos años y medio después

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Nunca.

—Es importante mantener una postura adecuada para no lesionarte la espalda —explicó Diego, mientras la colocaba en posición—. Abre un poco las piernas y flexiona ligeramente las rodillas —indicó, mientras se ponía detrás de ella y colocaba las manos en sus caderas.

—¿Así? —preguntó ella, mirándolo de forma seductora por encima de su hombro.

—Perfecto —aprobó él con voz ligeramente enronquecida—. ¿Estás segura de que lo quieres hacer? —inquirió, mirándola con intensidad.

—Segurísima —respondió ella sin un atisbo de duda.

—Esto es un acto de compromiso mayor que una alianza.

—Lo sé.

—Pues vamos allá —musitó él, poniéndose las gafas de protección. Ella hizo lo mismo—. Una, dos y...

—¡Espera un momento! —exclamó de pronto Elena, cuando Diego había comenzado a tomar impulso—. ¿A la de tres o a la de tres y ya?

—¿Qué más da?

—Es importante. Tenemos que hacerlo los dos juntos.

—Está bien. A la de tres —decidió Diego—. Uno, dos y...

Pom.

Pom.

Los golpes de los mazos retumbaron con fuerza en las paredes del comedor, una y otra vez, hasta que consiguieron abrir un agujero en el muro seguido por una cascada de escombros.

Los dos se miraron y sonrieron. Aquel era el principio simbólico de la obra que iban a llevar a cabo para unir los dos áticos en uno solo. Jacobo se había encargado de hacer el diseño y firmar los planos, y un conocido suyo iba

a realizar los trabajos.

Estaba previsto que durase unas seis semanas. De esa forma, estarían completamente instalados y con todo listo para la fecha de la boda, que se celebraría en un plazo de tres meses.

Habían decidido casarse por lo civil y luego hacer una celebración sencilla, solo para los más allegados. Tras lo cual, habían comenzado a avisar a los invitados: los padres de Diego y los mellizos se habían puesto muy contentos con la noticia; en cuanto al padre de Elena, su relación entre ellos continuaba siendo muy tirante, aunque Carolina continuaba empeñada en mantener a flote el pequeño hilo que todavía los unía, por eso había asegurado que estarían encantados de acudir a la boda.

Lo más difícil para Elena había sido darles la noticia a los padres de Sergio, pero los dos se habían mostrado muy contentos por ella. La más entusiasmada con el enlace era Vicky, que con la ayuda de Roger había dejado atrás el pasado y ahora volvía a ser feliz. Habían recuperado su relación y ahora Elena volvía a hacer de hermana mayor con ella.

—¿Se lo has dicho ya a Hugo?

—Sí, he hablado esta mañana con él por Skype.

El hermano de Diego había cumplido su propósito de ir a Japón y, gracias a su talento, había conseguido trabajo como dibujante para Studio Ghibli, un estudio japonés de animación considerado uno de los mejores del mundo, con obras en su haber como *La princesa Mononoke* o *El viaje de Chihiro*. Todo un sueño hecho realidad para Hugo, aunque su familia lo echaba muchísimo de menos.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que he tardado demasiado tiempo en convencerte para que te cases conmigo.

—¿No le has contado que fui yo la que te lo pidió a ti? —inquirió Elena, confusa.

Después de dos años y medio viviendo juntos, y en vista de que Diego no había dado ningún paso para formalizar su relación, ella había decidido dar el paso y proponérselo a él.

Había sido en la terraza de su casa. La había llenado de velitas una noche de luna llena y había puesto *Sin miedo a nada* de fondo, pues se había convertido en su canción de pareja. No se había arrodillado, tan solo le había pedido que bailase con ella y, cuando la tenía abrazada, le había susurrado al

oído: «Casémonos».

—Hugo sabe que llevo deseando casarme contigo desde hace dos años, pero no quería obligarte a nada, así que ideé un plan.

—¿Qué plan?

—Esperar a que tú me lo pidieras a mí.

—¿Y si no lo hubiese hecho?

—Te olvidas de que me amas. Era un plan infalible —declaró Diego con una sonrisa arrogante.

—Era un plan tonto —repuso Elena con un bufido—. Si me lo hubieses pedido hace un año te habría dicho que sí.

La sonrisa de Diego fue sustituida por una mueca de frustración que la hizo reír. Él se vengó besándola hasta quitarle el aliento.

—¿Has conseguido hablar con Lucía?

—Sí, me ha dicho que nunca se lo perdería, aunque tenga que cruzar medio mundo para llegar a la boda.

Hace dos años, poco tiempo después de que Hugo se fuese a Japón, Lucía había decidido hacer realidad su sueño y tomarse un año sabático para recorrer el mundo. Sin embargo, en vista del éxito que había tenido su blog, que incluso había conseguido un patrocinador que costeara sus gastos, su año sabático se había ido alargando y no parecía que tuviese intención de volver en mucho tiempo.

Amparo no había puesto impedimento alguno en ser un obstáculo para los sueños de su hija. La farmacia funcionaba a la perfección, aunque era cierto que la echaban mucho de menos.

El único que había puesto el grito en el cielo había sido Edu y no había dudado en cortar la relación en cuanto Lucía le dijo que tenía intención de tomarse un tiempo para recorrer el mundo. Cosa que, en el fondo, había alegrado a Elena, porque el tiempo había demostrado que ese chico no era el adecuado para su amiga.

Después de todo, Ana había acertado en sus predicciones sobre la compatibilidad de los horóscopos.

Jacobo y Ana, Tauro y Cáncer, formaban una pareja sólida y bien avenida. Llevaban un año viviendo juntos y se les veía muy felices.

Diego y Elena, dos Escorpions. Tal y como dijo Ana, una vez acordaron no pincharse con su agujijón, habían conseguido formar un equipo muy compenetrado. En cuanto a la atracción sexual, seguían saltando chispas entre

ellos con solo una mirada.

Edu y Lucía, Virgo y Sagitario, formaban una pareja de naturalezas tan diferentes que no habían podido afrontar sus incompatibilidades. No, Lucía necesitaba a alguien más espontáneo y aventurero, que no dudase en cruzar el mundo con ella si fuese necesario. Necesitaba...

—Hugo es Aries, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Creo que tengo un plan.

NOTAS DE LA AUTORA

Tal vez este no sea un libro de los que cambian el mundo ni dejan una huella imborrable, pero sí que espero que haya despertado emociones en ti. Si has leído con él y te han conmovido alguna de sus escenas, si no has podido dejar de leer con la intriga de cómo avanzaría la historia de Diego y Elena, me doy por satisfecha.

Para mí es un libro muy especial, porque está ambientado en el barrio donde crecí y me ha traído muchos recuerdos de mi juventud, de cuando quedaba con mis amigos en los pubs que nombro y que son reales.

También he incluido uno de mis rincones favoritos para perderme, «la pequeña Venecia». Existe, sí. Y si estáis por Valencia, os invito a dar una vuelta por allí. Hay quien piensa que no es nada del otro mundo, y puede que no lo sea para muchos, pero para mí es un lugar con mucho encanto.

Esta historia tiene mucha música. Si quieres, puedes escuchar las canciones que se nombran en esta lista de Spotify:

<https://open.spotify.com/user/bea.cals/playlist/5nzJFKfZuyhcq1kAvQcvfjsi=UEA-FNcPRvSnEYn-7U8WhQ>

AGRADECIMIENTOS

Con la cantidad de libros que se venden hoy en día, es un honor que te hayas decidido por este. Así que, mi primer agradecimiento es para ti, que te has atrevido a embarcarte en esta historia y conocer a Diego, Elena y todas las personas, y gato, que conforman su mundo. Gracias por llegar hasta aquí y espero que hayas disfrutado de la novela.

Como siempre, tengo que dar las gracias a mi familia y amigos por su apoyo y paciencia. Sois los mejores.

Un agradecimiento especial para mis tres lectoras cero: Carmen, M^a José y Leo, por ayudarme a crecer con cada historia.

Gracias a Mar Carrión, porque has hecho un trabajo de corrección estupendo y en un tiempo récord.

A mi querida Ángela Drei, por estar siempre ahí, a un mensaje o llamada de teléfono, porque la distancia no impide que me prestes tu ayuda cada vez que la necesito.

Gracias a Érika Gael, por ser la mejor profe que se pueda pedir y desear.

Y por último y no menos importante, a mis tres chicos, porque os quiero y todo este esfuerzo es por vosotros.

BIOGRAFÍA

Adriana Rubens nació en Valencia en 1977 y se licenció en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, dónde le concedieron diferentes becas de estudios en el extranjero, que le permitieron vivir unos años entre Italia e Irlanda.

Apasionada de la novela romántica desde muy joven, intenta compaginar su afición por la escritura con un trabajo y dos niños pequeños, llamados Adrián y Rubén, de cuyos nombres sacó la inspiración para su seudónimo.

Su primera novela, Detrás de la máscara, fue galardonada con el VI Premio Vergara-RNR y su segunda novela, Mi nombre es Pecado, obtuvo una mención especial en el IV Premio Internacional HQÑ. A estas le siguen varias novelas más que han conseguido excelentes críticas entre sus lectores, entre las que se encuentran Detrás de tu mirada, ganadora del Premio Rincón Romántico al mejor romance histórico nacional del 2018 y La sombra de Erin, que consiguió el Premio Rincón Romántico al mejor romance de fantasía nacional del 2018.

Si te interesa saber más de ella, visita su web:

www.adrianarubens.com

Si quieres leer más de sus historias, puedes encontrarlas en Amazon:

<https://www.amazon.es/1/B01N90RDWC>